

rara avis



Villa Vitoria

D. E. Stevenson



ALBA

D. E. Stevenson



Villa Vitoria

Traducción
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

rara avis
ALBA



NOTA AL TEXTO



Villa Vitoria se publicó por primera vez en 1949 (Collins, Londres).

PRIMERA PARTE



Villa Vitoria siempre había sido de los Dering. Cuando el capitán Mark Dering se retiró del ejército –con un brazo menos– después de luchar en la batalla de Vitoria y contribuir a la expulsión de José Bonaparte de España, adquirió unos terrenos cerca del pueblo de Ashbridge y construyó una casa. Naturalmente, esto sucedía durante el periodo de la Regencia y la arquitectura barroca hacía furor; por eso la casa se adornó con torrecillas y otros aderezos curiosos del agrado de su propietario. El capitán Mark tuvo un hijo que, a su vez, tuvo varios; fue una época en la que muchos Dering disfrutaban de los encantos de Villa Vitoria. Pasó el tiempo, las modas cambiaron y, hacia finales del siglo XIX, cuando la propiedad pasó a manos de John Dering, éste llamó a un albañil y le encargó que echara abajo las torrecillas.

–Haga tabla rasa –dijo el señor Dering con un descriptivo movimiento de mano–. No me gustan esas ridículas excrecencias.

–La casa quedará como desnuda, señor –objetó el señor Coney–, créame. Precisamente son las *excrecencias* lo que le dan personalidad. Si le quitamos las torrecillas no será lo mismo.

–¿Puede echarlas abajo o no? –preguntó el señor Dering.

–Poder, poder, se puede, señor.

–Pues hágalo –dijo el señor Dering.

Cercenada la ornamentación superflua, Villa Vitoria quedó reducida a un edificio alargado sin elementos distintivos, pero bonito... y un espécimen verdaderamente magnífico de enredadera de Virginia fue cubriendo poco a poco su desnudez.

El señor John Dering vivió allí muchos años y, como era un soltero muy dado a la comodidad y tenía dinero a espuestas, emprendió algunas reformas más. Tiró un tabique e hizo un salón que iba desde la fachada hasta la parte trasera de la casa, con ventanas en ambas paredes: una estancia elegante y acogedora con espacio más que suficiente para lucir su elegante mobiliario antiguo. Justo al lado estaba el comedor, y mandó abrir en la pared un gran hueco que se cerraba con puertas plegables y así, cuando invitaba a sus amigos a cenar, podían pasar cómodamente de una estancia a la

otra. También mandó hacer dos cuartos de baño e instalar luz eléctrica, además de modernizar la cocina y reformar el jardín; finalmente murió cargado de años y dejó la casa en herencia a su sobrino, el señor Arnold Dering.

El señor Arnold era el polo opuesto de su tío; había viajado por todo el mundo y sabía mucho de historia y arquitectura; por eso Villa Vitoria no le gustaba. Lamentaba que hubieran eliminado las torrecillas; nunca las había visto, naturalmente, porque, cuando las quitaron, él era un niño de pecho, pero le habría encantado tener una auténtica casa de estilo Regencia. Incluso llegó a hablar con el señor Coney para preguntarle si podría rehacerlas tal como eran.

Afortunadamente el señor Coney era consciente de sus limitaciones.

–Verá, señor –le dijo dubitativamente–. Verá usted, no quiero decir que no se pueda hacer, pero no se haría bien... No sé si me entiende. ¿Quién se acuerda de cómo iban aquellas *excreciencias*?

–Querrá decir que usted no se acuerda –respondió, molesto, el señor Dering.

–No, la verdad sea dicha –reconoció el señor Coney–, y, si no me acuerdo yo, no se acuerda *naide*. Además, sería una obra muy cara.

El señor Arnold Dering, francamente irritado, cerró la casa y se fue. No volvió a Ashbridge para vivir en Villa Vitoria hasta que se casó. Se instaló en la casa obligado por las circunstancias, pero el prejuicio de la primera impresión, tan desfavorable, le impedía ser feliz allí. Es posible que no hubiera sido feliz en ninguna parte porque era una persona descontenta por naturaleza. Le gustaba viajar; en el fondo era un trotamundos, pero no se podía recorrer países con mujer e hijos, y se quedó allí, firmemente anclado en la absurda casa que no era ni chicha ni limonada.

–Ni es villa ni es Vitoria –decía el señor Arnold a todo el que, sin saber, se le ocurría alabarla–. Han destruido sin ningún miramiento lo más característico del periodo de la Regencia y la han alargado y ensanchado tanto en todas direcciones, sin la menor consideración por la simetría, que ya no se puede decir propiamente que sea una villa –se lamentaba con amargura.

Los descontentos nunca gozan de grandes simpatías entre sus vecinos y el señor Arnold Dering no era la excepción que confirma la

regla. Tenía mala fama entre sus iguales: lo consideraban antipático y engreído; y, entre la gente del pueblo, peor aún. Los viejos del lugar se acordaban muy bien del anterior señor Dering. «Era todo un caballero –decía el anciano señor Mumper–. Un auténtico caballero donde los haya; siempre tenía una palabra para todo el mundo; alto y bien parecido... daba gusto verlo pasar por la calle en su gran yegua gris.» Y el viejo señor Coney soltaba una risita y contaba que el antiguo señor Dering le había encargado la demolición de las *excreciencias*; y el abuelo Podbury, con conocimiento de causa, decía: «¡Ay! ¡Ya no quedan caballeros como él! Ahora son de otra manera. El señor Arnold no se parece a su tío en nada: da pena verlo, tan delicado de salud. No disfruta de la vida».

Ni disfrutaba de la vida ni dejaba disfrutar a los demás, por lo que ningún vecino de Ashbridge lamentó mucho su muerte. La señora Dering y sus tres hijos se quedaron a vivir en Villa Vitoria; a ella le gustaba la casa y no lamentaba que faltaran las torrecillas. Le gustaban la paz y el silencio del campo. Villa Vitoria era un remanso de paz.

La carretera que llevaba a la cantera y al pozo romano describía una curva al pasar frente a la casa. Había muy poco tráfico en esa carretera. De vez en cuando pasaba una carreta que iba a cargar grava y, en los meses de estío, los veraneantes de Ashbridge iban de excursión al pozo romano. Estos veraneantes solían pararse en Villa Vitoria a contemplar el sendero empedrado de la entrada y los alegres macizos de flores que la flanqueaban. Medraban allí toda clase de flores silvestres, desde altas malvarrosas, girasoles y lupinos de colores hasta tupidos lechos de pequeñas lobelias. A Caroline Dering le gustaba que la gente admirase sus flores; a veces, si por casualidad estaba trabajando en el jardín cuando se paraba alguien, recogía un ramillete y se lo daba por encima de la cancela verde.

En general, la gente que venía de fuera a vivir en el pueblo – aunque se tratara de otro pueblo cercano, a menos de cien kilómetros– no dejaba de ser «forastera» hasta el día de su muerte, pero a la señora Dering la habían aceptado como «nativa» casi desde el primer momento. Se debía en parte al tío de su marido, pero también a su personalidad: era cordial y discreta, se interesaba

por la Asociación Juvenil Femenina y por el Instituto de la Mujer y dirigía el club de teatro. Sus tres hijos eran nativos por derecho de nacimiento, el pueblo los había visto crecer y si había algo que no se supiera de alguno de ellos es que no merecía la pena. El pueblo sabía que el señorito James, el primogénito, estaba fuera, en Malasia (aunque tal vez no se supiera con certeza dónde estaba Malasia); sabía que a la señorita Leda le gustaba la ropa elegante y... ¿qué tenía eso de malo? Era una muchacha bonita y solo se es joven una vez. (El señor Derek, el hijo del almirante, se había fijado en ella... ¡Ah, sí! Eso lo veía el pueblo con claridad meridiana.) Y, cómo no, todos conocían a la señorita Bobbie. Se la podía ver pasar en bicicleta, a toda velocidad, cualquier día de la semana: sin sombrero, sin medias y arrastrando a Joss. Bobbie siempre decía que Joss era un caniche y nadie le llevaba la contraria, pero los que entendían de perros –como el señor Shortlands, que criaba cockers de pelo dorado y los vendía carísimos– estaba seguro de que Joss era algo más que un caniche, por lo grande, fuerte e incansable que era. También el vicario había dicho alguna vez que Joss era un enigma, pero esa raza era desconocida en el pueblo, naturalmente.

Hemos dicho que la señora Dering dirigía el club de teatro. La habían elegido para que lo presidiera porque su hermana era actriz, cosa que en Ashbridge parecía cualificarla sobradamente para el cargo. La hermana de la señora Dering era ni más ni menos que la famosa Harriet Fane. De vez en cuando, la señorita Fane pasaba una temporada en Villa Vitoria y se la veía en el jardín o paseando por el pueblo como cualquier ser normal. Siempre iba muy bien vestida, era delgada y bonita, tenía los ojos oscuros y el pelo también, oscuro y rizado: exactamente como en las fotografías de la prensa. La señorita Houseman, la dueña del quiosco de prensa de Ashbridge, coleccionaba revistas ilustradas y seguía la carrera de la señorita Fane con mucho interés. Sabía todas las obras en las que había trabajado, quiénes habían sido sus compañeros de reparto y cuánto tiempo había durado la obra en cartel; sabía cuándo iba de gira a Australia; buscaba –y recortaba– las fotos de la señorita Fane en los estrenos de Covent Garden, hablando con otros famosos en Ascot o pasando un fin de semana en Cowes. Aunque era bastante más joven que la señora Dering, resultaba chocante que las

hermanas llevaran una vida tan distinta: la señorita Fane (en su moderno piso de Londres), siempre rodeada de gente interesante y divirtiéndose a todas horas, y la señora Dering, satisfecha con la tranquilidad de Ashbridge, año tras año, llevando la casa y ocupándose del jardín.

Hoy Caroline Dering no estaba ocupándose del jardín. Había cogido una cesta y se había ido por la carretera hasta la cantera a buscar moras. Había por allí unos matorrales de zarzamora que conocía muy bien. Todos los años iba en peregrinación y todos los años volvía con su cosecha de moras grandes, negras y jugosas para convertirlas en mermelada y hacer conservas para el invierno. «¡Qué curioso! –se dijo al empezar la tarea–. Cuando se mira atrás, es como si los años se condensaran en un breve espacio de tiempo. ¡Seguro que entre una temporada de moras y la siguiente pasan menos de trescientos sesenta y cinco días!» Se acordó de la primera vez que había ido a buscar moras: con Arnold –acababan de volver de la luna de miel y de instalarse en Villa Vitoria–, pero él no se lo pasó bien; se clavó una espina en un dedo, se le rasgaron los pantalones en un rosal silvestre y propuso que, en adelante, encargaran la tarea a algún niño del pueblo. Desde entonces, siguió yendo ella, pero sola, hasta que James tuvo edad suficiente para acompañarla... Y, más adelante, también las niñas; entonces, ir a buscar moras se convirtió en un acontecimiento, en una merienda campestre que celebraban todos los años el día del cumpleaños de James, si el tiempo lo permitía.

Ahora Caroline iba sola otra vez. Las chicas tenían más que hacer y dos colaboradoras forzosas no le habrían servido de nada. ¿Estaría James en casa el próximo año? Y, de ser así, ¿le apetecería ir a buscar moras el día de su cumpleaños?

James era el mejor recolector, pensó Caroline, recordando. Evocó su imagen de pequeñito, un niño gordito; y un poco mayor y más delgado; y cuando empezó a ir al colegio y era casi tan alto como ella... Y de repente (o eso le parecía), más alto que ella, con unas piernas largas y una voz ronca, pero siempre teñido de zumo negro y con arañazos de zarzas por todas partes, siempre empinándose más que nadie y cogiendo las moras más grandes.

Se acordaba de una de aquellas salidas en particular como si hubiera sido el año anterior, y no hacía doce. ¡Doce años! Sí, James tenía diez años y Leda y Bobbie, siete y cinco respectivamente. Se acordaba de aquel día en particular porque fue la primera «salida» desde hacía meses; Arnold se había puesto enfermo en verano y ella no había podido separarse de su lado. Después, él se recuperó y se fue de vacaciones, y Harriet vino a quedarse unos días. Harriet siempre prefería ir a Villa Vitoria cuando no estaba Arnold, y Caroline también, porque su marido y su hermana nunca se habían llevado bien y era difícilísimo que durase la paz entre ellos. A Arnold no le parecía bien el comportamiento de Harriet, opinaba que era «frívola», y Harriet lo consideraba a él aburrido y egoísta... Además, era mucho más divertido tener a Harriet para ella, se lo pasaban bien, dormían juntas, se quedaban hablando hasta altas horas de la noche, cada una se probaba la ropa de la otra... Simples tonterías, desde luego, pero muy divertidas.

Aquel día habían preparado la merienda campestre para celebrar el cumpleaños de James y por suerte hacía un día espléndido – exactamente como el de hoy–, soleado y maravillosamente cálido. Acudieron también los dos Ware (Derek, un poco mayor que James, y Rhoda, un poco menor) y también Anne: Anne Severn, la hija del vicario, una niña callada con una gorra de color de rosa. Era interesante mirar atrás y pensar en todos esos niños (casi los veía jugar, trepar, coger moras... y sentarse después alrededor del mantel blanco a comer bollitos y a beber leche en grandes tazones; casi oía las voces agudas y chillonas llamándose unas a otras en la montaña); ahora habían crecido y la mayoría había iniciado ya la aventura de la vida.



Caroline había llenado ya tres cuartas partes de la cesta de jugosas bayas maduras; tenía los dedos negros y llenos de espinas diminutas; las piernas, sin medias, arañadas; el pelo, espléndidamente revuelto, y un gran siete en la vieja falda de *tweed* que llevaba. El desgarrón era lo único que le preocupaba, y tampoco mucho. Sopesó la cesta: «Unos dos kilos y medio», pensó, mientras bajaba a la cantera a tomar el té. Cuando la acompañaban los chicos, siempre hacían una hoguera –era parte de la diversión–, ponían el mantel en el suelo y colocaban encima platos de bollitos y magdalenas; pero hoy Caroline se conformó con una merienda mucho más frugal: un termo de té y un sándwich de berros, de pan moreno.

Se sentó, dobló las piernas y se abrazó las rodillas. «Tiempo brumoso y fecundo, de fruta en sazón»¹, dijo en voz baja. Las palabras le salieron espontáneamente, pero no se acordaba de dónde ni cuándo las había oído, aunque le daba igual: le venían como anillo al dedo. El sol era cálido y dorado, la grava en la que se sentaba era cálida y dorada, la vegetación se volvía dorada por doquier. Una tenue neblina inundaba el valle; el humo ascendía con indolencia desde las casas del pueblo, en el que las mujeres preparaban la cena para la familia. A la derecha se alzaba el bosquecillo que rodeaba el pozo romano; una fuente de agua clara brotaba entre las rocas y caía en una pileta de piedra. Arnold decía que no era un pozo romano: «Es tan romano como yo», pero los habitantes de Ashbridge siempre lo habían llamado así –pozo romano– y no dejarían de hacerlo. Arnold se empeñó en que su familia lo llamara «la fuente», y todos le obedecieron muchos años; pero es difícilísimo seguir llamando a un lugar de una manera mientras todos los demás lo llaman de otra –difícil y molesto– y hoy Caroline lo había llamado por el nombre prohibido. Le sorprendió un poco y se preguntó si cambiarle el nombre valía la pena el esfuerzo. ¿Arnold llegaría a enterarse? Y, en tal caso, ¿le disgustaría? Creía que las personas se iban a un plano superior –ésa era la idea que tenía ella del Cielo– y, si fuera verdad y Arnold estuviera allí, no le

molestaría un detalle tan nimio... Pero, si ahora estaba por encima de esas trivialidades, no sería Arnold ni mucho menos; sería otra persona completamente distinta.

La cuestión tenía cierto interés, aunque era desconcertante; trascendía la idea del pozo romano y Caroline estaba dándole vueltas todavía cuando vio salir del bosquecillo a un hombre que se dirigía hacia ella por el accidentado sendero. No lo conocía: por lo tanto era forastero en Ashbridge (porque ella conocía a todos los habitantes del municipio, naturalmente). Era alto y guapo, el sol le arrancaba brillos dorados del pelo, liso y claro, y le pareció que iba muy bien vestido, con un traje gris de franela y unos pantalones con la raya perfectamente planchada... Entonces fue cuando cayó en la cuenta del aspecto que tenía ella: desaliñada, llena de manchas, con arañazos, sin medias y sin sombrero, pero el hombre ya la había visto, así que no podía levantarse y desaparecer. Seguro que la tomaría por una vagabunda o una gitana. Sonrió para sí y, por un momento, se le ocurrió la loca idea de fingir que lo era. ¡Harriet lo habría hecho!

—¿Sabría decirme si eso es el pozo romano? —preguntó el desconocido con muy buenos modales. Ya había llegado a su lado y la miraba desde un montículo.

—Sí —dijo Caroline—. Al menos, así lo llaman en Ashbridge. Mi marido decía que no era romano. Se enfadaba mucho si lo llamaban así.

Por un leve cambio de actitud, Caroline comprendió que el desconocido se había dado cuenta de que no era gitana, o lo que le hubiera parecido.

—He estado cogiendo moras —añadió, señalando la cesta.

Él asintió.

—Pero... en cuanto al pozo —prosiguió ella—, espero que no se lleve una desilusión. A veces resulta decepcionante, sobre todo si se viene de lejos para verlo.

—No, no me he llevado ninguna desilusión. Solo he salido a dar un paseo. Me he alojado en el pueblo, en el Gallo y Zorro.

—¡Ah, usted es el señor Shepperton! —dijo Caroline.

El hombre puso tal cara de asombro que a Caroline se le escapó la risa.

–Así es Ashbridge –le dijo–. Si quería usted pasar desapercibido tenía que haber ido a otro sitio. La verdad es que la mujer que viene a ayudarme todos los días, y que responde al bonito nombre de Comfort Podbury, es prima de la doncella del Gallo y Zorro.

–¡Ah! –respondió el señor Shepperton, sonriendo–. Ahora lo entiendo todo.

–Todo, sí. Le sorprendería la cantidad de cosas que sé sobre usted.

Se quedaron un momento en silencio. Caroline vio pasar claramente una sombra por la cara del hombre; la sombra se fue enseguida, pero la impresión no.

–En realidad no es curiosidad malsana –añadió rápidamente–. La gente tiene interés, nada más. Como en Ashbridge nunca pasa nada, cuando llega un forastero es todo un acontecimiento.

–Sí, claro –dijo él, dándole la razón.

–Son buenas personas, ¿sabe? Por ejemplo, si yo estornudara de pronto en la calle Mayor, se enteraría todo el pueblo y unos cuantos irían a mi casa a llevarme licor de grosellas. Es solo eso o algo parecido, ¿lo entiende?

–Sí, claro –repitió él.

–¿No quiere sentarse? –continuó Caroline–. Siento no poder ofrecerle té; es que me he tomado hasta la última gota. Siéntese encima de mi abrigo y así no se manchará los pantalones.

Se sentó inmediatamente a su lado, pero no encima del abrigo.

–Lógicamente, la cosa va en ambas direcciones –siguió diciendo Caroline mientras terminaba el sándwich–. Es decir, si quiere saber algo sobre alguien de Ashbridge, solo tiene que preguntar, aunque ni siquiera hace falta preguntar, basta con escuchar... aunque tal vez a usted no le interese.

–O tal vez sí –dijo él pensativamente–. ¿Y si empieza usted a ilustrarme? ¿Qué es aquella casa grande que está entre los árboles?

–Es la Casa Ash –le dijo Caroline–. Es de sir Michael Ware. Era almirante, pero ya se ha retirado. Casi todas las tierras de los alrededores de Ashbridge son suyas, y es muy amable, porque deja pasar a todo el mundo por sus propiedades, así que, si le gusta pasear, puede ir donde le plazca, prácticamente. Mis hijas han ido

esta a tarde a jugar al tenis a la Casa Ash. Derek Ware estudia Derecho en Oxford y Rhoda va a la escuela de Bellas Artes de Londres. Ahora están los dos aquí pasando el fin de semana... por eso el partido de tenis.

–Siga –dijo el señor Shepperton, sonriendo.

–A ver, ¿qué más? –dijo Caroline, riéndose y echándose el pelo hacia atrás–. Sir Michael es viudo. Yo apreciaba muchísimo a lady Ware, era una persona de verdad... ¿me entiende? Muy sincera, directa y cariñosa, aunque no tenía mucho tacto, y eso le daba un poco de mala fama. Sir Michael es enorme en todos los sentidos... Parece un toro. Si va usted mañana a la iglesia le oírán hacer la lectura.

El señor Shepperton se echó a reír. Tenía una risa muy alegre que lo rejuvenecía. A Caroline le había parecido mucho mayor que ella, pero ahora ya no estaba tan segura.

–¿Ha estado enfermo? –le preguntó.

–Sí –dijo él.

Otro breve silencio.

–Y luego, los Meldrum, claro –siguió repasando Caroline–. Su casa no se ve desde aquí, está en el otro lado de Ashbridge. El señor Meldrum es abogado, muy inteligente y seco. La señora Meldrum es de la junta del Instituto de la Mujer.

–No le tiene mucho aprecio, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabe? –exclamó Caroline, sorprendida.

–Se nota –contestó el señor Shepperton, sonriendo.

–¡Ay, Dios!... Tendría que apreciarla más, la verdad, y lo intento sinceramente. Pienso en todo lo bueno que hace, pero el caso es que tenemos opiniones distintas en tantas cosas que me resulta casi imposible. Basta con que ella haga cualquier comentario para que yo opine lo contrario inmediatamente –dijo Caroline con un suspiro.

–Agotador –dijo el señor Shepperton en tono comprensivo–. Y ¿esa señora tiene hijos?

–Dos hijas. Joan es bonita y está muy consentida, es la niña de los ojos de su madre. Margaret es más bien feúcha, pero mucho más simpática e interesante. No sé por qué le cuento todo esto...

–Cuénteme más cosas –dijo el señor Shepperton–. Al venir hacia aquí, pasé por una casa muy bonita, con un jardín lleno de flores

preciosas. ¿De quién es?

–Mía –contestó ella–. Me alegro mucho de que le gustaran las flores. A veces, cuando estoy trabajando en el jardín, la gente se para a mirar por encima de la verja y yo hago un ramillete y se lo regalo, pero para nada, la mayoría de las veces. Por lo general, se van con las flores en la mano y al cabo de un ratito las tiran en la carretera. Lo sé porque me he encontrado los ramos... Pero es que no lo puedo evitar.

–¿Por qué querría evitarlo? –preguntó él.

–Porque –contestó Caroline, hablando despacio–, porque no está bien tirar las flores en la carretera y dejar que se mueran... Bueno, al menos es lo que pienso yo; y, si regalo flores a quien no las quiere, lo único que consigo es que luego hagan con ellas una cosa que a mí me parece mal.

El señor Shepperton se quedó serio, pensando en el asunto.

–Pero seguro que a algunos les gustan –dijo–. Seguro que unos cuantos se las llevan a casa, las ponen en agua y disfrutan de ellas... No solo por lo bonitas que son, sino por el detalle que ha tenido usted, y éstos son los que cuentan. Los demás no.

–Me alegro de que no le parezca una tontería –dijo Caroline, pensándolo bien.

Mientras lo decía, se levantó y recogió la cesta y el termo, pero el señor Shepperton le cogió la cesta y le indicó que se la llevaría él hasta casa.

–Ha cogido muchas –dijo.

–No las suficientes. Tengo que volver otra vez. Se tarda más, sin nadie que te ayude, pero la verdad es que me da igual. A las niñas no les gusta nada venir a coger moras y no me extraña; hoy día, la ropa es la ropa.

–Pero luego se las comen, supongo –murmuró el señor Shepperton.

–Quiero hacer mucha mermelada porque es posible que James vuelva a casa en primavera. James es mi hijo, hace tres años que está en Malasia.

–¡No parece usted tan mayor! –exclamó el nuevo amigo.

–¡Ah, soy bastante mayor! –respondió Caroline con seriedad.



Cuando Caroline llegó a casa sus hijas ya habían vuelto del partido de tenis. Leda estaba poniendo la mesa para la cena y Bobbie andaba revolviendo cazuelas y sartenes en la cocina. Caroline prefirió ir a lavarse y cambiarse antes de enfrentarse a sus hijas, así que dejó la cesta en el vestíbulo y subió las escaleras sin hacer ruido. Era imposible ir a buscar moras y no llenarse de arañazos y porquería, pero aun así...

Se lavó, se cambió y se cepilló el pelo vigorosamente. Lo tenía castaño claro, ligeramente ondulado y brillante, lucido todavía. El sol le había tostado la cara un poquito, tenía color en las mejillas y el ejercicio, el aire libre y el sol le daban brillo a los ojos, de color azul oscuro. «Todavía estoy bastante bien», se dijo, sorprendida, mirándose al espejo. El reflejo le pareció aceptable y, satisfecha de sí misma, bajó de nuevo.

–¿Has pesado la cesta? –preguntó, mientras se sentaban a cenar.

–Sí –dijo Bobbie–. Has recogido dos kilos y medio de moras y un guante de gamuza de caballero prácticamente nuevo. Estaba encima de las moras, debajo de tu abrigo.

–¡Qué lástima que no encontraras la pareja! –exclamó Leda.

–Pero ¡si no lo encontré! –exclamó Caroline.

Las chicas la miraron sin dar crédito a lo que oían.

–Es suyo, desde luego –prosiguió Caroline, pensando–. Supongo que lo pondría en la cesta y después se le olvidó.

El guante estaba en la mesa; parecía completamente nuevo, como había dicho Bobbie, pero ya tenía la forma de la mano de su dueño, una mano bastante grande, de dedos largos.

–Prueba número uno –dijo Bobbie, señalando el guante en actitud teatral–. ¿De quién es el guante? Queremos saberlo.

Leda no decía nada, no parecía interesada en la conversación. Era muy bonita, delgada y rubia, de facciones armoniosas. Se parecía a Arnold, desde luego, pensó Caroline, mirándola. Bobbie era como... como un cachorrito, sin formas todavía, rellenita y traviesa. Como Caroline acababa de descubrir que todavía

conservaba cierto atractivo, le apetecía ver a sus hijas objetivamente.

Bobbie no podía parar de reírse.

–¡Vamos, mami! –dijo, casi sin aliento–. ¿Quién era el caballero? ¿De dónde ha salido? ¿Por qué dejó el guante en la cesta?

–Supongo que lo pondría ahí para no perderlo –dijo Caroline, sonriéndole.

–¿Te ayudó a coger moras?

–¡No, por Dios! Tenía más pinta de Bond Street que de recolector de moras.

–Supongo que sería el señor Shepperton –dijo Leda.

Caroline se desilusionó un poco. Le apetecía seguir con el misterio, era divertido... Pero, claro, el caballero misterioso no podía ser otro. El vicario nunca parecía un caballero de Bond Street ni llevaba guantes (solo para trabajar en el jardín, y ese guante no era de jardinería, por descontado), y estas dos condiciones descartaban prácticamente a todos los hombres del municipio.

–Comfort dice que toda la ropa que lleva es nueva –añadió Leda–. Y no solo la ropa, sino todo lo que tiene.

–¡Qué curioso! ¿Verdad? –dijo Bobbie–. Porque casi todo el mundo lleva ropa vieja y gastada. ¿De dónde habrá sacado tantos cupones?

–Del mercado negro –dijo Leda, sirviéndose compota de ciruelas pasas.

Caroline quería rebatir esta explicación del misterio, pero, como no tenía argumentos, prefirió callarse. Afortunadamente el teléfono empezó a sonar con tanto apremio que tuvieron que dejar el tema.

–¡Es para mí! –exclamó Leda, dirigiéndose a la puerta.

–Derek, supongo –dijo Bobbie con retintín–. ¿Tú crees que se casarán?

Era la primera vez que Caroline oía esta idea expresada con palabras y de pronto le tembló el pulso al servir el café. Le intrigaba, claro está, pero Leda era muy reservada y no tenía la costumbre de hacer confidencias. Ahora, al pensar directamente en esa posibilidad, le preocupaba, veía obstáculos en el camino. Sir Michael podía oponerse, podía querer una pareja mejor para su único hijo varón.

–¿Qué te parece a ti? –insistió Bobbie–. Porque se pasa la vida en nuestra casa, ¿verdad?

–Siempre le ha gustado venir –puntualizó Caroline.

–Sí, pero antes venía a jugar con James, o solo porque se encontraba a gusto aquí. Ahora viene para hablar con Leda.

–Leda no ha dicho nada, ¿verdad?

–Leda nunca cuenta nada. En fin –añadió Bobbie con un suspiro–. Supongo que lo único que podemos hacer es esperar y aguantarlo. Los enamorados son muy tontos, ¿a que sí? Se enfadan y se ponen antipáticos. ¡Espero no enamorarme nunca!

No hubo tiempo para decir nada más. Leda volvió. Y Caroline, al mirarla con ojos nuevos, tuvo que reconocer que la crítica de Bobbie era cierta. Venía enfurruñada porque, al descolgar el auricular, esperaba oír la voz de Derek y se había llevado una decepción.

–¡Se han equivocado de número! –dijo Leda, al tiempo que se sentaba.

–¿Tanto rato para una equivocación? –exclamó Bobbie, sorprendida.

–No –contestó Leda–. Es que después he llamado al Gallo y Zorro para avisar de que teníamos el guante del señor Shepperton. La señora Herbert me ha prometido que se lo dirá.

–¡Ah, gracias! –murmuró Caroline.

Tenía intención de llamar ella al señor Shepperton, pero ahora ya no era necesario.

A la mañana siguiente, el señor Shepperton acudió a la iglesia. Estaba sentado en uno de los primeros bancos, al pie del atril. Caroline le veía la parte de atrás de la cabeza, con el pelo cepillado, sus anchos hombros y una chaqueta marrón de estambre perfectamente confeccionada. No fue necesario decir a las niñas quién era el señor Shepperton, porque lo habían visto, sin duda. Bobbie dijo en voz baja:

–Teníamos que haberle traído el guante –y Caroline asintió. Lo habían dejado encima del arca del vestíbulo.

En la iglesia, a Caroline siempre se le desmandaban los pensamientos un poco, por mucho que se esforzara en ordenarlos, y, cuando el almirante salió a hacer la lectura, sin poder evitarlo, pensó en si al señor Shepperton le parecería un toro. Quizá tenía

que haberse callado, pero no lo había dicho con mala intención. Era como un toro, la verdad, peludo, con el cuello ancho, y con unas facciones bastante marcadas y poco refinadas. Casi todo el mundo se parecía a algún animal, pez o pájaro. El señor Severn, el vicario, era como un querube. Era igualito que los angelotes de la vidriera que había donado sir Michael Ware en memoria de su mujer. Caroline había advertido el parecido cuando le dedicaron la vidriera a Alice y, antes de poder reprimir la idea, se había imaginado al querube en una cunita, en la habitación de los niños de la casa del vicario, y a la anciana señora Podbury mirándolo con admiración y exclamando: «¡Fíjate, es igualito que su papá!». Y se avergonzó mucho de sí misma, porque, además, lo que tenía que estar haciendo era pensar en la pobre Alice Ware, a quien apreciaba muchísimo y echaba de menos (sobre todo en la junta del Instituto de la Mujer, en la que tanto se divertían y jugaban) y porque sabía que, para los Severn, era un dolor y una desilusión no haber podido tener un hijo varón. En conjunto, muy lamentable todo, y Caroline tuvo grandes remordimientos.

Por lo general, a la salida de la iglesia la gente se quedaba un rato charlando en corros. Los que venían de otros municipios porque habían conseguido gasolina para asistir a la iglesia aprovechaban la oportunidad para hablar con sus amistades y contarse las novedades de la familia. Caroline habló con varias personas y después se acercó al señor Shepperton, que estaba charlando con el vicario. Llegó justo a tiempo para oírle aceptar una invitación a tomar el té en la vicaría el miércoles por la tarde.

—¿Le dieron el recado? —preguntó Caroline—. Su guante está a salvo, pero está muy alicaído, sin su amigo.

Después de poner en situación al señor Severn sobre lo ocurrido con el guante, el señor Shepperton sonrió y contestó que su amigo estaba deseando volver a verlo.

—¡Ah! —dijo el señor Severn—. Un guante solo es una cosa muy triste... lo cual me recuerda una anécdota muy divertida. Hace unos años, iba yo en el tren a Londres en un compartimento en el que solo había otro viajero, un caballero muy bien vestido y con cierta expresión de cascarrabias. Cuando entré en el compartimento, el caballero se había apoderado de todo el espacio y le disgustó mi

intrusión. Hablé del buen tiempo que hacía, pero él soltó un gruñido y se enfrascó en su periódico.

–¡Qué grosero! –comentó el señor Shepperton.

–¡Ah, sin duda! –convino el vicario–. Grosero... y colérico. No volví a dirigirle la palabra, claro está, e hicimos el trayecto en silencio. Al acercarnos a Londres, él empezó a recoger sus cosas y vio que le faltaba un guante. Miró por todas partes, incluso debajo de los asientos, pero el guante no aparecía. Me fijé en que el que le quedaba estaba prácticamente nuevo, un guante marrón muy bonito, de cabritilla, con cierre a presión. Su dueño lo miró con fastidio y a continuación abrió la ventanilla bruscamente y lo tiró a la vía. Un momento después, se llevó la mano al bolsillo del abrigo y encontró el otro.

El vicario siempre contaba anécdotas divertidas, y ésta no fue una excepción. Sus interlocutores se rieron de buena gana.

–Y ¿qué hizo usted? –preguntó el señor Shepperton.

–Salí rápidamente del compartimento y busqué refugio en el pasillo –contestó el vicario–. Era lo único que podía hacer; no solo porque no era capaz de contener la risa, sino también porque temía que el pobre hombre reventara si no daba rienda suelta a sus emociones.

–¡Cosa que no podía hacer en presencia de un sacerdote!

–Exacto –dijo el señor Severn con una risita–. Exacto.

IV



Comfort Podbury iba a Villa Vitoria todos los días, menos los domingos, para hacer la labor, fregar los cacharros y ayudar a Caroline en la cocina. A Caroline la apreciaban tanto en el pueblo que podría haber elegido a cualquiera de las mujeres que trabajaban fuera de casa, pero se quedó con Comfort; le tenía cariño y, lo que era más importante, sabía que Comfort se lo tenía a ella. La verdad es que Comfort era más bien lenta –estaba tan gorda que no podía moverse con rapidez– y no se le daba muy bien la cocina. Pero Caroline había descubierto, para su asombro, que era una cocinera excelente y podía enseñar a Comfort a hacer las cosas bien. Con las escasas raciones de sucedáneo que les correspondían había hecho guisos que sabían muy diferente de los normales: la carne, tierna, y la salsa, marrón, suave y sabrosa. Sus budines se deshacían en la boca. «¡Qué gracia! –solía decir–. Antes de la guerra, yo no había cocido ni una patata. Dependía totalmente de la cocinera, totalmente. Cocinar me parecía difícil. Creía que había que aprender –y sacaba del cajón de la cocina una cuchara de palo, blanca de tanto fregarla, y batía la mezcla con toda atención, como si le fuera la vida en ello–. Solo hay que hacer lo que dice el libro, nada más», repetía.

Para Caroline era importante hacer las cosas bien, hacer lo que fuera lo mejor posible. Encontraba belleza en los detalles cotidianos y disfrutaba con ellos (lo cual estaba muy bien, porque había disfrutado de muy pocas cosas en su vida). Se deleitaba con una tarta bien hecha, con una servilleta bien doblada, con una blusa bonita, lavada y planchada; le gustaba ver el jardín bien cavado, la fértil tierra marrón cargada de vida; le encantaban las flores. «Cuando se es joven, una solo se ocupa de sí misma –pensaba–, no se tiene tiempo para los detalles cotidianos, pero, cuando la juventud queda atrás, se abren los ojos y se ven la magia y el misterio que nos rodea: la magia del vuelo de un pájaro, de la forma de una hoja, del arco orgulloso de un puente contra el cielo, de pasos en la noche y de una voz llamando en la oscuridad; del momento en que va a alzarse el telón en un teatro, del viento en los

árboles o (en invierno) una rama de manzano cuajada de nieve pura y blanca, y de los carámbanos que cuelgan de una piedra, salpicados con los colores del arco iris.»

Sus hijas no la conocían, por supuesto. La querían, pero no tenían la menor idea de cómo era. Era su madre. Siempre había sido la misma y siempre lo sería. Aceptaban que se interesara por sus cosas, pero nunca se les había ocurrido que pudiera tener interés por sí misma, ni nunca se habían interesado por ella. Habían crecido desde pequeñitas con su imagen siempre presente y por eso no la miraban. Comfort la conocía mejor. Comfort adoraba a la señora Dering: habría hecho por ella cualquier cosa, literalmente cualquier cosa.

A veces, mientras hacía alguna tarea en la casa, Comfort se inventaba historias sobre la señora Dering y sostenía con ella largas conversaciones imaginarias. La señora Dering diría: «Comfort, no sé lo que voy a hacer; he perdido todo el dinero. No tengo ni un penique para pagar las facturas». Y Comfort iba a la oficina de Correos, sacaba sus treinta libras –lo que tenía ahorrado en la cuenta de Correos– y se las daba a la señora Dering. «Tenga, no se preocupe –le diría–. Pague las facturas con esto.» O la señora Dering caía enferma y Comfort la cuidaba día y noche –de escarlatina, claro, y las señoritas no podrían entrar en su habitación–, hasta que finalmente el médico decía: «Bueno, Comfort, la señora ya está mejor. De no haber sido por usted, no sé si habría salido de ésta». O la casa se incendiaba y todo el mundo conseguía escapar menos la señora Dering, que se había desmayado en el salón, y Comfort se abría camino entre las llamas y la llevaba en brazos a la salvación; se quemaba por todas partes, desde luego, y la señora Dering iba a verla al hospital. Le cogía la mano y, con lágrimas en los ojos, le decía: «¡Ay, Comfort, me salvaste la vida! Tienes que ponerte buena por mí; no me las arreglo sin ti». Por lo general, Comfort se recuperaba, pero a veces no. A veces moría y entonces se celebraba un entierro magnífico, con coronas de flores. Asistía todo el mundo. A todos se les olvidaba que era gorda, lenta y fea; solo se acordaban de lo valiente que había sido y de que había salvado a la señora Dering... Y la señora

Dering iba al cementerio una bonita tarde de domingo a poner un ramo de lirios en su tumba.

Caroline no sabía nada de todo esto, claro está, pero conocía a Comfort lo suficiente para sentir compasión por ella. Era un caso trágico. Dentro de esa montaña de carne vivía un alma romántica y sensible. Se acordaba de cuando Comfort era una muchacha bonita y rellenita, de alegres ojos castaños y una mata de indomables rizos negros. A los chicos del pueblo les parecía guapísima, pero ella solo tenía ojos para Sid Houseman. Sid era carpintero y trabajaba con su padre. Cuando decidieron casarse, él dijo que quería ir al Canadá para mejorar su posición. Comfort le prometió que le esperaría y así se hizo. Caroline sabía todo eso porque Comfort trabajaba en la panadería, la ayudaba en la Asociación Juvenil Femenina y hablaba de Sid a menudo. Pasaron unos cuantos años y Sid Houseman tuvo suerte; consiguió establecerse, encontró una casita y volvió a Inglaterra para casarse con Comfort y llevársela a Montreal. Pero, entretanto, Comfort engordó. No es que estuviera gorda, sin más, es que se puso inmensa. Era objeto de burla.

—¿Le parece que a Sid le molestará? —preguntó un día a Caroline.

—No, qué va —contestó Caroline sin convicción.

—Bueno, no sé —dijo Comfort con tristeza—. Se lo he dicho, desde luego, pero ¿de qué sirven las palabras? No me ha visto. No me extrañaría nada que cambiara de opinión.

Tras una vacilación, Caroline respondió:

—Oye, Comfort, ¿por qué no se lo consultas al doctor Smart? Te pondría un tratamiento...

—¡Ah, ya se lo he consultado! —contestó Comfort—. Dijo que era por las glándulas. Dijo que tenía que tomar tiroides, pero mi madre dijo que no, que eso eran glándulas de mono y que lo tomaría por encima de su cadáver. Es que, verás, señora Dering, mi madre tenía una sobrina que engordó mucho, igual que yo, y le dieron glándulas de mono. Se puso rara —dijo Comfort, mirando a Caroline con los ojos muy abiertos, asustada—. Se puso rarísima, señora Dering.

Caroline no insistió. Comprendió que, dijera lo que dijera, no podría superar un prejuicio tan arraigado. Pensó que tal vez, con un poco de suerte, todo saldría bien, que quizá Sid se diera cuenta de

que Comfort seguía siendo la misma por dentro y no dejaría de quererla a pesar de su físico.

Sid llegó muy animado y lleno de buenas intenciones. Comfort le había dicho que estaba gorda, ¡qué más le daba a él! Nunca le habían gustado las mujeres flacas... Pero, cuando la vio, no pudo disimular su consternación; no podía... no, sencillamente no podía seguir adelante. Volvió solo al Canadá. Todo el pueblo se enteró de lo sucedido –eso fue lo peor– y muchas buenas personas echaron la culpa a Sid. Pero Comfort no, no quería oír una palabra en contra de él.

Fue entonces cuando Caroline pidió a Comfort que dejara la panadería para ir a trabajar a Villa Vitoria; le parecía que la muchacha estaría mejor allí, y a Comfort también se lo parecía. En Villa Vitoria no vería a nadie, solamente a la familia Dering; no tenía por qué ir al pueblo y soportar las miradas compasivas de sus amigos y las sonrisas de sus enemigos. No podía «irse de interna» porque su madre tenía miedo a pasar la noche sola, pero, si Caroline tenía que ausentarse, se quedaría en la casa y llevaría también a su madre. Caroline la contrató por verdadera bondad, pero después descubrió que en realidad se había hecho con un tesoro de persona. Comfort seguía siendo lenta, desde luego (nunca dejaría de serlo), pero era minuciosa y de toda confianza. Hacía cuanto se le pedía, nunca se le olvidaba nada y nada era excesivo para ella.

Leda la aborrecía. «Es que es repulsiva –decía la joven–. No soporto verla arrastrándose por la casa. No sé qué demonios pensará la gente cuando sale a abrir la puerta.»



El lunes por la mañana, Comfort fue a Villa Vitoria como de costumbre y, como de costumbre, habló con Caroline de la comida del día. Algunas veces, a Caroline no le molestaba pensar en la comida del día y prepararla, pero otras se le hacía insoportable. En la despensa no quedaba nada más que un resto de guiso muy poco apetitoso.

–Dáselo a Joss –dijo Caroline.

–¿Abrimos una lata de alubias guisadas? –preguntó Comfort.

Caroline asintió con un suspiro.

–La semana es demasiado larga –dijo–. Es un fastidio tener que comer todos los días, ¿verdad? ¡Ah, si bastara con comer solo dos o tres, tendríamos más que suficiente para pasar la semana!

–¡Qué lástima que no podamos comer hierba! –dijo Comfort–. Hay gente que la come, al menos una mujer. El sábado por la noche pusieron una película (fui con mi madre a Wandlebury en el autobús), una película en la que salía una mujer que solo comía hierba. Vivía en Londres, iba al parque, cogía hierba y se la comía... aunque antes la cocinaba, claro. La verdad es que no tenía tan mala pinta.

Caroline se rió y Comfort también. Cuando la mujer se reía se le movía todo el cuerpo como si fuera de gelatina.

–¡Ay, Dios! –exclamó, casi sin aliento–. ¡Ay, Dios! Un señor que estaba detrás de nosotras dijo: «Ésa es la mujer de Nabucodonosor». ¡Ay, Dios!

Un poco animada por la anécdota, Caroline cogió la cesta y se fue al pueblo. Estaba a menos de un kilómetro, un paseo agradable cuando hacía buen tiempo. La calle Mayor era estrecha y sinuosa, con tiendas pequeñas a ambos lados; casi todas las casas eran viejas y muchas estaban ligeramente torcidas. Siempre le daba la sensación de que tendría que haber señoras con capota y miriñaque de compras por el pueblo, charlando entre ellas sin ninguna prisa y entrando y saliendo de las tiendas (y comprando docenas de metros de bombasí y encargando solomillo de ternera y pierna de cordero para alimentar a su numerosa familia); pero esos tiempos habían

pasado para siempre y, en vez de señoras vestidas de bombasí, vio a Rhoda Ware, que pasaba por la calle a toda velocidad en motocicleta. Rhoda llevaba unos pantalones sueltos de pana y una camisa de seda de color crema con cuello abierto, y su pelo dorado flotaba en la brisa. Tenía un pelo de oro puro, como los soberanos recién acuñados, como los botones de oro que proliferaban en las orillas del Wandle... y hoy, a la luz del sol, resultaba deslumbrante. Cuando la joven vio a Caroline frenó en seco y casi se cae.

–¡Hacía siglos que no la veía! –exclamó sin aliento–. ¡Le presento a Guiñosa! ¿A que es una preciosidad? Acabo de comprarla. Va como la seda. Siempre he querido una motocicleta, pero mi padre no estaba dispuesto a comprármela, así que he ahorrado algo, he arañado de unas cosas y otras, he vendido un par de cuadros horribles y... ¡aquí está!

Caroline alabó a Guiñosa apropiadamente.

–Pero ¿por qué Guiñosa? –le preguntó.

–Porque me hace guiñar los ojos –le explicó la dueña–. Todavía no me he acostumbrado a la velocidad. Me encantaría llevarla a casa en moto, pero seguro que no me deja, ¿verdad?

–No, no, gracias –dijo Caroline.

–Iría con mucho cuidado, en serio, señora Dering.

–No, Rhoda –repitió Caroline con más firmeza que antes.

–Mi padre tampoco se deja –dijo con tristeza.

Imaginarse al almirante encaramado en el asiento de atrás y agarrado a la cintura de su hija hizo reír a Caroline. Se rió de buena gana, y Rhoda también.

–Sí, bien pensado, sería bastante raro –reconoció–. La verdad es que no se me ocurriría traerlo hasta el pueblo, solo ir y volver por la avenida. Dijo que le daba miedo.

Caroline apreciaba mucho a Rhoda: era una joven completamente natural, directa –igual que su madre– y bastante sensata. Algunas personas la criticaban; decían que su obligación era quedarse en casa cuidando a su padre, en vez de irse a Londres a estudiar Bellas Artes y vivir sola; decían que era una muchacha alocada, que solo se preocupaba de divertirse, que sus fiestas eran orgías y su vestuario, absurdo y estrafalario.

–Tengo que ir a hablar con usted –dijo Rhoda–. ¿Puedo ir a tomar el té o algo?

–Puedes venir siempre que quieras, ya lo sabes, ¿no?

–Sí –admitió Rhoda–. Sí, y voy a ir. Lo que pasa es que parece que hay muchas cosas que hacer. La vida va tan deprisa... Y, la verdad, siempre se me olvida lo simpática que es usted hasta que vuelvo a verla.

–¿Eso es un cumplido? –preguntó Caroline, sonriendo.

–Es la verdad –declaró Rhoda–. Yo no hago cumplidos. Oiga, señora Dering, la próxima vez que vaya a la ciudad, avíseme y organizo una fiesta en su honor.

–A tus amigos les parecería un plomo.

–¡Qué va! Todos querrán pintarla.

–¡Pintarme a mí!

–Sí, pero no voy a dejar que la pinte nadie, solo yo, y todavía no estoy preparada. No –dijo Rhoda, montando en la motocicleta y preparándose para seguir su camino–. No. No voy a pintarla hasta dentro de un año. Será mi primer trabajo académico...

Siguió hablando, pero Caroline no oía una palabra de lo que decía, porque el motor de Guiñosa estaba en marcha y hacía un ruido como una metralleta en una calle estrecha.

–¡Qué tremenda es esa muchacha! –exclamó la señora Meldrum, que salía de la verdulería con una cesta en el brazo–. Un día se rompe la crisma y adiós, muy buenas, pero, mientras se la rompa ella sola, no habrá que lamentar mucho la pérdida.

–Sería una pérdida irreparable –replicó Caroline con ímpetu–. Aunque Rhoda sea un poco alocada, es una persona íntegra y tiene un corazón de oro, igual que el pelo...

La señora Meldrum sonrió forzosamente y entró en la carnicería.

Caroline se quedó sola en la acera... y tardó un momento en reaccionar. Le remordía la conciencia, porque se había propuesto llevarse mejor con la señora Meldrum y acababa de meter la pata otra vez. Claro que la señora Meldrum era agotadora –y estaba muy equivocada con Rhoda– pero podía haberle llevado la contraria con más tacto, de eso no cabía la menor duda.

Caroline tenía muchos amigos en el pueblo. Vio a la señora Severn, la mujer del vicario, encargando una gran cantidad de

bollitos (y eso le recordó que por la tarde había reunión del Círculo de Costura en la vicaría) y, en la farmacia, se encontró con el doctor Smart, que estaba hablando de cosas de su profesión con el dependiente (o eso parecía, hasta que, de repente, los dos rompieron a reír a carcajada limpia). También se encontró con la señora Burnard, que tenía muchas ganas de consultarle a propósito de la fiesta de Hallowe'en que se celebraría en la cabaña de la Asociación Juvenil Femenina y de saber si en el huerto de Villa Vitoria tendrían una buena cosecha de manzanas.

–Todavía falta un poco –dijo la señora Burnard–, pero quiero que la gente se comprometa a llevar manzanas –y miró esperanzada a Caroline.

A Caroline le irritaba que la gente diera rodeos para pedir algo (¿por qué esa mujer no podía decirle simplemente: «Por favor, deme manzanas»?), pero se tragó la irritación y dijo que le daría seis kilos, si le parecía bien, y se escabulló rápidamente mientras la señora Burnard se deshacía en manifestaciones de agradecimiento. Por último, se encontró con Sue Widgeon en la pescadería.

Sue era prima de Comfort. Antes de casarse con Jim Widgeon se apellidaba Podbury; era la mayor de una familia numerosísima y feliz que vivía en el centro del pueblo y participaba en todas las actividades. Tanto el coro como la Asociación Juvenil Masculina, la Femenina y el club de teatro contaban con varios hermanos y hermanas de Sue, y no habrían sabido qué hacer sin ellos. Lo cierto es que en Ashbridge había tantos Podbury (todos familiares de Sue) que si, por capricho, el cruel destino se los hubiera llevado a todos de pronto, la vida del pueblo se habría paralizado. Unos Podbury hacían el pan, otros clasificaban las cartas y las repartían; si se estropeaba un teléfono, acudía un Podbury a repararlo; si se atascaban unas cañerías, las desatascaba un Podbury. El ayudante del carnicero era un Podbury, los dos del verdulero, también... A veces, Caroline pensaba que el pueblo de Ashbridge tendría que llamarse Podbury.

Sue se había casado la Navidad anterior y todos sus hermanos y hermanas, primos, y tías habían asistido a la ceremonia (era una familia muy unida y de tan buen carácter que todos se llevaban bien y nadie estaba reñido con nadie). Se había casado con Jim

Widgeon, un joven labrador que trabajaba en una de las granjas de sir Michael Ware. La joven pareja vivía en una casita cerca de la cantera y, por tanto, cerca de los Dering. Caroline conocía muy bien a Sue, porque había sido una de las socias más activas del club de teatro. Hablaba por los codos y era un poco indiscreta, pero tan bonita, buena y modesta que la quería todo el mundo. Le encantaba el teatro y había dicho a Caroline que podía seguir yendo al club y asistir a todas las reuniones, como siempre. Pero las cosas no habían salido como ella esperaba.

–Supongo que, cuando nazca el niño, no habrá ninguna posibilidad de que sigas en el club, ¿verdad? –le preguntó Caroline.

–No creo que pueda –contestó Sue–. La verdad es que Jim dice que no tengo por qué renunciar a todo y quedarme en casa sin salir nunca. Dice que cuidará él al niño cuando tenga que ir a algún sitio, pero no me lo imagino –dijo, sonriendo–. No me imagino a Jim cuidando al niño... ¡con las manazas que tiene! Le aseguro que somos tan felices que nunca tengo ganas de ir a ningún sitio por la tarde, solo a casa de mi madre, a veces, para verla a ella y a los demás, y, por otra parte... tengo mucho que hacer todo el día. Claro que, en comparación con la casa de mis padres, todo es un poco solitario, pero no se puede tener todo, ¿verdad?

Caroline le dio la razón, pero se propuso ir a ver a Sue más a menudo y decirle a Comfort que la invitara a tomar el té.

–El sábado fuimos a Wandlebury –continuó Sue, con la confianza habitual–. Compramos un cochecito precioso, señora Dering. Me encantaría que lo viera. Jim solo quiso conformarse con el mejor que encontramos. Quiere que sea niño, ¿sabe? A mí me da igual...

Como las dos habían terminado de hacer la compra, fueron juntas por la carretera sin parar de charlar. Después de contar a Caroline todas sus novedades, quiso saber las que había en el club y le hizo mucha gracia la forma en que Caroline la puso al día de los esfuerzos que hacía Beryl Coney por quitarle a Violet Houseman el papel femenino principal, y los de ésta por evitarlo.

–¡Qué tontas son! –dijo Sue, riéndose.

VI



Hacía una tarde espléndida, exactamente la que habría elegido Caroline para ir a buscar otra cesta de moras, pero desafortunadamente había ropa que planchar. Leda quería los pantalones cortos de tenis para mañana por la tarde, había dos camisas de Bobbie y un montón de ropa interior y servilletas.

–Me encargo yo de la plancha, Comfort –dijo Caroline.

A Comfort no se le daba muy bien; en una ocasión asuró el mejor pijama de Leda y tuvo que soportar que se lo recordara hasta muchos días después.

–¿Seguro, señora Dering? –preguntó Comfort–. Bueno, entonces, si le parece, me voy de una carrera a ver a mi madre; esta mañana estaba un poco pocha.

A Caroline le pareció bien. Le hizo gracia imaginarse a Comfort echando una carrera... y suspiró, porque, desde luego, la cosa no era nada graciosa. Comfort acababa de cumplir treinta años y tendría que estar en condiciones de correr, bailar y divertirse como las demás mujeres de su edad. Precisamente el doctor Smart le había hablado de ella la semana anterior; le había dicho que si Comfort quisiera seguir el tratamiento indicado reduciría peso y su salud mejoraría. «Lo sé –respondió Caroline–. Pero tiene tanto miedo que es muy difícil», y entonces le explicó pormenorizadamente por qué tenía Comfort tanto miedo. «¡Ponerse rara! –exclamó el médico–. Si no toma tiroides sí que se va a poner rara. Lo tomará si se lo dice usted, señora Dering.»

Caroline opinaba lo mismo que el médico. Creía que podría convencer a Comfort de seguir el tratamiento. Pero ¡qué responsabilidad! Y ¿si algo salía mal? Al doctor Smart le parecía muy fácil decir que no había ningún peligro: no entendía la mentalidad de Comfort. Era una cuestión psicológica, más que médica. Comfort y su madre estaban convencidas de que el tratamiento era peligrosísimo y, por lo tanto, lo más probable era que Comfort se pusiera «rara» de puro miedo.

La plancha ya estaría caliente, o eso esperaba; se humedeció el dedo y probó si la temperatura era buena; puso un pañuelo en la

tabla de planchar. En ese mismo instante sonó la campanilla de la puerta. Era una campanilla antigua, así que no solo la oyó, sino que la vio moverse sin ton ni son, meneándose de un lado a otro entre las demás campanillas de la fila, cerca del techo.

–¡Ay, qué lata! –exclamó–. ¡Qué lata, por Dios! Pero, seas quien seas, voy a terminar la plancha por encima de todo; aunque seas... ¡la reina!

Desenchufó la plancha y fue a abrir la puerta y, mientras iba, se le disparó la imaginación (como tantas otras veces) y... «Supongamos que fuera la reina. Supongamos que sus majestades van hacia Sandringham, se equivocan en un cruce y se paran en Villa Vitoria a preguntar. La reina diría: “¡Qué flores tan bonitas! Tal vez los habitantes de esta casa tan bonita nos ofrezcan una taza de té...”».

Caroline abrió la puerta y vio al señor Shepperton.

–¡Ah, es usted! –exclamó, sorprendida.

–¿Estaba...? ¿Esperaba usted a otra persona? –preguntó él.

–A la reina, nada más –contestó Caroline con una risita–. No me haga caso –añadió–. A veces se me va un poco la cabeza. ¿No quiere pasar?

–A lo mejor está atareada.

–Estoy planchando. Puede pasar y ver cómo plancho, si le apetece.

Casi esperaba que rechazara la invitación, pero no fue así.

–Tenía la impresión de conocerla de algo –dijo el señor Shepperton, mientras dejaba el sombrero en el arca tallada de roble–. Usted no se acordará, claro; fue un encuentro fortuito. Yo tampoco recordaba cuándo ni dónde, pero ahora sí.

Caroline lo llevó a la cocina y le señaló la silla de mimbre.

–Es más cómoda de lo que parece –le dijo–. Ahí se sienta Comfort. La ha desvencijado un poco, pobrecita. Cuénteme cómo nos conocimos.

El señor Shepperton se sentó y se quedó un momento mirándola, sin hablar; vio que estaba planchando pañuelos.

–Cuénteme –repitió Caroline–. Tengo poca memoria para las caras.

–Fue en Dinamarca –dijo.

Cada vez lo recordaba con mayor claridad. Estaba recuperándolo todo. Se había alojado en Hillerod y había ido a ver el castillo de Elsinore. Había unas doce personas recorriendo el castillo, siguiendo al guía de sala en sala y atendiendo a sus explicaciones. Robert Shepperton se fijó en la pareja inglesa y se preguntó si serían padre e hija o marido y mujer. Ella era mucho más joven... Pero no, ella no era la hija, porque llamaba al hombre por el nombre de pila. «¿Seguro que no te resultará agotador, Arnold?», le había preguntado ella. «Arnold» estaba portándose mal, como un niño malcriado. Ninguna de las exposiciones le parecía bien, se preguntaba en voz alta qué demonios decía ese tipo y por qué no podía hablar en cristiano. Su joven mujer, cohibida y avergonzada, intentaba apaciguarlo. Llegaron a una sala grande, llena de arcas y armarios delicadamente tallados y ella se quedó un poco atrás. «¿Le gustan las tallas?», le preguntó él. «Me fascinan las arcas», respondió ella, mirándolo directamente (la mujer tenía los ojos de un azul profundo, casi oscuro, comprobó Robert Shepperton). «Es que son fascinantes», afirmó. «Casi dan miedo», dijo ella, un poco entrecortadamente. «Tal vez sea por *La rama dorada*²», dijo él. A partir de ese momento, no se separó de la pareja y pudo traducirles algunas de las cosas que decía el guía, para que entendieran algo, porque Robert Shepperton entendía el danés, era un lingüista nato y las lenguas nórdicas le interesaban especialmente.

Y no sucedió nada más. Hacía mucho tiempo que lo había olvidado, pero había reconocido la cara de la mujer. No había cambiado mucho –en cualquier caso, no tanto como él–, y el arca tallada del vestíbulo le había dado la clave que le faltaba.

–¡En Dinamarca! –exclamó Caroline–. Pero, eso fue hace años. Hace por lo menos once o doce que fui a Dinamarca con Arnold.

–Fue en Elsinore. Había un arca enorme y usted dijo que la asustaba un poco.

–¡Ah, claro! –exclamó de nuevo, y se volvió a mirarlo–. ¡Usted es el joven que hablaba danés! ¡Qué extraño! ¡Ay, Dios! Fue una tarde horrible. Pobre Arnold, estaba tan... tan enfadado porque no entendía nada...

–Es que es un fastidio no entender nada –se apresuró a decir el señor Shepperton.

Ahora casi lamentaba haberle traído a la memoria un mal recuerdo.

Antes de que Caroline hablara de nuevo se oyó el ruido de la plancha contra la tabla un par de veces. Estaba recordando aquella tarde tan desagradable.

–Arnold era muy inteligente –dijo al cabo de unos momentos–. Veía lo revuelto que estaba el mundo y le parecía que nada tenía arreglo. Estaba convencido de que habría otra guerra. A veces casi me alegro de que no haya vivido para verla. Decía que las cosas iban de mal en peor y tenía razón, desde luego... Pero pasarlo mal no sirve para nada; sufrir por las desgracias que suceden no sirve para evitarlas o arreglarlas, simplemente tapan el sol. Cada vez que Arnold hablaba con alguien, lo preocupaba cada vez más y al final todos se iban como si llevaran a cuestas las catástrofes del mundo, abrumados bajo el peso de la carga. Y en semejante estado de ánimo, ¿quién tiene fuerzas para hacer algo? Era lamentable.

–Sí –dijo el señor Shepperton–, lo comprendo...

–No se puede vivir sin felicidad... o, al menos, sin esperanza.

El señor Shepperton asintió y dijo:

–«El corazón alegre anda todo el día, el triste se fatiga en la primera milla».³

–Yo, aquí, hablando sin parar –dijo Caroline– y ¡Shakespeare lo dice en dos versos!

–Es lo que tiene de bueno.

–He pensado mucho en la felicidad –continuó Caroline–. Tal vez porque Arnold nunca fue feliz y vi lo mucho que le afectaba. A veces pienso que a lo mejor ganábamos algo si todo el mundo, todos y cada uno de nosotros, hiciera todo lo que estuviera en su mano para que un rincón del mundo fuera más feliz.

Mientras hablaba, puso un almohadón muy arrugado en la tabla y lo alisó con pericia.

–Como eso –dijo él.

Caroline sonrió.

–Si se refiere a quitar las arrugas, es muy fácil.

–Si se sabe cómo hacerlo.

–Sé planchar una prenda arrugada –admitió ella, doblando el almohadón con cuidado–. Si todo el mundo hiciera lo que pudiera...

Para empezar, un poco de felicidad aquí y allá... Los círculos se harían cada vez más grandes hasta que se encontraran y se fundieran.

–Sin una sola arruga.

Cogió los pantalones cortos de Leda y los puso en la tabla.

–No es imposible –insistió Caroline–. No es imposible, si empezáramos a hacerlo bien. Pero lo hacemos mal... Se promulgan leyes, se procura hacer a la gente buena y feliz... pero solo hay una forma de hacerlo, de dentro afuera, empezando por el individuo y extendiendo la felicidad a los demás. Algunas personas tienen mucha fuerza y podrían hacer mucho; otros, solo un poco, pero todos podrían hacer algo... aunque solo fuera hacer de su casa un lugar feliz.

Los golpes de la plancha, a medida que planchaba los pantalones de Leda, guiaban sus reflexiones y Robert Shepperton no la interrumpió. En realidad, era como si hablara sola... o eso le parecía a él. Estaba muy a gusto en la luminosa cocina, mirando y escuchando. Necesitaba descanso y paz.

Por fin Caroline dobló la última prenda y la añadió al montón.

–Vamos a tomar el té –dijo–. Las niñas han ido a Wandlebury, así que estoy sola, y usted se merece el té, sin duda, después de soportar tanta cháchara. El té se sirve en el salón.

El señor Shepperton se levantó inmediatamente y la ayudó con los preparativos; cogió el reluciente hervidor de aluminio del fuego y llenó la tetera de agua hirviendo. Caroline subió un momento a arreglarse y cuando volvió se lo encontró en el salón atizando la chimenea.

–Lo he reavivado –dijo, sin levantar la cabeza–. Me habría gustado conocerla hace siete años, es decir, sin contar con Elsinore, aunque no habría habido nada que hacer.

–Contemos desde Elsinore –dijo ella.

La verdad es que la asombraba verlo manejar hervidores y chimeneas con tanta soltura. Parecía tan immaculado... como si jamás hubiera hecho una labor doméstica en su vida.

–Lleva usted una ropa maravillosa –dijo Caroline, suspirando.

Robert Shepperton no tenía la menor idea de qué pensamientos la habían llevado a hacer semejante comentario.

–La cuestión es que toda la ropa que tengo es nueva –dijo él–. Supongo que envejecerá con el tiempo.

–¿Solo tiene ropa nueva? –preguntó ella, sentándose; y empezó a servir el té.

Él tuvo un momento de vacilación. Caroline creyó que iba a darle una explicación pero enseguida vio que cambiaba de parecer. «Bueno, si no quiere...», se dijo, y empezó a hablar de otra cosa.

Todavía estaban tomando el té cuando llegaron de Wandlebury las hijas de Caroline... acompañadas. Las Dering habían traído a Joan Meldrum y Derek Ware... o, mejor dicho, Derek las había traído a ellas. Las había visto esperando el autobús y se había ofrecido a llevarlas a casa. Se hicieron las presentaciones, se sacaron más tazas y la tranquila habitación se llenó de pronto de voces. Caroline estaba acostumbrada a los amigos de sus hijas y a sus conversaciones, aunque no participaba mucho. Por lo general, le gustaba y le divertía quedarse en segundo plano oyendo lo que decían. (Ella también había sido joven e inmadura en otra época, y había tenido conciencia de serlo, pero los chicos de ahora no se daban cuenta. Ahí estaba la diferencia. No pretendía criticarlos, ni siquiera para sí misma. Sentía lástima por ellos: ¡tenían tanto que aprender...!) Sin embargo, esta tarde, la conversación de los jóvenes le parecía intolerable. Era por el señor Shepperton, naturalmente. El señor Shepperton estaba tomando su té discretamente, fumando un cigarrillo y mirando el fuego (que ya ardía alegremente); parecía contento y tranquilo... Parecía descansado. Ahora que había recordado quién era se preguntó por qué se había puesto tan tonta. Le había parecido interesante entonces –hacía muchos años– y se lo seguía pareciendo. Había viajado mucho y tenía ideas brillantes, pero no podía hablar, no le daban la oportunidad de intervenir. Derek, Leda y Joan no callaban. Hablaban de sus amigos y de los asuntos de sus amigos. Bobbie se reía a carcajadas, por lo bajo, y comía bollitos y mermelada sin parar.

Estaban «exhibiéndose», pensó Caroline, mirándolos; le habría gustado que tuvieran todos diez años menos para poder decirles que guardaran silencio. Se creían muy listos, pero eran muy desconsiderados. Era de muy mala educación excluir al señor

Shepperton de la charla general; lo excluían a propósito hablando de cosas que él desconocía por completo. ¿En qué estaría pensando? Se había tomado el proceder de Arnold con gran indulgencia y comprensión. ¿Se tomaría igual la situación de ahora?

Tal vez él notara su inquietud, porque al momento se dispuso a intervenir en el debate. Derek lanzaba invectivas contra lo insulsa que era la vida rural en general y la de Ashbridge en particular.

–Solo a los insulsos les parece insulsa la vida rural –dijo el señor Shepperton.

Derek lo miró con asombro.

–Pero los campesinos son insulsos, ésa es la cuestión –replicó Derek–. A veces acompaño a mi padre a hacer el recorrido de las granjas y tardan cinco minutos en responder a la pregunta más sencilla.

–Son lentos, pero no insulsos. No es lo mismo.

–¡Ah, yo estoy de acuerdo con Derek! –exclamó Leda–. Los campesinos son tan insulsos que ni siquiera aprecian la belleza del campo.

–¿Está segura de eso, señorita Dering?

–¡Por Dios, es más que evidente! –exclamó Derek–. ¿A cuántos granjeros o labradores conoce usted que disfruten de la belleza de la naturaleza? Son más insulsos que el pan sin sal.

–Eso es mucho decir –replicó el señor Shepperton, sonriendo–. Estoy de acuerdo en que no es frecuente que los campesinos escriban poesía sobre el campo. No les baila el corazón de contento al ver los narcisos. Trabajan la tierra y conocen todos sus secretos, pero ese conocimiento a ellos les inspira respeto. Cuando el viento riza un maizal no les parece mágico, pero sienten orgullo y satisfacción. En realidad aman la tierra como un niño a su madre, no como un hombre a su compañera. –Tras una vacilación, añadió–: Por eso los campesinos son lentos y sabios.

–Bueno, tal vez tenga razón –dijo Derek con indolencia–. Tampoco es que sepa yo tanto de campesinos... solo que huelen mal.

Las chicas se rieron.

Caroline se indignó: ¡qué grosería! ¡Esto pasaba de castaño oscuro! Clavó a Derek una mirada furibunda.

–Si no sabes tanto de campesinos, no tienes ningún derecho a decir que son insulsos –le recriminó–. Primero dices una cosa y después, otra. Eso no puede ser. Siempre creí que los estudiantes de Derecho aprendían a argumentar con lógica –añadió, para rematar.

Se hizo un silencio impresionante.

–Venga a ver mi jardín, señor Shepperton –dijo Caroline dulcemente.

El señor Shepperton se levantó sin pérdida de tiempo. Había sacado el pañuelo y se estaba sonando la nariz con más ímpetu del necesario... para disimular una sonrisa inoportuna.

VII



Caroline estaba haciendo las cuentas en el escritorio. Era un trabajo que no le gustaba nada. Y menos aún porque parecía que el presupuesto menguaba y los gastos aumentaban, y tenía la incómoda sensación de que, si la situación no cambiaba, no tardaría en tener dificultades económicas. Arnold había dejado todo su dinero en fideicomiso porque no confiaba en la capacidad de Caroline para los negocios; lo había invertido en papel del Estado, una inversión segura, naturalmente, pero que producía muy poco beneficio. Arnold había previsto la guerra, pero no la subida de impuestos ni la del coste de la vida, desde luego. Era una lástima que Caroline no dispusiera de fondos propios... Una lástima y una injusticia, en cierto modo. Sus padres habían vivido con desahogo: eran propietarios de una casa muy bonita en el sur de Escocia, pero tenían cuatro hijas y, cuando consiguieron casar a la mayor con un buen partido, incluso mucho mejor de lo que se podía esperar, les pareció que ya habían cumplido con sus necesidades. A Caroline, como mujer de Arnold Dering, no le faltaría de nada, por lo tanto podían borrarla del testamento y dividir el patrimonio entre las otras tres hijas. A Arnold Dering le pareció bien. Disponía de una buena renta y prefería que su mujer no tuviera nada a su nombre. Le infundía seguridad. Caroline no sabía nada de estos acuerdos, acababa de cumplir dieciocho años cuando le anunciaron que el señor Dering había pedido su mano y que sus padres habían aceptado la oferta. «Es de tu agrado, ¿verdad?», le preguntó su madre. Sí, era de su agrado, y no se esperaba que quisiera casarse con ella –le parecía mayor para ser su marido, según su propia idea– pero era muy amable por haberle tomado tanto cariño y le estaba agradecida. Y Caroline dijo «sí» a Arnold Dering e hizo cuanto estaba en su mano para ser una buena esposa. Enterró su personalidad para ser su mujer, pero no era suficiente, él seguía insatisfecho... Lo cogía todo y todavía quería más. A veces, Caroline pensaba que lo mejor para él habría sido una mujer más íntegra, de carácter más fuerte, una mujer que hubiera sabido hacerle frente sin dejar de ser ella misma.

Las otras tres hermanas Armstrong no eran tan dóciles como la mayor y habían elegido su camino. Jean se había casado con un americano y vivía cerca de Boston. Hacía muchos años que no se veían, pero se escribían con regularidad y a veces llegaban a Villa Vitoria paquetes de frutos secos, azúcar y arroz, latas grandes de manteca, onzas de chocolate con leche y cajas de caramelos que hacían las delicias de sus habitantes.

Mamie se había casado con un granjero, vivía en las fronteras escocesas y no tenía hijos y (tal vez por eso) le interesaba mucho todo lo concerniente a los jóvenes Dering. En verano los invitaba a pasar las vacaciones en Mureth, donde se divertían de lo lindo; una vez fueron todos en Navidad y encontraron mucha nieve e hicieron deportes de invierno. James siempre había sido el sobrino predilecto... y Jock Johnstone había insinuado a su cuñada sus intenciones de nombrarlo heredero de sus tierras. «Me gusta tu rapaz –le dijo–. Me complacería que se quedara con Mureth cuando falte yo. Muchas veces me digo que si Mamie hubiera tenido un hijo, habría sido exactamente un muchacho tan noble y sincero como él.» Fue todo un halago (principalmente porque Jock Johnstone no era dado a los discursos halagadores), pero Caroline no supo qué contestar, porque James todavía no sabía lo que quería hacer y... por otra parte, ella creía que Mureth tenía que ser para un sobrino de Jock, porque hacía muchas generaciones que la finca pertenecía a los Johnstone.

Harriet era la menor de las hermanas Armstrong y la más rebelde. Había elegido su vocación y la había seguido a pesar de los obstáculos que le habían puesto en el camino. La familia rompió con ella completamente una temporada, pero después sus padres «entraron en razón», porque era la menor y la más querida y no podían soportar estar enfadados con ella. Alcanzó cierto éxito en su carrera y ellos vivieron para sentirse orgullosos –cosa que a Harriet le hizo mucha gracia– e incluso le propusieron que se cambiara el nombre artístico, el que había adoptado para actuar, y se diera a conocer con el verdadero: Harriet Armstrong; pero ya era tarde para eso, porque la joven actriz se había destacado entre el montón de aspirantes con el nombre de Harriet Fane y así quería seguir.

El señor y la señora Armstrong fallecieron con solo unos meses de diferencia, poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial; la finca se vendió y el capital se repartió entre Jean, Mamie y Harriet, según se había acordado hacía muchos años, claro está, y a las hermanas Armstrong no se les ocurrió cambiar las cosas. Tenían grabado en la mente que Caroline vivía bien y no necesitaba que le dieran dinero.

En todo esto pensaba Caroline mientras hacía las cuentas. No se lo reprochaba a sus padres... pero habría sido estupendo disponer de algún recurso propio. ¡Qué distinto sería todo! El único dinero que podía considerar «suyo y solo suyo» era el que ganaba vendiendo miel. Lo guardaba en una cajita, dentro de un cajón del escritorio. Podía hacer con él lo que quisiera: gastárselo en diversiones o comprarse algo que le apeteciera... y que en realidad no le hiciera falta. Este año tenía intención de ir a Londres a pasar una semana con Harriet. Se lo había prometido muchas veces, pero siempre ocurría algo que se lo impedía. Este año iría, estaba decidido, y vería a Harriet en la obra nueva, *El dilema de Eve*. Harriet le había reservado un asiento para la noche del estreno y una invitación para la cena y la fiesta de después. Sería divertido.

Sonrió para sí. Levantó la cabeza del detestable libro de contabilidad y, al mirar por la puertaventana, vio a Leda y a Derek acercándose juntos por el sendero de la entrada.

¡Se habían prometido! Estaba segura. Lo sabía con tanta certeza como su propio nombre. El corazón le dio un vuelco extraño, como si se le hubiera puesto del revés... Una sensación desagradable. Sabía que tenía que pasar, desde luego... aunque ahora se dio cuenta de que en realidad no lo sabía porque, si no, ¿por qué se alborotaba tanto? Y ¿por qué le resultaba tan desagradable? Derek no estaba mal, a pesar de ser un poco engreído. Era bien parecido, atractivo, y estaban enamorados. «Tendría que alegrarme –pensó–. ¿Por qué siento todo lo contrario? ¿Le parecerá bien a sir Michael?»

Hizo un movimiento para levantarse pero se volvió a sentar. Los dejaría solos. Esperaría a que se acercaran a ella.

Siguieron andando cogidos de la mano y se detuvieron en la ventana.

–¡Mami! –dijo Leda–. Derek y yo...

–¡Nos hemos prometido! –exclamó Derek–. Señora Dering, nos hemos prometido. ¿No le parece maravilloso?

Caroline se quedó sin palabras. Se levantó, rodeó a Leda con un brazo y tendió la otra mano a Derek.

–Es maravilloso –repitió Derek–, porque, a ver, nos conocemos de toda la vida, pero nunca se nos había ocurrido... ¿verdad, Leda? Es decir, ahora es distinto.

–¡Sois tan jóvenes...! –murmuró Caroline.

–Somos mayores que tú cuando te casaste –objetó Leda–, y no solo en edad, mami. Hoy sabemos más, salimos más y nos relacionamos más.

–Queremos que se alegre –añadió Derek–, pero, aunque no sea así... Es decir, Leda y yo sabemos que estamos perfectamente hechos el uno para el otro.

–Pero, te alegras, ¿verdad mami? –dijo Leda, convencida.

–Si sois felices...

–¡Claro que somos felices!

–Y si a sir Michael le parece bien.

–Sí –dijo Derek, menos convencido–. Sí, bueno... Puede que a mi padre le sorprenda al principio. Espero que reaccione como usted, que diga que somos muy jóvenes, pero eso son tonterías, claro. Sabemos muy bien lo que queremos. Como dice Leda, ahora somos más maduros; no estamos tan protegidos y mimados como cuando mi padre era un niño.

–Y ¡nos conocemos tan bien...! –añadió Leda–. No es como prometerse con un desconocido.

–Cuando mi padre vea que estamos tan decididos... –continuó Derek–. Y además, con su permiso, señora Dering, le diré que usted se alegra mucho.

–No –dijo Caroline–, no daré mi consentimiento hasta que hable con tu padre...

No prestaron atención a la advertencia de Caroline (tal vez no la oyeron) y siguieron proclamando con entusiasmo que era maravilloso, que era lo más maravilloso que les había pasado en la vida, que se casarían enseguida...

–Oye, Derek –dijo Caroline con firmeza–, tenemos que esperar a ver lo que dice tu padre. No puedes prometerte sin su

consentimiento.

–Pero es que ya nos hemos prometido –declaró Derek–. Se lo diré a mi padre esta noche... de verdad, señora Dering... Aprecia mucho a Leda.

–Quédate a tomar el té, Derek –dijo Leda, sonriéndole–. Y a cenar también. Tenemos comida de sobra, ¿verdad, mami?

–Puede quedarse a tomar el té, pero a cenar no –contestó Caroline–. Tiene que ir a casa después del té y hablar con sir Michael...

–Pero, mami...

–Pero, señora Dering... de verdad.

–Y después tengo que ir yo a ver a sir Michael, para hablarlo con él –añadió Caroline.

VIII



Derek se quedó a tomar el té pero no se fue enseguida. No hizo el menor intento de irse hasta que la cena estaba literalmente en la mesa. Leda lo acompañó a la cancela y volvió con el pelo un poco revuelto. Su madre y su hermana no habían terminado todavía sus respectivos platos.

–Seguro que Derek y tú habéis estado besándoos –le recriminó Bobbie.

Leda no lo negó.

Había sido un día tan agotador que las niñas se fueron pronto a la cama, y la madre, poco después; acababa de bañarse y estaba poniéndose el camisón cuando llamaron a la puerta. Al principio pensó en no responder a la llamada, porque había habido algunos robos en el municipio y le dio miedo... ¡Eran casi las once! Pero, al mirar por la ventana, vio un coche en la cancela. Allí estaba, a la brillante luz de la luna, con los débiles pilotos de situación encendidos, el Rolls gris, bastante viejo pero todavía elegante y distinguido, de sir Michael Ware. ¡Qué complicación! Si hubiera apagado la luz del dormitorio podía haber fingido que estaba durmiendo, pero...

Volvió a sonar la campanilla. No había más remedio que bajar tal como estaba y hablar con él.

Sir Michael parecía enorme, en el umbral de la puerta. Era corpulento, desde luego, pero esta noche lo parecía más, tal vez porque estaba enfadado, y Caroline tenía la sensación de ser muy pequeña e indefensa.

–Por lo visto, está usted a favor de esta payasada –dijo sir Michael.

–Pase, sir Michael –dijo Caroline.

Entró sin más preámbulos y la siguió hasta el salón. Caroline se preguntó si se habría dado cuenta de que estaba en bata. Tal vez no, porque era un kimono negro de seda con un bordado de crisantemos blancos (se lo había mandado James de Malasia) y, mirado con detenimiento, no se diferenciaba mucho de un traje de noche de estilo informal. Pero la sensación no era la misma, desde

luego, porque debajo solo llevaba el camisón y por eso le parecía estar en desventaja... y además tenía frío. Se sentó en un escabel e intentó reavivar el rescoldo de la chimenea.

–Por mí no se moleste. No tengo frío –dijo sir Michael–. No la entretendré mucho tiempo. Solo he venido a decirle que no me parece bien. En primer lugar, no soy fabricante de dinero, como parece creer Derek, y en segundo, son muy jóvenes. Son irresponsables. No saben ni lo que quieren. Si a usted le parece que...

–A mí tampoco me parece bien –le dijo Caroline.

–¿Ah, no?

–No. Soy de la misma opinión que usted.

–Pero, creía que estaba usted encantada. Eso dijo Derek.

–No quieren prestar atención. No sé si se ha dado cuenta de que los jóvenes no parecen oír lo que se les dice.

–Claro que me he dado cuenta –respondió sir Michael, enfadado.

Caroline empezaba a encontrarse mejor. El fuego ardía ya alegremente y sir Michael no era en realidad tan imponente, a pesar de su gran estatura. Mientras él llegaba hasta el fondo del salón, daba media vuelta y recorría el camino a la inversa (como si paseara por la cubierta superior o por dondequiera que paseen los almirantes), ella empezó a sentir compasión por él. Por lo visto, ni a los almirantes les prestaban atención sus hijos, y para ellos sería peor que para los demás, porque estaban acostumbrados a imponer su ley.

–Ni Derek ni Rhoda me hacen ningún caso –añadió.

–A mí me pasa igual con mis hijas. Me quieren, pero me consideran un poco tonta. Y a veces hasta me parece que tienen razón.

Sir Michael se paró y la miró.

–¡Paparruchas! –exclamó. Caroline sonrió sin saber muy bien qué hacer–. El mundo se ha vuelto del revés. ¿Cómo quiere que le hagan caso si no está usted segura de sí misma?

Caroline estuvo a punto de preguntarle si él estaba seguro de sí mismo y, de ser así, por qué Derek y Rhoda no le hacían caso, pero era sabia y prefirió limitarse a hacer un gesto de tristeza.

–¡Maldita sea! ¿Acaso no tuve yo que obedecer en todo a mis padres? –exclamó sir Michael.

Caroline ya se encontraba mejor que nunca.

–¿Sabe una cosa? –dijo pensativamente–. Me gustaría saber cómo se las arreglarán para que sus hijos les obedezcan, llegado el caso. Será interesante de ver, ¿no le parece?

Sir Michael no captó la dimensión psicológica de la pregunta.

–¡Son unos irresponsables! –declaró–. Al menos Derek, se lo aseguro. ¿De qué cree que va a vivir? ¿Cómo piensa mantener a su mujer?

–En estos tiempos, parece que todo el mundo vive del aire –dijo Caroline con seriedad–. Se diría que, de un modo u otro, la gente consigue salir a flote sin dinero... no sé cómo.

–Derek no podría –dijo sir Michael, y, tras un breve silencio reanudó sus paseos y añadió–: Es que mi hijo es... no extravagante exactamente, pero... no está acostumbrado a economizar. No sabe lo que significa esa palabra. Le gusta lo mejor de todo: el mejor vino, la mejor ropa (su sastre es el mejor de Oxford), y es generoso e incluso manirroto. Está muy bien si tienes recursos, desde luego. No hago otra cosa que ocuparme de que termine los estudios en la universidad.

–Leda tendrá muy poco... –empezó a decir Caroline.

–Leda es buena chica –declaró sir Michael– y bonita y atractiva. No tengo nada en su contra. ¡Me gusta esa chiquilla, cachis la mar! Pero Derek tendrá que abrirse camino en la vida y dejar de pensar en el matrimonio hasta que lo consiga.

–Eso mismo opino yo –dijo Caroline.

–Es de sentido común. No serían felices si tuvieran que vivir con estrecheces. Conozco a Derek. Cree que no sé nada de él, pero lo conozco como la palma de mi mano...

Caroline asintió.

–A Leda le pasa otro tanto. Le gusta vestir bien y salir a divertirse.

–Entonces, quedamos así –dijo él.

–¿Quiere decir que va a oponerse?

–Quiero decir que no se casarán hasta que Derek se licencie.

Caroline se quedó asombrada. Jamás habría pensado que el almirante consintiera esa boda.

–¡Ah, sí! –dijo sir Michael–. Eso era lo que quería Derek: casarse inmediatamente y buscar alojamiento en Oxford. Le dije que estaba loco. Le dije que tenía que matarse a estudiar para sacar el título y que ya hablaríamos después.

–Naturalmente –convino Caroline. Vaciló un momento, pero al final preguntó–: ¿Eso significa que le parece bien que se prometan, sir Michael?

El almirante se detuvo un momento a pensar.

–Eso dígamele usted –contestó–. Sinceramente, no estoy a favor; los noviazgos largos son un infierno, pero, si se lo prohibiéramos, ¿nos harían caso?

Caroline entendió lo que quería decir.

–No estoy a favor –repitió sir Michael pensativamente–. Conociendo a Derek... Se cansa de las cosas... Pero dígamele usted, ya que es la madre de la chica.

–¿Qué puedo decirle? –preguntó Caroline.

–¿Qué es lo quiere decir?

Caroline dudó un momento. Quería que Leda tuviera lo que deseaba, y lo que deseaba era Derek. Quería que su hija fuera feliz, pero la advertencia de sir Michael no había caído en oídos sordos. Aunque el almirante fuera como un toro, no le faltaban inteligencia e intuición.

–No sé qué es lo que quiero decir –dijo al fin–, pero la cuestión es otra. Si usted está de acuerdo en que se prometan, yo también tendré que aceptarlo.

Hablaron un rato más del asunto. Sin Michael dejó de pasear por el salón, se sentó tranquilamente y fumó un cigarrillo. Era mucho más tarde de las doce cuando por fin se levantó y dijo que ya era hora de irse... aunque incluso entonces lo dijo con desgana.

–Sí –dijo Caroline–. Es tardísimo. Vuelva otro día –lo acompañó hasta la puerta y corrió el pestillo.

Leda la esperaba en el rellano de las escaleras.

–¿Qué ha dicho? –preguntó a voces–. ¿De qué demonios habéis hablado tanto rato? ¡Dios mío, si estás en bata!

–No creo que se haya dado cuenta –dijo Caroline con hastío–. No parece que se fije mucho en las cosas... y ¿cómo iba a dejarlo esperando en el umbral mientras me vestía?

–Le habrá parecido de lo más extraordinario –dijo Leda–. Se ve a la legua que es una bata. ¿Qué dijo?

–Dice que Derek tiene que licenciarse antes de pensar en casarse.

–Pero, mami...

–Y tiene razón –dijo Caroline con firmeza.

–Derek no esperará –declaró Leda–. Además, podría estudiar mucho más si no tuviera que venir a verme a Ashbridge cada dos por tres.

–Tendrá que ponerse a estudiar con todas sus fuerzas y venir menos aquí.

–¿Eso significa que no estás de nuestra parte? –exclamó la hija, atónita.

–Significa que Derek tiene que hacer lo que diga su padre. Depende de su padre; él no tiene un penique, solo lo que le da sir Michael.

–Pero, mami, costaría lo mismo que si...

–No es ésa la cuestión –dijo Caroline, que estaba cansada y, por tanto, tenía menos paciencia que de costumbre–. La cuestión es que sir Michael es quien paga la fiesta y puede decir qué música prefiere. No se opondrá a que os prometáis, si es eso lo que queréis. Tal como lo veo yo, no se puede pedir más.

–¡Ah, mami! ¡No lo entiendes!

–Entiendo que sois muy impacientes –dijo Caroline, sonriendo para quitar filo a las palabras–, pero seguro que si os queréis podéis esperar. Quieres hacer lo que sea mejor para Derek, ¿no es eso?

Parecía que Leda prestaba atención por una vez. Y dijo:

–Pues ¡claro que quiero lo mejor para él!

–No se puede vivir del aire –continuó Caroline, aprovechando la ventaja–. Sería una locura enfrentarse a sir Michael.

–Sí, claro, pero...

–Un poco de sensatez, hija –le rogó Caroline, y cogió el cepillo y empezó a pasárselo por el pelo–. Hazte a la idea de que tenéis que esperar. Sir Michael es muy bueno, dice que le gustas, pero, antes de casarse, Derek tiene que estar en condiciones de mantener a una mujer o, al menos, de hacer algo que le encamine hacia ese fin. Creo que es lo justo.

A Leda no le parecía lo justo y se tiró de bruces en la cama.

–¡Me moriré! –exclamó, ahogando la voz en la almohada–. Si no puedo casarme con Derek me moriré... y entonces lo lamentarás; cuando una chica se promete, todos la felicitan, pero a mí no, claro, lo mío es distinto. No sé por qué tengo tan mala suerte, por qué todo está en mi contra... siempre. ¡No es justo!

Caroline se puso de pie y se quedó mirándola. De nada serviría compadecerse de Leda ni intentar razonar con ella, lo sabía perfectamente. La niña era como Arnold, que siempre pedía comprensión pero jamás la aceptaba. ¿Qué se podía hacer con esa clase de personas?

Lo hereditario tenía mucho peso, se dijo Caroline. Leda era como Arnold, tanto en lo físico como en el carácter. Bobbie salía a su abuela, que había llegado de Irlanda y era impulsiva, generosa y muy divertida. Ninguna de sus hijas se parecía a ella, o no sabía verlo. Había merecido la pena vivir aunque solo fuera por haber tenido a James. Por James sería capaz de tumbarse en la carretera y dejarse aplastar por una apisonadora... y no porque lo adorase, sino porque creía que él era una persona mucho más valiosa que ella, más valiosa para el mundo.

IX



La señora Severn había invitado a Caroline a tomar el té el miércoles «para que conociera al señor Shepperton». Ella ya lo conocía, claro está, pero no le desagradaba volver a verlo, así que se puso su mejor sombrero y se presentó en la vicaría a la hora convenida. Vio que el señor Shepperton había llegado antes que ella; estaba en un sillón viejo pero cómodo hablando con su anfitrión de cosas del mundo. Caroline se sentó en el sofá al lado de su anfitriona y se puso a hablar con ella. La señora Severn era gordita, alegre y un poquito perezosa. No era la típica mujer de vicario, eficiente y con mil quehaceres, pero a pesar de eso –o tal vez por eso precisamente– el pueblo la quería muchísimo, y Caroline también.

–¿Es cierto? –preguntó la señora Severn en voz baja–. He oído rumores sobre Leda y Derek y no veía el momento de que llegara usted.

–Ashbridge es terrible –dijo Caroline, sonriendo.

–¡Cierto!

–Sí, se han prometido.

–¡Ay, qué emocionante, por Dios! Es todo tan interesante cuando conoces a los dos... ¡Cuánto se va a alegrar Anne!

–Pero, como es lógico, no van a casarse hasta dentro de un tiempo. El almirante quiere que Derek se licencie antes y a mí me parece muy bien.

–Claro, claro –asintió la señora Severn–. Son muy jóvenes todavía y esperar un poco no les hará ningún daño. Las cosas adquieren mucho más valor si tienes que esperar por ellas. Jack y yo tuvimos que esperar casi cuatro años, porque él no tenía medio de vida y no se puede mantener a una mujer con un estipendio de coadjutor. Esperamos y ahorramos –resumió la señora Severn con un suspiro–. Yo hice un poco de confección. Era la única forma que tenía de ganar algo de dinero. Me parecieron cuatro años muy largos, pero al final nos alegramos de haber esperado porque apreciamos nuestra felicidad mucho más.

Caroline guardaba silencio. En su caso, había sido todo tan distinto que no sabía qué decir.

–Anne tenía que haber vuelto a casa ya –dijo la señora Severn, mirando el reloj.

–¡Anne se retrasa! –exclamó el señor Severn, sacando un reloj del bolsillo y mirando la hora con gravedad.

–A lo mejor se ha retrasado el autobús –sugirió Caroline.

–Anne es nuestra hija –dijo el señor Severn a su otro invitado–. Trabaja en la escuela de la señorita Penworthy, en Wandlebury, y va todos los días. Tenemos mucha suerte de que trabaje tan cerca de casa. La señorita Penworthy es una mujer admirable.

–Anne fue a su escuela de pequeña –aclaró la señora Severn–, así que la señorita Penworthy la conoce, claro está. Los Ware también iban a su escuela, y los Dering, naturalmente... Bueno, todos los niños de Ashbridge, a decir verdad. Anne da clases de música y danza.

–Creo que la señorita Penworthy tiene mucha suerte de contar con Anne –dijo Caroline–. Toca maravillosamente. Siempre me alegro mucho cuando el señor Forbes se ausenta y es Anne quien toca el órgano.

Todavía estaban hablando de Anne cuando la puerta se abrió y apareció la joven.

–El autobús se ha retrasado –dijo–. Siempre se retrasa precisamente cuando más interés tengo en llegar pronto a casa.

Anne resultaba muy atractiva, aunque no era exactamente guapa, sino elegante y proporcionada; tenía el pelo oscuro y brillante –limpio y cuidado–, los dientes, blancos y regulares, y en su fino rostro destacaban la inteligencia y el sentido del humor. De niña, era callada (recordaba Caroline) y seguía siéndolo, pero en sus ojos castaño oscuro brillaba un guiño que indicaba capacidad para la diversión. Aunque era hija única y sus padres la adoraban, no se había echado a perder... Tal vez no hubiera forma de echarla a perder.

–Hay novedades sumamente interesantes –le dijo la señora Severn–. Leda y Derek se han prometido.

–¡Ah, cuánto me alegro! –exclamó Anne–. Bueno, la verdad es que no me sorprende...

–¡Leda y Derek! –exclamó el señor Severn, asombrado–. ¿Por qué nunca me entero de estos asuntos tan interesantes? ¡Leda y Derek!

La señora Severn le sonrió cariñosamente.

–Jack nunca ve las cosas –dijo.

–Veo tanto como cualquiera.

–No, querido, tú no. Sabes que siempre te asombra cuando traen a un recién nacido para que lo bautices. Por ejemplo, cuando la mujer del sacristán...

–¡Kate! –exclamó el señor Severn, fingiendo alarmarse–. ¡Kate, no consiento que cuentes esta anécdota a nuestros invitados!

La señora Severn soltó una risita.

–Creo que al señor Shepperton le encantaría –dijo ella–. El sacristán y su mujer viven en una casita que está pegada a la iglesia y Jack los ve a diario... y algunos días varias veces. Un domingo por la tarde se presentaron en la iglesia con dos recién nacidos, para bautizarlos. Jack vio que eran muy guapos. «Qué cosita tan bonita –dijo–. Parecen gemelos.» «Es que son gemelos», dijo la señora Spawl, atónita. «Y son ¿de quién?», preguntó Jack con interés. Al señor y la señora Spawl les sentó como una bofetada.

–Kate –dijo el señor Severn, cuando las risas cesaron–. Kate, es posible que no me fije mucho en las cosas, pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras me acusan de hablar mal. Estoy seguro de que dije: «Y ¿de quién son?».

–¡Claro que sí, papito! –le aseguró Anne.

–Hablando de recién nacidos –dijo la señora Severn–. ¿Qué tal están los Widgeon? Tengo que ir a ver a Sue, pero nunca encuentro el momento.

–¡Widgeon! –exclamó el señor Severn–. Es el joven que vive en aquella casita tan aislada, cerca del pozo romano. Spawl dice que hablaba de socialismo en el Gallo y Zorro y que bebía mucho, me temo, pero a lo mejor ahora, que tiene una mujer tan bonita, pasa página y empieza una nueva vida. Hace dos días que los casé.

–Dos días no, Jack –protestó la señora Severn–. Los casaste la Navidad pasada. ¿No te acuerdas de que dejamos los adornos navideños para la boda?

–Sí, querida; claro que sí. Me acuerdo perfectamente. Fue en Navidad, sí, claro... Y supongo que tendremos bautizo cualquier día de éstos.

Caroline se rió y dijo que no era tan inminente, pero tampoco tardaría mucho, y siguió hablando de los Widgeon para decirle a la señora Severn que Sue se encontraba un poco sola.

–¡Pobrecita! Las chicas nunca piensan en esas cosas cuando se casan –dijo la señora Severn con un suspiro.

–¡Por favor! –exclamó su marido–. Lo dices como si a ti te hubiera pasado algo parecido, pero yo no estaba fuera de casa todo el día, así que no creo que te aburrieras tanto.

–Pues sí, ya ves –replicó la señora Severn–. Me aburría muchísimo porque no tenía hermanas con las que hablar.

Se echaron todos a reír y la conversación cambió de rumbo.

Cuando Caroline se levantó para irse el señor Shepperton dijo que él también se iba ya y salieron juntos.

–La acompaño a casa –le dijo.

Caroline comprendió que debía de encontrarse muy solo, viviendo en el Gallo y Zorro sin compañía de nadie.

–Claro, venga conmigo –dijo ella, sonriéndole–. Puede ir a mi casa siempre que quiera. ¿Se va a quedar mucho tiempo en Ashbridge?

Ya habían echado a andar. Hacía un atardecer brumoso y húmedo, ya casi era de noche. El señor Shepperton tardó unos momentos en responder a la pregunta, y al final dijo:

–Sí, creo que me quedaré unos meses. Me encuentro muy a gusto en el Gallo y Zorro: la señora Herbert es extraordinariamente amable. Es que, verá, el médico me ha recomendado reposo absoluto y, como no tengo casa, puedo reposar aquí tan bien como en cualquier otra parte.

–¿No tiene casa? –preguntó Caroline.

–Mi casa se incendió –contestó él, bajando la voz–. Mi mujer estaba dentro. Yo me encontraba en el extranjero –sucedió en la guerra, naturalmente– y no tuve noticias de nada hasta que volví.

–¡Qué horror! –exclamó Caroline.

–Efectivamente –dijo él–. Volví con ganas de encontrar a mi mujer, mi hijo y mi casa esperándome, pero no encontré nada. A mi

hijo lo mandaron a Estados Unidos y allí sigue; vive con unos amigos muy amables; espero poder ir a buscarlo en primavera.

–¿Dónde estaba su casa? –preguntó Caroline.

–En la zona de Regent's Park. Fui allí hace poco a echar un vistazo. Había toda una hilera de viviendas... toda una hilera de ruinas con los muros ennegrecidos y las ventanas rotas. Cada vez que pienso en cómo era antes...

–¿No se puede hacer nada?

–Nada más que demolerlo todo y reconstruirlo, pero parece que nadie tiene ánimos para empezar a hacerlo. Quería entrar en mi casa, pero el policía que estaba de guardia en la esquina vino corriendo a advertirme de lo peligroso que era; las paredes se derrumban solas y de vez en cuando caen al suelo trozos grandes de cemento y ladrillos. Es desolador; los jardines están llenos de cascotes y basura. Yo estaba muy orgulloso de mi jardín.

–¿No entró?

–No, aunque no porque temiera lo que pudiera pasarme, sino porque comprendí que sería una molestia para el policía; parecía un tipo simpático. Me quedé unos minutos en la entrada y después me fui.

Robert Shepperton se había tomado su tiempo para contarle la historia y llegaron a la cancela de Villa Vitoria en el momento en que la terminó. Caroline no sabía qué decir... no tenía palabras para semejante tragedia.

–Y ya está –dijo–. Quería que supiera usted lo que me había sucedido, pero no hace falta que volvamos a hablar de ello.

Iba a preguntarle que dónde se encontraba cuando sucedió y cómo era posible que no supiera nada hasta que volvió, pero ahora ya no podía hacerle más preguntas.

–Buenas noches, señora Dering –le dijo.

–¿No quiere entrar?

–Otro día –contestó él.

Saludó con el sombrero y dio media vuelta.



El «dinero de la miel» entraba a raudales y se guardaba en el escritorio de Caroline; era un buen año para la miel, pero, a pesar de todo, Caroline decidió no ir a Londres. No podía irse de casa, a lo mejor pasaba cualquier cosa; tampoco podía gastarse «tanto» en sí misma. Si Leda iba a casarse el año siguiente tenía que empezar a hacerle el ajuar, y la boda costaría dinero. Además de estas consideraciones, Caroline no quería dejar solas a sus dos hijas – aunque se quedara Comfort para cuidarlas– porque Leda estaba un poco intratable y Bobbie no tenía el menor tacto. Harriet lo lamentaría, sin duda, pero no había otro remedio. Caroline escribió a su hermana explicándose todo y se quedó esperando la respuesta.

Harriet le respondió en persona. Una mañana, cuando Caroline volvió del pueblo de hacer la compra, vio un coche pequeño a la puerta: el de su hermana; ella la esperaba en el salón. Se abrazaron con mucho cariño.

–He venido a buscarte –dijo Harriet.

–Pero en la carta te dije...

–Ya lo sé, querida –dijo Harriet–. La leí con toda atención y me lo contaste todo muy bien. Tus cartas siempre son amenas, tienen mucha personalidad. Estoy segura de que podrías escribir un libro, si te lo propusieras.

–Pero te decía que...

–Sí, me lo decías. Me decías muchas cosas. Sencillamente, no podía ni empezar a responderte; además, estaba tan cansada y tenía tantas cosas que hacer que no podía contestar a una carta tan larga, así que pedí a Marcus que me prestara un poco de gasolina y aquí me tienes. El viaje ha sido estupendo y el coche va como la seda. Más vale que empecemos a hacer tu equipaje inmediatamente, después de comer. No tardaremos nada, si te echo una manita.

–Oye, Harriet...

–No, cosita mía –dijo Harriet–, no he venido a que me lo cuentes todo otra vez, es que no lo soporto. Por otra parte, tengo un hambre

canina. ¿La comida ya está casi lista?

–No puedo dejar a las chicas solas en casa –dijo Caroline con firmeza.

–No, pero puedes decirle a Comfort que se quede. Era lo que pensabas hacer, ¿verdad? Las chicas estarán perfectamente con ella. No eres indispensable. Cuando la gente empieza a pensar que es indispensable es que ha llegado la hora de hacer un cambio. Lo sé porque creo que soy indispensable.

–¿Es que vas a hacer un cambio?

–No, querida; me quedo donde estoy. Es que no soporto a mi suplente, es horrorosa... Lo único que espera es que me pase algo. Es capaz de ponerme una porquería en el café... Bueno, nada mortal, ya sabes, algo como unos polvos para dormir, por ejemplo... algo que me quite de en medio para poder ponerse ella en mi lugar. Lo veo en sus ojos cada vez que me mira. ¿No hay de comer por ahí, cielo?

–No mucho, me temo –dijo Caroline, repasando rápidamente lo que había en la despensa.

–¡Qué lástima! –suspiró Harriet–. Es que estoy muerta de hambre; será por el aire puro o algo así.

–Solo huevos, me temo...

–¡Huevos! –exclamó Harriet–. ¡Solo huevos! Ya ni me acuerdo de cómo son. Llévame a ellos ahora mismo.

Caroline la llevó y, entre las dos, hicieron una sabrosa tortilla (según Harriet, digna de una reina) y, entretanto, Comfort vació unas manzanas, las relleno de dátiles en trocitos y las metió en el horno. Toda esta actividad iba acompañada de una corriente continua de conversación, en la que Comfort desempeñaba el papel de público entregado. Intentaba grabarse en la cabeza hasta la última palabra para contárselo todo a sus amigas... Comfort tendría alimento para unas cuantas semanas a costa de la señorita Fane.

Caroline había decidido que no iría a Londres, pero descubrió que Harriet tenía verdaderas ganas de que fuera, que incluso la necesitaba, porque estaba bastante disgustada con la obra nueva.

–Es una obra pésima –dijo Harriet alegremente–, más simplona que un libro sin páginas. Al principio me pareció que podía pasar con cierta gracia (el diálogo es divertido y Marcus y yo hacemos

muy buena pareja), pero de pronto a Pinkie le entró miedo, empezó a cambiarlo todo y ahora no hay por dónde cogerla.

Caroline sabía que el señor Pinkerton era el productor.

–¡Qué mal! –exclamó–. ¿No puedes impedirle que...?

–No, a menos que lo estrangule –contestó Harriet–. Marcus quiere estrangularlo, desde luego, pero, en mi opinión no vale la pena arriesgarse tanto... En fin, son gajes del oficio. Es inútil preocuparse.

–Pero, Harriet...

–Las preocupaciones afean –declaró la guapísima señorita Fane–. Dejan arrugas horribles. Yo nunca me preocupo.

–Iré –dijo Caroline.

–¡Naturalmente! Te vienes conmigo, no lo dudes. No creas ni por un instante que me voy a ir sin ti. ¡Qué idea tan ridícula! Comfort se ocupará de todo mientras tú estás fuera... ¿a que sí, Comfort?

–Iré a buscar a mi madre esta tarde –dijo Comfort, asintiendo–. Le sentará muy bien un cambio de aires.

Las chicas llegaron a la hora de comer. Leda recibió gentilmente la enhorabuena de su tía, pero perdió la gentileza cuando se enteró de que había convencido a su madre de ir a Londres.

–Ahora no puedes irte, creo yo –protestó–. Es posible que sir Michael quiera hablar contigo otra vez, o que Derek venga a verme desde Oxford.

–Sir Michael puede esperar –dijo Harriet–. En cuanto a Derek... supongo que es normal que venga a verte, ¿no?

–Comfort es horrible –continuó Leda en tono quejumbroso–. Es mucho más difícil de manejar cuando no estás tú y además cocina fatal. Y ¿si llama Derek y dice que quiere venir a comer?

–Hazle la comida tú –contestó Harriet–. Es muy gratificante hacer algo delicioso de comer para el hombre al que amas.

–Mi madre tiene que estar aquí –dijo Leda.

–¡Eres una cerda egoísta! –exclamó Bobbie.

–Son solo cuatro días –le recordó Caroline–, pero, en fin, si de verdad te parece que tengo que estar aquí...

–Ya está decidido –declaró Harriet con contundencia–, decidido e inalterable, como las leyes de los medas y los persas.

–Siempre he querido saber cómo se las arreglaron –dijo Bobbie–, porque, claro, tuvo que resultarles muy difícil si de pronto la ley no funcionaba bien o si las condiciones cambiaban.

–Supongo que tuvieron que aguzar mucho el ingenio –contestó Harriet pensativamente.

El breve debate sobre historia antigua cambió el rumbo de la conversación y cerró la boca a Leda, aunque la joven no se resignó a que abdujeran a su madre. Después de comer, cuando Caroline fue a hablar con Comfort del plan de comidas, Leda fue arriba a buscar a Harriet y la encontró en la habitación de Caroline. Estaba sacando ropa del armario afanosamente y poniéndola encima de la cama y, cuando entró Leda, la miró.

–Tenemos un poco de prisa –le dijo Harriet–, así que he empezado a hacer el equipaje. Haz el favor de traerme una maleta.

–Mami no se va –dijo Leda–. No puede irse ahora. Eres muy egoísta por querer llevártela.

–¿Egoísta? Y tú ¿qué? Tú eres muy generosa, ¿verdad?

–El sitio de mami está aquí.

–Sí, claro... trabajando como una esclava para ti. ¡Cocinando para ti! ¡Planchándote la ropa! Sin vacaciones jamás, ¿verdad?

–Ella no quería vacaciones hasta que tú se lo metiste en la cabeza.

–¡Por favor! –exclamó Harriet–. ¡No me cambiaría por ti ni loca, vamos!

Eso no era lo que Leda esperaba oír; la verdad es que era tan distinto de lo que esperaba que le interesó mucho.

–¿No te cambiarías por mí? –preguntó.

–Las personas egoístas casi nunca son felices –le dijo Harriet, mientras sacaba un vestido marrón de seda del armario y lo miraba con detenimiento antes de dejarlo en una silla–. A veces duran bastante tiempo... pero, al final, Némesis⁴ siempre los alcanza. Te compadezco, Leda.

–No sé lo que quieres decir.

–Algún día lo sabrás... o tal vez no –dijo Harriet pensativamente–. Tal vez nunca te des cuenta de que, cuando te den el sofión de tu vida, será por tu culpa. Tal vez seas incurable.

–Creo que eres espantosa –dijo Leda con toda calma–. Creo que la egoísta eres tú. Quieres tener a mi madre y te la llevas. Eso es egoísmo, ¿no?

–Como quieras, Leda –replicó su tía con la misma calma–. Quiero tener a tu madre y me la llevo. Lo importante es que me la llevo, así que, por favor, tráeme una maleta.

Cuando Caroline se encontró en el coche al lado de Harriet, de repente le entró el pánico. Estaba loca, no podía irse de casa... ¡Seguro que pasaría algo horrible en su ausencia! Una de las chicas sufriría un ataque de apendicitis aguda; Comfort se caería por las escaleras de la bodega y se rompería una pierna, o la casa se incendiaría.

–¡Harriet! –exclamó con apremio–. ¡Harriet, tengo que volver a casa! De verdad, tengo que quedarme. Ha sido una locura decir que me iría contigo. Sencillamente tengo que volver, Harriet.

–No, cielo –contestó Harriet–. No voy a llevarte a casa, así que más vale que aproveches la ocasión. Ya era hora de que alguien te sacara de tu surco.

–Por favor, Harriet...

–No –dijo Harriet con determinación–. En primer lugar, ya es tarde... No tengo suficiente gasolina para llevarte a casa y volver a Londres; en segundo, te necesito sin remedio. Y en último lugar, pero no menos importante, a las chicas les vendrá bien arreglárselas unos días sin ti. Las tienes muy consentidas, sobre todo a Leda. A Bobbie también, pero es soportable; sin embargo, Leda... –dijo enfáticamente–. Lo de Leda... de verdad... es... casi... insoportable.

–Está enamorada –murmuró la madre–. No seas tan severa con ella. Es como Arnold, ya lo sabes. No es feliz por dentro. Los que no son felices por dentro suelen ser un poco intratables.

Siguieron adelante unos cuantos kilómetros sin decir nada más. A Caroline se le estaba pasando el pánico y empezaba a disfrutar del viaje. Hacía meses que no iba en coche –la sensación de ir sobre ruedas por un paisaje encantador era deliciosa– y había muchas cosas que ver. Esto era el mundo. El mundo estaba lleno de gente y cada cual era importante para sí mismo. Cada cual tenía sus

preocupaciones (igual que ella) y creía que eran lo más importante del universo.

«Harriet tiene razón –se dijo–, estoy metida en un surco. Mi vida está limitada por el pueblo y las cosas adquieren dimensiones desproporcionadas.»

Ya estaban cerca de Londres y el mundo se llenaba de gente, cada vez más gente... Gente con esperanzas, temores y preocupaciones. Esa mujer (por ejemplo) que estaba al borde de la calzada mirando a un lado y a otro con impaciencia... ¿qué esperaba? ¿A un hombre, tal vez? Caroline nunca lo sabría. Pasaron por delante de ella y la dejaron atrás. Una calle con tiendas; un hombre iba andando con un niño de la mano; el niño llevaba un barquito de juguete bajo el brazo y los dos parecían contentos y emocionados. Había una niña con un cesto; salió por una cancela verde y, después de volverse a cerrarla, saludó a un rostro que se asomaba a una ventana. Vio a un niño jugando en la cuneta con una lata vieja, a un perro que cruzaba la calle corriendo para recibir a su amo, a dos mujeres que se saludaban cordialmente, sonriendo... Todas esas personas –y muchas más– le llamaban la atención y se fijaba en ellas un instante, antes de pasar de largo.

Las casas desfilaban a uno y otro lado: cientos y cientos de casas, y cada una era un hogar, un lugar secreto en el que la gente dormía, comía, discutía y se reconciliaba; en el que la gente era feliz o desgraciada (o, peor que desgraciada, resignada, sin esperanza). Cada casa tenía su ambiente particular, su olor particular; por eso, aunque hubiera tantas, todas aparentemente iguales, eran muy distintas entre sí.

XI



El piso de Harriet era lujoso y estaba amueblado y decorado para el descanso y la comodidad. La vida con Harriet era muy distinta de la vida en Villa Vitoria. Tenía un tempo más rápido: *spiritoso accelerato*, más que *adagio*. Caroline ya se había dado cuenta (todo era tan distinto que hasta le parecía ser otra persona), pero ahora lo notaba con mayor intensidad que otras veces. Quizá porque todo empezó sin darle tiempo a recuperar el aliento, a adaptarse al cambio de ambiente.

Cuando abrieron la puerta de casa, el teléfono estaba sonando como loco; Harriet se quitó el abrigo, dejó la sombrerera de Caroline en el primer sitio que encontró y se lanzó a cogerlo. Seguía hablando con un amigo desconocido (un amigo íntimo, a juzgar por las palabras tan cariñosas que le salían de la boca) cuando llamaron a la puerta. Abrió Caroline –no había nadie más en la casa– y vio a una mujer en el rellano. Era pequeñita y venía cargada con varias cajas de cartón muy grandes. Caroline estaba ayudándola a apilarlas en el vestíbulo cuando apareció un hombre subiendo las escaleras a saltos y se coló sin más por la puerta abierta.

–¿Quién eres? –le preguntó, sin aire en los pulmones–. ¡Ah, sí! ¡Eres Caroline, claro! Tu hermana me robó toda la gasolina para ir a buscarte. ¿Dónde está? Tengo que verla inmediatamente.

–¡Estoy aquí, cielo! –respondió Harriet, saludando frenéticamente con la mano desde el salón, colgada del teléfono todavía–. ¡Estoy aquí, Marcus! Enseguida te atiendo, no tardo ni un minuto.

Marcus se lanzó al salón, le quitó el teléfono de la mano y colgó firmemente.

–Me atiendes ya mismo –dijo él–. Esto es importante. Prioridad total. Pinkie quiere cortar lo del caballito de cartón: nuestro mejor diálogo, lo único presentable que quedaba en toda la maldita obra. Tienes que hablar con Pinkie como sea; a lo mejor a ti te hace caso. No sé cómo te las vas a arreglar, porque es más escurridizo que un pez, pero tienes que hablar con él como sea y ¡no hay más!

–Era Pinkie –dijo Harriet, señalando el teléfono.

El joven se desplomó en un sillón y empezó a reírse históricamente.

–Tómame algo –dijo Harriet.

–No, cielo –dijo Marcus.

–Una ginebra con *bitter* –dijo Harriet persuasivamente–. No puedes negarte a una ginebra con *bitter*.

–No, cielo... No es «no, no puedo decir que no».

La mujer pequeña seguía esperando en el vestíbulo. Asomó la cabeza por la puerta y dijo:

–Señorita Fane, ¿qué le parece si se prueba un momento el traje amarillo? Hemos hecho los cambios que quería, pero me gustaría vérselo puesto un momento, si no es molestia.

–No es ninguna molestia –dijo Harriet con amargo sarcasmo.

–Si no está ocupada, señorita Fane –dijo la mujer, cohibida.

–No, claro que no –dijo Harriet.

–Si tiene un momento...

–Todo el tiempo del mundo –le aseguró Harriet.

Harriet fue a probarse el traje y Caroline se quedó con Marcus. Le preparó ginebra con *bitter*, le dio un cigarrillo que sacó de la pitillera de concha de Harriet e hizo lo posible por calmarlo.

–Harriet lo arreglará –le dijo, pues tenía mucha fe en el poder de persuasión de su hermana.

–No hay quien lo arregle –dijo Marcus, desesperado.

–Harriet sí, ya lo verás.

Marcus tomó un sorbo de su bebida.

–Es maravillosa, desde luego –reconoció.

–Maravillosa, sí –dijo Caroline.

–Tiene muchísima vitalidad, ¿verdad?

–Sí, muchísima –asintió Caroline, mientras le rellanaba la copa.

–Muchísima –repitió Marcus, mirándola–. Mi querida Harriet podría conseguir que cualquier cosa funcionara si la dejaran en paz y no la acosaran ni la atormentaran... si le dejaran hacer las cosas a su manera. Esta maldita obra tan floja tenía incluso algo de chispa hasta que Pinkie se puso a «arreglarla». La ha matado, desde luego. ¿No es insoportable? –dijo Marcus, hastiado–. ¿No es totalmente insoportable?

–Es terrible para vosotros –dijo Caroline.

–No te haces una idea, claro –continuó él–. Es decir, no puedes saberlo, cielo. ¿Cómo ibas a saberlo? Siempre he querido actuar con Harriet –siempre–, así que toqué el cielo cuando Pinkie me ofreció el papel... y ahora se ha ido todo al garete.

–No –dijo Caroline–. Saldrá bien...

–¡Apesta! –exclamó Marcus–. ¡Apesta hasta el Cielo! Estrangularía a ese hombre. A lo mejor lo estrangulo de verdad antes de que nos remate.

–¡Qué manera de empezar tu estancia aquí! –dijo Harriet, cuando por fin se deshicieron de las molestas visitas y cerraron la puerta de casa–. Las cosas no son siempre tan liosas; es que estamos todos nerviosos porque nos acercamos a la noche del estreno. ¿Salimos a cenar tú y yo solas, en un sitio tranquilo?

Salieron, cerraron la puerta y, en ese mismo momento, apareció el ascensor, se abrieron las puertas y salió un hombre. Era bajo y gordo, con pelo negro y rizado y la cara redonda y recién afeitada.

–¡Harriet! –exclamó–. ¡Gracias a Dios que te encuentro! Tengo que hablar contigo un minuto. Oye, cielo, mira, no pasa nada. No pasa nada de nada... No te has enfadado, ¿verdad? –La miraba con ansiedad mientras hablaba.

Harriet no contestó.

–Sí, te has enfadado –dijo el hombre–. Lo supe en cuanto colgaste en plena conversación; por eso cogí un taxi inmediatamente y aquí me tienes... Cielo, no te enfades. Si quieres el caballito de cartón lo tendrás, por supuesto. Claro que sí. Lo sabes, ¿verdad? Solo me parecía que desequilibraba un poquito el segundo acto... nada más... Pero, si lo quieres...

–Me he enfadado un poco, Pinkie –admitió Harriet, con una leve inclinación a aflojar su postura.

–¡Lo sabía! –exclamó Pinkie–. Estaba seguro de que... Pero ahora ya no, ¿verdad que no?

–No me gustan los cambios ni los cortes, Pinkie.

–No habrá más. Ahora está todo perfecto, ¿verdad?

–Pues –dijo Harriet en tono de duda–, hay dos o tres cosas... Por ejemplo, no me gusta que Daisy cruce por delante de mí en la última escena.

–¡Qué curioso que digas eso! –exclamó él–. A mí tampoco me gustaba. Pensaba decírselo a ella mañana. Tú eres Eve, claro, así que nadie tiene que taparte. Eres sin la menor duda la única mujer de la escena inglesa que puede hacer el papel de Eve...

–Tenemos que irnos, Pinkie –dijo Harriet, cortando en seco el discurso halagador con un poco de brusquedad.

–Sí, sí, claro –dijo, siguiéndolas al interior del ascensor–. No te entretendré. Solo quería saber seguro que no te habías enfadado...

Se deshicieron de él en la calle y se fueron andando, cogidas del brazo, y, mientras andaban, Harriet empezó a reírse poco a poco.

–¡Qué tontería! ¿Verdad?

El movimiento de Londres, el bullicio, las luces, el ruido, embriagaban a Caroline. Estaba emocionada y ligeramente mareada, y se alegró de ir del brazo de su hermana. No hablaban; no hacía falta, se entendían sin palabras. Al cabo de un rato llegaron a un pequeño restaurante del Soho, Harriet abrió la puerta y entraron.

–Es aquí –dijo–. Es un sitio tranquilo y agradable, y la comida es buena. Vengo a menudo.

Caroline ya no era la angustiada madre de Leda y Bobbie, sino ella misma. Notaba a «ella misma» removiéndose en su interior. «Sigo siendo yo», pensó, sorprendida. Era una idea tan rara que tuvo ganas de comunicársela a su compañera.

–No lo entenderás, desde luego –añadió–, porque tú siempre eres tú.

–¡Ah, claro que lo entiendo! –declaró Harriet–. Siempre me esfuerzo por agarrarme a mí misma. Es difícil ser una misma y no convertirse en lo que quieren los demás que seas. Se puede decir que Harriet Fane tiene cierta fama y, si no tengo cuidado, de pronto me convierto en la idea de Harriet Fane que tienen los demás... Pero contigo nunca. Por eso eres tan buena para mí. Si esta obra fracasa, iré a Villa Vitoria a pasar unas largas vacaciones.

–¡Ay, Dios, casi tengo ganas de que...! No sé de lo que tengo ganas –murmuró Caroline.

–Estoy harta de tanta intriga –continuó Harriet mientras cogía la carta del restaurante y la miraba detenidamente–. No hay quien lo aguante. No puedo permitirme un momento de relajación... No soy

suficientemente buena. El auténtico genio consagrado puede relajarse, pero a mí me falta mucho para serlo, por eso tengo que estar siempre en guardia, siempre activa: actuando en el escenario y fuera del escenario. Pinkie me agota; y a los demás, más todavía, porque son más blandos. Cuando a Pinkie le da la ventolera no se puede hacer nada al derecho. El otro día, las cosas llegaron a tal extremo que creí que Marcus iba a estallar y todos los demás se desharían en lágrimas, así que sencillamente cogí mi abrigo de pieles, me lo puse muy despacio y me fui. Estaba actuando, por descontado –añadió–. Hacía el papel de *prima donna* ofendida... pero funcionó.

–Esta noche lo has vuelto a hacer –le recordó Caroline.

–Sí, ha sido gracioso, ¿verdad?

Harriet se quedó callada un momento y después continuó:

–No paran de pasar cosas. Cuando llevas unas semanas viviendo una obra, se te olvida que hay otra vida. Se te olvida que un día todo terminará y volverás a vivir y a pensar de otra manera. Lo único que se puede hacer para no volverse loco es salir y mirar las cosas desde lejos. Ésa es la ventaja que tengo sobre Marcus y los demás. No saben salir, pero yo sí. A veces salgo de pronto, miro y me río. No sé por qué sé hacer eso... a lo mejor porque en realidad no soy actriz hasta la médula. Soy yo en primer lugar y, después, actriz. Puede que sea por eso... o puede que sea porque te tengo a ti –añadió, sonriendo a Caroline desde la silla de enfrente.

XII



Mientras Caroline se divertía en ambientes alegres y pensaba muy poco en su casa, Villa Vitoria dormitaba al sol del otoño. La casa era antigua y había visto muchos cambios. La gente iba y venía; deshacía su equipaje, se aposentaba y se refugiaba bajo sus techos, y después se la llevaba el viento, pero su paso dejaba poca impronta. La casa no lamentaba la ausencia de su ama, se había vuelto filosófica con el tiempo. El ama volvería.

En cambio, Leda y Bobbie sí lamentaban la ausencia de su madre, y Comfort, naturalmente. Las chicas discutían a todas horas: por la comida y por quién tenía que ir al pueblo a comprar pescado; porque a Bobbie se le había olvidado echar al correo la carta de Leda para Derek y porque había dado a Joss los restos de un guiso de conejo que pensaba calentar ella para la cena. Por lo general, las discusiones las ganaba Leda, porque no se inmutaba, lanzaba sus dardos con buena puntería y los clavaba donde más daño sabía que hacían, mientras que Bobbie montaba en cólera y golpeaba a diestro y siniestro sin preocuparse de dónde caían sus golpes. Después de la discusión, Leda se quedaba enfurruñada mucho tiempo y Bobbie se retiraba a la cocina a hablar con Comfort y la señora Podbury, y se lo contaba todo.

–Te digo que es una vergüenza –declaraba la señora Podbury–. La señorita Leda no tiene derecho a enfadarse por lo de Joss.

Comfort abundaba en esa opinión y daba por perdida a la señorita Leda.

Los miércoles Comfort tenía la tarde libre y decidió ir de compras con su madre a Wandlebury y, de paso, ver una película. Bobbie se ofreció a fregar después de comer para que pudieran coger el primer autobús de la tarde. Leda no la ayudó, como era de esperar –ella no había dado permiso a las Podbury para irse tan pronto–; cogió un libro y se sentó a leer junto al fuego mientras Bobbie quitaba la mesa.

–También puedo empezar a preparar el té, si te parece –dijo Bobbie.

–Por mí, no hace falta –replicó Leda–. Va a venir Derek y vamos a salir a dar un paseo.

Apenas había terminado de hablar cuando llegó Derek en su coche y, después de hablar un poco, se fueron de paseo por el monte.

Bobbie se quedó sola en casa. No estaba acostumbrada y no le gustaba mucho. La verdad es que se aburría soberanamente. La tarde se extendía ante ella como tierra virgen. «Soy un pelícano, eso es –se dijo–. Un pelícano en tierra virgen.» Sacó su colección de sellos y los esparció encima de la mesa, pero no lograron fascinarla. En tales circunstancias, se alegró de que sonara el teléfono... pero no tanto al descubrir que se trataba del señor Shepperton.

–Mi madre se ha ido a Londres –le dijo–. Ha ido al estreno de tía Harriet. Estoy sola en casa. –Vaciló un momento y añadió–: Venga a tomar el té, si le apetece. Estoy ordenando sellos.

Por lo visto, al señor Shepperton le gustaban los sellos. Había tenido una colección bastante completa, pero ya no la tenía.

–¡Qué lástima! Porque podíamos habernos cambiado algunos – exclamó Bobbie, decepcionada–. ¿Vendió su colección?

El señor Shepperton no respondió, pero le dijo que si de verdad quería que fuera, iría. Y Bobbie, harta de estar a solas consigo, le dijo que sí, que lo quería de verdad.

Entretanto, Leda y Derek paseaban por el monte. A Leda le gustaba andar, pero a Derek no; prefería ir en coche a todas partes. Desafortunadamente, se veía obligado a ahorrar gasolina –la necesitaba para trasladarse entre Oxford y Ashbridge– y no disponía de más para expediciones innecesarias. Le fastidiaba pensar que su coche estaba parado a la puerta de Villa Vitoria sin hacer nada, mientras él sudaba la gota gorda trepando por el monte.

–Podíamos haber ido a Wandlebury –se quejó Derek–. Ponen una peli bastante buena. ¡Qué rabia! ¿Verdad?

–Podíamos haber ido en autobús –dijo Leda.

–¡En autobús! –exclamó Derek con desprecio–. No soporto los autobuses... Lo mejor habría sido pasar la tarde en casa. ¿Por qué no se nos ocurrió?

–A mí se me ocurrió –le dijo Leda–, pero me pareció que un paseo sería más apetecible. Con Bobbie en casa, no podríamos

hablar ni nada.

–Si estuviéramos casados no tendría que gastar toda la gasolina en venir a verte –refunfuñó Derek–. ¿Por qué no nos dejan casarnos? Me gustaría saberlo.

–Es que no entienden nada –dijo Leda–; no se acuerdan de cuando eran jóvenes. Si estuviéramos casados y viviéramos juntos en Oxford, no costaría más que así, como estamos. ¿Te imaginas lo estupendo que sería?

–Ya –dijo Derek, y le apretó la mano suavemente.

–Yo te ayudaría a estudiar –continuó Leda–. Podríamos vivir con muy poco, ¿sabes? Y después, te licenciarías y...

–El único inconveniente –la interrumpió Derek–, el único inconveniente es que... es decir, ¿para qué quiero yo una licenciatura?

–¡Cómo que para qué! –exclamó ella, atónita.

–Si te digo la verdad, estoy hartísimo de la carrera de Derecho. ¡Es un plumazo, maldita sea!

–Pero, Derek, creía que querías...

–Sí, quería. Si hubiera empezado directamente después de la escuela, todo habría ido bien, pero cuando estuve en el ejército perdí el hábito de estudiar; era una vida muy diferente. Ahora solo existe empollar. ¡Empollar, empollar y seguir empollando! –dijo, perdiendo la paciencia.

–Ya falta muy poco –dijo Leda, intentando calmarle.

–¡De eso nada! –replicó él–. ¡Aunque me sacara el título el año que viene...!

–¡Derek! ¡Claro que te lo vas a sacar!

Derek no dijo nada.

–Derek, tienes que sacártelo, no hay más solución –le dijo ella con apremio–. Solo así podremos casarnos. Tu padre dice...

–No, solo así, no –musitó Derek–. La verdad es que podríamos casarnos mucho antes si lo mando todo a paseo. Estoy harto de estudiar leyes. Estoy harto de empollar un libro detrás de otro. Además, ¿para qué? Tardaría años en ganar lo suficiente para vivir con holgura. Pero, si me inicio en los negocios...

Dieron unos cuantos pasos más sin decir nada.

–¿Qué clase de negocios? –preguntó Leda.

–Cualquiera –contestó él–, no tengo manías. Lo único que quiero es un salario digno y muchas vacaciones.

–Pero, Derek, cuando se empieza una cosa, hay que terminarla... Echarías a perder todo el tiempo que le has dedicado.

–Más lo perdería si sigo con unos estudios que aborrezco. Si hubiera sabido que los iba a aborrecer tanto, no los habría empezado. Mira, Leda, conozco a un hombre que tiene una casa cerca de Oxford, una casa maravillosa, con piscina, pistas de tenis y todo lo que quieras imaginarte. Ha hecho toda su fortuna con la pasta dentífrica.

–¡Pasta dentífrica!

–¿Qué tiene de malo? La usa todo el mundo. Has visto los carteles que anuncian la pasta de dientes Bright, ¿no?

Leda los había visto –imposible no verlos, porque estaban pegados en todas las vallas publicitarias–: una fotografía de colores vistosos de una chica rubia con dos hileras de dientes magníficos.

Esta señorita tiene unos dientes Bright, anunciaba el cartel. Límpiese los dientes con Bright. Bright los dejás más bri... llantes.

–La chica del anuncio se llama Valerie –dijo Derek.

–¿Valerie? –preguntó Leda.

–Sí, Valerie Bright.

–No querrás decir que es la hija del señor Bright, ¿verdad?

–Sí. Valerie tiene unos dientes espléndidos, y siempre ha usado el dentífrico Bright.

–Pero, Derek, ¡es horrible! Deben de ser unas personas de lo más extraordinario.

–Nada más lejos de la verdad –contestó Derek con cierto brío–. Son simpáticas y hospitalarias. Valerie es maravillosa, es tan... Pero lo interesante no es eso –dijo Derek, cortando en seco su alabanza de la señorita Bright y cambiando el tono de voz–. Lo interesante es que son muy ricas... y todo gracias a la pasta de dientes... Y creo que el patriarca Bright me daría trabajo en su fábrica, si se lo pidiera. Tiene una fábrica enorme, muy moderna, con vidrio uviol y casitas para todos los obreros.

A Leda no le entusiasmaba la idea.

–Tu padre se enfadaría muchísimo –dijo.

–Sí, pero solo al principio. Sé exactamente lo que me diría y cómo me lo diría... ¡es increíble lo bien que lo conozco! Armaría un escándalo del demonio, pero al final atendería a razones.

Llegaron a un sitio protegido. Derek puso el impermeable en el suelo y se sentaron uno al lado del otro. Era casi el mismo sitio en el que se había sentado Caroline a tomar el té y a hablar con el señor Shepperton, pero hoy hacía un día húmedo y gris, en vez de cálido y dorado.

–Tienes que sacarte el título –dijo Leda–. Será mucho mejor que fabricar pasta de dientes.

–¡Lo dices como si fuera a fabricarla yo con mis propias manos! –exclamó Derek–. Tendría un puesto de ejecutivo, naturalmente, y...

–No deja de ser pasta de dientes –señaló Leda–. Si sacas el título, podrás tener un puesto de profesional.

–Te he dicho que no lo voy a sacar –dijo Derek, enfadado–. Bueno, podría, si me pusiera a ello y trabajara como un esclavo negro...

–¡Claro que podrías! –dijo Leda–. Tienes que sacarlo, Derek. Hazlo por mí –añadió.

Derek no respondió como ella esperaba. Cogió un puñado de grava y lo dejó caer poco a poco entre los dedos.

–Entonces, no podría venir tanto... pero a lo mejor a ti no te molesta mucho.

–Sabría que estabas esforzándote por mí –dijo Leda.

Ahora fue Derek quien se llevó una decepción. Se quedó callado un momento y después dijo:

–Quiero trabajar. Pensemos solo en eso. Y entonces podremos casarnos.

–No podemos hacer las cosas en contra de todos, Derek. Tu padre se enfadaría mucho... y mi madre también...

–No entienden nada... lo has dicho tú. Dijiste que ya no se acordaban de cuando eran jóvenes.

La conversación había descrito un círculo: estaban otra vez como al principio.

–Sí –dijo Leda–. He dicho eso... y es verdad. Si al menos nos dejaran casarnos todo estaría bien. Viviríamos en Oxford. Sacarías

el título con facilidad, si estudiaras mucho y no tuvieras que venir a Ashbridge...

–Ya hemos hablado de eso –dijo Derek con impaciencia–. ¿Para qué vamos a repetirlo todo otra vez? Te he dicho que no tengo la menor esperanza de licenciarme el año que viene y mi padre no nos dejará casarnos.

–¿No podríamos convencerlo? Podemos decirle que no le pediremos un penique más de lo que te da ahora.

–No nos las arreglaríamos bien –dijo Derek en tono de duda.

–Podemos vivir con muy poco –insistió Leda–. Dos personas que viven juntas gastan casi lo mismo que una sola... Y podrías vender el coche, ¿no?

–A lo mejor... –dijo Derek, con menos convencimiento que antes.

–Si lo vendes, tu padre verá que tienes intención de ahorrar de verdad.

–Pero ¡es que no quiero venderlo! –exclamó Derek.

Leda se molestó y dijo:

–¡Ah, bueno, claro! Si prefieres el coche antes que a mí sería una lástima que lo vendieras.

–¡No seas tontita! Lo digo por ti, precisamente. Con el coche, podemos ir de merienda los domingos... y hacer muchas cosas divertidas. La verdad es que, con el coche, se ahorra mucho en taxis y trenes.

–¡Qué absurdo! –exclamó Leda–. Sabes que eso es absurdo, Derek.

–De acuerdo –contestó Derek, y volvió la cabeza hacia otro lado–. Tú sabes de coches mucho más que yo.

–Sé que tener coche es caro –replicó ella–. El alquiler del garaje, la gasolina, el aceite... y todo lo demás.

–Me parece que no lo entiendes –dijo Derek con paciencia exagerada–. ¿No comprendes que si me inicio en los negocios y encuentro un trabajo con un buen salario podremos casarnos sin tener que vender el coche? No tendríamos que apretarnos el cinturón ni contar hasta el último penique.

–Es mejor que saques el título primero...

–¡Maldito sea el título! –exclamó él.

Se quedaron un momento en silencio.

–¡Ay, Derek! ¡No quiero que discutamos! –dijo Leda con voz temblorosa.

Él se volvió inmediatamente hacia ella, le pasó un brazo por los hombros y se besaron.

–Ya está –dijo él–. Nos queremos, ¿no es así?

–Claro que sí –dijo Leda, limpiándose los ojos–. Claro que nos queremos, Derek, amor mío. Eso es lo único que cuenta, ¿verdad? Pero no hagas ninguna tontería, por favor.

Se levantaron y siguieron andando, porque hacía mucho frío para quedarse allí sentados.

Caroline habría dicho a Leda que había llevado mal su parte en esa conversación tan importante (no había sido nada comprensiva ni había entendido nada, y había dicho cosas que Derek recordaría con resentimiento cuando no estuviera a su lado para besarle y recibir sus besos), pero Leda creía que su madre estaba anticuada y que no entendía nada, así que se quedó muy satisfecha del papel que había desempeñado.

XIII



Derek tenía intención de volver directamente a Oxford esa misma noche, así que se despidió de Leda y puso el coche en marcha, pero no había recorrido mucho camino cuando cambió el plan. Era mucho más sensato pasar la noche en casa de su padre, hablar con él y tantearle, a ver cómo reaccionaba a la idea de la pasta de dientes. «No le diré nada definitivo –pensaba, al abrir la cancela–. Solo lo tantearé con precaución, a ver qué dice... Y mañana por la mañana puedo ir a ver a Leda otra vez.»

No esperaba encontrarse a Rhoda, porque su hermana trabajaba mucho e iba a casa con menor frecuencia que él, y le asombró verla en la biblioteca leyendo periódicos.

–¡Hola, sosaina! –dijo ella–. ¿Qué haces aquí? Creía que últimamente estabas empollando a todo tren.

–¿Por qué lo creías? –preguntó Derek.

–El progenitor, ¿quién, si no? Me dijo que el pequeño Derek había pasado página. Es asombroso, ¡qué ideas tan peregrinas se le ocurren al pobre!

–Estoy esforzándome mucho –dijo Derek, ofendido–. ¡Tengo que descansar de vez en cuando!

–Mucho esfuerzo sin descanso hace de Derek un asno –dijo Rhoda, dándole la razón–, así que supongo que estarás iluminadísimo... pero tengo que decirte que el progenitor no se va alegrar mucho de verte.

En efecto, sir Michael no se alegró de ver a su único hijo varón.

–Creía que ibas a ponerte a estudiar en serio, para variar –dijo–. ¿De qué sirve que pague cientos de valiosas libras si tú te dedicas a rondar por el campo en vez de estudiar?

Derek vaciló. Ésta era la ocasión. Podía decir que no valía la pena, que estaba harto de estudiar y que prefería buscar trabajo... pero, por algún motivo, no fue capaz.

–No te entiendo –continuó sir Michael–. ¿Cómo crees que vas a mantener a una mujer si no trabajas? Cuando tu madre y yo nos prometimos, trabajé como un negro para ascender. Quería tener algo que ofrecerle; quería demostrarle de lo que era capaz. Jamás

se me pasó por la cabeza que nos mantuviera mi padre; y además, yo no quería que fuera así... ¡Quería mantenerla yo!

–Y la mantendré –se apresuró a replicar Derek–, es decir, naturalmente. Estoy esforzándome mucho. Me voy mañana por la mañana temprano. Solo quiero pasar un momento por Villa Vitoria al salir y después me voy directamente.

Rhoda dejó de leer el periódico.

–¿Vas a ir a la villa? –preguntó–. Entonces, puedes llevarme y dejarme allí, así me ahorro la gasolina de Guiñosa.

Derek tenía intención de irse temprano, pero Rhoda no terminó de prepararse hasta las diez y eran casi las diez y media cuando llegaron a la cancela de Villa Vitoria en su coche.

–Es una casa encantadora, ¿verdad? –dijo Rhoda al estirar sus largas piernas para apearse del coche–. ¡Qué bien lo hemos pasado aquí! Las fiestas de los Dering siempre me parecían muy divertidas. La señora Dering es adorable.

–Es un poco tonta y anticuada –contestó Derek–. No cambia con los tiempos... No sé si habrá alguien en casa.

–¿Leda no estará? –preguntó su hermana, sorprendida.

–No me espera. Quería haber ido a Oxford anoche, pero...

–Seguro que la señora Dering sí está –dijo Rhoda con seguridad.

–La señora Dering se ha ido a Londres.

–¡Vaya! ¿Por qué no me lo dijiste? No habría venido.

–Creía que querías ver a Leda –contestó Derek.

Rhoda no dijo nada. No tenía el menor deseo de ver a Leda, pero, ahora que había venido, no tenía más remedio que verla y terminar de una vez... Si es que estaba en casa. La casa parecía vacía (eso le pareció a Rhoda) y la puerta principal estaba cerrada con pestillo... una circunstancia fuera de lo común.

Rhoda llamó al timbre y esperaron.

–No hay nadie –dijo Derek con impaciencia.

–Eso parece –dijo Rhoda–. No, ¡un momento! ¡Oigo acercarse a alguien!

Comfort abrió la puerta.

–¡Hola, Comfort! –exclamó Rhoda–. Hacía siglos que no te veía... desde la Asociación Juvenil... ¿Qué tal estás?

–Muy bien, señorita Ware –contestó Comfort, sonriendo.

–¿Dónde está la señorita Dering? –preguntó Derek.

–¡Qué contratiempo! –dijo Comfort, dejando de sonreír–. ¡Qué contratiempo y qué mala suerte! Las señoritas han salido. La señorita Bobbie ha ido al pueblo a comprar pescado.

–Quería ver a la señorita Dering –le dijo Derek.

–También ha salido, pero no sé dónde ha ido.

–¿No te lo ha dicho? –preguntó Derek–. ¿No dijo cuándo volvería? Tengo una cosa importante que decirle.

–No, no dijo nada –contestó Comfort–. Tuvo una discusión con la señorita Bobbie y se fue muy enfadada. Solo Dios sabe cuándo querrá volver. Yo no lo sé, desde luego.

–¡Qué rabia! –exclamó Rhoda, que se había hecho a la idea de felicitar a su futura cuñada y quitarse de en medio tan ingrato deber–. ¡Qué rabia me da esto! Y ¿si entramos y la esperamos un ratito?

A Comfort le pareció bien. Los llevó al salón y, después de mullir los cojines y encender la chimenea, los dejó allí.

Rhoda se desplomó en un sillón y cruzó las piernas.

–¡Esta elefanta nuestra en un encanto! –dijo–. Cuando estábamos en la Asociación Juvenil la adorábamos. Era siempre tan buena...

–A mí me parece horrenda –dijo Derek–. Me duelen los ojos al verla... y ¡que diga esas cosas de Leda...!

–Leda se enfada a menudo –dijo Rhoda con naturalidad.

–¡No es cierto! Al menos, ahora. Cuando era pequeña, sí que era un poco susceptible, pero ahora ha cambiado bastante.

–El carácter no cambia, Derek.

–Rhoda –dijo él, muy digno–, te agradecería que no hablaras mal de Leda. Creía que te ibas a portar bien con ella; si no, no te habría traído. Creía que ibas a... a darle la enhorabuena y... y esas cosas.

–Claro que pienso dársela. A quien no te la doy es a ti. La verdad es que nunca he podido soportarla –añadió Rhoda con apabullante franqueza.

Derek se quedó sin palabras.

–Bueno, ya sé que no tendría que decir estas cosas de mi futura cuñada –continuó Rhoda, repantigándose, con las manos en la nuca–, pero nunca he sabido fingir. Además, el sentimiento es mutuo, Leda no me soporta. Seguro que lo sabes, Derek.

–¡Rhoda!

–Es que siempre dice a todo el mundo lo que tiene que hacer, y ella siempre tiene razón –reflexionó Rhoda en voz alta–. Cuando éramos pequeños, siempre nos la ponían de ejemplo: «¡Fíjate en lo buena que es Leda! Leda nunca se rompe el vestido; Leda nunca se mancha ni se despeina...», y era cierto, la pequeña Leda nunca se manchaba ni se despeinaba.

Derek se puso colorado hasta las orejas.

–¡Eres una bestia, Rhoda! –exclamó.

–Ya –dijo ella–. Soy una bestia... Nací así. No hagas caso de lo que digo. Al fin y al cabo, si a ti te parece perfecta y maravillosa, lo que me parezca a mí da completamente igual.

Sacó una boquilla larga y, después de ponerle un cigarrillo, buscó fuego por la habitación. Derek sacó su encendedor y se lo dio.

–Me gustaría mucho que os llevarais bien –dijo a su hermana persuasivamente.

–Nunca nos hemos llevado bien.

–Leda ha cambiado mucho.

–Me alegro.

–De verdad, Rhoda...

–De acuerdo; déjalo. Es la que has elegido. Yo no te pediré que seas amigo del alma de mi marido... cuando lo tenga. Seguramente lo aborrecerás, pero espero que lo trates con el debido respeto, nada más. Estoy preparada para tratar bien a Leda, siempre y cuando deje de decirme lo que tengo que hacer. A lo mejor a ti te gusta que te digan lo que tienes que hacer, pero yo no lo soporto.

–Eres completamente repugnante –dijo Derek con tristeza.

–¡Porras! ¿Qué he dicho ahora? –preguntó Rhoda, sonriéndole con cariño–. ¡Como si la hubiera llamado ladrona o algo así! Solo he dicho que siempre tiene razón y que le encanta decir a la gente lo que tiene que hacer.

Discutir con Rhoda era casi imposible y, además, Derek no quería discutir con ella... y, naturalmente, había dicho unas cuantas verdades. Leda le había dicho que tenía que esforzarse más, que tenía que terminar lo que había empezado y, por último, pero no menos importante, que tenía que vender el coche.

–Creo que es mejor que me vaya –dijo Derek–. Es inútil esperar, y esta tarde voy a un partido de tenis en casa de los Bright.

–El rey de la pasta de dientes –dijo Rhoda, que ya sabía quiénes eran los Bright. Dudó un momento y después preguntó–: ¿Por qué no le dices a papá que quieres dedicarte a fabricar pasta de dientes?

–Tendríamos una pelea.

–No, si se lo dices bien –contestó Rhoda–. Papá entiende las cosas si se las planteas bien. Te entendería si se lo explicaras todo y le dijeras lo que sientes tú. Le decepcionarías un poco, eso seguro... ¿A quién no? Pero lo entendería, sobre todo si le dijeras que no tienes ninguna esperanza de licenciarte el año que viene... porque no la tienes, ¿verdad?

–No, ni la menor esperanza –dijo Derek, abatido.

–Eso me parecía –dijo Rhoda–. Solo la gente excepcional puede permitirse no hacer nada, pero tú no eres excepcional, ¿verdad, chiquitín? Por eso, lo mejor que puedes hacer es recoger velas y ponerte a hacer algo útil... como la pasta de dientes. ¿Ese Bright te daría trabajo?

–No se lo he preguntado.

–¿Por qué no se lo preguntas?

Derek no dijo nada. Lo cierto era que no lograba tomar una decisión. Cuando estaba con el señor Bright le parecía que primero tenía que hablar con su padre –antes de planteárselo al señor Bright–, y cuando estaba con su padre le parecía mejor hacerlo al revés.

–Hay más cosas, aparte de la pasta de dientes –continuó Rhoda–. Conozco a una persona cuyo padre fabrica cemento; puedo tocar esa tecla, si quieres. Es posible que a papá le guste más el cemento que la pasta de dientes. Le parecerá más respetable, creo yo.

Rhoda se rió por lo bajo, porque le hacía gracia la idea.

–No es nada gracioso –dijo Derek, un tanto ofendido–. Es importante. Me encuentro en una encrucijada.

–Yo me movería –contestó Rhoda–. Las encrucijadas son peligrosas. Si te quedas mucho rato, a lo mejor te atropella alguien... ¡Sí, sí, de acuerdo! Soy comprensiva, pero me parece raro que no puedas tomar una decisión. Yo siempre sé lo que quiero.

–Tú siempre consigues lo que quieres –dijo Derek con amargura.

–¡Por eso mismo, tontorrón! –exclamó Rhoda–. Sé lo que quiero y voy por ello con todas mis fuerzas... No me quedo en la encrucijada esperando a que me den un empujón. ¿Por qué no das un paso? –le dijo en voz más alta, con impaciencia–. Si quieres fabricar dentífrico, adelante, empieza cuanto antes. Si quieres casarte con Leda, ¡cásate con ella!

Derek no dijo nada. Le resultaba todo muy difícil. Rhoda no se daba cuenta de lo difícil que era. ¿De qué serviría quemar las naves antes de saber si quería avanzar o retirarse? Quería casarse con Leda, eso seguro, pero empezaba a darse cuenta de que el matrimonio con ella no sería un lecho de rosas. Sería horrible vivir en un sitio barato, no tener coche ni dinero para diversiones y juegos... Uno se quedaba fuera de juego rápidamente en cuanto se descubría que manejabas poco dinero.

XIV



Caroline se había divertido en Londres, pero se alegró mucho de volver a casa, y el recibimiento que le hicieron fue más que decente: Leda, Bobbie y Joss estaban esperándola en la puerta, y Comfort sonreía detrás de ellas. Abrazó a sus hijas, dio unas palmaditas a Joss y devolvió el saludo a Comfort... ¡hablaban todas a la vez!

–¿Por qué te fuiste? –protestó Bobbie–. ¡Esto ha sido un horror, sin ti!

–Me fui para poder volver, naturalmente –respondió Caroline, riéndose.

–Y ¿qué tal la obra? –preguntó Leda.

–Me pareció maravillosa –dijo Caroline–. Me encantó de principio a fin, pero, por lo visto, no ha sido un éxito clamoroso...

La cena estaba servida, así que se sentaron a la mesa y Caroline siguió hablándoles de *El dilema de Eve* y de la cena de después. Había asistido todo el elenco... Había sido divertidísima.

–Y ahora contadme vosotras –dijo por fin–. ¿Qué tal las cosas aquí?

Habían pasado muchas cosas en Ashbridge durante su ausencia. Leda había ido a ver a la señorita Penworthy y se había comprometido a ir todas las mañanas a Wandlebury con Anne Severn para ayudarla en la escuela. La señorita Penworthy se alegraba mucho de contar con ella y le había pedido que empezara el lunes.

–Y vino Derek un día –continuó Leda–. Está esforzándose mucho, desde luego, pero no dispondrá de más gasolina hasta principios del mes que viene.

–También vino ayer por la mañana –dijo Bobbie–, pasó un momento con Rhoda, pero no estábamos ni Leda ni yo.

–¿Ayer por la mañana? –preguntó Leda.

–¿No te lo dijo Comfort? –preguntó Bobbie, asombrada.

–No, no me dijo nada... ¡Ah, qué burra es!

–Porque tú la tratas como a una burra –replicó Bobbie–. Y además, ¿qué más da? Solo pasaron un momento y tú no estabas.

–¡Sí que estaba! –exclamó Leda–. Estaba en el jardín. ¿Por qué no me avisó de que habían llegado?

–Te fuiste sin decir nada a nadie –replicó Bobbie, que empezaba a acalorarse–. Fue después de la discusión por el pescado, y te fuiste, muy enfurruñada y muy digna. Yo no sabía adónde ibas, así que Comfort menos todavía.

–¡Comfort lo sabía de sobra! –estalló Leda–. Lo hizo a propósito...

–¡No es verdad! –dijo Bobbie, a voces–. ¡Comfort no hace esas cosas!

–¡Leda! ¡Bobbie! –exclamó Caroline.

Las chicas se callaron.

–Es horrible –dijo Caroline–, es realmente insoportable. No hacéis más que pelearos una y otra vez. Seguro que no habéis dejado de discutir desde que me fui.

–No tanto, la verdad –musitó Bobbie–, es decir, a veces no.

–No me gusta –dijo Caroline– y no estoy dispuesta a tolerarlo. No quiero oírlos discutir a todas horas.

Caroline no adoptaba a menudo actitudes tan taxativas y sus hijas se alarmaron. La miraron con tanta perplejidad que tuvo que hacer un esfuerzo por contener una sonrisa, porque tenía el sentido del humor a flor de piel. Lo cierto es que había pensado mucho en lo que le había dicho su hermana sobre lo malcriadas que estaban sus hijas, y que ella era la única culpable... Pero ellas no tenían que saberlo, claro está.

–Un día vino el señor Shepperton a tomar el té –dijo Bobbie, cambiando de tema a toda prisa–. Estuvimos repasando mi colección de sellos; sabe mucho de sellos.

–No tenía que haberle invitado, ¿verdad? –dijo Leda.

–¿Por qué? No había nadie en casa...

–Precisamente por eso –respondió Leda.

–¡Claro, te habría parecido mejor que me quedara aquí sola toda la tarde! –exclamó Bobbie, enfadándose de nuevo–. ¡A ti te daba igual que me quedara sola, no te fastidia! Tú te fuiste con Derek, así que ¿por qué no podía yo invitar al señor Shepperton?

–No es lo mismo –dijo Leda, con una tranquilidad exasperante–. Da la casualidad de que Derek y yo estamos prometidos. El señor Shepperton es un desconocido, no sabemos nada de él y...

–¡Me cae muy bien! –protestó Bobbie.

–Pues a mí no –replicó Leda–, y a Derek tampoco. Hay algo muy raro en él, no me lo puedes negar. ¿Por qué vive en el Gallo y Zorro? ¿Cómo es que tiene una ropa tan maravillosa?

Caroline había asistido a la conversación en silencio, pero le pareció que ahora tenía que intervenir. Sabía algunas cosas del señor Shepperton y no había motivo alguno para no contárselas a sus hijas. Bobbie lamentó muchísimo las desgracias que le habían sucedido a su nuevo amigo, pero Leda no fue tan comprensiva.

–Ahora me parece más misterioso que nunca –dijo la joven–. ¿Dónde estaba todo ese tiempo y por qué no le escribió nadie para decirle que habían bombardeado su casa? Si hubiera estado en el ejército, en el extranjero, se lo habrían comunicado oficialmente.

Caroline se había hecho las mismas preguntas alguna vez, pero le agradaba el señor Shepperton y estaba dispuesta a darle un voto de confianza.

–Bueno, claro, tal vez estuviera en la cárcel –añadió Leda.

–¡Leda! –exclamó Bobbie, indignada.

–Pregúntaselo –dijo Leda, con una sonrisa de superioridad–. Si sois tan amigos, a lo mejor te lo cuenta... o a lo mejor no. No pierdes nada por intentarlo.

–¡Ya basta! –exclamó Caroline, parándoles los pies otra vez.

–Bueno, solo quería que lo tuvieras en cuenta, por si acaso –dijo Leda.

Después, las cosas se suavizaron, los temas de conversación no eran tan espinosos. Bobbie había recibido carta de James, y decía que tenía muchas esperanzas de volver a casa en primavera.

–Dice que viene de pitón –añadió Bobbie, pasándoles la carta–, aunque no sé qué demonios quiere decir eso.

–El Pitón es un barco... –empezó a decir Leda.

–No –dijo Caroline (que había oído hablar de lo de pitón)–. Pitón no es un barco, es un... es solo una manera de decir que... que... o sea, cuando los hombres del ETLO vuelven a casa después de cumplir tres años de servicio, se dice que vuelven a casa de pitón. Y, por si no sabes lo que es el ETLO –añadió Caroline alegremente–, significa Ejército de Tierra del Lejano Oriente.

Sus hijas la miraron con perplejidad. Bobbie expresó sus sentimientos con palabras.

–¡Estás... estás en plena forma, mami! –exclamó en tono de asombro.

La agitada vida en Londres, con Harriet, no le había dejado un minuto para escribir a nadie, pero en casa le aguardaba un montón de correspondencia atrasada. Tenía que contestar a Jean y darle las gracias por el paquete (había llegado a Villa Vitoria en su ausencia) y, naturalmente, tenía que escribir a James. Las demás cartas podían esperar.

Escribir a James era fácil. Aunque no hubiera más novedades que las habladurías del pueblo y la crónica de la vida cotidiana en Villa Vitoria, le escribía a menudo, porque sabía que a James le gustaba saber todo lo que hacía su madre. Cuando era pequeño y ella se ausentaba unos días, después tenía que contárselo todo. «Cuéntamelo todo desde el principio –le decía–. Cuéntame todas tus “venturas”.» Esta noche tenía muchas cosas que contarle y, al contrario que la famosa lady Bertram⁵, tenía la suerte de poder contárselas sin que se inmiscuyera nadie y le estropeará el relato. Podía explayarse contándole el compromiso de Leda y la visita nocturna de sir Michael –eso le haría muchísima gracia– y después le hablaría de la escapada a Londres, de la obra de teatro, de los amigos tan raros de Harriet y de varias «venturas» que le habían sucedido en la gran ciudad.

Era tarde cuando empezó a escribir; las chicas se habían ido a la cama y la casa estaba en silencio. El tictac del reloj se oía, incansable. Escribir a James era casi como hablar con él, era como si estuviera a su lado. Casi notaba su presencia en la habitación... Pero no estaba allí, sino a miles de kilómetros de distancia. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Caroline dejó la pluma y dio rienda suelta a la imaginación. Había calculado la diferencia horaria y sabía que, si en Inglaterra era medianoche, en Malasia eran las siete y media. James estaría despierto –siempre se despertaba temprano–, tal vez se hubiera despertado en su habitación de la base de Kuala Lumpur, o tal vez hubiera pasado la noche persiguiendo bandidos. Sabía algunas cosas del país, no solo por lo que le contaba James en las cartas, sino también por lo que había

leído en la biblioteca; el clima era caluroso y húmedo, había grandes bajíos en la costa, manglares y campos de arroz, y montañas en el interior, cubiertas de bosques. Intentó imaginarse a James en esas tierras... pero no podía. Era imposible imaginárselo en un paisaje que nunca había visto.

Suspiró y cogió la pluma otra vez.

La noche del estreno fue maravillosa –le contó–. Estaba casi mareada de emoción, esperando que empezase. Parecía que pasaban horas y... de repente, se alzó el telón cuando menos lo esperaba y vi a Harriet en el escenario, sentada a un escritorio, escribiendo... y lo más curioso es que era simplemente Harriet, la misma de siempre, tal como la he visto miles de veces. Tuve la misma sensación durante toda la obra: era simplemente Harriet, que hacía y decía cosas típicas de ella y hablaba y se reía con toda naturalidad. Los demás no me parecían tanto ellos mismos (bueno, es que los conocía a todos, porque, como te digo, no paraban de ir al piso a cualquier hora del día –y de la noche– y casi se ponían a llorar y había que reanimarlos con ginebra con *bitter*). Sobre todo Marcus: no se parecía nada a sí mismo. Se notaba que estaba actuando. En una escena, Harriet y él tienen un diálogo sobre un caballito de cartón, pero antes habían tenido un disgusto tremendo con el caballito, porque, en el último momento, el productor quería quitar esa escena (por suerte, Harriet se propuso que no la quitara, fingió que se enfadaba y al final la dejaron). Y sucedió lo siguiente: Marcus había comprado un caballito de cartón magnífico para su sobrino y, al mismo tiempo, un bolso para Harriet, y los de la tienda se equivocaron y mandaron el caballito a Harriet. (Bueno, en la obra se llaman Eve y Freddie, pero yo seguía llamándolos Harriet y Marcus.) Harriet desenvuelve el caballito en escena; estaba muy bien empaquetado en una caja de madera y era muy divertido ver cómo lo desenvolvía. No sabe por qué Marcus se lo manda. ¿Significará algo que ella desconoce? Monta en el caballito y canta *Ride a Rock-Horse to Banbury Cross*⁶; entonces entra Marcus y se queda mirándola y, de repente, ella lo ve y hablan del caballito, pero todo son malentendidos y respuestas a destiempo. Dicho así, parece una tontería, pero en realidad es muy bueno y me pareció divertidísimo. Toda la obra me pareció muy divertida. Harriet (o Eve, supongo que debería decir) se enfrenta a muchos dilemas; tiene dos admiradores pero es incapaz de elegir uno, y además se ve envuelta en un timo complicadísimo de bacon casero del mercado negro. Y la trama se complica más porque uno de sus admiradores se llama señor Bacon y Harriet nunca sabe si están hablando del hombre o del cerdo. Pero, por lo visto, a pocos les gustó la obra tanto como a mí. Las críticas no son buenas y es posible que la retiren de cartel antes de lo previsto. Es terrible, después de lo mucho que han trabajado. Afortunadamente, Harriet se lo toma con filosofía y dice que si la retiran vendrá a Villa Vitoria a pasar unas largas vacaciones. Ahora tengo más gallinas. Nos dicen que produzcamos más alimentos, así que se me ocurrió ¡producir huevos! Da bastante trabajo, cuando son tantas, pero tengo la sensación de que hago algo para remediar un poco la escasez. Creo que en mi última carta te hablaba del señor Shepperton; sigue en el Gallo y Zorro y dice que está muy a gusto con la señora Herbert. Creo que el señor Shepperton te gustaría, es un hombre interesante y fuera de lo corriente y ha visto mucho mundo...

Caroline hizo otra pausa. ¿Le gustaría a James? Tenía la impresión de que daba demasiada importancia a esa pregunta... pero ¿por

qué? Cuando James volviera a casa –de pitón– el señor Shepperton se habría ido. No iba a quedarse eternamente en el Gallo y Zorro, desde luego.

Cogió la pluma y terminó la carta a toda prisa: era más de la una.

El señor Herbert, el dueño del Gallo y Zorro, era un tipo redondo y bonachón; tenía la nariz pequeña –o tal vez solo lo parecía por contraste con su enorme sonrisa– y los ojos oscuros y alegres; siempre acogía las bromas de buen grado, y sobre todo las viejas, que eran las que más le gustaban. El nombre de su posada siempre le daba ocasión de reírse un rato. «No me venga con fábulas de gallos y zorros –decía, riéndose–. Éste no es sitio para cuentos de gallos y zorros.» Su broma favorita consistía en decir que se había casado con «la socia» porque nadie hacía la tarta de manzana como ella. «Nadie en toda Inglaterra –aseguraba–, es decir, nadie en el mundo entero, que es lo mismo, ¿no? Por eso me casé con ella. Por eso y por la cama... una cama de columnas que era de su tía abuela Emily: es la cama más cómoda de toda Inglaterra.» Y la risa empezaba a rebullirle desde dentro hasta que el hombre acababa temblando como un flan de los pies a la cabeza. «¡Ja, ja, ja! –estallaba al fin–. ¡Ja, ja, ja! Tarta de manzana y cama cómoda... ¿Qué más se puede pedir en la vida?»

La señora Herbert sonreía en silencio: sabía perfectamente por qué Herbert se había casado con ella. Porque ella se había hecho el firme propósito de que ese hombre fuera para ella, él y ningún otro. Tarta de manzana... ¡sí, sí!

Además de la cama de columnas, la señora Herbert había aportado con su dote unos cuadros muy bonitos, que adornaban la posada. En uno, Drake jugaba a los bolos con la Armada Invencible, que asomaba por el horizonte; en otro, se veía un carruaje y cuatro personas empujándolo, hundidas en la nieve; había también una escena de caza con jinetes de chaqueta de color de rosa y perros corriendo delante de ellos ladrando y aullando; y un cuadro de la reina Victoria de joven, el día en que le anunciaron su ascensión al trono... y muchos más. La señora Herbert se había dado cuenta de que a los parroquianos les gustaban sus cuadros, porque se quedaban mirándolos mientras esperaban que les llevara la comida. Como tenía que ser (a decir de la señora Herbert), porque los cuadros eran para que la gente los mirase y, cuanto más interesaran

a la gente, mejor cumplían su propósito. A veces, cuando llegaban forasteros a la posada, les señalaba los detalles de los cuadros para que no se les pasaran por alto.

La posada en sí era un edificio antiguo, pasado de moda y laberíntico. Tenía vigas de roble, chimeneas grandes, largos pasillos que no llevaban a ninguna parte en concreto e inesperados tramos de escaleras. Era muy difícil de organizar, pero la señora Herbert la tenía admirablemente organizada. La servidumbre consistía en unos pocos criados muy mayores y con mucha experiencia y unas pocas muchachas que estaban muy verdes; siempre había roces entre ellos y no pasaba un día sin que tuvieran «unas palabras». Siempre llamaban a la señora Herbert para que arbitrara en alguna pelea ridícula... y a veces se hartaba tanto de sus tonterías que le habría gustado agarrar a los contendientes por el pescuezo y darles un cabezazo al uno contra el otro.

A Robert Shepperton le gustaba el Gallo y Zorro; la comida era buena, las habitaciones estaban limpias y su cama –aunque solo era la mejor de la casa después de la de columnas– era comodísima. Su jovial anfitrión le hacía reír a menudo y su anfitriona le parecía una joya.

Robert Shepperton había ido a Ashbridge a refugiarse del ruido y el ajetreo de Londres. La gran ciudad se le había hecho aborrecible... Era tan distinta de la que recordaba... No podía evitar comparaciones entre sus circunstancias presentes y la vida de antes de la guerra. Antes de la guerra tenía mujer, un hijo y una casa confortable con sus propios muebles; tenía sus libros, su jardín, sus amigos, que vivían cerca y con quienes podía charlar y compartir ideas. Ahora vivía en un hotel en el que nada era suyo, no tenía libros ni amigos: no había una sola persona que se interesara por si se encontraba bien o mal. No era de extrañar que tuviera prejuicios contra Londres. No encontraba la gracia al Londres de postguerra. Le parecía completamente desprovisto de encanto, echaba de menos incluso las pequeñas atenciones de la vida cotidiana. Las casas estaban sucias, sin pintar, todo eran ruinas y cascotes, había multitudes en todas partes. Tenía la sensación de que la existencia era tan difícil que el esfuerzo de existir no valía la pena: era difícil encontrar alimentos dignos de tal nombre, comprar un par de

zapatos o encontrar quien pudiera arreglar un reloj... A nadie le importaba si encontrabas lo que necesitabas o no; la actitud general era de lo tomas o lo dejas. Y el transporte era incluso más difícil; el metro y el autobús iban siempre hasta los toques, la gente se peleaba por entrar como lo haría por llegar a un bote salvavidas en caso de naufragio. *Sauve qui peut!*

Había estado muy enfermo y, aunque ya se había recuperado, todavía se encontraba débil y abatido. Le torturaban los recuerdos, pero creía que tenía que hacerles frente –no era de los que huyen–, por eso fue a ver su casa, o lo que quedaba de ella, y la iglesia vieja de Chelsea en la que se había casado con Wanda. La iglesia vieja de Chelsea... tampoco quedaba mucho de ella.

«Venir ha sido una tontería», se dijo.

Es posible que lo dijera en voz alta, o tal vez su actitud delatara su abatimiento, pero el caso es que, en ese momento, una joven que pasaba casualmente por allí se paró a hablar con él. No llevaba sombrero y tenía un pelo que parecía de oro puro y le enmarcaba el rostro como un halo, un rostro precioso, por cierto. Llevaba un paquete grande bajo el brazo.

–No vale la pena llorar por lo que no tiene remedio, ya sabe –le dijo la joven.

Era la primera persona en Londres que había manifestado algún interés en él y, aunque sus palabras fueron un poco crudas, sonreía amablemente.

Robert vaciló un momento.

–Es difícil no llorar por lo que no tiene remedio cuando te quedas sin nada –le dijo.

–¿Sin nada de nada? –preguntó ella.

–Bombardearon mi casa –contestó él–. Mi mujer estaba dentro en ese momento. Y ésta es la iglesia en la que nos casamos.

No dijo que lo sentía ni se dolió con él, pero supo que la joven lo comprendía.

–¿Por qué no se va a otra parte? –le dijo.

–¿Usted cree? Intento superar todo esto...

–¿De qué sirve revolver entre las ruinas? –dijo la chica, con mucho sentido común–. Pase página y empiece una nueva. Váyase

de aquí. Vaya a cualquier parte, a Ashbridge, por ejemplo, le aseguro que es un sitio muy tranquilo.

Le sonrió, dio media vuelta y se perdió entre la multitud.

Robert no había oído nunca el nombre de Ashbridge y no tenía ningún motivo para hacer el menor caso a las palabras que dijera alguien al pasar, pero se encontraba en un estado de ánimo fatalista. La joven había sido amable; parecía interesada en lo que le pudiera pasar; le había prestado atención y se había tomado la molestia de darle un consejo. Volvió al hotel y buscó Ashbridge en el horario de trenes; hizo la maleta, pagó la cuenta y se quitó de los zapatos el polvo londinense.

Al principio encontraba poco consuelo en la paz del campo; casi era peor que en la ciudad, porque tenía más tiempo para pensar en su aflicción y además le cohibía el gran interés que despertaba en el pueblo... sobre todo porque se veía incapaz de corresponder. Tenía la sensación de estar aislado de la vida, como si un muro de cristal lo separase de sus congéneres.

Después conoció a Caroline Dering. Caroline y Villa Vitoria parecían tener el encanto de la vida que recordaba. El ambiente de la casa no era el de antes de la guerra, porque la señora trabajaba mucho más, pero el que ella había creado tenía la paz, la amabilidad y la sencilla alegría de antaño. En el salón de Caroline casi podía uno olvidarse de la guerra. Robert había vivido como en sueños, pero ahora empezaba a despertar, a sentir el palpito de la vida a su alrededor. Empezó a interesarse por el pueblo y sus gentes. Había pasado página y empezaba a escribir una historia nueva.

La historia empezaba con Caroline Dering, era el primer nombre de la página, pero poco a poco iban entrando otros, como el de la señora Herbert, por ejemplo. La señora Herbert hablaba con él y le exponía sus dificultades, y así descubrió que las del Gallo y Zorro se parecían mucho a las del ancho mundo, pero vistas desde el otro lado del telescopio. Aquí, en esta conejera anticuada, se libraba una guerra sin tregua de personalidades e ideas opuestas; los socialistas y los conservadores, los idealistas y los materialistas, los trabajadores y los vagos se encontraban, peleaban y discutían de la mañana a la noche. La señora Herbert vertía aceite en los mares

tempestuosos o a veces levantaba un huracán y descargaba una tempestad por su propia cuenta.

Una noche Robert se acercó a la taberna y participó en una partida de dardos, y se lo pasó tan bien que repitió y lo convirtió en costumbre. Al principio, su presencia cohibía un poco a los demás (las conversaciones cesaban cuando aparecía él y los habituales se comportaban con total corrección), pero enseguida dejaron de preocuparse. Llegaron a la conclusión de que el señor Shepperton era un buen tipo; era callado y modesto, le gustaban los chistes y siempre estaba dispuesto a pagar una ronda para que los ánimos no decayeran. No era muy bueno ni muy malo jugando a los dardos, circunstancia que le ayudó mucho a ganarse la simpatía de la gente. El mejor de todos era el joven Mumper, pero Silas Podbury no le iba a la zaga. Silas era uno de los muchos primos de Comfort.

–¡Ah, si viera usted a Jim Widgeon! –le dijo el viejo Coney confidencialmente–. Jim les pasa la mano por la cara a todos, pero, desde que se casó, ya no viene más por aquí.

El señor Coney acababa de decirlo cuando entró Jim Widgeon; parecía un poco avergonzado. Los presentes lo recibieron con voces de entusiasmo y gestos burlones. Todos querían saber a qué se dedicaba Jim todas las noches... y se nombraron varias diversiones. Era un humor rudo y de la época isabelina, poco decoroso para consignarlo por escrito, pero el señor Shepperton no se ofendió, porque era natural, sin afectación, y la hora y el lugar estaban bien para esa clase de bromas. El joven Widgeon se lo tomó con calma y devolvió lo justo a cada uno.

–Sí, me gusta más Sue que los dardos –declaró–, y os diré más, la prefiero a la cerveza.

–A Sue le gustas más que las manzanas de caramelo, supongo – se burló el joven Mumper.

–Más que tú, seguro, Tom Mumper –respondió Widgeon con una sonrisa.

La taberna se vino abajo de carcajadas y aplausos, porque era bien sabido que el joven Mumper había pretendido a Sue con todas sus fuerzas hasta que Widgeon le ganó la partida.

Widgeon jugó un rato a los dardos y tomó varias pintas de cerveza, pero se fue pronto, y más sobrio que un juez, diciendo que

tenía que recoger a Sue en casa de su madre, porque había ido allí a pasar la tarde y tenía que llevarla a casa.

–Lo que pasa es que ha cambiado –fue el veredicto de la parroquia–. Es lo que tiene el matrimonio.

–Sue lo tiene dominado.

Los más jóvenes lamentaban el cambio de su amigo inseparable, pero los mayores y asentados lo alabaron clamorosamente.

Robert jugaba a los dardos si hacía falta un jugador, pero en realidad prefería hablar con los mayores y oír lo que contaban sobre cosas que habían sucedido en Ashbridge hacía mucho tiempo. Los recuerdos llegaban muy atrás en el tiempo y a veces se repetían historias muy antiguas, de mucho antes de nacer ellos, y que tenían que haber oído contar a sus abuelos... y esas historias se mezclaban en su cabeza de ancianos con otras en las que habían participado.

–¡Ah! ¡Si hubiera visto la hoguera que hicimos cuando coronaron a la reina Victoria! –dijo el abuelo Mumper con su voz temblorosa, que a Robert siempre le recordaba a una carretilla mal engrasada–. La que hicieron el día de la victoria sobre Japón no era ni la sombra de aquella. ¡Qué troncazos metimos, todos untados de alquitrán, y unos montones de palos de quince metros de alto cada uno. ¡Eso sí que era digno de verse! El señor nos dejó sus caballos para subirlo todo al monte y los jóvenes íbamos de casa en casa pidiendo madera para quemar. En el monte Cock fue la cosa. Allí arriba, cerca de la cantera, justo por encima de Villa Vitoria. Bueno, era un buen sitio y no molestaba a nadie. Pero entonces se levantó viento, la hoguera se desmandó y, ¡venga! Se puso aquello como un horno y las brasas ardientes cayeron formando un remolino encima de Villa Vitoria y parecía que la casa entera fuera arder de un momento a otro, y entonces sí que habría sido una hoguera de las que hacen historia.

–Eso sería cuando la villa tenía todavía las *excreciencias* –terció el señor Coney.

–Sí, fue antes de que tú les metieras mano –dijo el señor Mumper, riéndose.

–¿*Excreciencias*? –preguntó Robert.

–Torrecillas y adornos de madera, lo que mejor prende –le explicó el abuelo Mumper.

–¿Adornos barrocos? –insistió Robert.

–Eso es, barracas –dijo el señor Coney con una sonrisa que dejó a la vista sus encías desdentadas–. Ya lo tengo, ya está. Llevaba un rato queriendo acordarme de cómo llamaba el señor John Dering a las *excreciencias*, pero no me salía; y ahora este caballero llega y lo dice perfectamente... ¡qué cosas tan curiosas pasan! Sabía que tenía algo que ver con soldados, pero no me salía la palabra.

–Cuéntaselo al caballero –dijo el abuelo Mumper generosamente.

–Sí, claro –dijo el señor Coney–. Pues sucedió lo siguiente...

Y le contó que el señor Dering le había pedido que echara abajo las *excreciencias* y que el señor Arnold Dering le había pedido que las pusiera otra vez.

–Estaba un poco loco –declaró el abuelo Mumper.

–Pobre hombre –comentó el señor Podbury.

–Se quejaba por todo –dijo el señor Coney–. Siempre se quejaba el pobre hombre... pero ¡si no tenía de qué quejarse!

El veredicto fue que el señor Arnold Dering, lejos de tener motivos de queja, había sido un hombre tremendamente afortunado, porque tenía una mujer buena, tres hijos guapos, una casa confortable y todo el dinero que necesitaba.

–¡Ah! –dijo el anciano señor Podbury, que era abuelo de Comfort y, por lo tanto, se consideraba una autoridad en lo referente a la familia Dering–. La señora Dering está bien... Es una gran señora, sí.

–Y el señor James –dijo el señor Coney–. El señor James es un joven caballero de lo mejorcito. Era muy joven para la guerra de Hitler, pero ahora está luchando en el extranjero...

–Lucha contra los bandidos –añadió el señor Podbury–. Dice Comfort que vendrá en primavera.

XVI



Una mañana, cuando Caroline se levantó y miró por la ventana, notó un frío inconfundible: el sol estaba saliendo por detrás del monte Cock entre nubes perfiladas en luz dorada, pero, por lo demás, el cielo era una lámina de un límpido azul claro. Se acercaba el invierno, pero ella ya no lo temía. Lo temía en vida de Arnold. «En Egipto hace un sol espléndido –decía Arnold–. ¿Te das cuenta, Caroline? Ahora, en este mismo momento, mientras la niebla envuelve este desgraciado país, en otros brilla el sol. –Se estremecía aparatosamente y añadía–: Si no fuera por esta casita ridícula y por los niños, que llevamos colgados al cuello como una muela de molino, tú y yo podíamos estar disfrutando de un tiempo espléndido.» Estas quejas y otras del mismo talante inquietaban a Caroline –tanto que la atemorizaban– porque le parecía que lamentarse de la casa y de los niños no estaba bien. Y ¿si de pronto se quedaran sin ellos? Y ¿si los niños sufrieran un destino fatal y la casa se incendiara y ardiera hasta los cimientos? Por suerte, la autoridad competente desoyó las quejas de Arnold.

Hacía un día tan bonito que Caroline decidió tomárselo de fiesta; empezaría nada más comer y daría un largo paseo por el brezal. Las chicas iban a Wandlebury a pasar el día con unos amigos y, por lo tanto, ella quedaba libre de obligaciones. Cogió un palo largo y se puso en marcha a buen paso... Subió por el monte, dejó atrás la cantera y continuó hacia el brezal y, mientras andaba, pensaba en todas las cosas que estaban sucediendo. Unas eran agradables, otras, ligeramente inquietantes.

La vida transcurre a veces con monotonía y uno llega a tener la sensación de que siempre será así, pero de repente empiezan a pasar muchas cosas a la vez y la época monótona se termina. Por ejemplo, el compromiso de Leda; ésa era una de las cosas ligeramente inquietantes, porque no veía el futuro con claridad y a Leda no la convencía estar prometida sin una perspectiva definitiva de matrimonio. Robert Shepperton era otro acontecimiento que había irrumpido en su tranquila existencia. Ahora eran amigos y era un placer tener un amigo nuevo... sobre todo por lo a gusto que se

encontraba con él. Había llegado a Ashbridge en un estado de profundo abatimiento, pero últimamente estaba más animado; Caroline se había dado cuenta y se alegraba. Después, Harriet. Habían retirado *El dilema de Eve* de cartel, así que su hermana llegaría al día siguiente. Caroline se preguntaba cómo se lo habría tomado... pero sería estupendo que se quedara una larga temporada. Por último, pero no menos importante, ya era casi seguro que James volvería en primavera.

El paseo le sentó muy bien, a pesar de que se levantó un viento frío del este y el cielo se cubrió de nubes grises y amenazadoras. En el camino de vuelta, al llegar a la cima del monte, vio salir a un hombre de un bosquecillo; se dirigía hacia ella. Llevaba una escopeta y lo acompañaba un perro de aguas. Era sir Michael, y esas tierras eran suyas. Aunque había dicho muchas veces a Caroline que podía ir donde quisiera, pensó con inquietud que tal vez le hubiera espantado la caza. Tal vez sería mejor dar media vuelta y retroceder, se dijo, sin saber qué hacer. En ese momento, una nidada de perdices levantó el vuelo casi a sus pies, en dirección a sir Michael. Él apuntó con el arma, disparó a izquierda y derecha... y dos bolas de plumas marrones cayeron al suelo.

«¡Bueno, no puede quejarse!», se dijo Caroline, sonriendo para sí. Se quedó esperando donde estaba hasta el que perro encontró las aves y se las llevó a su amo.

Sir Michael la saludó con la mano y echó a andar hacia ella.

–¡Bien! –le dijo desde lejos–. ¡Bien hecho! –Estaba en buena forma, tenía buen color y parecía contento y... menos imponente que de costumbre; tal vez porque estaba en su elemento. Llevaba polainas marrones de cuero y un traje veijísimo de pantalones a media pierna, de un tono azulado muy descolorido–. ¡Muy bien hecho! –repitió al acercarse–. ¡Buen trabajo, Caroline! Ni preparado podía haber salido mejor.

A Caroline le hizo gracia el inmerecido agradecimiento; en realidad, no había hecho nada –absolutamente nada–, pero el hombre estaba tan encantado con el resultado de su aparición como si le hubiera hecho una demostración de gran inteligencia. Tan encantado estaba que la había llamado Caroline, cosa que no había hecho jamás en todos los años que hacía que se conocían...

«Aunque a lo mejor es porque vamos a ser familia», pensó ella vagamente.

–Llevo toda la tarde acechando a esa nidada –le dijo–. Estaba a punto de abandonar, pero preferí intentarlo otra vez y... ¡acerté!

–Sí –dijo ella–. La perseverancia ha tenido su compensación.

–Un buen par –dijo, levantándolo–. Quédese con las piezas, son suyas, por supuesto, huelga decirlo.

Caroline intentó rechazar el regalo amablemente, pero él no se dejaría contrariar.

–Se las ha ganado –dijo–. En mi vida había visto nada tan bien hecho. ¡Tenga! No será una molestia llevárselas a casa, ¿verdad?

No, no sería una molestia ni muchísimo menos; un par de perdices sería una contribución estupenda a su menguada despensa.

–De acuerdo –dijo él con satisfacción–. ¡Una mujer sensata! No se las coma enseguida. Hay que dejarlas reposar al menos una semana, con el tiempo que hace... bastante frío, ¿verdad?

–Pero muy agradable para un buen paseo –dijo ella. Le hizo gracia encontrarse diciendo algo tan convencional.

–Sí –respondió él–, mejor que ayer. Ayer me acompañó Shepperton... el tipo ese que se aloja en el Gallo y Zorro. ¿Lo conoce?

Caroline dijo que sí.

–Es un buen tipo –continuó sir Michael–. Un tanto misterioso en algunos aspectos. No habla mucho de sí mismo, ¿verdad? Por lo visto, no tiene escopeta, así que le dejé una, y resulta que tiene una puntería tremenda el condenado. No cobramos muchas piezas, pero lo pasamos en grande, francamente bien, la verdad.

Caroline murmuró que se alegraba.

–Ha estado enfermo... Al final, fue lo único que pude averiguar de él. De haberlo sabido antes, no lo habría llevado tan lejos. Cuando se acaba de pasar una enfermedad, no conviene hacer excesos –dijo, serio–. Aunque yo nunca caigo enfermo, desde luego. ¿Qué tal la familia? ¿Hay noticias de James?

–Sí, parece que está bien...

–¿Y Leda? ¿Se encuentra bien?

–Sí, gracias.

–Parece que Derek ha sentado un poco la cabeza. Ahora se esfuerza más... No sale tanto.

–Leda también está más razonable –dijo Caroline... e inmediatamente se preguntó si era verdad.

Leda era tan reservada que nunca se sabía lo que le pasaba; unos días estaba bastante contenta, pero otros... Caroline suponía que esos altibajos tenían que ver con las cartas de Derek, pero era una simple suposición.

–Dígale que ya está todo arreglado –le pidió sir Michael.

–¿Arreglado? –inquirió Caroline.

–Sí; mis abogados están de acuerdo en aceptar a Derek en su despacho cuando se licencie. Es un bufete de Londres con solera y sería un buen comienzo para él. Tengo que aportar algún dinero, claro está, y eso significa vender la granja Betterlands, que lleva muchas generaciones en la familia, pero ¡qué se le va a hacer! Lo importante es que el chico se establezca. Se lo he contado a Derek por carta, así que puede decírselo a Leda. Espero que se ponga contenta.

–Naturalmente, se pondrá muy contenta –dijo Caroline afectuosamente–. Es usted muy generoso, sir Michael.

–Bueno... –musitó–. Hay que ayudarlos un poco.

–Leda aportará un pequeño capital propio. Está todo en fideicomiso, pero lo he consultado con mi abogado y mi hija recibirá doscientas al año.

–Es más que nada. Pueden salir adelante, si tienen cuidado... Viene Rhoda –añadió, cambiando de tema bruscamente–. Viene en ese horrible cacharro del demonio. Se va a quedar una temporada para descansar. Es que trabaja mucho, al contrario que Derek, que no se esfuerza lo suficiente. ¡Qué curioso! ¿Verdad? Organizaremos una fiesta para celebrar el cumpleaños de Rhoda y tienen ustedes que venir.

–¡Ah, sí, con mucho gusto! –dijo Caroline.

Era hora de volver a casa. Sir Michael dio las perdices a Caroline y se despidió. Ella se quedó viéndolo alejarse por el brezal y pensó que era muy considerado –y bueno... e íntegro y generoso, a pesar de su aspecto imponente–, y que debía de estar muy solo en la Casa Ash sin nadie con quien hablar, con una pareja de ancianos

que cuidaban de él, nada más; pero nunca se quejaba ni molestaba a los demás con sus problemas. Se había fijado en que a la chaqueta le faltaba un botón y tenía un roto en el codo. ¡Cuánto se afligiría Alice si lo supiera!, pensó Caroline.

XVII



Cuando llegó a la cima del monte Cock empezaba a oscurecer; el cielo estaba gris, el viento era muy frío, el pueblo parecía encogido bajo su hálito cruel... y de repente, al bajar por el camino que pasaba por la cantera, la oscuridad se tragó la luz gris. Hacía un momento, la tarde estaba fría y gris y de pronto era casi de noche. Se encendieron luces en el pueblo, primero una, después otra, y tres, cuatro, siete, diez... hasta que en cada casa brilló un cuadrado de débil luz ambarina y el pueblo dejó de parecer gris, abandonado, encogido y se convirtió en un campamento completo de casitas... hogares cálidos y confortables con el té preparado en la mesa de la cocina y un simpático hervidor borboteando en el fuego. Las luces de su casa le parecieron especialmente acogedoras. Las vio desde lejos y apretó el paso.

El té estaba preparado en el salón, el fuego ardía alegremente y las cortinas estaban corridas. Al entrar ella, Robert Shepperton se levantó de un sillón.

–Espero que no le moleste –dijo–. Comfort insistió en que me quedara a esperarla. Dijo que las chicas habían salido y que se alegraría usted de tener compañía.

Caroline se alegraba, pero no porque no le gustara estar sola –a veces le resultaba muy grato–, sino porque apreciaba al inesperado visitante; se encontraba a gusto en su compañía, tanto si tenía ganas de charlar como si no. Naturalmente, eso se debía a que también él se encontraba a gusto con ella, porque esas cosas funcionan en ambas direcciones o no funcionan. Caroline se sentó y empezó a contarle la noticia: la gran noticia de que Derek y Leda se casarían el año siguiente.

–Se alegra usted –dijo Robert.

Caroline vaciló un momento.

–Es lo que quieren ellos –dijo–, y yo quiero que Leda sea feliz.

–Naturalmente –dijo él–. Todos queremos que nuestros hijos sean felices. Yo también se lo deseo a Philip. Lo único que podemos hacer es esperar que acierten en la elección.

–¿No le gusta Derek? –le preguntó.

–Eso no tiene ninguna importancia. Si Leda le quiere... si le conviene como persona... Pero creo que pensaba en mi hijo al decir eso. Resulta que he recibido carta de Philip y me he llevado una gran impresión. Dice que... Aunque tal vez sea mejor que le lea usted.

Caroline cogió la carta, la desdobló y la leyó de arriba abajo; estaba bien escrita, con letra redonda de niño en edad escolar:

Querido padre:

Me alegro mucho de saber que te encuentras mejor y me alegraré mucho de verte cuando vengas en primavera, pero preferiría quedarme aquí en vez de volver a Inglaterra. América me gusta mucho y quiero muchísimo al señor y a la señora Honeyman. En Inglaterra no sería igual y todo me parecería raro, después de haber estado aquí tanto tiempo. También la escuela sería diferente. Además, hay poca comida, ¿verdad? Aquí como muy bien y la señora Honeyman dice que estoy creciendo muy deprisa y que tengo que comer bien. La semana pasada fuimos de merienda al campo, era la merienda de la escuela dominical. Primero hicimos concurso de carreras y gané el segundo premio; después comimos perritos calientes y tortas de alforfón con mantequilla y sirope de arce, y de postre, helado y soda de helado con chocolate por encima, y fruta y malvaviscos y nata montada y caramelos. Fue una merienda estupenda. El señor Honeyman quiere que me quede y dice que él se hará cargo de todos los gastos y que va a escribirte para decírtelo. Espero que me dejes quedarme, porque no quiero separarme del señor y la señora Honeyman y sé que Inglaterra no me gustaría y no tienes casa ni nada. Por favor, escíbeme enseguida y dime que te parece bien.

Te quiere,

Philip

Caroline se quedó horrorizada, porque sabía lo mucho que deseaba el señor Shepperton recuperar a su hijo. Philip era lo único que tenía en el mundo... Estaba tan impresionada que no se le ocurría nada que decir.

–Es como bofetón, desde luego –dijo Robert en voz baja–. La verdad es que no me lo esperaba; creía que Philip tenía tantas ganas de volver a casa como yo de recuperarlo. He sido un necio, desde luego; tenía que haberme puesto en su lugar. Lleva mucho tiempo con los Honeyman, desde que cumplió ocho años, y lo han tratado como si fuera su propio hijo; sería raro que no les hubiera tomado cariño.

–Usted es su padre.

–Sí, pero apenas me conoce.

–¡Ay, qué terrible!

Creyó que se refería a lo terrible que sería tomar una decisión y contestó enseguida:

–¡Ah! Philip tiene que hacer lo que prefiera, y lo que prefieran ellos, creo que no tengo ningún derecho. Por otra parte, ¿cómo iba a traerlo aquí si no quiere venir? Sería una situación insostenible. Y, naturalmente, ahora que lo pienso, comprendo que le resultaría muy difícil adaptarse a la vida inglesa.

–Lo que sería difícil de verdad es alimentarlo –dijo Caroline arqueando las cejas.

Él sonrió animadamente.

–Usted lo ha dicho. Me da la impresión de que Philip es un poco glotón, ¿no le parece? –dijo él–. Creo que yo también lo era a los doce años.

Al principio, a Caroline la carta le pareció cruel, pero volvió a cogerla y a leerla con más atención. No era cruel, sencillamente, era la carta de un niño. Los niños son implacables porque no han aprendido la compasión, son desconsiderados porque no conocen el dolor. Cuando Philip escribió la carta no se imaginó a su padre recibéndola, solo se había puesto a escribirla y había dicho exactamente lo que pensaba, con total sinceridad y, como decía Robert, no se le podía reprochar. Tampoco se les podía reprochar nada a los Honeyman; habían cuidado al niño cuatro años y, evidentemente, lo adoraban y –también resultaba evidente– no soportaban la idea de que se llevaran a su precioso hijo adoptivo a vivir en condiciones de austeridad y privado de la alimentación necesaria. No había nada que reprochar a nadie, aunque era lamentable... por Robert. ¿Cómo iba a soportarlo? Comparó a Philip con James y le pareció que si James no quisiera volver a casa con ella porque prefiriera a otros padres, ella solo... se dejaría morir.

–¡Robert! –exclamó–. No sé qué decir. Sería ridículo decir simplemente que lo siento mucho.

–No tiene por qué preocuparse –contestó él–. Es una gran desilusión, pero no un pesar insoportable. Habría sido mucho peor si conociera más a mi hijo y lo hubiera perdido. Para mí es una idea abstracta, más que una persona real. Es cierto que deseaba tenerlo conmigo otra vez, y hacernos amigos y disfrutar de su compañía. Creía que nos los pasaríamos muy bien enseñándole la ciudad, haciéndole regalos, llevándolo a Malborough... Pero qué se le va hacer. De nada serviría, si no le apetece.

–Sí, lo entiendo –dijo Caroline–. Pero tengo que decir que lo encaja usted muy bien, señor Shepperton.

–Hace un momento me ha llamado Robert –dijo Robert, sonriendo.

–¡Ay, ha sido un descuido!

–A mí me pareció cordial.

Caroline sonrió y se sonrojó.

–Guardar las formas está pasado de moda –dijo–. Lo descubrí cuando estuve con Harriet; ninguno de sus amigos tenía apellido o, si lo tenían, ¡nunca lo oí! Y todos me llamaban Caroline, sin ceremonias, y todo era más fácil.

–Estoy dispuesto a hacerlo todo más fácil –dijo Robert, sonriendo.

No hablaron más de la cuestión, incluso Caroline cambió de tema rápidamente.

–Le encuentro mucho mejor –le dijo–. Ashbridge le sienta bien...

Robert dijo que sí. Hablaron de Ashbridge y de la gente, sobre todo de los Podbury, y Caroline intentó explicarle las diversas ramas de la familia, aunque no lo consiguió del todo, porque en realidad eran tan largas y se complicaban tanto por los matrimonios entre ellos que había muy pocas posibilidades de entenderlas si no se había vivido en Ashbridge toda la vida.

–Me pierdo, me temo –declaró Robert, y se levantó para irse a casa–. Nunca lo entendería sin pluma y papel, pero he aprendido una cosa de ellos. El abuelo Ebenezer Podbury tiene diecisiete hijos, todos están vivos y se han quedado en Ashbridge.

–Es suficiente, de momento –dijo Caroline, riéndose.

Robert había aprendido una cosa de los Podbury y también una sobre sí mismo que, aunque no tenía importancia para Ashbridge, para él sí, y mucha: de pronto se había dado cuenta de que estaba contento. Había perdido a Wanda y, ahora, a Philip; tendría que estar hundido... pero no. A veces, ser sincero con uno mismo es una experiencia asombrosa y, mientras se dirigía al Gallo y Zorro, procuró ser totalmente sincero y el resultado le asombró. Descubrió que ya no añoraba a Wanda. Todavía le afligía haberla perdido, naturalmente, pero la aflicción que sentía era por su muerte prematura, no por la pérdida que había sufrido él. Había superado esa parte de su vida, la había dejado atrás. «En la vida, todo pasa –

pensaba, caminando en la oscuridad—. En este mundo, nada dura para siempre, ni la pena ni la alegría; solo un necio desearía que no pasara nada. No estamos quietos en un sitio. Somos viajeros en el camino de la vida. Ningún viajero puede bañarse dos veces en el mismo río. El viajero se baña y sigue su camino y, si el camino es polvoriento y hace calor, tal vez se acuerde con añoranza del agua clara y fresca y lamente haberla dejado atrás... pero es posible que encuentre otro río, distinto, eso sí, pero igual de apetecible para bañarse en sus aguas.»

SEGUNDA PARTE

XVIII



Harriet llegó a Villa Vitoria al día siguiente. Caroline y Bobbie la esperaban y habían pasado toda la mañana despejando el garaje para hacer sitio a su pequeño coche. Al llegar, lo aparcó en el espacio que le habían reservado y se apeó.

–¡Querida tía Harriet! –exclamó Bobbie, echándose en sus brazos y cubriéndola de caricias.

–¡Cuánto has crecido y qué fuerte estás! –dijo Harriet, cuando pudo por fin hablar.

–Pero gorda no, ¿verdad? –inquirió Bobbie, preocupada—. No quiero ponerme como Comfort. Hago ejercicio todas las mañanas y ando kilómetros con Joss, pero lo malo es que me da hambre. ¿Qué te parece que tengo que hacer?

–Vivir en Londres con la ración de una persona –dijo su tía sin dudar.

Entraron en casa charlando y riéndose.

Caroline estaba preocupada por su hermana (el fracaso de *El dilema de Eve* tenía que haber sido muy decepcionante), pero no percibió en ella señales de desánimo ni de abatimiento. Se alegró, pero al mismo tiempo le extrañaba, porque solía juzgar a los demás en relación consigo misma y sabía que ella, en su lugar, se habría deprimido bastante.

–¡Qué bien que hayas venido! –decía Bobbie—. Te vas a quedar muchos días, ¿verdad? –Tienes que conocer al señor Shepperton. Le he contado muchas cosas de ti y dice que nunca ha conocido a una actriz de verdad personalmente.

–¿Quién es el señor Shepperton?

–¡Ah, un señor! –contestó Bobbie—. Se quedó sin casa por los bombardeos, por eso se aloja en el Gallo y Zorro, y le gustan los sellos.

–Es filatelista –dijo Harriet, asintiendo.

–No –contestó Bobbie, insegura—. Al menos eso creo, no especialmente; da gusto hablar con él y va a la iglesia todos los domingos por la mañana.

–Ahí tienes la prueba –dijo Harriet son seriedad–. Conozco a unos cuantos filatelistas con los que da gusto hablar de cualquier cosa... menos de filatelia; pero no conozco a ninguno que vaya todos los domingos a la iglesia.

«Le da completamente igual», pensó Caroline, disimulando una sonrisa.

Hacía una tarde brumosa y, a medida que transcurría, la bruma se cerraba y se hacía más densa, hasta que se convirtió en una niebla blanca y húmeda que cubría todo el campo y amortiguaba los sonidos. La londinense estaba acostumbrada a la niebla, desde luego, pero no al silencio.

–Es como si de pronto me hubiera quedado sorda –dijo Harriet–. ¡Qué cosa tan misteriosa! –añadió, con un estremecimiento involuntario.

Su hermana y su sobrina la compadecieron, sobre todo Bobbie.

–¡Pobre tía Harriet! –exclamó–. ¿Quieres que vaya al garaje y me ponga a tocar el claxon del coche? Te parecería que estás en Londres, ¿no?

Harriet le dijo que era buena idea, pero que prefería no hacerlo para no gastar la batería.

La sensación mejoró cuando corrieron las cortinas y dejaron fuera la niebla y el silencio; Harriet no tardó en recuperarse de su leve ataque de depresión y enseguida volvió a estar tan animada como siempre. Después de cenar las enseñó a jugar al mentiroso (que se juega con dados de póquer y consiste en decir las mentiras más atroces con la expresión más inocente); las Dering se lanzaron al juego como patos al agua y la velada se llenó de ruido y risas. Caroline ganaba casi siempre, cosa que la admiró tanto como a sus rivales.

–No sé cómo lo he hecho –dijo, mientras contaba sus puntos.

–Ni yo –contestó su hermana–. Te harías rica en las fiestas de Pinkie. Estás desperdiciando tu talento en Ashbridge.

–Es porque no esperamos que mami diga mentiras –dijo Bobbie, mientras recogía los dados.

–Desde luego, juega con esa gran ventaja, es cierto –reconoció Harriet.

Las chicas se fueron a la cama y, como todavía era bastante pronto, Caroline reanimó el fuego y las dos hermanas se prepararon para charlar un buen rato. Tenían, desde hacía mucho tiempo, la costumbre de quedarse hablando hasta altas horas de la noche. Se hablaba con más libertad sabiendo que, a esas horas, había que estar en la cama y durmiendo. Unas veces trataban asuntos serios y otras charlaban de puras frivolidades, según el estado de ánimo. No tenían muchos recuerdos comunes de la infancia, porque Harriet era bastante más joven (cuando Caroline se casó, Harriet solo tenía ocho años), pero la diferencia de edad, que antes parecía tan grande, ya no tenía importancia y eran verdaderas contemporáneas en todos los aspectos... Tanto es así que incluso Harriet tenía la impresión de ser mayor, saber más y tener más experiencia que su hermana, porque había tenido una vida más variada, que le daba una visión más amplia del mundo.

–¿Quién es el señor Shepperton y a qué se dedica? –preguntó Caroline.

–Es filatelista –contestó Caroline, sonriendo.

–Sí, eso ya lo sé... pero, en serio, de verdad, ¿quién es? Parece muy misterioso.

–¡Misterioso! –repitió Caroline, un poco desconcertada.

–Sí, sin duda –dijo Harriet–. Bobbie lo adora y Leda lo aborrece como al veneno. ¿Y tú? ¿A ti qué te parece?

–Pues... me cae bien –dijo Caroline.

–¿Un poquito? –preguntó Harriet con interés.

Caroline no supo qué decir. Se llevaba tan bien con su hermana, se querían tanto y se entendían tan bien... ¿Debía decirle que Robert le gustaba mucho –casi demasiado para su tranquilidad mental– y pedirle consejo? Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás en esa intimidad cada vez mayor que iba estableciendo con Robert, podía hacerlo ahora mismo, si fuera necesario, pero, si las cosas seguían como hasta ahora, pronto sería tarde para retirarse. Harriet sabría decirle si convenía dar marcha atrás, si estaba haciendo una tontería... a su edad... y con tres hijos mayores. Todas estas consideraciones le pasaron por la cabeza en un instante, y se disponía a responder cuando un tronco cayó rodando de la chimenea.

–¡Voy yo! –exclamó Harriet, y se arrodilló a coger las tenazas–. Me encantan los troncos de tu chimenea. Son muy acogedores, me gusta mirarlos. En el piso no puedo encender la chimenea de verdad, solo la eléctrica.

Pasó el momento y, cuando Harriet miró a su hermana y le pidió más información sobre el misterioso desconocido, Caroline había cambiado de opinión («ahora no –se dijo–, tal vez se lo cuente otro día») y, en vez de confiar a su hermana sus sentimientos íntimos sobre Robert Shepperton, se limitó a hacerle un resumen de las desgracias que le habían sucedido.

Eran mucho más de las doce cuando Caroline vio de pronto el reloj y pensó que ya era hora de irse a la cama. Harriet no era tan esclava del tiempo y todavía tenía mucho que decir, pero estaba de acuerdo en que, si había que levantarse para desayunar, era mejor acostarse antes de las dos.

–No hace falta que te levantes –le dijo Caroline–. Podemos llevarte una bandeja, así que no...

–¿Qué es eso? –exclamó Harriet, alarmada de pronto.

–¿Has oído algo?

–Sí, he oído pasos fuera.

Se quedaron calladas, escuchando. Estaba todo muy tranquilo.

–No oigo nada –dijo Caroline.

–Ahora no –dijo Harriet en voz baja–, pero estoy segura de que he oído pasos en la entrada... –Volvió a callarse, al oír unos suaves golpecitos en el cristal de la ventana.

Caroline se volvió a mirar.

–¿Quién puede ser? –se preguntó.

–No vayas. No contestes –susurró Harriet.

Volvieron a llamar al cristal y después se movió la falleba de la puertaventana, pero estaba bien cerrada.

–Tengo que ir a ver quién es –dijo Caroline.

–No –murmuró Harriet, y la agarró por el brazo para que no se moviera–. ¡No, a lo mejor es un vagabundo! ¡O un ladrón!

A Caroline le asombró que a su hermana le temblara la mano, porque siempre le había parecido más valiente que un león –«Benévolo, grande y gozoso, hermoso y libre»–⁷, porque ¿quién

sino una mujer valiente podría subirse a un escenario ante la mirada de cientos de personas sin que le temblara todo el cuerpo?

–Los ladrones no llaman a la ventana –dijo Caroline sensatamente.

–O sí...

Volvieron a llamar, y con más apremio, y dijeron en voz alta:

–¡Señora Dering! ¡Señora Dering! ¿Está ahí?

–No es un ladrón –dijo Caroline, intentando desasirse de su hermana.

–¡No vayas! –susurró Harriet, apretándole el brazo con más fuerza–. ¿Cómo sabes que no es un ladrón? Se inventan toda clase de trucos. Es un hombre... y en esta casa no hay ninguno.

–¡Tonterías! –dijo Caroline.

Se soltó, descorrió la cortina y abrió la puertaventana.

A la luz que salía del salón vio a un hombre joven de rostro blanco con los ojos muy abiertos. No llevaba cuello almidonado ni corbata y el pelo le caía sobre la frente... Lo cierto es que parecía un desconocido e iba tan desaliñado que tardó unos segundos en reconocerlo.

–¡Widgeon... eres tú! –exclamó.

–Sí –dijo Widgeon–. ¡Ay, señora Dering, cuánto me alegro de que no se haya acostado todavía! Pensaba que a lo mejor se había ido a la cama y había dejado la luz encendida por descuido. Es el niño, señora Dering.

–¡El niño! Pero, si es para el mes que viene, ¿no?

–Sue se cayó por las escaleras –dijo Widgeon, abatidísimo–. Íbamos a acostarnos. No fue una gran caída, pero hizo un movimiento raro, como un tirón o algo así. Se encuentra muy mal, señora Dering.

–Quieres llamar al médico, claro –dijo Caroline, abriendo la puertaventana de par en par.

El hombre entró y se quedó quieto, con la gorra en la mano.

–No vale la pena llamar por teléfono –dijo–. La enfermera está en cama con gripe y el médico ha ido a Chevis Green. La señora Smart dice que no pueden mandarle recado de ninguna manera.

–Habrà otro médico, ¿no? –dijo Harriet.

–No, ya no –contestó Widgeon.

–Se fue de Ashbridge –le explicó Caroline–. Solo podemos tener un médico, según el nuevo plan de Sanidad.

–Pero ¡es ridículo! –exclamó Harriet (porque vivía en Londres y estaba acostumbrada a los servicios de Londres, incluido un médico a la vuelta de la esquina y unos cuantos más en la calle de al lado)–. ¡Es escandaloso! ¿Quieres decir que no tenemos médicos a mano?

–Eso es –dijo Widgeon con tristeza–. Ahora solo tenemos uno y no puede estar en dos sitios a la vez. Al gobierno Sue le da igual, le da igual que se muera, y se supone que es un gobierno de los trabajadores. Yo no voy a votarles nunca más, conmigo que no cuentan.

–En Wandlebury está el doctor Wrench –dijo Caroline, poco convencida–. No lo conozco, claro, pero...

–Sue está muy grave –dijo Widgeon, retorciendo la gorra entre las manos–. No sé qué hacer, ésa es la verdad. –Miró a Caroline con ojillos de fiel spaniel y añadió–: Pensé que usted sabría qué hacer, señora Dering. Vi luz en la ventana y... por eso he venido.

A Caroline no le sorprendió que el hombre le pasara la responsabilidad a ella, porque conocía a la gente del campo y la entendía muy bien. Cuando las cosas iban bien, eran muy independientes; algunos alardeaban de ser socialistas y fingían desprecio por «los amos», pero cuando surgían dificultades de uno u otro tipo, recurrían con toda naturalidad a personas como ella. («Pensé que usted sabría qué hacer –acababa de decir Widgeon–. Vi luz en la ventana y... por eso he venido», así de fácil.)

–Sí –dijo Caroline, aceptando la responsabilidad–. Sí, Widgeon. Vamos a hacer lo siguiente: yo ahora me voy contigo, y mi hermana llamará al doctor Wrench, a ver si puede ayudarnos.

Widgeon sonrió.

–Muy bien –dijo–. Sue se alegrará mucho, señora Dering.

Harriet fue al teléfono inmediatamente y Caroline subió corriendo las escaleras para coger el abrigo y algunas cosas que podían ser de utilidad. Había aceptado la responsabilidad porque no se podía hacer otra cosa, pero no estaba nada satisfecha. Había ayudado al doctor Smart un par de veces y, por lo tanto, sabía lo suficiente para saber que sabía muy poquito. Si todo iba bien, saldría del paso, pero

no parecía éste el caso. Era un parto prematuro... Al menos, la casa de Sue estaría limpia... ¡Ya era algo!

Caroline se había preguntado cómo iba a arreglárselas el doctor Smart para atender a todo el municipio él solo. (En realidad, no es que tuviera muchos pacientes, pero estaban muy repartidos entre varios pueblos y las granjas aledañas.) Cuando confió sus temores al propio doctor Smart, éste se encogió de hombros y contestó que lo haría lo mejor que pudiera, pero que si dos niños elegían el mismo momento para nacer, uno en cada punta de su municipio, uno de ellos tendría que venir al mundo sin su ayuda. Afortunadamente, la enfermera Petersham era de toda confianza y tenía experiencia, así que seguro que se las arreglarían de alguna manera. Bien, pues exactamente en ese apuro se encontraban hoy, y la enfermera Petersham, en la cama con gripe.

Harriet la esperaba en el vestíbulo. Había encontrado al doctor Wrench y le había dicho que iría... y en un tono bastante animoso, sin sombra de vacilación.

–¡Los médicos son unas personas maravillosas! –exclamó Caroline.

Se alegró de saber que contarían con el médico... Sabía que podía tardar horas en llegar de Wandlebury, con tanta niebla, y que, entretanto, podían pasar muchas cosas, pero el simple hecho de saber que se pondría en camino la animó bastante.

–No me esperes levantada; tengo la llave –añadió Caroline, mientras salía por la puertaventana detrás de Widgeon.

XIX



Todavía había mucha niebla y todo estaba muy oscuro. Caroline no se desenvolvía bien en la oscuridad y, como acababa de salir de una habitación iluminada, andaba completamente a ciegas, así que agarró a Widgeon del brazo. El brazo se tensó de repente y comprendió que su dueño no quería prestarle apoyo (era tímido y no le parecía bien ir del brazo con la señora Dering); pero ella no tenía la menor intención de soltarlo y se agarró con más firmeza. No quería torcerse un tobillo en un bache ni darse de narices contra un árbol.

–No veo nada –le dijo, a modo de explicación.

–Está un poco oscuro –dijo él–. Tenía que haber traído algo de luz, pero salí con tanta prisa que se me olvidó.

–Pero tú ves bien, ¿verdad?

Era obvio que sí, porque andaba con paso seguro y guiaba a su compañera para que no tropezara con obstáculos invisibles.

Widgeon dijo que algo veía.

–Estoy acostumbrado –dijo–. Por la mañana, cuando voy a dar de comer a los animales, está más oscuro que boca de lobo. Me alegraré cuando llegue el verano... Tendría que llegar antes, pero nunca piensan en nosotros, no. Ellos solo piensan en los de la ciudad.

Caroline le dijo que sí, que «ellos» eran muy desconsiderados y que estaba tan harta de «ellos» como él, e incluso más en esos momentos, porque se le habían complicado las cosas con las gallinas. «Ellos» le habían dicho que **PRODUJERA MÁS ALIMENTOS**, por eso había aumentado el gallinero hasta cincuenta aves y mandaba los huevos al centro de reparto, para los que no tenían gallinas... aunque de vez en cuando mandaba algunos a Harriet. Jamás se le había pasado por la imaginación que se lo pudieran reprochar: ¡era su hermana! Pero lo cierto es que no tenía ningún cargo de conciencia por eso, nunca había pretendido engañar a la autoridad: era tan inocente de esa acusación que incluso se los mandaba por correo en una caja en la que ponía «Fragil. Contiene huevos» en grandes letras negras. Se había

llevado el susto de su vida cuando le dijeron que había cometido un delito.

Mientras caminaban en la oscuridad, le contó sus problemas a Widgeon y éste los entendió muy bien.

–Lo que tiene que hacer –le dijo– es quedarse con menos de veinticinco gallinas, y así puede disponer de los huevos como le plazca. No está obligada a mandar ninguno al centro de reparto.

–Es decir, ¿que venda las gallinas que sobran?

–No –dijo Widgeon–, sería una lástima... ¡son unas gallinas tan bonitas! Mándelas a mi casa, que yo se las cuidaré, ¿entiende? Puedo coger maíz de la granja y usted me da algunos huevos por las molestias, y así, tan contentos los dos.

–Pero eso sería ilegal, ¿no?

–No se preocupe –le dijo Widgeon–, ellos nunca lo sabrán.

Caroline se quedó un poco desconcertada (decir «impresionada» sería exagerar). No sabía qué decir a Widgeon. Parecía un asunto un tanto lioso en general, típico de las liosas circunstancias de la vida moderna. Había intentado ayudar al país «produciendo más alimentos» y lo único que había conseguido era complicarse más la vida. Había tenido que rellenar innumerables formularios; había recibido visitas de inspectores que se creían con derecho a tratarla groseramente, como si su intención fuera privar a las autoridades de lo que es justo y debido; además le habían puesto una multa cuantiosa por hacer una cosa que ni siquiera sabía que estuviera prohibida. Como es natural, estaba irritada con el asunto, y la oportunidad de saltarse la ley sin ningún riesgo resultaba muy tentadora.

–No creo que sea capaz, Widgeon –le dijo al fin.

–¿Por qué? –replicó él–. No es nada malo. Usted no haría daño a nadie, al contrario, haría mucho bien. Podría dar huevos a quien los necesita; podría darme algunos a mí, para Sue; le van a hacer falta y yo no puedo permitirme comprar gallinas... al menos, tan buenas como las suyas. Se las compraría a usted, si pudiera, pero últimamente he tenido muchos gastos y no me queda dinero, así que ¿para qué voy a decir que lo tengo? Yo se las cuido, señora Dering. Piénselo.

Lo pensó. Todavía estaba pensando en ello cuando llegaron a la casita de Widgeon.

A pesar de la inexperiencia, Caroline vio enseguida que Sue estaba gravemente enferma... Se le había pasado por la cabeza un par de veces que tal vez fuera una falsa alarma y, en tal caso, habrían llamado al doctor Wrench para que viniera de Wandlebury en plena noche y con toda la niebla para nada... Pero no se trataba de una falsa alarma. Sue estaba pasándolo muy mal, estaba muy asustada e histérica, lloraba y gemía, se revolvía en la cama y se agarraba a Caroline con manos calientes y húmedas.

–¡Ay, señora Dering! –se lamentaba–. ¡Ay, mi niño! ¡Mi niño chiquitín... no vivirá! ¡Sé que no vivirá! ¡Tengo miedo! ¡Dios mío, qué puedo hacer! ¡Dios mío, estoy muy asustada!

Caroline también se asustó, pero lo disimuló y empezó a hacer preparativos; mandó a Widgeon al cruce de la carretera con un farol, a esperar al médico, para que no se equivocara de desvío. Este plan tenía dos ventajas: se quitaba a Widgeon de en medio y el médico llegaría antes. Después de hacer cuanto se le ocurrió y disponer todo lo necesario, se sentó al lado de Sue, le cogió la mano y se puso a rezar.

Estaba atemorizada y abatida, tenía los nervios de punta, de pura aprensión, la responsabilidad le pesaba como una losa, pero poco a poco el temor y los nervios desaparecieron y su corazón se inundó de amor y valentía. Notaba que salía de ella y entraba en la joven que sufría como una corriente de consuelo. Caroline no se movía; se quedó muy quieta, dejando que la corriente siguiera fluyendo – así de fácil–, hasta que la mano temblorosa de Sue se relajó, cesaron los gemidos y el silencio se adueñó de la habitación.

–¿Qué me hace, señora Dering? –murmuró Sue.

–Quererte –contestó Caroline dulcemente–. Cierra los ojos, Sue.

Sue suspiró y los cerró.

Estaba todo muy tranquilo. Se levantó una brisa suave que susurraba entre las hojas de la hiedra que cubría la casita (tal vez se llevara la niebla); en el tejado se oía un goteo, una salpicadura levísima de gotas que se formaban y caían; un ratón arañaba el zócalo; Sue respiraba tranquila y rítmicamente.

Pasaron los minutos –o las horas–, Caroline no sabía cuánto tiempo llevaba allí, sujetando la mano a Sue. Estaba serena y alegre, descansada, la tensión había desaparecido por completo. Ya no le preocupaba la llegada del médico. Sabía que llegaría y que todo saldría bien. Poco después, en la quietud, oyó el ruido de un coche (un ronroneo lejano). Se acercaba. Lo oyó subir la cuesta... pararse en la entrada. Oyó pasos en el sendero de grava y el murmullo de voces amortiguadas; la puerta se abrió y se cerró sin un crujido y el ruido de pasos empezó a subir las escaleras.

Caroline nunca había visto al doctor Wrench, pero había oído varias descripciones de él; algunos de sus pacientes confiaban en él ciegamente, otros decían que era un dictador sin comprensión. Le habían dicho que era un hombre pequeño, un poco raro, con la cara llena de arrugas, como un mono, y con unas cejas hirsutas, pero, aunque todo eso podía ser cierto en un sentido, en otro no lo era. El doctor Wrench era pequeño de estatura, cierto, pero su personalidad llenaba toda la habitación. A Caroline le inspiró confianza al instante. Se levantó al entrar él, pero él no la miró; se acercó a la cama y miró a la paciente.

–Ahora está tranquila –dijo Caroline en voz baja–. A lo mejor podíamos haber esperado hasta la mañana, pero temía por ella.

–Ha hecho usted bien en no esperar –contestó el médico.

Se quitó el abrigo, se remangó la camisa y empezó a dar órdenes en tono autoritario. El doctor Wrench se hacía cargo de todo y Caroline se alegró muchísimo de pasarle la responsabilidad a él. Se movía por la habitación haciendo cuanto le mandaba: abrir su maletín, ir a buscar los hervidores de agua que había preparado...

Hasta ese momento, el médico no le había prestado la menor atención, pero de repente, ella notó que la estaba mirando. Tenía unos ojos vivos, de color gris, y unas cejas de forma muy curiosa.

–¿Puede ayudarme? –le preguntó–. Va a ser difícil, pero quiero salvar al niño, si es posible. Es primeriza, ¿verdad?

–Puedo hacer lo que usted me diga –contestó Caroline sobriamente.

–Es lo único que necesito –le dijo él–. Cierre la puerta... no queremos que ese hombre entre aquí y arme un escándalo en el momento crítico.

Caroline describió las cortinas y la luz gris del amanecer entró en el pequeño dormitorio; todo estaba ordenado. Sue se encontraba en la cama profundamente dormida, con el pelo esparcido sobre la almohada en húmedos mechones; la recién nacida, envuelta en mantillas, dormía en un moisés. Era el átomo de humanidad más diminuto que Caroline había visto en su vida... Alarmaba lo pequeña que era (o eso le parecía), pero el doctor Wrench estaba satisfecho y ella confiaba plenamente en su criterio. Le había inspirado confianza desde el primer momento y, a medida que transcurría la noche, más confiaba en él, y ahora, además, lo admiraba profundamente; jamás habría creído que alguien pudiera tener tanta paciencia, tanta seguridad y tanta pericia. Era dominante, sin la menor duda, pero eso a ella le daba igual: se alegraba de ser dominada.

El médico se reunió con ella junto a la ventana y se quedaron contemplando la fría mañana gris. La niebla se había disipado, pero la blanca helada se había posado hasta en la última ramita y en la última hoja de hierba: era como si hubieran delineado el mundo entero con un lápiz blanco y puro.

–No está usted preocupada, ¿verdad? –dijo el doctor Wrench en voz baja–. No les va a pasar nada. La niña es pequeña, pero es un espécimen perfecto y sano; cualquier día de éstos será más alta que usted.

Era la primera vez que hablaba con ella extraprofesionalmente y Caroline comprendió que se debía a que había terminado su trabajo. Le sonrió. Los ojos del médico quedaban justo a la altura de los suyos. Si la niña de Sue llegaba a ser más alta que ella, también sería más alta que el médico.

–Tiene usted que descansar –añadió–. Supongo que podrá venir alguna vecina a cuidarlas; por lo general, siempre hay alguien.

–Le he dicho a Widgeon que vaya a buscar a la señora Podbury... la madre de Sue.

El médico asintió.

–Muy bien –dijo–. Las madres son muy útiles.

–No le he dado las gracias por venir, doctor Wrench.

–Podemos saltarnos ese paso –replicó él–. Hemos hecho un buen trabajo entre los dos. ¿Tiene usted alguna experiencia, profesional,

quiero decir?

–No –dijo Caroline. Sonrió y añadió–: solo soy aficionada.

El doctor Wrench se rió.

–¿Quién es usted? –le preguntó–. Parece una pregunta tonta, cuando nos conocemos tan bien, pero me gustaría saber su nombre.

–¡Creía que lo sabía! Soy la señora Dering. Vivo a pocos minutos de aquí. Vendrá usted a desayunar conmigo, ¿verdad?

–Suena bien eso de desayunar. Voy a esperar un poco, hasta que llegue la madre, para darle algunas instrucciones, y después nos vamos. Me viene que ni pintada su invitación, porque me gustaría volver a echarles un vistazo antes de irme a casa. Espero que la madre de la joven tenga suficiente sentido común...

Caroline le describió a una mujer excelente...

–Y aquí está –añadió.

Vieron llegar a Widgeon y la señora Podbury a la entrada de la casa. La señora Podbury andaba muy deprisa, llegaba sin aire y colorada por el esfuerzo; Widgeon le llevaba la maleta.

–Tiene buena pinta –dijo el doctor Wrench–. Voy abajo a hablar con ella.

La señora Podbury se hizo cargo de la situación sin inmutarse. Había tenido siete hijos y había ayudado a nacer a otros muchos Podbury. Su única preocupación era no haber podido ayudar en el nacimiento de su primera nieta. Por la noche había tenido un presentimiento, dijo, una sensación rara que la estremeció, y le había dicho a Daniel que estaba segura de que significaba algo, pero Daniel no le hizo el menor caso y dijo que eran manías y... además, con la niebla y todo...

–Sí, sí –dijo el médico–, pero eso ya ha pasado. Por favor preste atención a las instrucciones, señora Podbury.

La señora Podbury prestó atención. Tenía cierta tendencia a hablar mucho (como Sue), pero no era tonta.

Cuando Caroline y el doctor Wrench salieron juntos de la casita el sol se había levantado por detrás del monte Cock. Widgeon los esperaba fuera con una caja grande de madera en las manos. Caroline se asustó un poco al verlo de repente. Estaba más desgreñado que nunca, tenía la cara blanca como la pared y unas

enormes ojeras negras. Tal vez el médico también se asustara, porque le dio unos golpecitos en el hombro.

–Se pondrán bien, Widgeon –le dijo.

–Gracias, señor –dijo Widgeon, muy serio–. Gracias por venir y... y por todo. No sé cómo agradecersele como se merece... ¡Con todo lo que ha hecho por nosotros y ni siquiera somos pacientes suyos! –Vaciló un momento y añadió–: A lo mejor aceptaría usted una docena de frascos de miel, doctor. Se los llevo al coche. Este año está muy rica –clavo y alubias–, me dieron un premio por ella en el concurso floral de Chevis Green.

–Es usted muy amable, Widgeon –contestó el médico animosamente–. Sí, se lo agradezco mucho. Deme tres frascos... Una docena son demasiados.

Widgeon temblaba y se reía.

–¡Qué gracioso! –dijo–. A usted le parece que doce frascos de miel son demasiados... ¿demasiados por venir y salvar a Sue? Creo que tendría que regalarle las abejas... la vaca, la casa y todo lo que tengo: Sue vale todo eso y mucho más. Sue lo es todo. Sería mucho más fácil vivir sin comer ni beber que sin mi pequeña Sue. Le daría la mano derecha y...

–Quédese con ella, la necesita para trabajar y sustentar a Sue y a la pequeña –le dijo el doctor Wrench.

–Sí –dijo Widgeon, mirándose la mano como mareado–. Sí, doctor, la necesito para eso.

El doctor Wrench siguió a Caroline por el camino.

–Es un buen hombre –dijo el médico–. Es curioso cómo se percibe el ritmo del verso blanco cuando estos campesinos se emocionan tanto. Ya me había dado cuenta. El hombre de ciudad lo ha perdido, pero en el campo todavía se conserva... el inglés de Shakespeare...

Caroline no dijo nada; estaba luchando contra las lágrimas, porque habría sido una ridiculez, ya que todo había salido bien y no había motivo para llorar.



El coche de Harriet era una novedad en la familia de los Dering. No disponían de suficiente gasolina para hacer trayectos largos, pero quedaba un poco en el depósito y un bonito sábado por la tarde Harriet se ofreció a llevar de merienda a todos al bosque de Farling. Las chicas aceptaron con entusiasmo, pero Caroline dijo que no, que todavía no había escrito la carta semanal a James y tenía que salir sin falta en el correo de la tarde. Las despidió en la entrada y se aseguró de que se llevaban toda la parafernalia: abrigos, mantas, sándwiches y termos. Después entró en casa y se puso a escribir.

Como de costumbre, tenía muchas cosas que contar a su hijo, pero la casa estaba en silencio y nada la interrumpió (menos Comfort, que entró un momento a decirle que le parecía un buen momento para encerar el suelo), así que terminó la carta enseguida y cuando estaba escribiendo la dirección de la base de Kuala Lumpur en el sobre sonó el teléfono.

Descolgó y dijo:

–¿Diga?

–¿Es usted la señora Dering? –preguntó una voz masculina bastante grave que le sonaba remotamente.

–Sí, soy yo –dijo Caroline.

–¡Madre! –exclamó la voz–. ¡Madre, soy James!

Caroline se quedó sin habla.

–¿Estás ahí? –inquirió la voz con preocupación–. Soy James. Estoy en Londres. He venido en avión. No te avisé de que venía en avión porque sabía que te pondrías frenética. He llegado sano y salvo.

–¡James! –dijo Caroline débilmente.

–Sí –dijo la voz–. Sí, James. Estoy en Londres. Voy a coger el próximo tren a Wandlebury. Llego a Wandlebury... Un momento. Sí, llego a Wandlebury a las cinco y diez. ¿Puedes ir a buscarme o voy a Ashbridge como pueda? Supongo que habrá un autobús o algo.

–Voy a buscarte –dijo Caroline.

–¿Qué tal estás? –preguntó la voz con inquietud–. Bueno, es que te oigo lejísimos...

–Estoy perfectamente. Voy a buscarte...

–Si es molestia, no vayas –le dijo la voz.

Se cortó la comunicación. Caroline se quedó escuchando un poco más, pero no oyó nada, así que colgó el teléfono. Le temblaba tanto la mano que le costó un poco poner el auricular en su sitio.

–¡Lo he oído! –exclamó Comfort, asomándose a la puerta–. Lo he oído todo sin querer. ¡El señorito James! ¡Ay, qué ilusión!

–Sí –dijo Caroline, como transida–, supongo que es verdad. No puede ser una... broma ni nada de eso.

–¿Una broma? ¡No por Dios! Era la voz del señorito James, ¿no?

–Sí –dijo Caroline–, eso me pareció, al menos...

–¡Claro que era él! –declaró Comfort–. Era él y nadie más que él.

–Tengo que pensar –dijo Caroline, intentando sobreponerse y no perder los estribos–. Llega a Wandlebury a las cinco y diez, así que tengo que coger el autobús de las cuatro...

–No, un taxi –dijo Comfort con firmeza–, y así lo tendrán también para volver, ¿entiende? Es lo mejor. Voy a llamar al señor Black y a decirle que venga con el coche. Hará falta el coche grande, para el equipaje. Vaya a cambiarse, señora Dering. Se pondrá el traje azul de *tweed* y el sobrerito de la pluma, ¿verdad?

–Y de la comida...

–Yo me ocuparé también de eso –le aseguró Comfort–. Me quedo y hago la cena.

Caroline estaba completamente obnubilada. Acababa de escribir a James a Malasia y, de repente, estaba aquí... aquí, en Londres: no podía creerlo. Se cambió, tomó una taza de té y, cuando llegó el taxi, ella lo esperaba en la puerta.

Comfort la acompañó hasta la portezuela del coche.

–¿Lleva el bolso? –le preguntó.

–No, seguro que me lo he dejado en...

–Voy a buscarlo –dijo Comfort.

Comfort volvió lentamente a la casa, encontró el bolso en la mesa de la cocina y volvió con él.

–Aquí está –le dijo, pasándoselo por la ventanilla–. Tenga. Se encuentra bien, ¿verdad, señora Dering?

–Sí, claro –dijo Caroline.

El taxi iba a ponerse en marcha cuando Caroline se asomó y dijo:

–¡Comfort! ¡No sé qué haría sin ti!

Comfort se quedó mirando el taxi hasta que desapareció y volvió a la cocina; se quedó completamente inmóvil unos momentos, con lágrimas en las mejillas... Era como una de sus historias imaginarias, casi, casi, pero ¡real! No se lo había imaginado.

«¡Vieja gorda! –se dijo, limpiándose los ojos–. ¡Te quedas aquí parada, lloriqueando como una tonta!»

Había un conejo en la despensa, así que lo estofaría con rica salsa espesa y marrón; abriría un frasco de moras y haría una tarta... pero antes iría a echar un vistazo a las sábanas.

El tren de Londres llegó con retraso. Caroline paseaba de un lado a otro del andén, esperándolo. La sensación de obnubilación había pasado y ahora se encontraba en un estado extremo de emoción. James venía en ese tren: era increíble, pero cierto. Dentro de unos minutos lo vería, a su James (el pequeño gordito al que cogía en brazos, al que bañaba, vestía y daba de comer; al niño que corría a su encuentro con las rodillas desolladas y las manos llenas de arañazos; el hijo mayor que se había alejado de ella hacía tres años... ¡su querido James!). Estaba a punto de llegar, llegaría en cualquier momento, venía sano y salvo.

Pero a lo mejor no venía, pensó de pronto, y dejó de andar. A lo mejor había perdido el tren... o había sufrido un accidente. James había sobrevivido a los peligros más tremendos, como perseguir a terroristas en la selva y volar miles de kilómetros cruzando el mar para volver a casa, pero podía haber tenido un accidente viniendo de Londres... Tal vez por eso se retrasaba el tren. La imaginación se apoderó de ella, como de costumbre, y empezó a torturarla con visiones de trenes descarrilados, vagones volcados en las vías, envueltos en llamas, y James atrapado entre los hierros, sin poder moverse. Se angustió tanto con estas visiones que fue a hablar con el jefe de estación.

–¿Cree usted que habrán tenido un accidente? –le preguntó.

–¿Un accidente? No, no. Últimamente el tren llega con retraso casi todos los días. En esta línea no nos gustan los accidentes –añadió jovialmente.

Caroline se tranquilizó un poquito.

–Supongo que se lo comunicarían... –empezó a decir.

–¡Ahí llega! ¡Seguro como el Banco de Inglaterra! –exclamó el jefe de estación, y se fue a toda prisa.

Ahí estaba la locomotora, resoplando y dándose importancia, entrando lentamente en la estación. Caroline buscaba a James con la mirada, como enfebrecida, a medida que pasaban ventanillas. ¡Ahí...! No, ése no era James. La gente bajaba al andén cargada de maletas, cerrando puertas de golpe, abriéndose paso hacia la barrera. Vio a un joven oficial en traje de faena, tenía la cabeza redondeada, el pelo castaño, y echó a correr en su busca... pero no era James. Las lágrimas le escocían los ojos; había perdido el tren, no había llegado.

Entonces alguien la agarró (un hombre alto y fuerte, de anchos hombros, con la cara morena) y gritó:

–¡Madre! ¡Aquí estoy!

–¡Oh! –exclamó ella–. ¡Ay, James!

La abrazó hasta casi estrangularla. La besó.

–¡Cielos! –decía él–. ¡Cielos, qué pequeñita eres! ¡Mi mamita chiquitita! ¡Has encogido o algo!

James no había encogido. Estaba perpleja, ¡cuánto había crecido! Cuando se fue, era alto y delgado, con la tez blanca y rosada, y volvía hecho un hombretón, moreno y con un bigotillo claro... pero los ojos, azul oscuro, tan parecidos a los suyos, eran los de James. Su propio hijo la estaba mirando con esos ojos en ese momento.

–¡Ah, James! –gritó, abrazándolo–. Eres tú de verdad.

–Claro que soy yo –dijo él, riéndose–. ¿Quién creías que era? ¿Es que tienes la costumbre de abrazar a desconocidos en las estaciones de tren?

No llevaba más equipaje que un petate.

–Lo he mandado todo por barco –le dijo, con una voz grave que era como la de James, pero algo distinta–. No podía traerlo en el avión. Vámonos de aquí, ¿te parece? ¿En autobús o cómo?

–Black nos espera en el taxi –le dijo Caroline.

–No sabía si me reconocerías –le dijo, cogiéndola del brazo y llevándola entre la gente.

–Claro que te habría reconocido, lo que pasa es que no te vi –dijo Caroline...

Pero ¿lo habría reconocido? Si se hubiera encontrado con él en la calle, ¿lo habría parado y le habría dicho: «Eres James»? ¿Lo habría distinguido entre veinte jóvenes y habría podido decir con seguridad: «Ése es mi hijo»? El corazón se lo habría dicho, sin la menor duda. Pero no estaba bien, pensó confusamente. Algo no estaba bien en un mundo en el que las madres son separadas de sus hijos años y años; tanto tiempo que, cuando éstos vuelven a casa, apenas pueden reconocerlos.

–Siento haberte dado un susto –decía James–. Porque te llevaste un buen susto cuando te llamé por teléfono, ¿verdad? Me pareció que te quedabas patidifusa. La verdad es que no sabía qué hacer: si mandar un telegrama diciendo que llegaba... Pero entonces habrías pasado mucho miedo, ¿verdad? Es decir, habrías empezado con esa manía tuya y te habrías imaginado que el avión se estrellaba en el mar y me habrías visto nadando entre las olas. A que sí, ¿eh?

–Es posible –admitió Caroline, con una risita temblona.

–Y entonces pensé, ¿y si me presento en casa sin previo aviso? Pero me pareció un poco exagerado. ¡Cielos, ahí está Black! –exclamó–. ¿Qué tal está, Black? Veo que sigue como siempre.

–En cambio usted ha cambiado mucho, señor James –dijo Black, mirándolo con asombro.

–Sí –dijo James–. Sí, eso creo. A todo el mundo le parece lo mismo.

Se sentaron juntos en el taxi. James le cogió la mano y la retenía con firmeza entre las suyas.

–No te lo puedes creer, ¿eh? –le dijo–. A mí me pasa lo mismo. Es increíble que esté aquí... en Wandlebury. Me enteré de que venía justo la víspera del viaje. Un compañero se puso enfermo... Era él quien volvía a casa en avión, y conseguí que me cambiara el sitio. Me pasé la noche haciendo el equipaje; tuve que darme mucha prisa, te lo aseguro. Hace diez días pensaba que volvería en primavera, más o menos... y aquí me tienes. Aquí me tienes y aquí te tengo –dijo James, apretándole un poco la mano.

–Es maravilloso –dijo Caroline–. Estaba aterrorizada todo el tiempo... a cada momento.

–Todo sigue igual –dijo James–, hasta el coche de Black. Recuerdo cuando nos llevaba a fiestas; siempre me fascinaron sus

orejas; nunca he visto a nadie con unas orejas tan grandes. ¡Dios! – exclamó, al tiempo que asomaba la cabeza por la ventanilla–. ¡Ahí está mi querido Apolo y Bota! Han pintado la madera de marrón. Nuestra casa sigue igual, ¿verdad?

–Sí, como siempre.

–¿Con crisantemos en el jardín de la entrada?

–Sí.

–Bien –dijo James–. Cuando estaba en el avión pensaba en eso. Me decía, es tarde para las malvarrosas, pero los crisantemos estarán en pleno apogeo. Es tarde para ir a buscar moras, supongo.

–Sí, eso me temo.

–Me acordé de ti el día de mi cumpleaños. ¿Fuiste a la cantera el día de mi cumpleaños?

–Sí –dijo Caroline.

–Pero no te acordaste de mí, de cuando las cogíamos juntos, ¿verdad?

–¡Claro que no! –contestó Caroline–. ¿Por qué iba a acordarme de ti?

–¡Caramba! ¡Una vaca! Mira que vaca tan gorda y tan bonita –dijo James con gran satisfacción–. Está comiendo rica hierba verde. ¿Qué tal está Comfort?

Caroline se echó a reír.

–¿No ha adelgazado ni nada? –preguntó James con mucho interés.

Caroline lo tranquilizó.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó de repente–. Estás un poco... es que tienes la voz un poco... pero te encuentras bien, ¿verdad?

–Estoy un poco mareada... de felicidad –le dijo.

James le apretó la mano.

–Barbillita –le dijo. Había empezado a llamarla así cuando cuando le llegó a la barbilla, cuando le cabía la cabeza justo debajo de la barbilla de su madre.

Ahora era ella la que cabía debajo de la de su hijo, pensó Caroline.

–¡Ah, James! No quiero despertar –dijo, conmovida.



Hacía años que Villa Vitoria era una casa de mujeres, pero la llegada de James cambió el ambiente por completo. El vestíbulo parecía distinto. La gorra de James estaba casi siempre encima del arca; en las perchas, su impermeable y su abrigo. La puerta de su dormitorio siempre estaba abierta; en el cuarto de baño había esponjas grandes... e instrumentos para afeitarse. Su alegre silbido se oía en toda la casa. Los planes de comida ya no aburrían a Caroline, porque valía la pena pensar en la hora de comer estando James en casa para disfrutarla.

Era maravilloso tener a James en casa; Caroline casi no podía apartar los ojos de él. La labor de punto descansaba en su regazo mientras ella contemplaba cómo leía el periódico o un libro en el sillón grande, con la cabeza, de color castaño claro, apoyada en el cojín, las largas piernas estiradas hacia la chimenea y las zapatillas rojas de marroquinería medio colgadas de los pies. A veces él notaba la atención de su madre y entonces levantaba la mirada y le sonreía.

Estaba contento y a sus anchas: ésa era la alegría. Caroline sabía que tenía una cama blanda con una botella de agua caliente y, cuando ella se iba a la suya, no tenía que preocuparse por dónde estaría su hijo ni qué tal estaría pasando la noche (durmiendo, tal vez, en el húmedo suelo de la selva, rodeado de zumbido de mosquitos y terroristas que acechaban en la oscuridad) y, cuando cogía el cuchillo y el tenedor, ya no hacía falta pensar si James podría comer algo también.

Tenían muchas cosas que contarse. Caroline descubrió que podía hablar con él de muchos asuntos. Le sorprendía su madurez y su amplitud de miras. Le daba una sensación muy agradable tener a alguien con sentido común que pudiera aconsejarla y que mostrara tanto interés en todo lo que la afectaba. Hablaron del compromiso de Leda y del fracaso de *El dilema de Eve*, y también de la cuestión de las gallinas.

—Yo, en tu lugar, no haría un pacto ilegal con Widgeon —le dijo James, después de considerar el asunto—. Reconozco que es

tentador, pero no te quedarías tranquila, te conozco de sobra, y no merece la pena. Yo las vendería y me quedaría con veinticuatro para uso propio. Así te quitas preocupaciones de encima. Si tienes ganas de ser generosa, regala algunas a los Widgeon por Navidad, ¿qué te parece?

–¿Tú crees? –dijo Caroline, frunciendo el ceño–. ¿No sería ilícito?

–¿Ilícito? Las gallinas son tuyas, ¿no?

Caroline ya empezaba a pensar que no eran tuyas.

–¡Claro que sí, mujer! –dijo James–. Nadie tendrá nada que reprocharte. Eso es lo que haría yo, madre.

–Y eso es lo que voy a hacer –dijo Caroline, sonriéndole. Podía contar con James para todo.

James tenía sus propios dilemas o, más exactamente, uno solo, y, al contrario que Leda, quería pedir consejo a su madre. Había decidido dejar el ejército pero no sabía a qué dedicarse. Un oficial compañero suyo le había ofrecido participar en un negocio, pero eso significaba invertir dinero; otro amigo era hijo de un editor muy conocido y le había ofrecido un puesto en la editorial. Ninguna de esas profesiones le seducía, no sabía muy bien qué era lo que le seducía... excepto ser granjero, naturalmente.

–Bueno, entonces, ¿por qué no te haces granjero? –le dijo Caroline–. Acuérdate de tu tío Jock.

–¡Tío Jock! ¿Crees que me aceptaría? ¿Me enseñaría... me enseñaría los intrínquilis del oficio?

Caroline le dijo que estaba segura de que sí. No le dijo que Jock Johnstone tenía la idea de nombrarlo su heredero, porque tal vez el hombre hubiera cambiado de opinión.

–Sería estupendo –declaró James–. Eso es lo que más me apetece. Mureth me gusta más que cualquier otro sitio del mundo... Como si estuviera hecho para mí, no sé si me explico. Creo que es porque soy escocés, como tú. Ese plan solo tiene una pega –dijo, y se calló de pronto.

Caroline esperaba que le dijera cuál era la pega, pero James no se lo dijo.

–Bueno, piénsalo bien –le aconsejó–. No hay prisa y necesitas descansar.

Era cierto, necesitaba descansar, porque estaba muy delgado y, a pesar del bronceado, se le notaba la palidez. Había estado enfermo de malaria, según dijo, y ésa había sido la verdadera razón de que, en el último momento, le cambiaran el sitio en el avión con tanta facilidad.

James se alegraba tanto de estar en casa como Caroline de tenerlo. Era fantástico ser completamente libre... libre para hacer lo que quisiera o para no hacer nada. Pasó varios días sin más actividad que dormir, comer y hablar con la familia y, por mucho que Bobbie insistiera, no consiguió que hiciera otra cosa. Bobbie quería llevarlo al pueblo para presumir de él, quería ir con él en bicicleta a casa de los Meldrum o a Wandlebury a ver una película, pero él se limitaba a sonreír y a decir que no con un movimiento de cabeza. Hacía tres años que soñaba con estar en su casa y, ahora que estaba, quería quedarse.

–Haré el *debut* en la fiesta de cumpleaños de Rhoda –dijo James, con una seriedad absurda–. Apareceré en Ashbridge en toda mi gloria. Estropearía el efecto si me dejara ver en bicicleta por el pueblo.

–Y ¿qué te vas a poner? –preguntó Bobbie.

–Te gustaría saberlo, ¿eh? –replicó James.

Ya había hablado con Caroline de la ropa que podría ponerse y habían descubierto que el traje de fiesta de su padre, que estaba cuidadosamente guardado, no le quedaba mal del todo.

Los demás miembros de la familia ya tenían mucha experiencia en trajes para la fiesta de la casa Ash, igual que muchas de las habitantes de Ashbridge, porque esa fiesta era un acontecimiento social de primer orden. Quienes no disponían de cupones ni de dinero para comprar ropa nueva se afanaban en transformar la vieja soltando bajos, quitando canesúes y planchando encajes y puntillas. Leda tenía un vestido nuevo de color de rosa para la ocasión, con la falda larga, de campana, el cuerpo ceñido y las mangas cortas, de farol; en cuanto a Bobbie, fue necesario soltar todas las costuras de su vestido azul de seda y alargarlo con tiras de cintas variadas. Cuando lo terminaron, era una obra de arte y hasta Harriet dijo que le parecía encantador. Caroline tuvo tanto que hacer con el vestido de Bobbie que no pudo pensar en el suyo; rescató un traje negro de

terciopelo tan antiguo que parecía de última moda. Comfort se apoderó de él y lo planchó cuidadosamente al vapor y, cuando Caroline se lo puso y se adornó con los diamantes de la familia, que llevaban diez años descansando en la caja fuerte, le pareció que estaba bien. La más espectacular era Harriet, naturalmente. Llevaba un vestido de muselina de seda a rayas de colores (como las de los bastones de caramelo), largo y con mucho vuelo, casi como un miriñaque, con los hombros y los brazos descubiertos y un lazo de la misma tela en el pelo. Cuando James la vio le dijo que estaba para comérsela.

XXII



Rhoda había pensado que la fiesta tenía que ser como las de antes de la guerra, es decir, a lo grande, con «banquete» y baile después. La cena empezó con una sopa, después, caza (faisanes cobrados personalmente por el anfitrión y reservados con todo cuidado para ese día) y, de postre, un budín de ciruelas enorme, que no se parecía mucho a los de antes de la guerra debido a la escasez de fruta, pero bastante respetable de todos modos. Sir Michael sacó un buen vino blanco del Rin y además había peras y nueces en abundancia.

En la larga mesa de caoba, negra y lustrosa, lucían velas en brillantes candelabros de plata, pulidas fuentes de plata y cuencos de luminoso cristal llenos de rosas. ¡Cuántos banquetes había visto esa mesa! Banquetes de veinte o treinta personas, siete u ocho platos y un vino diferente para cada uno. En eso pensaba Caroline cuando se sentó en su sitio. Había cenado allí muchas veces con Arnold. Alice Ware —a quien le encantaba celebrar fiestas— se sentaba en la cabecera de la mesa, donde estaba Rhoda ahora. Caroline se preguntó si sir Michael estaría recordando viejos tiempos también; entonces captó su mirada y supo que sí. Era un recuerdo compartido entre ellos y solo entre ellos... aunque tal vez fuera mejor así, porque los recuerdos del pasado suelen empañar la alegría del presente.

Y la fiesta fue alegre. Sobre todo porque se celebraban pocas en esos tiempos y a los comensales les invadía una leve sensación de embriaguez solo por saber que se habían puesto sus mejores galas y se habían esforzado por estar lo más elegantes posible. Cuando se tiene la costumbre de ir siempre con vestidos viejos y jerséis remendados, es muy agradable arreglarse y ponerse como lirios del campo. Anne Severn estaba muy mona, pensó Caroline. Llevaba un traje gris de seda con rosas de color de rosa en la cintura. Caroline se acordó de que la señora Severn había lucido alguna vez un vestido gris de seda pero, si de verdad el de Anne era el mismo, lo habían transformado magistralmente. Claro que la señora Severn era una modista consumada. Rhoda llevaba un vestido evasé de

color marrón y estaba guapísima con su pelo dorado alrededor de la cara, como un halo.

Los hombres también se habían esforzado. Sir Michael había decretado esmoquin para los caballeros (sabía que varios de los invitados no tenían frac) y todos habían cumplido el requerimiento, todos menos un amigo de Rhoda, de la escuela de Bellas Artes, que apareció con una chaqueta marrón de terciopelo y una vaporosa corbata amarilla. Habían presentado a este caballero con el nombre de Burbujas y, por lo visto, nada más. También estaban el señor Shepperton y Alister Smart, el hijo del médico, que acababa de licenciarse del ejército y tenía intención de seguir los pasos de su padre. Caroline contó a los invitados: eran doce.

Leda y Derek se habían sentado juntos, pero no parecía que estuvieran hablando mucho; Harriet hablaba con el señor Shepperton y no hacía el menor caso al comensal que tenía al otro lado. James estaba totalmente pendiente de Rhoda, tenía la cabeza vuelta hacia ella y no se acordaba de comer. Ese par eran amigos desde siempre, pensó Caroline; tenían el mismo espíritu aventurero, la misma perspectiva feliz de la vida. Tal vez Rhoda fuera la «pega»... en cuyo caso, sería una pega muy grande, porque ¿quién se podía imaginar a Rhoda en Mureth, haciendo de granjera?

Bobbie se lo estaba pasando muy bien. Se había sentado al lado de Alister, escuchaba cuanto decía y asentía para demostrar que se estaba enterando de todo. De pronto hubo una pausa en la conversación general y la voz de Bobbie se oyó con toda claridad:

–¡En voz alta! –exclamó–. ¡Alister, es extraordinario! No tenía la menor idea de que se pudiera mandar a alguien a la cárcel por decir palabrotas.

Toda la mesa estalló en carcajadas.

–¿Dónde está la gracia? –preguntó Bobbie–. Alister conoce a un hombre que tuvo que pasar cinco años en la cárcel por decir palabrotas en voz alta.

–Es que Alister tiene algunos amigos raros –dijo Derek.

–Pero ¿qué fue lo que dijo? Me gustaría saberlo.

Burbujas se inclinó hacia delante.

–Dijo –pronunció solemnemente–. Dijo... No; no puedo decirte lo que dijo, porque a lo mejor, si lo digo, me encierran cinco años a mí

también.

Terminado el postre, Rhoda hizo una señal a Harriet, que era la invitada de honor, y las señoras se retiraron.

–Vais a fregar, supongo –dijo Derek.

–Ni en sueños –dijo Rhoda–. Esto es una fiesta de las de antes de la guerra y nos vamos al salón a poner pingando a nuestros amigos mientras vosotros dais buena cuenta del oporto de papá. No tardéis mucho, porque queremos bailar.

Se repartió el oporto. Era un vino excelente, porque sir Michael tenía una bodega enorme y siempre bien surtida.

–Habrás pasado una época de incomodidades, James –dijo sir Michael–, tienes que venir a contarme cosas un día de éstos. Seguro que es más difícil perseguir a los bandidos que a las tropas civilizadas.

–Sí, señor –dijo James–, pero yo no tengo ninguna experiencia en la guerra contra tropas civilizadas, solo en la de guerrillas, luchando contra los terroristas comunistas. Van por las zonas rurales deteniendo coches y atacando viviendas aisladas. Con ellos, nunca sabes qué terreno pisas. Algunas bandas recibieron instrucción durante la guerra del Japón, claro. Personalmente, creo que las cosas se calmarán si conseguimos introducir más alimentos en el país. La escasez de arroz es grave.

–¡Ah, has estado en Malasia! –exclamó Burbujas–. Yo estuve allí al principio de todo, cuando las hordas de japos invadieron la península. Escapé de Singapur por los pelos.

Todos empezaron a hablar de los sitios en los que habían estado: sir Michael había pasado la mayor parte de la guerra en el Mediterráneo, Alister había estado en El Alamein y Derek en el paso del Rin.

–Es interesante, ¿verdad? –dijo Alister–. Me refiero a que estamos todos aquí, alrededor de esta mesa y... es decir...

–Entre todos, hemos visto bastante mundo –dijo el anfitrión, sonriendo.

–Sí –dijo Derek–; todos hemos contribuido en algo, menos el señor Shepperton; parece que no tiene muchas ganas de contarnos lo que hizo en la gran guerra.

–Yo era espía –dijo Robert Shepperton en voz baja.

Hubo un silencio, breve pero incómodo.

–Los espías son hombres valientes –dijo sir Michael.

–Estoy de acuerdo con usted, señor –declaró James–. Seguro que es más peligroso que luchar en la selva.

–Se parece bastante a la lucha en la selva –dijo Robert Shepperton, sonriendo.

James asintió.

–Comprendo. Se está siempre rodeado de gente sin saber de dónde puede venir el peligro.

–Exacto –dijo Burbujas–. Así es la guerra en la selva. ¡Cuánto echaba de menos un muro sólido en el que apoyar la espalda! Deseaba tener un eje giratorio en la cabeza para poder darle vueltas sin parar.

–Enemigos invisibles –dijo Robert, moviendo la copa de manera que captó la luz y lanzó destellos de vino de color rubí–. Mis enemigos no eran exactamente invisibles, pero muchas veces echaba de menos un muro a mi espalda.

–Tiene que contármelo, Shepperton –dijo sir Michael–. Venga alguna tarde, cuando esté solo... Entretanto, vamos con las señoras, si les parece. Rhoda quiere bailar.

A James le habría gustado que el señor Shepperton contara algunas de sus aventuras en ese mismo momento, pero las órdenes del almirante no se podían pasar por alto, así que se levantó y abrió la puerta... Era el que más cerca se encontraba. Después salió seguido por Alister y Burbujas; sir Michael y Derek se quedaron apagando las velas.

–Derek –decía sir Michael–. Derek, me gustaría recordarte una cosa que, al parecer, has olvidado: ser grosero con un invitado es inexcusable.

–No he sido grosero –musitó Derek.

–Has sido impertinente, que es peor...

En ese momento, James se fue de su puesto junto a la puerta y siguió rápidamente a los demás; no quería oír nada más.

El salón estaba preparado para bailar; habían arrinconado todos los muebles y habían sacado brillo al suelo. Habían llegado varios invitados más y estaban por allí, hablando unos con otros. James

miró a todas partes con afán y, al ver a Rhoda junto a la radiogramola, se fue directo hacia ella.

–Yo primero –dijo James.

–¿Tú primero? –le preguntó ella, sonriendo–. ¿Por qué ibas a ser tú el primero, eh?

–Por toda clase de razones –contestó él–. Porque hacía tres largos años que no te veía y porque tu pelo parece más de oro que nunca... Ya son dos razones.

Puso la música y se acomodó entre brazos de James.

Robert Shepperton se sentó al lado de Caroline.

–No voy a pedirle que bailemos esto –dijo–. No estoy *au fait*⁸ con los bailes modernos, pero a lo mejor me concede un vals.

–Me encantaría –dijo ella.

Se quedaron unos momentos en silencio, mirando a los que bailaban. Leda bailaba con Derek, Burbujas con Anne y James con Rhoda. Alister se había dado prisa para asegurarse a la magnífica señorita Fane de pareja, pero no era un gran bailarín y comprendió que Harriet le quedaba un poco grande. Sir Michael sacó a bailar a la señora Meldrum (se sentía un poco obligado a hacerlo porque no había invitado a los Meldrum a cenar y le remordía un poco la conciencia), ella aceptó y la llevaba por la pista con mucha hombría.

En el siguiente baile hubo cambio de parejas, y después también. Caroline bailó con Robert y sir Michael, y después con James. Fue a sentarse varias veces. Habló con la señora Meldrum del Instituto de la Mujer y procuró no llevarle la contraria, y oyó lo que decía el señor Meldrum sobre la pesca. Se dio cuenta de que James procuraba bailar con Rhoda la mayor parte de las veces, y que Robert y Harriet bailaban juntos y después se sentaban en un sofá grande. Hablaban con interés. Era evidente que se encontraban muy interesantes el uno al otro. Robert y Harriet, pensó Caroline, mirándolos. Tendría que alegrarse al ver que se llevaban tan bien (quería mucho a los dos, así que tendría que estar satisfecha de que se entendieran), pero por algún motivo no era así... Le dolía el corazón de una forma extraña... Sentía un frío raro... como si dos personas hubieran acercado su silla al fuego y la hubieran dejado a ella aparte. «Pero qué egoísta eres –se dijo, mientras asentía a lo que decía el señor Meldrum–. Es horrible que pienses eso. Claro

que me alegro...»; procuró olvidar que Robert y Harriet estaban juntos en el sofá e intentó escuchar al señor Meldrum con los dos oídos, no solo con uno. Pero, en vez de escuchar con atención, empezó a preguntarse por qué las personas como el señor Meldrum nunca se daban cuenta de los pesadas que eran. «Creo que yo me daría cuenta si estuviera matando a alguien de aburrimiento – pensó–, y James también, y Harriet y Robert; Rhoda también, pero Derek no. ¡Qué interesante! Creo que he dado en el clavo.» Era una expresión que James decía a menudo y Caroline sonrió al darse cuenta de lo bien que encajaba que ese momento.

–Sí, fue bastante divertido, ¿verdad? –decía el señor Meldrum.

Era cierto que Harriet encontraba interesante al señor Shepperton, tenían mucho en común: ambos eran refugiados del ancho y malo mundo. Conocían Londres perfectamente, y no solo Londres. Harriet había viajado bastante, antes de la guerra y, por lo visto, el señor Shepperton también. Se entendía tan bien con él que le parecía que podía expresarse con total libertad.

–Sí, fue un fracaso –le contó–. La obra era mala y lo sabíamos, y no pudimos engañar a nadie. El público es una cosa muy rara, es como un solo ser, ¿entiende? No es un conglomerado de individuos diferentes. Se diría que sentarse en la oscuridad, hombro con hombro, produce un efecto mágico en el público. Te juzgan como una sola entidad... y ese juicio es más certero que el de los individuos que la forman.

–Una multitud es una unidad –dijo Robert Shepperton, pensando–, pero la multitud tiene menos capacidad de juicio que los individuos que la forman.

Ella asintió.

–Hubo una excepción –dijo, levantando las cejas risueñamente–. A una persona le gustó *El dilema de Eve*: a Caroline. A ella le gusta cualquier cosa en la que participe yo.

–Estoy seguro –dijo él, sonriendo.

–Es una persona maravillosa –continuó Harriet con entusiasmo–. Siempre la he admirado. Tuvo una vida horrible con Arnold y la soportó con paciencia divina. Arnold se consideraba una víctima de la fatalidad, un mártir, y se lo hacía saber a todo el mundo. A veces, en un ataque de humildad, decía que todo era culpa suya, pero por

lo general, la culpa era de los demás, del mundo, que nunca había tenido en cuenta su verdadera valía. Su voz me sacaba de quicio. Tenía voz de gruñón, con un zumbido agudo... una especie de lamento como el de un pordiosero musulmán: Arnold mendigaba comprensión. Es posible que hubiera conseguido algo, si no se hubiera pasado la vida mendigando. Era un hombre muy deprimente... aunque a veces, cuando predecía catástrofes sin cuento, sonreía y los ojos le brillaban de placer y emoción. Solo disfrutaba algo en esas ocasiones.

–Parece cosa de locos.

–No; yo creo que solo estaba muy consentido... y era pesimista. A algunas personas les gusta predecir desastres. Creo que a Jeremías también le gustaba.

Robert se echó a reír. La señorita Fane le parecía muy graciosa.

–No se ría –le dijo–. No tiene ninguna gracia... en realidad no, y menos si tienes que aguantar las quejas de un Jeremías un día sí y otro también. Casi consigue hundir a Caroline. Si hubiera vivido un par de años más, seguro que lo habría conseguido. Yo quería matarlo. De verdad –dijo Harriet; volvió la cabeza para mirar a su compañero con total seriedad–. De verdad, quería matar a Arnold.

–Yo no se lo habría reprochado –dijo él.

–No, no me lo habría reprochado si lo hubiera conocido. Usted me habría ayudado. Lo habríamos hecho entre los dos –dijo Harriet con una sombra de sonrisa en la cara.

–El crimen perfecto.

–Sin la menor duda. Habría salido perfecto, estoy segura. Afortunadamente, no fue necesario. Se murió él solo. Bueno, no quiero decir que se quitara la vida –se apresuró a añadir–, pero enfermó de los nervios, contrajo una extraña enfermedad nerviosa que al final le afectó al corazón. Caroline lo cuidaba día y noche. Él no quería que se separase de su lado. Tenía que estar siempre allí para darle la medicina, la comida, cogerle la mano mientras dormía... ¿Ya le he dicho que no tenía la menor consideración por la salud ni el bienestar de mi hermana?

–Lo ha dicho implícitamente, señorita Fane.

–Llámeme Harriet, por favor –dijo ella con una mirada de confianza–. Todos mis amigos me llaman Harriet y yo llevo media

hora deseando llamarle Robert.

Robert asintió.

–De acuerdo, Harriet –dijo él.

–Y ahora –dijo ella, cambiando de tema–, hálame de Leda y Derek. Has estado aquí todo el tiempo y yo no. Me temo que Caroline no está muy satisfecha.

Robert no fingió entender mal, pero, tras una vacilación, dijo:

–A fe que este joven de sangre fría no me ama y no hay quien le haga reír.⁹

–¡Qué listo eres! –dijo Harriet, mirándolo–. Esa descripción le viene pintiparada a Derek. Es un joven de sangre fría pero, desafortunadamente, también es débil. No es buena combinación. ¡Pobre Leda! ¿En qué estaría pensando, para enamorarse de él?

Ambos miraron por toda la sala hasta dar con el joven en cuestión. Estaba hablando animadamente con Joan Meldrum, y Leda, a su lado, escuchando con una sonrisa perenne.

–Sácala a bailar, Robert –lo instó Harriet–, por favor.

Robert se levantó inmediatamente y así lo hizo.

Era la primera vez, pero no sería ni mucho menos la última, que Robert hacía lo que le decía Harriet.

XXIII



Robert se encontraba muy a gusto con los habitantes de Villa Vitoria, menos con Leda. Era un hombre intuitivo, la vida lo había hecho así, y percibía la inquina de Leda. Esa joven extraña y misteriosa desconfiaba de él, tal vez tuviera celos... o tal vez todo proviniera del encontronazo con Derek el día en que se conocieron. Leda era capaz de alimentar rencor muchos meses por cualquier tontería, hasta convertirlo en un aborrecimiento activo y vital.

En eso estaba pensando Robert, y lamentándolo, cuando llamó a la puerta de Villa Vitoria el día después del baile, por la tarde, para ver qué tal se encontraba todo el mundo. James estaba barriendo hojas siguiendo las indicaciones de su tía.

–¡Fíjate, Robert! –exclamó Harriet–. Puede que sepa mucho de luchar contra bandidos, pero no tiene ni idea de barrer hojas.

–¿Qué es lo que hago mal? –preguntó James, sonriendo.

–¡Barres contra el viento! Tienes que barrer a favor, James.

El joven se volvió, riéndose, y barrió las hojas en dirección a su tía levantando una nube que la rodeó como nieve de colores.

–¡Qué bonitas! –exclamó Harriet, dando vueltas y levantado las manos para cazarlas a vuelo–. ¡Qué bonitas son las hojas! ¡Qué alegres los meses!

Robert se animó a jugar, pues la alegría de Harriet era contagiosa; se reía como un niño y le tiraba hojas.

Una escena encantadora, pensó Caroline, mirando por la ventana –parecía una obra en la que Harriet era la protagonista– y volvió a tener la extraña sensación de que la dejaban aparte, pasando frío. Pero era ridículo, naturalmente. Los quería a los tres, a James, a Harriet y a Robert, y deseaba que fueran felices... Quería que Robert fuera feliz: había sufrido mucho. Cuando llegó a Ashbridge, era un hombre enfermo, enfermo de pesadumbre; lo había visto recuperarse poco a poco, enderezar la espalda... y cobrar otro brillo en la mirada. Ella lo había ayudado, eso lo sabía, y saberlo le había dado una cálida sensación de felicidad. Caroline le había brindado comprensión y amistad y, al parecer, Harriet podía ayudarlo más aún: podía hacerle reír. Se había reído como un niño.

Era la hora del té y entraron en casa, un tanto sofocados de tanta risa y tanto juego.

–Barrer hojas es un trabajo duro –dijo Harriet, desplomándose en un sillón.

–¡Barrer hojas! –exclamó James–. Las hojas están esparcidas a los cuatro vientos gracias al duro trabajo que has hecho tú. Tendré que empezar otra vez desde el principio, ésa es la verdad.

Harriet y James se llevaban muy bien y se divertían pinchándose mutuamente; siguieron hablando de las hojas mientras tomaban el té y el tema dio lugar a mucha risa. Robert los escuchaba en silencio y a veces intervenía... Se notaba claramente que Harriet le hacía mucha gracia.

Las chicas habían ido a casa de los Meldrum, así que, cuando terminaron el té, Caroline se levantó para recoger la mesa.

–Déjame a mí –dijo Robert–. No he hecho nada; ni siquiera he ayudado a barrer hojas.

Mientras hablaba, se levantó, cogió los platos de manos de Caroline y los apiló ordenadamente después de echar las migas en una fuente.

–Tendrías que contratarlo de mayordomo, Caroline –dijo Harriet–. Y si tú no quieres, lo contrato yo. Está perfectamente capacitado para el puesto.

Robert no sonrió.

–Sí –dijo–. Estoy perfectamente capacitado. Trabajé muchos años de camarero. Es una cosa que no se olvida así como así.

Estaban hablando a la ligera, todo era muy divertido, pero se dieron cuenta de que el asunto era serio. Caroline y Harriet se quedaron mudas de asombro, a James no le sorprendió tanto.

–¿Eso fue cuando eras...? –empezó a decir James, vacilante.

–Cuando era espía –confirmó Robert.

Todos le miraban, esperaban que siguiera hablando, y Robert comprendió que tenía que contarles su historia. Hacía algún tiempo que sabía que tenía que contarla, pero no se había decidido. Solo la había contado oficialmente, pero eso era muy distinto.

Esas personas eran amigas tuyas, querían oír una versión personal; querían saber lo que había hecho, lo que pensaba, lo que

sentía. Si tenía alguna duda sobre la autenticidad de tanto interés, enseguida desapareció: le escuchaban como hipnotizados.

Empezó a hablar con timidez, porque no era fácil retroceder y recordar cosas que había olvidado deliberadamente, pero en pocos minutos entró en calor: se acordaba de todo casi con demasiada claridad. Recordó el hotel de lujo en Berlín. El trabajo era arduo, agotador incluso: servir en las mesas, llevar bandejas, recoger los diferentes platos que pedían los comensales... o atender en fiestas de oficiales alemanes, en habitaciones privadas, detrás del gran comedor... y siempre escuchando las conversaciones, escuchando, sopesando, anotando mentalmente. A veces pasaban semanas sin que hubiera nada que valiera la pena comunicar por el complicado sistema que le habían preparado, a él y a otros como él, para transmitir información a la sede... y Robert se desesperaba, le parecía que era inútil sufrir tanta desgracia, soportaba una carga terrible para no rendir ningún servicio a su país, sería mejor estar en el campo de batalla con un arma en las manos, como otros hombres. Pero entonces, cuando menos se lo esperaba, oía algo –unas pocas palabras, tal vez, que por casualidad se decían dos amigos– y averiguaba lo que presagiaban. Sí, valía la pena comunicarlo. Salía, se ponía su raído traje, ocupaba una mesa determinada de un restaurante determinado y se ponía a leer un libro determinado hasta que llegaba alguien y se sentaba a su lado. Se decían la contraseña –comentarios aparentemente inocentes sobre el tiempo– y un diminuto rollito de papel cambiaba de manos. Después, Robert se levantaba, pagaba su cuenta y se iba. Nunca le apetecía irse, prefería quedarse allí tranquilamente, sin hablar, mucho tiempo, porque era la única oportunidad que tenía de ver a algún amigo (si es que se podía considerar amigo a un completo desconocido), la única comunicación que tenía con los suyos.

No bastaba con hacer el papel de camarero, había que vivirlo. No era Robert Shepperton, sino Fritz Schneider. Trababa amistad con otros camareros, se contaban chistes y hablaban de sus preocupaciones, de sus esperanzas y temores. Tenía una personalidad determinada que le había creado el departamento en el que servía. Fritz Schneider era un hombre real que había caído prisionero en un ataque y después había muerto a causa de las

heridas; procedía de Imst, una pequeña ciudad bávara, y su identidad había servido para disfrazar a un espía británico.

En el lujoso hotel había unas habitaciones en las mansardas, habitaciones muy pequeñas, arriba del todo, justo debajo del tejado, y a Fritz Schneider le habían asignado una de ellas. Era fría en invierno, tan terriblemente fría que, para echarse a dormir, se ponía toda la ropa que tenía; en verano era tan caliente que casi se ahogaba. En la habitación había una cama dura y con bultos, una silla de mimbre, un espejo roto (en el que veía su demacrado rostro todas las mañanas) y unos ganchos en la pared, en los que colgaba su miserable vestuario. Por la noche oía sobrevolar los aviones y sabía que estaban allí para destruir la ciudad en la que vivía. Si hubiera querido, habría podido bajar a refugiarse cuando empezaban los bombardeos, pero nunca quiso hacerlo. Se quedaba allí oyendo el ruido de los motores. Allá arriba había hombres que eran sus amigos, los recibía con gusto, los saludaba. «Buena suerte, muchachos», les decía. Creía que no podía morir por una bomba británica –le parecía imposible–, y tenía razón, claro está. Las bombas caían alrededor, por todas partes, pero no encima de él. Cuando cayó una en el hotel, casualmente se encontraba fuera, pero no le sorprendió nada.

Llevaba una vida monótona en general, pero no siempre: en algunos momentos estuvo a punto de ser descubierto. Un día estaba en la habitación de un oficial alemán buscando unos documentos, sobre todo uno –un mapa de Stuttgart– que estaba seguro de que el oficial tenía en su poder. Dicho oficial se había ausentado (y Robert aprovechó la oportunidad), pero, lamentablemente, volvió antes de lo esperado. Robert se escondió detrás de la puerta y lo tumbó de un puñetazo certero detrás de la oreja; el hombre cayó al suelo como un saco de cemento y jamás supo quién o qué le había golpeado. El incidente produjo un revuelo tremendo, se sospechaba de varios inocentes, pero no del culpable. Fritz era tan discreto y correcto que nadie sospechó de él. Fue un misterio que duró nueve días, hasta que lo tapó otro nuevo y quedó relegado al olvido. Había tenido aventuras relacionadas con mujeres. Las alemanas no le interesaban, pero descubrió que a ellas les interesaba él y que no les gustaba que rechazara su

amistad. Por ese motivo tuvo algunas complicaciones con otros criados.

En una ocasión llegó al hotel un oficial joven; era de Imst, de donde era natural Fritz Schneider, y al enterarse de que el camarero era paisano suyo, se puso a hablar con él de la pequeña ciudad y de su gente. Era muy joven y añoraba su tierra. A Robert le habían proporcionado bastante información sobre Imst; fingió que era retraído y un poco corto y, de alguna manera, pudo desempeñar el papel, pero tenía las manos húmedas y temblaba de los pies a la cabeza cuando por fin lo dejó irse. A raíz de esta conversación recibió una carta de una chica de Imst. Le escribió con gran alegría diciéndole que había visto al oficial, que le había hablado de Fritz y le había dado su dirección. Todos le daban por muerto. ¿Por qué no había escrito? La chica tenía un hijo, de Fritz, naturalmente, un niño de tres años, rubio y con los ojos azules. «Te encantará, Fritz», y le rogaba que pidiera un permiso, fuera a la ciudad y se casara con ella «para que el pequeño Fritz tenga un padre de verdad». La carta le causó mucha desazón, le pesaba en la conciencia como una losa. Le habría gustado escribir a la chica y decirle que su Fritz había muerto, que había caído en la batalla luchando por su tierra como un valiente, pero no podía. Quería hacer algo por ella, pero no se le ocurrió nada factible.

Uno de los mayores sufrimientos que padecía era la añoranza. Vivía en un país inhóspito y eso lo afligía. Echaba de menos el suyo, la tierra que habían pisado sus antepasados. La tierra de uno respira una silenciosa comprensión que calma y consuela... En esta otra, extraña e inhóspita, se encontraba olvidado de todo y de todos. El nacimiento y la muerte son momentos solitarios, pero no más que la vida de un espía en campo enemigo; no se pueden tener amigos ni compañeros; se está siempre de servicio; no se puede bajar nunca la guardia sin correr peligro, no se puede confiar una idea a nadie. El control tiene que ser perfecto, y no solo el de la expresión, sino también el de los sentimientos (cuando Robert se enteraba de alguna victoria de los británicos o de los estadounidenses tenía que contener los sentimientos de satisfacción. Tenía que aparentar temor y desánimo cuando el ejército aliado avanzaba). La soledad

de espíritu, en medio de una multitud, es más insoportable que la de Robinson Crusoe en una isla desierta.

La vida es una serie de «por pocos», la espada pasa rozando y la víctima sigue adelante alegremente, sin darse cuenta del peligro que acaba de correr... Pero Robert tenía un sexto sentido que le avisaba cuando acechaba algún peligro, notaba el aire que cortaba la espada al caer. Esperaba que lo relevaran de la misión cuando los rusos ocuparon el sector de Berlín en el que vivía, pero la sede no dijo nada y tuvo que quedarse. Quedó todo desorganizado, como era de esperar, el desorden y la confusión eran increíbles, pero en el hotel todo seguía igual y Robert tenía que servir comidas como de costumbre... Y de repente cayó la espada; lo acusaron de robo y lo encerraron en la cárcel.

Este episodio lo contó por encima, porque ni siquiera ahora podía pensar en esa época con calma (excedía los límites de lo soportable). Todavía se despertaba a veces en plena noche y se imaginaba en la oscura celda de paredes de piedra con una ventana enrejada, y tenía que levantarse y pasear un poco para tranquilizarse y procurar que se le pasara el temblor. Lo que más lo alarmaba era que la acusación fuera un invento sin sombra de veracidad, porque significaba que alguien tenía algo contra él, algo que ignoraba. No lo interrogaron ni lo sometieron a juicio, sencillamente lo encarcelaron y allí lo dejaron unos meses... Hasta que un día la puerta de la cárcel se abrió y le dijeron que se fuera. No le dieron ninguna explicación, nunca llegó a saber la verdadera razón del encarcelamiento, como tampoco la de la liberación. Sería un misterio para siempre.

La impresión de recuperar la libertad fue casi insuperable, casi no podía ni andar. Esperó a que se hiciera de noche, se dirigió al sector británico de la ciudad y se desmayó en brazos de un centinela. Después, no recordaba nada, hasta que se despertó en un hospital y la enfermera le dijo que llevaba semanas enfermo.

Todo esto les contó, y mucho más. En cuanto empezó, no le resultó tan difícil como esperaba, y fue un alivio sacárselo del pecho. Todos atendieron al relato sin interrumpirlo; Caroline tenía la vista fija en el fuego, no se movía ni miraba a Robert. Cuando por fin llegó al final del relato, hubo un silencio.

El primero que habló fue James.

–¡Qué espanto! –dijo en voz baja–. Yo no lo habría soportado. Muy pocos habrían salido con vida... y sin volverse locos.

–No creo que estuviera en mi sano juicio cuando llegué a Ashbridge –contestó Robert.

–¿Por qué viniste aquí? –preguntó Harriet.

–Por pura casualidad –dijo él–. Estaba un día mirando las ruinas de la iglesia antigua de Chelsea, cuando apareció una joven y se puso a hablar conmigo. Era la primera persona de Londres que parecía tener interés en lo que pudiera pasarme, y se lo agradecí. Le conté algo de lo que me pasaba y ella me escuchó... percibí su comprensión. «Váyase de aquí –me dijo–. Vaya a cualquier parte, a Ashbridge, por ejemplo, le aseguro que es un sitio muy tranquilo.» Esa joven era Rhoda Ware.

–¡Rhoda! –exclamó James, asombrado.

Robert hizo un gesto de asentimiento.

–Sí, Rhoda. Claro está que yo no sabía quién era, hasta que la vi anoche. La reconocí inmediatamente, no puede haber dos en el mundo con un pelo como el suyo y, lo que es más sorprendente, ella también se acordaba de mí. No se podía creer que hubiera venido a Ashbridge siguiendo su consejo; se quedó verdaderamente perpleja. Yo me tomé sus espontáneas palabras en serio y las cumplí al pie de la letra. «Pero podía haberle dicho cualquier cosa –me dijo ella–. Que se fuera a Timbuktú, por ejemplo. ¿Lo habría hecho?»

–¡Típico de Rhoda! –dijo James, sonriendo.

Todos sonreían, era un alivio sonreír.

XXIV



Peter Podbury era hijo de Silas, el herrero de Ashbridge; tenía nueve años y el honor de ser el único hijo único del clan de los Podbury. Silas tenía que soportar muchas tonterías a costa de su escasa progenie, pero le daba igual; por lo general, contestaba diciendo que con uno bastaba –cuando ese uno era Peter– y que Lily y él se habrían vuelto completamente locos de atar con más de uno. El chiquillo parecía un ángel, tenía el pelo rubio y rizado, la frente ancha e inocente y los ojos grandes, de color azul; cuando estaba en el coro, ataviado con el gran cuello blanco y la nivea sobrepelliz parecía irreal... Pero, bajo esa nivea sobrepelliz latía un corazón muy travieso y tras la ancha frente blanca vivía un cerebro que tramaba diabluras sin tregua.

El chiquillo gozaba de gran aceptación entre sus contemporáneos porque sabía divertirse y tenía una imaginación fértil. Con él, nunca se aburría uno. Era él quien capitaneaba una banda armada de catapultas, la llevaba a una casa deshabitada y, predicando con la palabra y el ejemplo, ordenaba romper unas cuantas ventanas; era él quien provocaba al toro de la granja Betterlands, el que encontraba una señal de calle sin salida y desviaba el tráfico de la calle Mayor; era Peter el que «encantaba» el solar en obras y ponía trampas explosivas a los obreros y, sin la menor duda, era él quien se encaramaba al tejado del Ayuntamiento del pueblo y daba marcha atrás a las agujas del reloj.

Esta última gamberrada, que perpetró en compañía de su fiel amiguito Ted Mumper, fue la más divertida, en su opinión, porque el autobús de Wandlebury se fiaba del reloj del pueblo y salió con veinte minutos de retraso y, por lo tanto, llegó con veinte minutos de retraso a su destino. Los viajeros que tenían algo importante que hacer en Wandlebury se enfadaron mucho y los que tenían que enlazar con el tren a Londres se enfadaron más aún al llegar a la estación a tiempo de ver cómo se les escapaba el tren.

Silas Podbury era un padre anticuado y a menudo recurría al cinto. Lily Podbury tenía ideas modernas sobre la educación de los hijos; compraba libros de psicología infantil y probaba los métodos

que en ellos se recomendaban, pero ni los cintarazos ni la psicología lograban enmendar la conducta de muchacho. Era incorregible. No es que quisiera ser malo –nada más lejos de su intención– pero, cuando se le ocurría una idea, no podía resistirse a ponerla en práctica. ¡Daba tanta risa ver a los coches entrar en una calle sin salida y quedarse allí atascados sin remedio...! (Y, cuando sabías que lo habías hecho tú con tus manitas, era lo más encantador del mundo.) Y ¡qué desternille, ver el autobús ahí parado sabiendo que hacía rato que tenía que haber salido hacia Wandlebury...! Y todo por ti. No había cosa más entretenida que tirar piedras a una ventana y oír con satisfacción el estrépito que significaba una diana perfecta... y ver los fragmentos salir disparados en todas direcciones. Y era genial oír los juramentos de los obreros cuando se les caía un cubo de agua en la cabeza. ¿Acaso tenía él la culpa de que se le ocurrieran ideas tan fantásticas... y tan variadas?

Caroline había prometido a Anne Severn que la ayudaría con los villancicos, así que el sábado por la mañana se dirigió a la iglesia. Cuando llegó, el coro ya había empezado a ensayar y se sentó en el primer banco a mirar y oír. Sin la sobrepelliz, Peter no parecía tan angelical como de costumbre, pero tenía una voz maravillosa; estaba cantando un verso de *The Holly and the Ivy*, un solo... Esa manera de cantar le recordó a un pájaro. Si cerraba los ojos, veía un zorzal en una mata de espino. Era primavera y el sol brillaba en un limpio cielo azul.

Había ido más gente al ensayo: los Meldrum, Robert Shepperton y Violet Podbury, que era la telefonista de la centralita.

Cuando Robert vio a Caroline cruzó el pasillo y se sentó a su lado. –¡Ese chico tiene una voz preciosa! –le dijo en voz baja.

Caroline asintió.

–Y él parece precioso, también –dijo ella–, pero la verdad es que es un diablillo tremendo. Dicen que es el peor chico de Ashbridge... pero, no sé por qué, no se puede dejar de quererle.

–Me gustaría hablar con él –dijo Robert pensativamente.

Caroline y Robert no se veían desde el miércoles, cuando les contó lo que había vivido en Berlín, y ella estaba un poco tensa. No había parado de pensar en él, en todo lo que había sufrido: la

soledad, el peligro, las incomodidades. El relato la había conmovido profundamente, tanto que casi no podía soportarlo... Y ahí lo tenía ahora, sentado a su lado, sonriendo como si no hubiera pasado nada. Comprendía que era una tontería sentir esas cosas, porque ya había pasado todo y Robert lo había superado sin mayor perjuicio.

–Robert –dijo, mirándolo–. El miércoles no pude decirte nada, pero quería decir muchas cosas.

Se volvió a mirarla sonriendo todavía, pero la sonrisa era distinta.

–Noté tu comprensión... –empezó a decir.

En ese momento se acercó la señora Meldrum.

–No sé lo que opina usted –dijo la señora Meldrum en voz baja–, pero a mí me parece absurdo que canten *The Holly and the Ivy*. Está muy trillada. Tendríamos que pensar en algo nuevo.

–Pero los villancicos de siempre son los que más gustan –objetó Caroline–, y Peter lo canta maravillosamente...

–Peter no tendría que estar en el coro –declaró la señora Meldrum.

–¿Cómo puede decir eso? –replicó Caroline–. Cantar es bueno para él, y para nosotros escucharle... ¿Quiénes somos nosotras para decir si el chico tendría que seguir en el coro o no?

Anne se había acercado después de la señora Meldrum y le hizo gracia la discusión, porque en Ashbridge todo el mundo sabía que esas dos señoras siempre tenían opiniones contrarias. Anne estaba de acuerdo con la señora Dering; ella prefería que cantaran *The Holly and the Ivy* y sabía que ni a su padre ni al señor Forbes se les ocurriría echar a Peter del coro ni en sueños (su padre, porque opinaba lo mismo que la señora Dering, y el señor Forbes, porque Peter era la mejor voz de tiple que tenía), pero Anne era la hija del vicario y sabía callar. Y así, en vez de expresar sus ideas, sonrió y preguntó si la señora Dering y la señora Meldrum estaban preparadas para el siguiente villancico, en el que habían prometido participar.

–*Unto Us a Boy Is Born* –dijo Anne en tono persuasivo–. Es un villancico precioso, ¿verdad?

–Precioso –dijo la señora Meldrum–. Y muy oportuno... por lo del principito, claro.

–¡Ah! –exclamó Caroline–. Pero ¿de verdad...?

Y se paró en seco, porque Anne le cogió la mano y se la apretó suavemente. Ese suave apretón quería decir mucho: «No –decía–. Déjalo. La mujer no tiene mala intención... pero no sabe lo que dice, simplemente... y, por más argumentos que le demos, será inútil». Y Caroline se tragó lo que iba a decir y se limitó a abrir el libro de villancicos.

Cuando salieron de la iglesia llovía. Los que llevaban paraguas lo abrieron y se fueron rápidamente, pero Caroline no llevaba paraguas y se sentó en el soportal con la esperanza de que el chaparrón pasara enseguida. Robert hizo lo mismo y se sentó enfrente de ella.

–Creo que no tardará en pasar –dijo Caroline, mirando las rachas oblicuas de lluvia.

–Espero que no pase tan rápido –contestó Robert–. La verdad es que me gustaría hablar contigo de una cosa, Caroline.

En ese momento se abrió la puerta de la iglesia y salieron Peter Podbury y su amigo Ted Mumper. Se quedaron en el soportal.

–No le tendréis miedo a unas gotas de lluvia, ¿verdad? –dijo Robert.

–¿Nosotros? ¡Qué va! –contestó Ted–. Estamos esperando... estamos esperando una cosa.

–Has cantado muy bien, Peter –dijo Caroline.

–Sí –dijo Peter, que no tenía falsa modestia–. Sí, ha quedado muy bien, ¿verdad? Me gustan los villancicos... Me dan una sensación estupenda por dentro –y empezó a cantar en voz baja:

El acebo y la hiedra ya están en sazón,
el acebo celebra su coronación,
del sol, la salida y del gamo, las correrías.
El órgano alegre acompaña,
del coro la dulce canción.

Todos le siguieron. Robert tenía una agradable voz de barítono. Fue una interpretación deliciosa de la antigua y singular tonada.

El señor Spawl, el sacristán, salió en el momento en que terminaban. Cerró la puerta de la iglesia con una llave grande.

–Sonaba bien –dijo–. Debería usted participar en el coro, señor Shepperton. Supongo que está esperando a que deje de llover, señora Dering. Y vosotros, niños, ¿a qué esperáis?

–A que deje de llover, señor Spawl –contestó Peter, mirándole con sus grandes e inocentes ojos azules.

El señor Spawl lo miró con suspicacia.

–¿A que deje de llover? –dijo, sin convicción–. Tenéis impermeable...

–No hacemos nada malo por refugiarnos aquí, ¿verdad, señor Spawl?

–Bueno, pero... nada de diabluras, Peter –dijo el señor Spawl, y con esas palabras se fue rápidamente por el camino.

Los niños soltaron una risita.

Caroline estaba segura de que los chicos se traían algo entre manos.

–¿A qué esperáis, de verdad de la buena? –les preguntó.

–Esperábamos a que se marchara el señor Spawl –dijo Ted, sonriendo pícaramente–. La lluvia nos da igual, pero él... Es un viejo chocho.

–¿Qué vais a hacer?

–Nada malo –dijo Peter–. Al viejo Spawl no le gustará, pero en realidad no es nada malo. Él cree que el cementerio es suyo... pero no es verdad.

–Es de Peter –añadió Ted.

–¿El cementerio es de Peter? –preguntó Caroline, sorprendida.

–Porque, vaya... –dijo Peter–. Porque hay un montón de Podbury ahí... y si eso no quiere decir que es de los Podbury, ¿de quién va a ser, si no?

–Por eso es tuyo el cementerio –dijo Robert, con una sonrisa pensativa–. No sé si la ley estaría de acuerdo, pero la verdad es que sí parece que tengas algún derecho. Y ¿qué piensas hacer con tu propiedad, Peter?

Los chicos se miraron.

–Nada malo –dijo Peter.

Mientras hablaba, sacó del bolsillo un cordel y unas estaquitas de madera.

–Trampas para conejos –dijo Robert–. Sí, es un truquillo de cazador furtivo que funciona bastante bien. Yo las ponía, de pequeño.

–No es nada malo –repitió Peter con un poco de preocupación.

—No, no creo que tus antepasados tuvieran nada que objetar. Seguramente sabían mucho de esos juguetes. A ver... ¿cómo funciona?

Caroline no estaba tan tranquila como Robert. Aunque los antepasados de Peter no tuvieran nada que decir, estaba segura de que al señor Spawl le escandalizaría encontrar trampas para conejos en el cementerio... y el señor Spawl era el guardián, estaba vivo y coleando, mientras que los antepasados de Peter no. Intentó explicar su parecer a sus compañeros, pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Era una contra tres: una mujer contra tres hombres rebosantes de instinto cazador, un instinto que ha sobrevivido desde la prehistoria, cuando el hombre salía de la cueva armado con flechas de pedernal para cazar mamuts en los bosques y ciénagas. Podía haberse ahorrado el esfuerzo y, como era una mujer sensata, enseguida se dio cuenta y dejó de intervenir.

Los chicos habían descubierto un paso de conejos entre dos lápidas («lápidas de la familia Podbury», dijo Peter, pensando, evidentemente, que eso le daba derecho legal a poner allí sus trampas). Dijeron al señor Shepperton que querían cazar dos, al menos, uno para la familia de Peter y otro para la de Ted. El señor Shepperton cogió el cordel y las estaquitas y les enseñó a hacer el nudo, así como la distancia del suelo a la que convenía ponerlo para atrapar al conejo por la cabeza. Los chicos se apoyaban en él, uno a cada lado, y absorbieron las enseñanzas ávidamente.

A Caroline no le parecía que estuvieran en el mejor sitio para dar esa clase de lecciones, pero, a pesar de todo, observaba con deleite lo que hacía Robert con el cordel y las estaquitas, con los niños apoyados en él, tan confiados. Robert siempre le había parecido muy maduro, un hombre de mundo, y lo que veía ahora era una faceta desconocida de él, una faceta encantadora. Pensó en Philip, en que el niño había elegido mal renunciando a su padre y apegándose a otro... El señor Honeyman podía ser todo lo bueno, amable y generoso que quisiera, pero Robert era un padre ideal para el chico.

Seguía lloviendo, pero el cielo estaba más claro y las rachas oblicuas de lluvia plateada destellaban con los colores del arco iris. Dentro de diez minutos dejaría de llover y Caroline llegaría seca a

casa. Entretanto, los chicos, después de asimilar toda la información posible sobre las trampas para conejos, empezaron a hablar de otros asuntos. Habían aceptado la amistad del señor Shepperton, así que su conversación era desinhibida y graciosa.

–Fue una peli estupenda –decía Peter–. Yo y Ted fuimos a verla a Wandlebury. A usted le gustaría, señor Shepperton... ¿a que sí, Ted? Era un tío que tenía padre y madre, y venía otro y envenenaba a su padre, ¿sabe? Y nadie sabía lo que había pasado. Lo había hecho muy bien. Y luego va y se casa con la madre del tío sin más ni más. Bueno, a él no le hace ninguna gracia y empieza a sospechar, y entonces sale cuando hay niebla y se encuentra con un viejo chocho muy raro que le dice que a su padre lo han asesinado: que descubre todo el pastel, vamos. Entonces le da como una ventolera y se va a buscar a su madre y casi la mata... Pero entonces ve que un viejo lo estaba oyendo todo detrás de una cortina y se lo carga... Es que se le ha ido un poco la chaveta, ¿sabe?

–Se te ha olvidado cuando tiene una pelea con la chica –intervino Ted.

–¡Porras, sí! –dijo Peter–. A usted también le gustaría, señora Dering, se lo digo de verdad. Y la cosa se va poniendo cada vez más interesante. Luego el tío se va de viaje y, mientras tanto, la chica pierde la chaveta y se tira al río y se ahoga, ¿sabe? Y entonces tienen que cavarle una tumba. Allí había mucha gente enterrada, como en el cementerio de Ashbridge, y sacan un montón de huesos. Después se ponen a enterrar a la chica y, cuando están a medias, Hamlet llega a casa...

–¡Hamlet! –exclamó Caroline, asombrada.

–Es que el tío se llama así, ¿sabe? –le explicó Peter.

Peter no pudo entender por qué su público, que hasta el momento le había escuchado atentamente, empezaba a reírse a carcajadas... y a reírse más y más, sin parar. Tenía muchas ganas de seguir contando la película, porque, como había dicho con toda sinceridad, la cosa se iba complicando y cada vez era más emocionante; pero la risa lo estropeó todo y cuando por fin la señora Dering y el señor Shepperton consiguieron dejar de reírse y se sonaban la nariz y se

limpiaban las lágrimas, había dejado de llover y ya era casi la hora de cenar.

–No sé –dijo Peter, perplejo, viendo alejarse a su público por el camino.

–Es que Hamlet es un nombre muy gracioso –dijo Ted.

–Bueno, pero no tanto –objetó Peter.

XXV



–Tenemos que celebrar una fiesta –dijo Leda–. Hace años que no organizamos una fiesta en casa... Desde que éramos pequeñas.

Caroline no sabía qué decir.

–¿Qué clase de fiesta? –preguntó.

–Una cena no, claro –contestó Leda.

–¡No, una cena, ni hablar! –exclamó su madre, horrorizada.

–Una fiesta de media tarde –dijo Harriet–. Podemos preparar cóctel de vino del Rin, tarta y galletitas. ¿Qué os parece?

Caroline dijo que sí, que acababa de recibir de América un paquete de frutos secos, manteca y guindas escarchadas, así que una tarta grande y unas cuantas galletitas entraban dentro de lo posible.

–Preguntaré al señor Herbert por el vino del Rin o algo parecido –dijo James–. Puedo encargarme de la bebida.

–¡Celebrémosla enseguida! –dijo Leda–. La semana que viene... no soporto las esperas largas. Voy a llamar a Derek, a ver qué día puede venir.

–Es muy poco tiempo –dijo Caroline–. ¿Por qué no lo dejamos para después de Navidad?

–¡Tonterías! –exclamó Harriet–. Ahora ya nadie manda invitaciones con tanta anticipación. ¡Cuántas veces me invitan a fiestas el mismo día... y no para que haga de florero! Haremos una lista de invitados y que las chicas llamen a todos por teléfono y vayan marcándolos en la lista. Es mucho más fácil.

Caroline protestó débilmente, pero no le hicieron caso, porque ¿quién sino la señorita Fane sabía cómo funcionaban esas cosas?

La lista era fácil de hacer; era una fiesta a la que podían invitar a todos los conocidos (en un radio de quince kilómetros, porque no se podía esperar que viniera nadie de más lejos, debido a la escasez de gasolina). Leda hizo una lista de treinta personas y Caroline añadió algunas más.

–Tienen que ser más –dijo Harriet–. Esto estará vacío y la fiesta será un fracaso. Hay que tener en cuenta que solo vendrá la mitad de la gente, así que...

–¿La mitad? –exclamó Caroline–. Puede que sepas mejor que nadie cómo funciona esto en Londres, pero en Ashbridge, no tienes la menor idea. Si invitamos a treinta personas, vendrán al menos treinta y cinco. Lllaman y dicen: «Me encantaría ir, ¿puedo llevarme a tía Susan? Es que le chiflan las fiestas». O, por ejemplo: «Tengo a mi sobrina en casa, que va a pasar la Navidad con nosotros, ¿podemos llevarla a la fiesta?». Treinta y cinco personas es suficiente. Abriremos la puerta doble entre el salón y el comedor.

–¡Podemos hacer algo de teatro! –exclamó Bobbie–. ¡Tenemos aquí a tía Harriet! Sería una verdadera lástima no aprovechar la ocasión.

–Pero tengo que ser un animal –dijo la famosa señorita Fane con rotundidad–. Puedo actuar con vosotras si me dejáis ser un animal... Podríamos hacer *Ricitos de Oro y los tres osos*, o *Bella y la bestia*...

–O *San Jorge y el dragón* –dijo Caroline sarcásticamente–. Me encantaría veros a James y ti haciendo de san Jorge y el dragón.

–Podríamos, sí, por qué no –dijo Harriet, pensando–. Una alegoría moral... Sí, es buena idea.

A Harriet le intrigaba una obra de esa clase –se podía hacer informalmente y sería divertido– y, después de un breve tira y afloja, James dijo que estaba dispuesto a hacer el papel de san Jorge si no tenía que hablar.

–¿Si no tienes que hablar? –exclamó su tía, asombrada.

–No puedo plantarme ahí, delante de todo el mundo, y ponerme a recitar como un papagayo.

Semejante declaración habría desanimado a cualquiera con menos iniciativa y recursos que a la señorita Fane, pero a ella no. Dijo que sería un mimodrama, con un narrador que dijera el texto y explicara la acción. Para ese papel eligió a Robert Shepperton. Convencer a Robert fue incluso más difícil que a James, pero por fin accedió y dijo que sería el narrador si podía hacerlo sin aparecer ante el público. Harriet lo comprometió sin pérdida de tiempo: podía quedarse escondido detrás de las cortinas. Contaba, pues, para el reparto con uno que no quería hablar en público y con otro que no quería que lo vieran, pero ni así se echó atrás. Tampoco se echó atrás por tener que ser la autora de la obra, la productora, la jefa de

vestuario y uno de los personajes principales; lo único que echaba atrás a la señorita Fane era... el silencio y los ladrones.

Fueron necesarios muchos ensayos para poner la obra en escena; por ese motivo Robert Shepperton tenía que ir a menudo a Villa Vitoria y quedarse muchas horas, y los tres del reparto se encerraban en el salón. La productora se enfrentó desde el primer momento a un elenco muy protestón. Robert y James tenían ideas propias sobre la puesta en escena y las expresaban con total imparcialidad.

–Esos ripios que has escrito son horribles, tía Harriet –dijo James–. Un mimodrama tiene que ser en inglés de Spenser.

La autora, ofendida, respondió:

–Pues escríbelo tú.

Y a nadie sorprendió tanto como a ella que de pronto James se sentara a reescribir la obra y presentara a su tía unos versos bastante mejores que sus ripios facilones (reconoció inmediatamente que James la había superado con creces, porque Harriet no era nada miserable ni mezquina). A Robert también le sorprendió. Vio que James había sabido plasmar el verdadero ambiente de un mimodrama. Le pareció que los versos tenía un tono muy convincente.

Harriet no tenía intención de preparar la obra en secreto ocultándosela a los demás habitantes de Villa Vitoria, pero las interrupciones la desesperaban. Caroline entraba a preguntar si necesitaban algo: Bobbie entraba y se reía sin la menor consideración: Leda entraba a ofrecer consejos inútiles: Comfort entraba a encender la chimenea y se quedaba charlando. Ya tenía dificultades de sobra con los actores para tener que habérselas además con admiradoras cariñosas y críticas inmaduras; al final, la productora perdió la paciencia y cerró la puerta con pestillo.

–Lo siento –dijo–, pero, si no nos dejan en paz un rato, esto no sale para el miércoles ni en sueños.

Y así, el mimodrama fue creciendo en secreto, y en secreto cobró forma y maduró. Al otro lado de la puerta cerrada se oía mucha conversación y mucha risa y, de vez en cuando, gritos de sufrimiento... que tal vez procedieran del dragón herido. Era evidente que Harriet, James y Robert se divertían muchísimo.

Caroline se alegraba de que se lo pasaran tan bien... o, al menos, intentaba alegrarse por todos los medios. Tenía la ridícula sensación de que la dejaban fuera. Estaban ensayando la obra y, como ella no participaba, no la necesitaban. Se decía esto mismo varias veces al día, no quería ser tan tonta. Robert la apreciaba, todavía la apreciaba, pero Harriet le gustaba más. ¡Era lo más natural! Harriet era más joven... Más joven, más alegre, más bonita, ¡cómo no iba a gustarle...! A Robert y a cualquiera. Y, como no podía ser menos, a Harriet le gustaba Robert; eso también era natural.

No le cabía la menor duda. En la fiesta de los Ware había visto lo bien que se entendían y, cuando los vio jugando con las hojas, sus sospechas se confirmaron. Robert seguía tratándola con toda cordialidad –qué encantador había estado el día del ensayo de villancicos–, pero con Harriet era otra cosa.

James también se dio cuenta y le tomaba el pelo a su tía.

–¡Ah, me toca hacer de carabina! –decía, suspirando hondamente.

–¡Qué burro eres! –replicaba su tía, sonrojándose hasta la raíz del pelo.

Hasta ese momento, cuando vio que había perdido a Robert, Caroline no sabía lo mucho que significaba para ella... Se puso a recordar buscando el momento exacto en que la amistad se había trocado en amor. Una actividad inútil, sin duda, e infructuosa, porque ahora le parecía que lo quería desde siempre. Tal vez la semilla hubiera caído hacía muchos años, en Elsinore, y se hubiera quedado en estado latente en su corazón. Lo quería de mil formas distintas: lo admiraba por su carácter y su humor le hacía mucha gracia; sentía una ternura inmensa por él y se le aceleraba el corazón cuando estaba con ella. Eran unos sentimientos tan fuertes que casi no los podía disimular, y solo eclipsándose por completo podía soportar estar en la misma habitación que él.

Afortunadamente Caroline había aprendido lo que es renunciar; la vida le había enseñado a recogerse discretamente en sí misma para sobrellevar la decepción y los sentimientos heridos con una sonrisa en la cara; y así, en vez de dar vueltas a sus conflictos, procuraba desterrarlos. Se puso a trabajar e hizo una tarta para la fiesta. Iba a ser una tarta magnífica, grande, sabrosa, con muchos huevos y

fruta: una verdadera tarta de antes de la guerra. Comfort estaba a su lado observando con atención, ayudando a preparar la masa, casi jadeando por el esfuerzo y canturreando sin parar.

–¡Qué bien se lo pasan! ¿Verdad? –dijo Comfort–. Cuánto me alegro, ¿verdad? Me alegro de que el señor James se divierta un poco, después de tantos años en Malasia. Me gusta ese señor Shepperton, es guapo, ¿verdad? Cuando te mira, es que te mira de verdad, con esos ojos tan risueños, como si de verdad te viera. Parece una tontería, pero mucha gente no te ve cuando te mira. Muchos te miran como si fueras una silla o algo así, pero él no. Es casi como si te conociera íntimamente –reflexionó Comfort–. No es que te conozca, claro... porque él es un caballero, a la vista está, es decir, no puede saber lo que es ser pobre y gorda y tener complicaciones, ¿verdad, señora Dering? Pero es como si lo supiera.

–Sí, te entiendo –dijo Caroline.

Comfort se daba cuenta de que la señora Dering estaba preocupada por algo. Suponía que sería por la dichosa señorita Leda. Quería ayudar a la señora Dering, animarla un poco, hacer que se encontrara mejor... ¿Cómo podía conseguirlo?

–Me gusta mucho tener tanta gente en casa, ¿verdad que sí? –siguió Comfort, en el tono más animado que pudo–. El otro día me decía Beryl: «Seguro que lo estás pasando fatal –me dijo–, con tanta gente alrededor. No sé cómo lo aguantas... yo no lo aguantaría». Pero es que Beryl es perezosa, por eso me lo decía. En cambio a mí me encanta que haya mucha gente en casa. Hay mucha animación. El señor James... ¡bueno, qué tipo tan gracioso es! ¿Verdad? Y la señorita Fane es un encanto. Me gusta la señorita Fane... ¡Qué cosas dice! ¡Y lo que hace reír! ¿Quién iba a decir que sería una actriz maravillosa, a que sí?

–Claro, claro –dijo Caroline.

–El miércoles por la tarde será estupendo –continuó Comfort–. Me gustan las fiestas. Me gusta un poco de emoción. Mi madre decía si querría usted que viniera a echar una mano; está muy presentable con su vestido negro y puedo prestarle un delantal. Estaría mejor que yo pasando las bandejas entre los invitados y todo eso, ¿no le parece?

–Nadie estaría mejor que tú –dijo Caroline, conmovida.

Se retiró de la mesa, se fue a la ventana y se quedó mirando afuera.

Comfort se asustó muchísimo. Ahí pasaba algo terrible... ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer que sirviera de algo?

–Voy a hacer el tratamiento –dijo Comfort, jugando la última carta.

–Que vas a... ¿Qué has dicho? –preguntó Caroline, asombrada.

–Voy a tomar el potingue ese –dijo Comfort–, el celuloide o como se llame... el potingue ese para adelgazar. De verdad, lo voy a tomar, mañana voy a ver al médico.

–Pero, Comfort...

–Usted quiere que lo tome, ¿verdad, señora Dering?

–Comfort... –empezó a decir Caroline, y se detuvo en seco. ¿Qué demonios iba a decirle?

Lo que Comfort pretendía era animar un poco a la señora Dering y hacerla olvidar su preocupación, fuera lo que fuese y, aunque no hubiera conseguido lo primero, lo segundo sí, sin la menor duda. Acababa de plantear a la señora Dering un asunto que requería reflexión, y la señora Dering había dejado su preocupación a un lado y se había puesto a pensar en Comfort. Dio media vuelta, se apoyó en la mesa y miró a Comfort fijamente.

–¿De verdad quieres hacer el tratamiento? –le preguntó.

–Sí –dijo Comfort.

–No quiero que lo hagas si te da miedo.

–No me da miedo –dijo Comfort con valentía–. Mañana mismo voy a ver lo que tengo que hacer. Le gustaría que estuviera delgada, ¿verdad, señora Dering?

–No te quedarás delgada –se apresuró a decir la señora Dering.

–Bueno, más delgada –se corrigió Comfort–. Le gustaría.

–Me da igual –dijo Caroline, eligiendo las palabras con cuidado–. Me da completamente igual, Comfort. Te quiero tal como eres y te querría igual aunque adelgazaras. Me gustaría que adelgazaras por tu propio bien, no por mi gusto.

Se lo dijo lo más sencilla y claramente que pudo, pero tenía pocas esperanzas de que Comfort la entendiera... y no la entendió.

–Pero a usted le gustaría –dijo Comfort.

Caroline suspiró. Ahora tenía ella la responsabilidad y, dijera lo que dijera, no podía eludirla.

–¿Por qué no esperas un poco? –le dijo–. Pregunta a tu madre...

–Sé lo que me diría... lo mismo de siempre, para qué voy a esperar. Quiero adelgazar cuanto antes.

–¿De verdad? –preguntó Caroline–. ¿Estás completamente segura?

Comfort asintió.

–A usted le gustaría –dijo.

No había más remedio que asumir la responsabilidad.

–Sí –dijo Caroline, tomando una decisión y, al mismo tiempo, diciéndose que, si tenía que ser, sería con todas las de la ley–. Sí, me gustaría. Te acompañaré al doctor Smart. Le preguntaremos todo sobre el tratamiento y lo encargaremos. Entretanto, creo que sería mejor no decírselo a nadie... ni siquiera a tu madre.

–¿Que no se lo diga a madre? –preguntó Comfort, sorprendida.

–A nadie –dijo Caroline, porque la responsabilidad era suya, ella asumía el riesgo, y el riesgo aumentaría peligrosamente si la señora Podbury supiera lo que iban a hacer y empezara a poner nerviosa a Comfort diciéndole cosas y preguntándole todo el tiempo si empezaba a sentir algo «raro»–. A nadie en todo el mundo –repitió Caroline con firmeza–. Será un secreto entre tú y yo.

Dicho lo cual, Caroline cogió la cuchara y empezó a batir la masa con energía y determinación... Y, para gran alegría de Comfort, parecía bastante animada.

Llegó el día de la fiesta. Todo el mundo tenía mucho que hacer. Caroline sacaba brillo a los muebles, Bobbie, a la cristalería, Harriet y James se ocuparon de la importantísima tarea de mezclar el cóctel y, como para eso había que ir probándolo continuamente, al final estaban muy contentos. El teléfono no paró de sonar en toda la mañana (algunos invitados no podían asistir y otros querían saber si podían ir con alguna persona más), así que nadie se sobresaltó cuando sonó por enésima vez y James levantó el auricular sin ninguna aprensión.

–Es de Oxford –dijo James–. ¿Dónde está Leda? ¡Que alguien le diga que tiene a Oxford al aparato!

–Ha salido –dijo Bobbie–. Di que te dejen el recado, James. Espero que no sea para decir que Derek no puede venir; Leda se subiría por las paredes.

Caroline pensó lo mismo y se quedó escuchando con aprensión mientras James tomaba nota del recado, porque, aunque una persona que quiera enterarse de una conversación telefónica solo oiga una parte, por lo general se puede deducir la conversación entera.

–Sí –dijo James–. Sí, soy James Dering. ¿Quiere dejar un recado?... ¡Dios santo! –exclamó–. ¿Cómo ha sucedido?... ¡Dios, qué mala suerte!... Sí, sí, comprendo... Sí, ¿ya se encuentra mejor?... Sí, era... No, claro que no... Sí, dígame que lo sentimos mucho todos, lo sentimos sinceramente...

–Derek se ha roto una pierna –dijo James en cuanto colgó–. He hablado con la señorita Bright. Derek había pasado la noche en casa de los Bright y esta mañana se cayó por las escaleras y se rompió la pierna. El médico se la ha colocado y dice que se pondrá bien, pero que no tiene que moverse. La señorita Bright ha llamado para decirnos que no podrá venir a la fiesta.

Saltaron exclamaciones por todas partes, y siguieron saltando, y todos hacían preguntas que James no podía contestar. Todavía estaban hablando del asunto y lamentando la mala suerte de Derek cuando llegó Leda. La joven se horrorizó al saber la noticia, quería llamar a los Bright y preguntar más cosas, quería irse a Oxford inmediatamente, quería suspender la fiesta.

–No seas cabezota, Leda –le dijo James con fraternal sinceridad–. Derek se pondrá bien; eso ha dicho la chica. Romperse una pierna no es nada; solo significa que tendrá que guardar cama unas semanas y ya está. Derek no te agradecería que armaras jaleo. Supongo que pensará que es tonto, como le pasaría a cualquiera. ¡Mira que caerse por las escaleras! –dijo James, riéndose sin contemplaciones–. ¡Caerse por las escaleras! Y lo de suspender la fiesta sería una bobada, y además es imposible. Ya es tarde para eso, tardísimo... Además, ¿por qué íbamos a suspenderla? ¡Como si se hubiera roto la crisma!

Leda aceptó los argumentos de James: era la única persona que podía hacerla entrar en razón.

–Sí –dijo Leda sumisamente–. Sí... bueno... a lo mejor no le gustaría que armara jaleo. Seguro que te dijeron que ya estaba mejor, ¿verdad?

–Ya te lo he dicho –contestó James– y no puedo decirte nada más. Si quieres, mañana por la mañana le llamamos.

XXVI



Villa Vitoria estaba muy alegre vestida de gala. Habían redistribuido el salón para dejar más sitio a los invitados, las puertas plegables estaban abiertas, recogidas cada hoja en un extremo, y había flores por todas partes. Caroline encendió la chimenea con esmero y, echando un vistazo general, vio que todo estaba como tenía que estar. Movi6 una silla un poquito, retoc6 un cuenco de crisantemos blancos y subi6 las escaleras lentamente para ir a cambiarse. Hacía tanto tiempo que no celebraba una fiesta en casa que estaba inquieta –tenía una sensación de escalofrío nervioso– y más aún por otras preocupaciones ajenas a la fiesta.

Igual que Marta de Betania, estaba pendiente de muchas cosas. En primer lugar y más importante, su propio conflicto secreto y la necesidad de seguir guardándolo en secreto, la necesidad de ocultarlo con una sonrisa para que nadie llegara a saber lo que sufría. Después, la responsabilidad por el tratamiento de Comfort, que había empezado a tomar la medicina por ella –eso lo sabía, naturalmente– y, por lo tanto, tenía que encargarse de que lo hiciera bien. En efecto, se encargaba de dosificársela y dársela a las horas prescritas, una precaución imprescindible, porque Comfort, aunque era un cielo de mujer, también se despistaba a menudo y podía olvidarse de tomar la dosis un día entero y tomar el doble al día siguiente para compensar. Hacía tres días que había empezado el tratamiento y, por ahora, no había adelgazado nada; a Caroline le parecía normal, porque no esperaba un milagro, pero Comfort, que sí lo esperaba, estaba desilusionada. Se tomaba las medidas del cuerpo varias veces al día con una cinta métrica que había comprado *ex profeso*, y varias veces al día informaba a su señora de la falta de progresos. Al principio le hacía gracia, pero ahora ya no; ahora le resultaba molesto y un poco alarmante. ¿Sería esa la primera muestra de «rareza»? ¿Qué ocurriría si el tiroides no le hacía el efecto deseado? Después, el accidente de Derek; eso también le preocupaba. No era nada grave, claro está y, como decía James, solo tendría que guardar cama unas semanas hasta que se

le curase; sin embargo, por algún motivo, le preocupaba. Ese accidente parecía la gota que colma el vaso.

En estas cosas pensaba mientras se vestía y, de pronto, vio en el espejo la cara de preocupación que tenía. (¡Nada más lejos de la cara de una buena anfitriona! ¡Con esa cara espantaría a cualquier invitado!) Y se propuso que, al menos por esa noche, tenía que dejar todas las complicaciones de lado. Si no podía divertirse lo fingiría; tenía que hacer todo lo posible para que la fiesta fuera un éxito. Se hizo a la idea de que era una actriz que se estaba vistiendo para la noche de estreno. Y fue una buena idea, aunque, naturalmente, la analogía no era exacta, porque la actriz tenía la ventaja de saberse el papel, las palabras que tenía decir cuando saliera al escenario y, lo que es más importante, sabía lo que dirían los otros actores de la obra. En cambio su papel era desconocido y, por tanto, mucho más difícil y temible... «Pero estoy muy bien», pensó, mirándose en el espejo por última vez. Y lo que vio le pareció convincente. Llevaba el mismo traje negro de terciopelo que en la fiesta de la Casa Ash –no tenía otra cosa que ponerse–, pero se había prendido unas rosas rojas de terciopelo en cuerpo del vestido. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y los ojos le brillaban.

–No está nada mal –dijo, mirándose en el espejo.

Y, con esas palabras, inclinó la cabeza y bajó valientemente las escaleras.

Robert acababa de llegar. Estaba en el vestíbulo. Inmediatamente se dirigió hacia ella, la esperó al pie de las escaleras y le tendió la mano.

–¿Nos decimos «hola, qué tal»? –preguntó ella, sonriendo ligeramente.

–No me parece necesario, ¿verdad? –contestó Robert–. No era eso, es que... –hizo una pausa.

¿Cómo decirle que, al verla bajando las escaleras, le había parecido que tenía la cara iluminada, que le había tendido la mano impulsivamente, que no había podido evitar el deseo de cogerle la mano? Si hubieran tenido tiempo, tal vez habría encontrado las palabras, pero había mucho bullicio en la casa... La señora Podbury salió de la alacena con una bandeja de copas.

–¿Qué es? –preguntó Caroline con una sonrisa, al tiempo que retiraba la mano.

–Nada –dijo él–, al menos, nada que pueda decir ahora.

–Nada malo, espero –dijo ella, alarmada de pronto.

–No, nada.

El pequeño incidente terminó (una tontería de nada, una sarta de tonterías de nada). Bobbie bajó las escaleras corriendo, James salió del comedor y, al momento, llamaron a la puerta y llegaron los primeros invitados.

Como suele ocurrir en las fiestas, los primeros en llegar fueron los menos gratos. Los Meldrum, los Burnard y los Whitelaw. Los Burnard y los Whitelaw no se hablaban. La señora Burnard se había enemistado irreconciliablemente con la señora Meldrum por la fiesta de Hallowe'en de la Asociación Juvenil Femenina. Caroline lo sabía, naturalmente, porque ambas partes, por separado, le habían contado todo lo sucedido, pero había pensado que, entre treinta y pico invitados, daría igual que dos mujeres no se hablaran... Y habría dado igual si una de las dos hubiera llegado más tarde. «¿Quién iba a prever que llegarían las dos al mismo tiempo?», se preguntó Caroline al ver que sus invitadas se miraban como gatos que no se conocen y se iban cada una a un lado de la gran sala vacía.

Los Whitelaw (una pareja joven que acababa de instalarse en el municipio) no conocían a nadie y, naturalmente, Caroline los había invitado porque le pareció que les gustaría conocer a algunos vecinos... Pero, por lo visto, ellos tenían otras ideas. Se quedaron juntos en el centro del salón y no hubo forma de moverlos de allí; cuando su anfitriona se interesó por su salud y bienestar, respondieron lo más brevemente posible, no quisieron hablar del tiempo e hicieron oídos sordos cuando probó con el tema de la jardinería. Concediéndoles el beneficio de la duda, lo achacó a una posible timidez.

Rogó por que llegaran más invitados lo antes posible. Empezó a preguntarse si vendría alguien más. ¡Sería desastroso que todos, menos los Meldrum, los Burnard y los Whitelaw hubieran decidido no tomarse el trabajo de ir a la fiesta de Villa Vitoria! Casi los oía decir: «Mejor, nos quedamos en casa. Total, ¿qué más da? No hace

falta decirles que no iremos. Habrá tanta gente que los Dering no se darán cuenta de que no hemos ido». A otros los atacaría un súbito dolor de muelas o de pronto se les estropearía el coche. Ya estaba Caroline fantaseando, como tantas otras veces: una fantasía más, y muy desagradable.

Empezaba a desesperarse cuando se abrió la puerta y docenas de personas inundaron el salón; una multitud de voces llenó el espacio que tan grande y vacío parecía antes; la marea de gente se tragó a los Whitelaw, a los Meldrum y a los Burnard; la anfitriona los abandonó a su suerte y no volvió a verlos. Todo el mundo se conocía –o casi– y todos estaban encantados de verse... Poco después, cada cual tenía una copa en una mano y una porción de tarta en la otra, y la fiesta se desarrollaba con tanta alegría como podía desear cualquier anfitriona. Era como una boda, pensó Caroline (que iba de amigo en amigo sonriendo, charlando y preguntando por los hijos e hijas que no habían ido a la fiesta de media tarde), como una boda sin los actores principales; había vino, tarta y flores, pero ni novio ni novia recibiendo felicitaciones, ni madrinas con bonitos vestidos a las que admirar. Tal vez fuera un error celebrar una fiesta así en ese momento, porque si Leda y Derek se casaban el año siguiente, habría que repetirla... y de la misma forma exactamente.

Se notó la ausencia de Derek, sobre todo cuando llegaron sir Michael y Rhoda sin él, y enseguida todo el mundo se enteró de lo que le había pasado y todos lo lamentaron por ambos lados: «¡Pobre Derek!», decían unos, «¡Pobre Leda, qué mala suerte!», decían otros, o «¿Te has enterado del accidente de Derek?» «Sí, qué lástima, ¿verdad?»

Harriet, como buena directora de escena, dio al público todo el tiempo necesario para que se aposentara antes de empezar el espectáculo. El mimodrama no era el único número del programa: Anna iba a cantar y las chicas Meldrum se habían ofrecido a interpretar un diálogo de *Orgullo y prejuicio*, la conversación de Elizabeth Bennet con lady Catherine de Bourgh. Joan era Elizabeth, claro está. Harriet había pensado que con eso era suficiente; sabía muy bien que, en estas cosas, era preferible quedarse cortos que pasarse.

Leda no quiso cantar porque no tenía ánimos para hacerlo, pero lo demás salió bien. A Harriet el diálogo le pareció regular: ella lo habría hecho mucho mejor, naturalmente. Las chicas estaban tiesas como palos, Margaret era tímida y no vocalizaba nada bien y Joan actuaba con mucha afectación (cosa que no se correspondía ni remotamente con Elizabeth Bennet). Afortunadamente, el público no fue tan crítico como la señorita Fane (por el contrario, la opinión general fue que Joan y Margaret lo habían hecho muy bien) y las jóvenes recibieron una ovación satisfactoria, si bien, no muy larga.

El mimodrama era el último número, y el público, que había oído hablar mucho de la obra, lo esperaba con expectación. Se hizo un silencio total cuando Bobbie descorrió las cortinas y apareció el escenario; no habían tenido tiempo de preparar un escenario con todos los requisitos, pero el espacio estaba iluminado con luces tenues y adornado con macetas que creaban el efecto de un bosquecillo... Y, en el centro, un enorme dragón verde con una cabeza horripilante y unos ojos brillantes. El público contuvo el aliento... y a Caroline no le extrañó, porque era una visión terrorífica. Caroline sabía que la cabeza del dragón la habían hecho con gasa verde y tela metálica, y que los brillantes ojos eran los cristales de unas gafas viejas con una bombillita eléctrica detrás, pero ni el hecho de saberlo destruyó la ilusión y hasta ella se asustó al ver al monstruo.

El dragón se retorció unos momentos enseñando las zarpas y la voz del narrador oculto empezó a hablar:

Hállase en esta boscosa espesura
de un fétido dragón la emboscadura.
De sus víctimas los huesos roídos
se esparcen por doquier ennegrecidos.
Ved, pues, la fiera de ígnea mirada,
su solo suspiro el valor horada.
Pérfida garra, un aliento feroz,
nada lo espanta, ni la muerte atroz.
De punta a punta la tierra devasta
un monstruo tal de satánica casta.
Bravos mancebos, gentiles doncellas
su presa son: presa llora Inglaterra.
Muchos han venido por darle muerte:
con mala fortuna probaron suerte.
Mas, ¡vedlo! ¡Un paladín va a luchar!
Claro escudo, espada clara sin par,

cota de plata de pies a cabeza,
¿vencerá al monstruo su firme destreza?
¡Un paso da con semblante esforzado!
Nunca se vio campeón tan cendrado.
«¡Eh, tú! –clama–. ¡Atrás, bruto fatal!»
¡San Jorge por Inglaterra!
¡Dios proteja este ideal!

Mientras el narrador oculto desgranaba las prendas de san Jorge y ensalzaba sus virtudes, éste presentaba una estampa verdaderamente magnífica, con cota de malla de la cabeza a los pies, hecha de cartón plateado. Entretanto, el dragón se iba enfureciendo más y más, enseñaba los dientes, gruñía y sus ojos destellaban; entonces, de repente, echó atrás la horrible cabeza y clavó una dentellada a su hostigador: había empezado el combate.

Al principio, los combatientes parecían igualados. San Jorge se movía más, naturalmente. Corría de un lado a otro con energía incansable y valor sin tacha, clavando el arma al dragón muchas veces en distintas partes del cuerpo, mientras el dragón se retorció y aullaba y conseguía, con astucia, dar algunos zarpazos terribles a su enemigo, pero la armadura plateada lo libraba de daños mayores y, si se retiraba un momento, era para preparar el arma para un ataque más brutal. El dragón empezó a perder ánimo, atacaba con menor frecuencia, sus aullidos eran menos furibundos, más desesperados... y, al verlo, san Jorge redobló sus esfuerzos. Saltó sobre la bestia y le hundió la espada en el negro corazón. El dragón agonizaba –de eso no había la menor duda–, agonizaba sin remedio, rodaba por el suelo gimiendo y aullando como un alma perdida. (Los estertores de muerte eran tan auténticos que Caroline empezó a alarmarse pensando que tal vez, sin querer, James hubiera herido a su tía en algún órgano vital, y, angustiada, echó una mirada alrededor, a ver si el doctor Smart seguía cerca de la chimenea, donde había estado hablando con él hacía solo unos minutos.)

La ovación fue atronadora cuando el combate terminó y san Jorge, plantando un pie en la cabeza del dragón, alzó la espada.

–¡Otra vez! –gritó una voz–. ¡Hazlo otra vez! *Encore!*

–*Encore! Encore!* –empezó a gritar todo el mundo, aplaudiendo enloquecidamente.

Pero el dragón se había cansado.

–No, gracias –dijo el dragón, poniéndose de pie entre pliegues de tela verde (que a Caroline le pareció igualita que las cortinas de la habitación de invitados)–. Otra vez no –dijo el dragón con firmeza–. Son ustedes muy amables por haberlo disfrutado tanto, pero con una vez es suficiente. James, es decir, san Jorge, se ha dejado llevar un poco por el entusiasmo. Es lo que les suele pasar a los aficionados cuando actúan en público...

El dragón siguió hablando, pero sus palabras se perdieron en el estallido de risa del público y en sus peticiones de que salieran el autor, el director y los actores.

Los Dering esperaban que los invitados empezaran a irse al terminar el espectáculo, pero nadie hizo el menor amago hasta mucho después de medianoche, y eran casi las dos cuando el último se despidió.

–¡Ha sido un éxito rotundo! –dijo Harriet, desplomándose en un sillón–. Simplemente tremendo... y estoy completamente agotada.

–Bueno, podemos terminar la bebida –dijo James.

La terminaron sentados entre los desechos de la fiesta, hablando de todo lo que había pasado.

XXVII



El día de Navidad amaneció húmedo y bochornoso, como sucede muchas veces, pero, aunque el tiempo no era de la variedad nieve y petirrojo, en Villa Vitoria todo resultaba tan navideño como era de desear. Después del desayuno se abrieron los paquetes y el salón no tardó en convertirse en una alegre confusión de sillas llenas de regalos y suelo repleto de papeles y cajas de todos los tamaños y colores. Harriet siempre era generosa, y este año se había dejado llevar. Había regalado chaquetas de punto, medias de seda y jerséis... Parecía mentira que los cupones le cundieran tanto. Bobbie estaba segura de que era imposible comprar tantas cosas y acusaba a su tía de tener una provisión secreta e inagotable de cupones; pero su tía se limitaba a sonreír y no soltaba prenda. James también fue generoso. Había llegado el equipaje que había mandado por barco, de donde salieron magníficos pareos de seda, pendientes de jade, curiosas figuritas de marfil y cuadros hechos con alas de mariposa. La «ceremonia de apertura» estaba en pleno apogeo y todo el mundo hablaba a la vez cuando se abrió la puerta y entró Robert cargado de paquetes, como Papá Noel, paquetes para todos, sin olvidar a Comfort. En el aparador había un montón de regalos para él y le invitaron a quedarse y abrirlos.

Robert venía a dar sus regalos y también a invitar a todos a comer con él en el Gallo y Zorro. La señora Herbert estaba preparando un banquete muy completo, les dijo, y se llevaría una decepción enorme si no iba nadie a comérselo. Como era de esperar, aceptaron y Caroline dispuso lo necesario para celebrar la Navidad en casa por la noche. Robert vendría también y jugarían a algo. Concretado el plan, se prepararon para ir a la iglesia y bajaron la cuenta todos juntos.

A Caroline le encantaba la vieja iglesia. Era antigua y muy bonita, la conocía muy bien y su ambiente le resultaba confortable y acogedor... y hoy, más acogedor que nunca. Estaba adornada con acebo y flores blancas; no hacía frío y estaba muy iluminada; la cara de los fieles reflejaba paz y felicidad, porque era la mañana del día de Navidad y todos habían dado y recibido regalos de buena

voluntad. Tal vez sea mejor dar que recibir, pero lo mejor es dar y recibir a la vez, con alegría, con espíritu navideño. Ella había hecho las dos cosas; estaba en paz y llena de gratitud porque su hijo había vuelto sano y salvo. James estaba a su lado en el banco, le rozaba el hombro con la manga de la chaqueta... «Dios ha sido bueno conmigo», pensó. Lo demás carecía de importancia, en comparación con tener a su hijo a salvo, así que podía quitárselo de la cabeza. Se lo quitaría y se alegraría y daría gracias, como tenía que ser.

Sobre todo daría gracias. Si dos meses antes hubiera sabido que James estaría con ella el día de Navidad, habría dicho que no deseaba nada más, habría alcanzado la felicidad suma. Pero ahora, su díscolo corazón quería algo más... ¡cuánta ingratitud, Señor!

Los pastores cuidaban sus rebaños en la noche
sentados en el suelo;
apareció entonces un ángel del Señor
derramando gloria en derredor.

James la miró y sonrió, porque éste era su himno preferido, y, al sonreírle ella también, desapareció el último vestigio de infelicidad que le quedaba. «Soy feliz –se dijo–. Estoy sinceramente agradecida. No deseo nada más.»

Robert Shepperton había invitado a sir Michael y a Rhoda a comer con ellos, así que fueron ocho los comensales en el banquete navideño de la señora Herbert. Cada cual se sentó donde quiso, sin distribución previa de los asientos, lo cual fue poco oportuno en opinión de Caroline, que se quedó entre el anfitrión y Rhoda.

–Señora Dering, ¡tenemos que ajustar cuentas! –exclamó Rhoda–. No he tenido tiempo de ajustarlas hasta ahora. Quiero saber por qué no estaba en casa el día que fui a verla, y quiero saber por qué motivo va usted a la ciudad y no me lo dice. Le había dicho que haría una fiesta en su honor.

–Tú lo has dicho –dijo Caroline, aceptando el reto–. Si no me hubieras amenazado con celebrar una fiesta, puede que te hubiera avisado.

–Mis fiestas son estupendas...

–Son orgías –dijo Caroline, muy seria–. La señora Meldrum dice que son orgías; por lo tanto, seguro que lo son.

–Usted siempre le da la razón a la señora Meldrum, ¿verdad?

–Hum... bueno... –dijo Caroline.

Y las dos se echaron a reír.

Robert miró a Caroline varias veces, pero ella seguía de broma con Rhoda, así que lo único que veía era un rizo castaño claro que salía por debajo del sombrero y una orejita muy bonita con una perla en el lóbulo. La perla le atravesaba el lóbulo, no era un pendiente de pinza, como casi todos últimamente. Robert ya se había fijado antes en ese detalle, fue una de las primeras cosas que advirtió de Caroline. «Si no tuviera agujeros, no llevaría pendientes de ninguna clase –pensó Robert, mientras comía pavo–; los de pinza son artificiales... Bueno, claro, todos los pendientes son artificiales, pero los de tornillo o pinza son ridículos; y la ropa debería ser sencilla, no recargada de adornos, puntillas y botones que no se abotonan en ojales como Dios manda. Es lo mismo: botones que no se abotonan y pendientes que no atraviesan la oreja: son falsificaciones, por eso Caroline no los lleva.»

Tuvo todo el tiempo del mundo para desarrollar el tema, porque Leda estaba a su izquierda. Leda no apreciaba a Robert, y hoy tenía menos motivos que nunca para hacerle caso. Al otro lado tenía a sir Michael, que le estaba contando todo lo que sabía de Derek y, como es natural, el tema le interesaba muchísimo. Rhoda había ido a verlo el día anterior y lo había encontrado muy cómodo y animado, y sumamente bien cuidado, con una enfermera a su servicio. Seguía en casa de los Bright, pero esperaban poder trasladarlo pronto.

–Quiero que lo trasladen –declaró sir Michael–. Los Bright han sido muy amables, pero no podemos abusar de su hospitalidad. Rhoda está de acuerdo, cree que habría que trasladarlo cuanto antes, así que he escrito al médico y le he preguntado si podemos traerlo a casa en ambulancia.

–¡Cuánto me gustaría verlo! –exclamó Leda.

–Ya lo sé –dijo sir Michael–. Es lógico, y a mí también, no lo dudes... pero es difícil, estando en casa de los Bright. Ése es uno de los motivos por los que hay que trasladarlo. Lo traeremos a casa, Leda. Se lo he comunicado al médico.

Leda sonrió. Empezó a pensar que el accidente de Derek no era una tragedia tan grande como le había parecido, porque, si Derek

volvía y se instalaba en la Casa Ash, podría ir a verlo a diario; le llevaría libros y hablaría con él... Puede que hasta le permitieran ayudar a la enfermera a cuidarlo. Le pareció que sir Michael iba entrando en razón. Tal vez hasta pudieran convencerlo de que les diera permiso para casarse pronto.

Pensando en eso, Leda derrochó encanto con sir Michael. Se propuso darle conversación y no miró ni una sola vez a su otro vecino.

Harriet sonrió a Robert varias veces, pero la mesa era grande y redonda y ella estaba enfrente, entre su sobrino y su sobrina menor, así que no podía hacer nada para dar conversación a su anfitrión... Robert se habría dado de bofetones por la mala distribución de la mesa, naturalmente, tenía que haberlo planeado todo de antemano.

XXVIII



Cuando terminó el banquete de Navidad y todos habían comido cuanto habían querido, decidieron ir paseando a Villa Vitoria a ver los regalos. Robert ya los había visto, así que, en vez de entrar con todo el grupo, siguió andando. Estaba muy desanimado –parecía que todo se le torcía–, y el hecho innegable de haber comido demasiado empeoraba las cosas. Y ¡todo por no tener con quién hablar en ningún momento! No estaba acostumbrado a tanta llenazón: había pasado muchos años con una dieta muy escasa, así que no estaba preparado para la idea que tenía la señora Herbert de un banquete navideño.

Fue hasta el pozo romano –que, aunque no era romano, era un sitio agradable– y allí se encontró con Peter Podbury y Ted Mumper. La amistad que había empezado con villancicos y trampas para conejos había madurado mucho y los chicos se alegraron de ver al señor Shepperton. Pero el señor Shepperton no estaba tan cordial como de costumbre: estaba molesto con Peter. Había llegado a su conocimiento que habían vuelto a mover las agujas del reloj del Ayuntamiento, aunque, por suerte, esta vez el conductor del autobús de Wandlebury no había caído en la trampa.

–Creía que ibas a pasar página, Peter –le reprochó el señor Shepperton–. Lo habías prometido ¿o no? Dijiste que si te enseñaba a colocar trampas dejarías de hacer esas idioteces... Y ésta ha sido más idiota de lo normal. Tenías que saber que no podrías engañar a todos dos veces.

La decepción de Robert por que Peter hubiera hecho esa tontería y hubiera roto la promesa resultaba curiosa, pero era completamente sincera.

–No fuimos nosotros –dijo Peter.

–Nosotros no lo hicimos –dijo Ted.

–Pero ¡lo hicisteis una vez!

–Precisamente –replicó Peter lacónicamente.

–¡Precisamente! –repitió el señor Shepperton con incredulidad–. ¿Qué significa eso?

–A Peter no le gusta repetir las bromas –le explicó Ted.

–Pues, vaya –dijo Peter–. Porque es un aburrimiento... y una bobada. Hacer las cosas una vez es divertido, pero ya está. Seguir haciendo lo mismo no tiene ninguna gracia.

El señor Shepperton asimiló la información. Le pareció interesante.

–Lo siento –dijo–. Me precipité al pensar que Ted y tú habíais faltado a la promesa.

–No pasa nada –dijo Peter–. Todo el mundo cree que hemos sido nosotros, pero nos da igual; sabemos quién fue, ¿a que sí, Ted?

–Díselo –lo animó Ted, dando a su amigo con la mano en las costillas–. Díselo... Ya sabes a qué me refiero, Peter.

–Queremos que nos enseñe a navegar –dijo Peter obedientemente.

–¡A navegar!

–Es que queremos ser marineros, ¿sabe?

–Es verdad –dijo Ted–. Se lo hemos dicho a nuestros padres y ellos han mirado lo que se podía hacer. Podemos ir a un barco que se llama The Conway... cuando seamos un poco más mayores... Pero Peter y yo hemos pensado que estaría muy bien empezar a aprender algo enseguida.

–Nos enseñará algo, ¿verdad señor Shepperton? –insistió Peter.

A Robert le hizo gracia la confianza que tenían los chicos en sus conocimientos, y también le halagó. Si hubieran querido aprender persa habrían acudido a él con la misma confianza, convencidos de que podría ayudarlos... Afortunadamente, no iba a desilusionarlos porque, de joven, había aprendido a llevar un yate y era aficionado al arte de la navegación desde siempre; sabía lo suficiente para iniciarlos en el buen camino.

–Así que queréis ser marineros, ¿eh? –dijo.

–Es muy buena idea, ¿no le parece, señor Shepperton?

El señor Shepperton dijo que le parecía una idea excelente. Los Podbury eran gente de quedarse en casa por tradición, pero Peter era diferente de los otros miembros de la familia –Ashbridge se le quedaba pequeño–, tenía mucha iniciativa y recursos, era aventurero por naturaleza... Tal vez hubiera heredado algo de algún Podbury bucanero, hoy muerto y olvidado, que hubiera navegado por el mar del Caribe. Fuera éste el caso o no, Robert Shepperton

estaba seguro de que la disciplina, la rutina y el orden de la Escuela Naval eran exactamente lo que necesitaba maese Peter Podbury... Y allá donde fuera él, Ted lo seguiría ciegamente. Entretanto, no les haría ningún daño contar con un poco de instrucción en asuntos del mar, y dársela sería divertido... y útil.

–Nos ayudará, ¿verdad que sí? –insistió Peter por enésima vez.

–De acuerdo, pero no podréis desertar.

–¡No, no desertaremos por nada! –exclamó Peter con gran alegría.

Cuando dejó a los chicos, Robert Shepperton reanudó el paseo interrumpido mucho más animado que antes, porque les había dado una alegría y tenía intención de darles más. No estaba acostumbrado a hacer las cosas a medias, y los chicos tenían madera. Hablaría con sus padres y vería lo que podía hacer para ayudarles a preparar su futuro, para iniciarlos en una carrera... Tomar a ese par de diablillos bajo su tutela y hacer planes para ellos compensaría un poco la pérdida de Philip.

Pensando en los planes para sus nuevos pupilos, Robert no se dio cuenta de hacia dónde le llevaban los pies. Estaba cruzando un campo por un sendero irregular y, al cabo de un rato, se encontró a la puerta de una casa, cuidada y recién pintada; en el pequeño jardín había una hilera de colmenas y detrás se adivinaba un cobertizo. Había unas gallinas picoteando en un espacio cerrado con tela de alambre: eran gallinas rojas de Rhode Island, como las de Caroline. Robert se quedó mirando la casita y le pareció un sitio adorable; no sabía quién vivía allí ni si serían personas felices. La felicidad era una cosa rara, pensó. Dependía de muchos factores.

Estaba a punto de seguir andando cuando salió una chica joven a la puerta con un niño en brazos. La casita estaba aislada y sería casi una grosería no saludar a una congénere el día de Navidad, así que la saludó con la mano y le deseó buenas tardes.

La joven respondió de buena gana y bajó por el camino hacia él.

–Feliz Navidad –le dijo–. Es una lástima que no haya nevado, ¿no le parece?

–Sí –dijo Robert, pero con poca convicción, porque la nieve no le gustaba mucho y le parecía que, para quien viviera allí, tan lejos de

las comodidades de la civilización, sería un estorbo, más que un placer.

–No hacía falta una gran nevada, claro –dijo la joven–, solo unos cuantos copos, como en las tarjetas de Navidad. Sería más navideño, ¿no cree?

Era una joven bonita, pero Robert advirtió «algo delicado» en ella, y el niño era diminuto: el pedacito de humanidad más pequeño que había visto en su vida.

–El pequeño parece muy jovencito –le dijo.

–Es que lo es –dijo ella–, pero es una niña. Es tan joven que no tendría que haber nacido todavía, o casi, pero está creciendo muy bien. Todavía no es guapa –siguió diciendo la madre, aunque en su fuero interno pensaba que era preciosa, pero había descubierto que no todo el mundo opinaba lo mismo–. No es guapa, pero es buena y se porta muy bien. Vamos a bautizarla dentro de poco.

–Y ¿ya sabe el nombre que va a ponerle? –preguntó Robert.

–Caroline –dijo la joven, mirando la carita de su hija con la suya iluminada–. Es el nombre más precioso que conozco.

–Es un nombre muy bonito.

–Es que –dijo Sue, mirando a Robert con su confiada actitud–, es que la señora Dering será la madrina... Si no hubiera sido por ella, la niña no estaría aquí... Por eso Jim y yo queremos que se llame Caroline.

–Comprendo –dijo Robert.

No era cierto, naturalmente, porque no sabía quién era la joven ni lo que quería decir con esas palabras. En ese aspecto, Sue le llevaba ventaja; como es lógico, ella sí sabía quién era él, porque, a pesar de vivir en aquel sitio aislado, no estaba, ni mucho menos, aislada de su familia, y raro era el día en que no aparecía por allí algún Podbury –joven o viejo, hombre o mujer– que le contara todas las habladurías que corrían por el pueblo. Cuando su tío Amos iba a buscar grava, siempre pasaba por la casita a tomar una taza de té y, si no era él, era Tom, Violet o el pequeño Amos, o bien su madre, que subía esforzadamente por el monte para ir a ver a la niñita. Sus primos y tías se acercaban a su casa en cuanto tenían una hora libre, porque ir hasta allí era un paseo agradable y sabían que serían bien recibidos.

–No hay nadie como la señora Dering –continuó Sue–. Es lo que pensamos Jim y yo. No hay nadie en el mundo entero como la señora Dering.

–Sí –dijo Robert–. Es... es muy... Esto...

–Es una santa –dijo Sue con total seriedad–. No me refiero a lo que quiere decir la gente cuando dice que alguien es un santo; quiero decir como san Francisco y santa Catalina, que hacían milagros en la antigüedad.

Dejó de hablar inmediatamente: sabía que era muy charlatana y, si no tenías con quién hablar en todo el día, en cuanto te encontrabas con alguien dispuesto a escuchar, como este señor Shepperton, se te disparaba la lengua y de pronto te dabas cuenta de que estabas hablando de más. Sue había decidido no contar a nadie aquello tan extraño y maravilloso que había pasado... a nadie en todo el mundo, ni a Jim, ni a su madre; no, a nadie. Era un secreto entre la señora Dering y ella, un secreto tan extraordinario que ni siquiera lo habían hablado entre ellas. Jamás lo olvidaría, desde luego; aunque viviera cien años, recordaría la maravillosa corriente de paz y curación que le había entrado en el cuerpo por la mano de la señora Dering, y recordaría su voz cuando le dijo: «Quererte. Cierra los ojos, Sue».

–¿Milagros? –pregunto Robert Shepperton, sorprendido.

–En la iglesia hay una imagen de san Francisco –le dijo Sue.

Robert la había visto. Era una vidriera preciosa del siglo xvii, y le gustaba tanto que se había cambiado de banco para poder verla con solo levantar la mirada... Pero la cuestión no era ésa, y la joven lo sabía tan bien como él. Se hacía la tonta a propósito (era la defensa a la que tenían derecho los campesinos por costumbre), pero no tenía de qué preocuparse, porque lo último que se le ocurriría a Robert era meterse en asuntos que no le incumbían. Dio un poco de dinero a la joven para que comprara un regalo a la pequeña Caroline y reanudó el paseo; pero apenas se había alejado unos pasos cuando la oyó correr tras él.

–Tal vez le apetezca asistir al bautizo –le dijo, jadeando–. Del domingo en siete días, a las dos de la tarde.

A Robert le sorprendió la invitación y le llegó al alma. No es que fuera aficionado a los bautismos (la verdad es que solo había

asistido al de Philip, sin contar el suyo propio seguramente), pero comprendió que la joven le ofrecía lo único que tenía y aceptó con mucho gusto.

XXIX



Caroline barría hojas afanosamente en el jardín cuando vio detenerse en la cancela el Rolls del almirante. No le extrañó, porque últimamente sir Michael se dejaba caer a menudo por su casa, y se alegró, porque había empezado a tomarle mucho aprecio. El hombretón tenía algo de simple e infantil; era sincero, considerado y directo. Lo saludó moviendo la escoba en el aire y fue a su encuentro.

–Ha ocurrido una cosa –dijo, al llegar a la cancela.

–¡Por Dios! ¡No... no será Derek!

–Sí, vengo de verlo ahora mismo, pero no me ha hecho ninguna ilusión... ¡He malgastado la gasolina, nada más!

–¡Ha ido a Oxford! –exclamó Caroline, que acaba de darse de cuenta de que Derek no había sufrido una recaída ni estaba muerto ni agonizando.

–Era lo único que podía hacer –contestó él.

Caroline esperó a que le dijera algo más, pero no fue así. Sir Michael estaba cansado y preocupado, no parecía él y... insólito en él, se quedó mirando al suelo como si no quisiera encontrarse con los ojos de Caroline.

–No sé cómo decírselo –dijo al fin–. La cuestión es... No, mejor le enseño la carta. –La buscó en todos los bolsillos–. Llegó esta mañana –dijo–. Es de Bright, y lo único que podía hacer era ir directamente a ver a Derek; pero, para lo que ha servido, podía haberme quedado en casa tranquilamente. Léala –le dijo, y se la dio–. ¿Dónde tiene las gafas?

–No las necesito –dijo Caroline.

Cogió la carta y, cuando estaba a punto de abrirla, sir Michael se la quitó de la mano.

–No –dijo–. Espere un momento, Caroline.

–¡Me está asustando!

–Ya... Es inevitable. Vamos dentro, ¿le parece?

Fueron al salón y Caroline se sentó. Había dicho que la estaba asustando y era cierto; pero no le extrañaba, la verdad.

–Supongo que Derek quiere renunciar al compromiso –dijo.

–¿Cómo lo sabe?

–Lo sé, simplemente.

–Eso sería malo, pero esto es peor –dijo sir Michael, y le dio la carta por segunda vez.

Caroline la abrió. Estaba escrita a máquina, en grueso papel blanco hecho a mano, con barbas en los bordes, y, a pesar de la ansiedad y el disgusto, pensó que, curiosamente, la letra de máquina y el papel hecho a mano no se llevaban nada bien:

Bendersleigh Manor, cerca de Oxford

Apreciado sir Michael Ware:

Ha llegado a mi conocimiento que está usted haciendo los preparativos para trasladar a Derek de mi residencia, pero no es necesario, pues estamos encantados de tenerlo con nosotros indefinidamente. Él no desea ser trasladado, pues aquí cuenta con la mejor atención que se puede pagar con dinero y progresa favorablemente. Lo cierto es que mi hija Valerie y su hijo se han tomado mucho cariño y la señora Bright y yo les hemos dado permiso para que se prometan. A falta de hijos varones, tengo intención de que Derek entre en mi negocio y se prepare para un puesto de ejecutivo. Le aseguro que es una gran oportunidad para un joven y no será necesario que usted le preste asistencia económica. Bright Ltd. le ofrece mejores perspectivas que las de la abogacía y Derek me ha pedido que le escriba para informarle del cambio de planes para su futuro bienestar.

Sinceramente,
suyo afectísimo,

Nathaniel Bright

La primera vez, Caroline no podía creer lo que leía, así que lo volvió a leer. Era una carta extraordinaria, una mezcla horrible de jerga comercial y vulgaridad... y tan engreída y soberbia, tan cruel... ¿Cómo podía un padre escribir a otro en semejante tono?

Sir Michael estaba en la ventana, mirando afuera.

–No habría consentido que pasara esto por nada del mundo –dijo con voz ronca–. Sabía que Derek era débil, pero jamás me imaginé que fuera tan sinvergüenza. ¿Qué habría dicho Alice? Usted la conocía, ¡era tan honrada!

–Sí –dijo Caroline–. Sí, era...

–Al principio no podía creérmelo –continuó sir Michael–, pensaba que tenía que ser un malentendido... un error, por eso cogí el coche y fui a ver a Derek. Le dije francamente lo que opinaba de él, pero él fingió que no se lo esperaba y dijo que comprendía que no me pareciera bien que se comprometiera con Leda y que no le hubiera dado mi consentimiento, así que consideraba que no existía compromiso entre ellos. También me dijo que, puesto que mi

principal objeción era el dinero, ya no volvería a necesitar que le diera nada y que creía que eso me complacería. Lo dijo de una manera como si me pesara darle la asignación mensual. Eso no es cierto, ni por un momento; es mi único hijo y tiene derecho a ese dinero. Naturalmente, le había comunicado mi intención de vender la granja de Betterlands para ayudarle a empezar. Se lo dije porque me pareció que tenía que saberlo. Heredará las tierras cuando yo muera pero, si vamos vendiendo poco a poco las mejores granjas, no quedará gran cosa. Se lo expliqué porque creía que así se esforzaría más y aprendería a ahorrar un poco, no porque no quisiera dárselo. También se lo dije a usted –añadió–. A usted no le pareció que lo hiciera a mi pesar, ¿verdad?

–No –dijo Caroline–, a mí me pareció muy generoso por su parte, sir Michael.

El hombre paseaba de un lado a otro.

–El caso es que me echa las culpas a mí. Me echa las culpas por Leda y por el dinero. ¡Yo lo hice mal y él es el inocente perjudicado! Y que eso me complacería... ¡Me complacería, fíjese usted! Dijo que no tenía por qué vender Betterlands... y no venderé esas tierras – declaró sir Michael–. Son de la familia desde que el mundo es mundo. Escribiré a Stobbs para que anule la operación...

Caroline dejó que siguiera desahogándose. Estaba disgustadísimo y le vendría bien sacarse todos los males del pecho; en casa no tenía con quién hablar. Oía a medias lo que decía, estaba pensando en Leda, preguntándose cómo se lo tomaría.

–Pero todo eso da igual –dijo sir Michael, deteniéndose de pronto en la alfombrilla de la chimenea y mirando el fuego–. Todo eso es meramente accidental. En quien tenemos que pensar es en Leda. No sé qué hacer... ni qué decir. Así se lo dije a él, le dije: «Y Leda, ¿qué? Parece que te olvidas de ella». Y me dijo que a Leda le daría igual. Por lo visto habían hablado del asunto, de que Derek dejara los estudios y se iniciara inmediatamente en los negocios, y Leda no estaba de acuerdo. ¿Lo sabía usted?

–No –dijo Caroline–. Leda no me cuenta casi nada, me temo.

–Bueno, pues lo hablaron –dijo sir Michael–. Lo hablaron... y, naturalmente, Leda tenía razón. Derek tendría que sacarse el título. Parece que la muchacha tiene algo de sentido común. Derek no

tiene ni pizca. Dice que ella estaba muy segura de que tenía que seguir estudiando Derecho. ¿Qué le parece todo esto, Caroline?

Caroline vaciló un momento y dijo:

–Sinceramente, no me parece gran cosa. Me temo que Leda se llevará un disgusto tremendo.

–¡Es aborrecible! –declaró–. No creo que se pueda considerar que ella rompiera el compromiso, ¿no le parece?

–No, no creo.

–No, seguro que no... ¡Qué bobadas se me ocurren! Pero es que... Bueno, pensé que a lo mejor así salvaba un poco el orgullo. Es terrible para una muchacha... Caroline, no sabe cuantísimo lamento todo esto.

–No es culpa suya.

–He hecho todo lo que he podido. Si mi hijo hubiera estado bien de salud le habría dicho muchas cosas más, pero entró la enfermera y me pidió que me fuera... que le estaba subiendo la temperatura o no sé qué.

–No es culpa suya –repitió Caroline–. Usted me lo advirtió, ¿se acuerda?

–No me parecía bien, la verdad –reconoció sir Michael–, pero esperaba que todo cambiara cuando las cosas quedaran claras, bien definidas y asentadas. Derek no tiene paciencia, ahí está la cuestión. Cuando quiere algo, tiene que ser inmediatamente... No sabe esperar, todo lo contrario que Rhoda. Cuando eran pequeños pasaba lo mismo, Derek siempre tenía mucha prisa por conseguir lo que quería... y después, enseguida se cansaba... Pero de esto no va a salir tan rápidamente –dijo sir Michael con una amarga sonrisa–. Ahora está atrapado, para bien o para mal. Eso lo vi con toda claridad. Los Bright se lo han metido en el bolsillo en cuerpo y alma.

Caroline asintió.

–Se lo han metido en el bolsillo en cuerpo y alma –repitió sir Michael–. Lo tienen entre algodones, mimado y consentido, rodeado de flores de invernadero y papel pintado. Está prisionero en una jaula dorada. No sé cuánto tardará en ver los barrotes.

Hubo un breve silencio.

–En fin, ésta es la situación –suspiró sir Michael–. Creo que he perdido a mi hijo. Supongo que la culpa es mía, tenía que haber llevado mejor todas las cosas... No la entretengo más, Caroline.

La mujer se levantó y lo acompañó a la puerta.

–Caroline –le rogó–, si hay algo que pueda hacer, no dudará en decírmelo, ¿verdad? Me alegraría mucho poder hacer algo.

–Sí, no se preocupe –dijo Caroline. Vaciló un momento y después añadió–: Venga a vernos siempre que le apetezca, sir Michael.

–¿Sin rencor? –le preguntó, cogiéndole la mano.

–Con usted, sin ningún rencor –contestó ella, intentando sonreírle–, pero me temo que no puedo decir lo mismo de Derek.

–No, claro... no se lo reprocho.

Caroline se quedó unos minutos en la puerta después de despedirle.

XXX

Caroline decidió que tenía que contárselo a Leda antes que a los demás miembros de la familia, y eso significaba esperar a que volviera de Wandlebury. Subió a su dormitorio y se sentó junto a la ventana a poner en orden los pensamientos, o a intentarlo al menos, y buscar la manera más suave de decírselo. Al poco tiempo llamaron a la puerta y entró James.

–¿Qué quería el almirante? –preguntó–. He visto el coche. Me pareció que teníais una conversación tremenda, así que no quise interrumpir.

Caroline no sabía qué hacer.

–Supongo que ha pasado algo malo –dijo James, mirándola.

Era inútil querer esconder algo a James. Se conocían los dos muy bien, se entendían muy bien... Por otra parte, tampoco iba a contarle una mentira.

–Algo malísimo –dijo Caroline, abatida–. No sé cómo se lo voy a decir a Leda.

–Derek, seguro –dijo James.

–Sí, Derek. Se ha prometido a otra chica... a esa tal señorita Bright.

–¿Se ha prometido? –exclamó James, perplejo.

Caroline le pasó la carta y él la leyó de pie, junto a la ventana. Vio que la leía dos veces, igual que ella, antes de doblarla y guardarla de nuevo en el sobre.

–Es increíble –dijo James–. Es lo más canallesco que he visto en mi vida. Tenía la sensación de que pasaba algo raro. Derek estaba raro, no sé. Por ejemplo, en la fiesta en la Casa Ash; no estaba muy... No hacía mucho caso a Leda... o eso me pareció. Pero esto pasa de castaño oscuro. ¡Esto es el colmo!

–Sir Michael dice que se lo han metido en el bolsillo.

–Eso parece, se ve claramente en la carta.

–Es débil.

–Más que el agua, pero eso no es excusa. ¡Derek! –exclamó James, incrédulo–. ¡Derek...! Siempre he sabido cómo eras, Derek!

–Sí –dijo Caroline. Ambos habían sabido siempre cómo era.

–Es asombroso –dijo James–. A veces cometemos errores... a veces es inevitable, pero al menos podía haberse portado como un hombre y decírselo a Leda personalmente. Esto es una canallada y una cobardía.

Caroline veía que era una cobardía. Más o menos, veía cómo había sucedido todo, porque tenía el don –que muchas veces se parece más a una maldición– de comprender el punto de vista del otro, de ponerse en su lugar. Derek no quería continuar los estudios (tal vez le aburrieran o quizá supiera que iba a fracasar en los exámenes) y Leda no lo había entendido... Nadie lo había entendido. Era un joven demasiado cobarde y vanidoso para confesarlo todo y cargar con la responsabilidad de sus errores; se habría visto atrapado y los Bright le habrían procurado una solución fácil y agradable para sus problemas.

James paseaba de un lado a otro de la habitación.

–Es un villano –dijo James.

–Sí –dijo Caroline. Era una palabra antigua, pasada de moda, pero venía al caso.

–¿Qué hacemos, madre?

–¿Qué podemos hacer?

–No –dijo él, pensando–. No, nada... pero, es como si tuviera que hacer algo... Ir a buscarlo y azotarlo o algo así.

Estaba tan enardecido, con el pelo revuelto y echando fuego por los ojos, que a Caroline casi le dio la risa.

–Eso ya no se lleva, me temo –dijo al fin.

–Es una lástima, porque me gustaría hacerlo, ¿sabes?

–Naciste cien años tarde para usar el látigo, James.

–No sé ni cómo es un látigo –admitió–, pero parece un arma muy útil. Debía de ser estupendo poder ir detrás de un tipo y azotarlo sin que te llevaran a la cárcel. Bueno, no te preocupes.

–No –suspiró Caroline.

–Quiero decir que más vale que se haya deshecho de él.

–Eso sí. Estate pendiente, James, y en cuanto llegue dile que suba aquí.

James asintió.

–No te arriando la ganancia, madre. Le va a sentar como un tiro –dijo James.

Y le sentó como un tiro. Al principio no quería creer que Derek quisiera romper el compromiso (así se lo había planteado Caroline). Dijo que alguien quería jugarle una mala pasada, que conocía a Derek, que sabía que la quería y que quería casarse con ella porque lo había dicho muchas veces. Que no era más que una confabulación para separarla de él porque nadie quería que se casaran... Pero la confabulación no triunfaría: iría a ver a Derek personalmente para aclararlo todo. Se preguntaba por qué iba a cambiar de opinión tan de repente.

Caroline le habló de Valerie Bright.

–¡La chica esa! –exclamó Leda burlonamente–. ¡La chica esa de los dientes que sale en todos los anuncios! Derek ni la miraría.

Fue necesario enseñarle la carta para que se convenciera de la verdad. Caroline no pensaba enseñársela, era osada y cruel, e hiriente, pero no le quedó más remedio. La carta la convenció, naturalmente... Se puso blanca al leerla, con una expresión rígida y dura.

–¡Leda, querida! –dijo Caroline–. Lo siento muchísimo... muchísimo. ¡Esto es horrible para ti!

Al recordar la conversación, cuando Leda se fue, Caroline comprendió que no había conseguido acercarse a su hija. Intentó consolarla, pero se equivocaba cada vez que abría la boca; le tendió los brazos, pero Leda no fue a refugiarse en ellos, se quedó en el centro de la habitación, sin llorar, desafiante.

–¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Qué he hecho? –exclamaba.

Imposible encontrar respuesta a esas preguntas, o eso le parecía a Caroline.

Leda había vivido protegida, nunca había tenido que poner a prueba su resistencia al sufrimiento porque nunca le había sucedido nada grave. Era arrogante (el orgullo era la piedra angular de su manera de ser), y este golpe la había herido en su parte más vital. Era desgraciada –por culpa de Derek–, no podría levantar cabeza nunca más. No podría salir y encontrarse con la gente nunca más. Sabría que la gente la miraría y la señalaría burlonamente con el dedo. Algunos se alegrarían, sentirían ese extraño placer anticristiano que da el regodearse en las desgracias ajenas.

Caroline intentó razonar con ella y hacerle comprender que era Derek quien había obrado mal; con su proceder, se había crucificado él solo, no a Leda. «La gente lo sentirá», le decía Caroline.

–¡No quiero compasión! –exclamó ella–. ¡No quiero comprensión! Esto solo podía pasarme a mí, claro... Las demás no tienen que soportar cosas tan horribles. ¿Por qué tengo que soportarlo yo? Odio a Derek... ¡Lo odio! Espero que sea un desgraciado toda su vida.

Tal vez fuera una reacción normal, pero a Caroline le escandalizó porque no era una simple exclamación de disgusto. Leda lo decía en serio... y el odio es algo terrible, que hace mucho más daño al que odia que al objeto de odio.

–¡Leda, Leda, no tienes que odiarlo! –exclamó Caroline, intentando ablandar el corazón a su hija, intentando convencerla de que aceptara su aflicción con otro ánimo, pero era como hablarle a una pared.

–¡Eso! ¡Defiéndelo! –dijo Leda al fin.

–¡No lo defiendo! –exclamó Caroline–. Creo que ha hecho una cosa abominable, pero...

Leda se volvió para irse y, al llegar a la puerta, se paró y dijo:

–No lo entiendes... y, además, toda la culpa la tienes tú; si te hubieras portado bien con todo esto, habría salido bien.

–¡Ay, Leda! –exclamó Caroline, destrozada–. Leda, espera...

Pero Leda se fue. Se encerró en su habitación para que nadie fuera a consolarla.

Caroline había fracasado estrepitosamente. Se puso a pensar en lo que podía haber dicho o hecho. Era cierto que no entendía a Leda, pero no sería por no intentarlo. Leda había dicho: «¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?» y poco después exclamaba: «Esto solo podía pasarme a mí, claro». Es normal que, en pleno disgusto, uno diga cosas así, que en realidad no significan nada, pero Caroline sabía que, en el caso de Leda, no era una simple expresión de aflicción, sino que estaba irremediablemente convencida. Arnold repetía esas mismas palabras una y otra vez, siempre que algo salía mal (a él siempre le salía todo mal) y Caroline nunca había llegado a entender su significado. Sencillamente, no comprendía por qué

algunos esperaban privilegios especiales de la providencia (que las desgracias cayeran sobre otros, pero no sobre ellos) y sin embargo, al mismo tiempo, estaban convencidos de que la providencia los tenía entre ceja y ceja y los elegía, como a Job, para que soportaran todas las desgracias. En su opinión, ambas ideas eran falsas y además, incompatibles.

«¿Por qué no lo entiendo? –se preguntaba Caroline–. Si al menos entendiera a Leda, tal vez pudiera ayudarla.» Pero jamás la entendería, porque su manera de ser era completamente distinta: Caroline era humilde y Leda, orgullosa.



A la mañana siguiente el desayuno se retrasó. Leda no se presentó ni quiso abrir la puerta cuando se lo llevaron en una bandeja. Caroline se la dejó en una mesilla, fuera de la habitación, y se fue muy entristecida.

–Esto parece un funeral –dijo Harriet, que estaba comiendo gachas de avena.

–¿A qué te refieres, Harriet?

–No se ha muerto nadie. No ha pasado nada grave.

–¿Que no ha pasado nada grave? –repitió Caroline, perpleja.

–No, nada –se reafirmó Harriet–. Estas cosas suceden todos los días y la vida sigue; la gente sigue trabajando en lo suyo, comiendo a sus horas y haciendo vida normal.

–Pero, la pobre Leda...

–¡Sandeces! –exclamó Harriet sin ninguna elegancia–. Hay muchos peces en el mar, más que los que se han pescado en toda la vida, y Derek no es más que una sardinilla. Sabes perfectamente que ese compromiso nunca te convenció.

–Eso es cierto, sí; pero, de todos modos...

–No deberías fomentar esa clase de reacciones en tu hija –continuó Harriet–. «Qué es lo que justifica lágrimas y lamentos» es un dicho budista, y es cierto. Cuanto más mundo se conoce, mejor se comprende que son muy pocas las cosas que justifican lágrimas y lamentos. Yo no pienso gastar ni uno en este asunto.

–Sí –dijo Caroline, poco convencida–, pero, de todos modos, reconocerás que es de lo peor que le puede pasar a una chica.

–Lo fundamental no es lo que te pase, sino cómo te lo tomes –contestó Harriet con convicción.

Se quedaron un momento en silencio. Caroline pensó en estas palabras y comprendió que encerraban el credo de Harriet. Eran la convicción que gobernaba su vida. Ahora entendía muchas cosas que, en su momento, no había llegado a comprender.

–Yo me he llevado varios disgustos graves –continuó Harriet–. Pásame la mermelada, James... pero soy demasiado orgullosa para meterme en la cama y echarme a llorar. No permito que el mundo

vea mis heridas. Saco la cabeza y me río. Nadie puede reírse de ti si te ríes tú primero; entonces se ríen contigo, que es otra cosa muy distinta. Esto no tiene mayor importancia. Leda tendría que ponerse el sombrero más alegre que tenga e irse al pueblo a pasear... Así es como hay que tomarse las cosas.

–¡Tía Harriet tiene razón! –exclamó James.

Caroline opinaba lo mismo, pero no tenía la menor esperanza de poder convertir a Leda al credo de su tía, y menos a través de una puerta cerrada.

–Si no es capaz de hacer eso, tiene que irse –continuó Harriet–. No es ni la mitad de aconsejable, tanto por su fama en el pueblo como por sí misma. Si se va, dará mucho más que hablar, y algún día tendrá que volver, ¿no? Y no es bueno huir de las cosas, porque se convierte en costumbre. Pero, si no sabe afrontarlo con valentía, más vale que se vaya. Es lo mejor, después de afrontarlo con valentía. Si quiere, puede ir a mi piso.

–Tía Mamie la acogería –apuntó James.

–Tercera opción, de mejor a peor –dijo Harriet pensativamente–. Mamie se desharía con ella y en Mureth se aburriría.

Cuando Caroline subió a hablar con Leda encontró la bandeja del desayuno donde la había dejado, pero se alegró al ver que la comida había desaparecido. Llamó a la puerta pero no recibió respuesta y la puerta seguía cerrada.

–Déjame entrar, Leda, tengo que hablar contigo –dijo Caroline.

–Déjame en paz –contestó una voz ahogada.

–Pero no puedes quedarte ahí indefinidamente. Quiero hablar contigo de los planes –insistió.

–¿Qué planes?

Era absurdo hablar de planes por el ojo de la cerradura y Caroline (cuyo sentido del humor siempre estaba de guardia) le recordó al muro humano de *Sueño de una noche de verano* y a punto estuvo de decirle:

Veo una voz. Ahora voy al agujero
para oírle, si puedo, a Tisbe la cara.¹⁰

Sin embargo, se resistió a la tentación y preguntó si le gustaría irse una temporada a algún sitio.

–Me da igual una cosa que otra –respondió.

–Pero tienes que hacer algo, hija mía –le dijo Caroline–. O sales y afrontas las cosas con valentía o te vas. Tía Harriet dice que, si quieres, puedes ir a su piso.

–Iré a Mureth –dijo Leda–. Me iré mañana por la mañana. Tía Harriet puede llevarme a Wandlebury en el coche.

–¿Mañana? –preguntó Caroline, sorprendida.

–Sí, mañana –repitió Leda con firmeza.

Era la tercera posibilidad de mejor a peor, según Harriet, pero, como Leda no quiso considerar siquiera las otras dos, se decidió que iría a Mureth. Hubo un largo y complicado cruce de telegramas con los Johnstone y así se hicieron los preparativos. Caroline no estaba nada satisfecha con la solución, porque la actitud de Leda seguía siendo dura y desafiante, aunque le permitió entrar en su habitación para que le hiciera el equipaje, pero apenas le dirigió la palabra.

–¿Estás segura de que quieres ir? –le preguntó Caroline–. ¿Estás completamente segura? No es necesario que vayas, si no quieres.

–Te he dicho que quiero ir –contestó Leda.

Caroline suspiró. Le parecía despiadado mandarla fuera de casa de esa manera, como si hubiera caído en desgracia y sin haber llegado a un entendimiento con ella. Quería decirle muchas cosas, pero no se atrevía a abrir la boca. La noche anterior se había equivocado mucho y seguramente volvería a equivocarse, así que era mejor no hablar. Con el tiempo, las heridas de Leda se curarían. Caroline tenía edad suficiente para saberlo y paciencia para esperar.

Hacía una buena mañana. Harriet llevó el coche hasta la cancela y James sacó el equipaje y lo puso en el coche.

Caroline esperaba para despedirse y, cuando Leda salió, la abrazó y la besó con ternura, pero Leda no respondió. Ni apartó a su madre ni le devolvió los besos, se limitó a soportar la despedida.

–¿Seguro que quieres irte? –insistió una vez más.

–Me da igual irme o quedarme... Me da todo igual –contestó Leda.

–¡No te vayas, hija mía! –exclamó Caroline–. Todavía no es tarde...

–¡Qué tonta eres! –dijo Leda fríamente, mientras entraba en el coche.

Caroline sabía que se había portado como una tonta... Tenía la sensación de ser tonta.

–Escríbenos, ¿de acuerdo? –le dijo.

–Sí, claro –contestó Leda, impaciente.

El coche se fue. Caroline tenía los ojos llenos de lágrimas cuando dio media vuelta para entrar en casa.

–Has estado un poco glacial, ¿no? –dijo Harriet a su copiloto–. ¿En qué estabas pensando? ¿Qué te ha hecho tu madre para que la trates así?

–Tiene la culpa de todo –contestó Leda.

–¿De qué todo tiene la culpa?

–De que no nos casáramos, ¿de qué va a ser? Si mi madre y sir Michael no se hubieran cerrado en banda, estaríamos casados...

–¡Estás loca! –exclamó Harriet–. Los hombres que hacen lo que ha hecho Derek son unos sinvergüenzas y me alegro mucho de que te hayas librado de él. ¡Un poco de sentido común, Leda, por favor!

–¡Qué poco comprensiva eres...! –empezó a decir Leda.

–Creía que no querías comprensión –la interrumpió su tía–. Caroline ha sido muy comprensiva, pero tú la has rechazado, así que he pensado que sería mejor darte otro trato.

–¿Por qué no me dejas en paz? Estoy hundida –declaró Leda.

–Ya sé que estás hundida –dijo Harriet–, la pregunta es por qué. Te has librado de Derek, puedes darte con un canto en los dientes.

–Tú no entiendes...

–Entiendo perfectamente –la cortó Harriet–. Te ha herido el orgullo: eso es lo que te pasa. Y ahora presta atención –dijo.

Y, con estas palabras, se soltó y dijo unas cuantas cosas que creía que su sobrina tenía que saber. Leda no habría prestado la menor atención si hubiera podido, pero no tenía escapatoria. No podía salir del coche en marcha e irse a otra parte.

Entretanto, Caroline siguió el consejo de Harriet. Se sonó la nariz con fiereza, se puso el sombrero más bonito y un poco de carmín y se fue al pueblo a hacer la compra.

Poco después de salir de casa la alcanzó James.

–Voy contigo –le dijo, y le cogió la cesta–. No quiero que vayas hasta la otra punta del pueblo a menos que te acompañe yo.

Caroline sonrió porque la cita era muy oportuna; a James y a ella siempre les habían gustado mucho los poemitas de *When We Were Very Young*¹¹, sobre todo el de James Morrison Weatherby George Dupree, que cuidaba a su madre y siempre la acompañaba a hacer la compra.

–De acuerdo –dijo Caroline–. No puedo decir que me moleste ir contigo.

–Sería una gran grosería por tu parte –dijo James, muy serio. Siguieron andando.

–Espero no encontrarme con los Meldrum –dijo Caroline.

–Espero que sí –replicó James–. Tenemos que encontrarnos con ellos antes o después, y cuanto antes, mejor; así se hacen las cosas. Tía Harriet lo sabe muy bien.

–*El dilema de Eve* –dijo Caroline pensativamente.

–Sí; un puñetazo en plena cara, y seguro que no ha sido el primero.

Había mucha gente en el pueblo, como todos los sábados por la mañana, y Caroline tenía la impresión de que todo el mundo sabía lo de Leda y Derek y hablaban de ellos. Hablarían, como era lógico, porque los dos eran muy conocidos en el municipio; su compromiso había sido tema de conversación muchos días y el cambio de planes podría resultar un tema mucho más interesante. La señora Meldrum lo sabía, por descontado. Caroline se la encontró de frente al salir de la oficina de Correos y la buena mujer se sobresaltó como si le hubiera picado una avispa.

–¡Ay! –exclamó–. ¡Ay, Caroline! No esperaba verte esta mañana.

–Es sábado –dijo Caroline, sonriendo–, tenía que venir a hacer la compra, claro está. No voy a dejar que mi familia se muera de hambre solo porque Derek y Leda hayan decidido no casarse, ¿no le parece?

–Entonces... ¡es cierto!

–Sí, sí, completamente cierto –dijo Caroline.

–¡Qué lástima! Estarán ustedes disgustadísimos.

–Es una pena, eso sí –contestó Caroline–, pero no es la mayor desgracia. Estas cosas suceden a menudo... Los jóvenes suelen precipitarse y después se dan cuenta del error.

–Y ¡dicen que Derek va a casarse con Valerie Bright!

–Eso dicen, sí. La verdad es que me lo dijo sir Michael en persona. No sé quién se lo habrá dicho a usted.

–Me lo ha dicho... Es decir... Pues...

–¿La asistenta, tal vez? –dijo Caroline, dándole una idea.

–¿Qué tal se encuentran Joan y Margaret? –preguntó James, que se había quedado al margen pero le pareció que había llegado el momento de intervenir (era curioso que su querida madre, siempre tan dulce y amable, no pudiera hablar ni dos minutos con la señora Meldrum sin ponerse «elocuente»–). Espero que bien –añadió con entusiasmo–. Fueron de lo mejorcito de la fiesta. Todo el mundo pensó que su diálogo fue buenísimo.

La señora Meldrum no pudo evitar morder el anzuelo y, a partir de ese momento, la conversación giró alrededor de los encantos de sus hijas y de su brillante inteligencia.

–Bueno, ya está –dijo James, cuando siguieron su camino–, no ha sido tan grave, ¿verdad?

–Gracias a ti –contestó Caroline–. Si hablo con ella un minuto más, me pongo grosera; menos mal que interviniste a tiempo.

–Has sido grosera con ella, querida –dijo James–, yo solo intervine antes de que llegaras a insultarla.

Caroline creía que el encuentro con la señora Meldrum sería lo más insoportable, pero descubrió que encontrarse con personas a las que apreciaba y respetaba era mucho peor, como con la señora Severn, por ejemplo. La señora Severn era tan cariñosa y comprensiva y estaba tan disgustada por la desgracia que había caído sobre sus amigos que no paró de decir tonterías, una detrás de otra... Y después, al darse cuenta de que había dado varios pasos en falso, intentó retractarse y se hundió aún más en el lodo. A Caroline le afectó mucho la conversación y decidió volver directamente a casa, sin pasar por la pescadería, pero no por eso se libró de encontrarse con más conocidos. La abuela Podbury la abordó y le dijo que era una lástima... «Y es curioso, además, porque se conocían tan bien –dijo la anciana–. Justo se lo decía a Amos: “Se entendería si no se conocieran de toda la vida”, le dije...»

Se encontraron con Robert Shepperton, que salió del Gallo y Zorro en el momento en que pasaban ellos por la puerta. Iban con él

Peter y Ted, porque era sábado por la mañana y acababan de recibir la primera clase de navegación.

–Lo lamento –dijo Robert, deteniéndose y hablando en voz baja para que los niños no lo oyeran–. Me lo ha dicho la señora Herbert. Supongo que Leda estará disgustadísima. Lo lamento mucho, Caroline.

–Sí –dijo ella–. Sí, es... una pena...

No hubo tiempo de decir más, porque la señora Smart cayó sobre ellos y, cogiendo a Caroline por el brazo, se la llevó aparte y preguntó por Leda en voz muy baja, como si la joven se hubiera sometido a una operación grave y su vida pendiera de un hilo. ¿Qué tal estaba la querida niña? ¿Podía conciliar el sueño? ¿Comía algo? Caroline tuvo que decirle que Leda se encontraba bien, dentro de lo que cabía... cosa que, además de ser una tontería era mentira.



Pasaron unos días. Se recibieron noticias de la llegada de Leda a Mureth sana y salva. La joven «demostraba una gran entereza», decía su comprensiva tía. Iban a organizar una fiesta para que se animara e iban a llevarla a Dumfries a ver *Oliver Twist*.

–Lo mejor para animarla, seguro –dijo su otra tía, la menos comprensiva, al leer la carta de Mamie.

Harriet podía tratar el asunto tan a la ligera como le pareciera, pero Caroline era incapaz. Seguía afligida y preocupada por Leda. Hay sufrimientos que hacen crecer a las personas, pero no éste y, a menos que Leda aprendiera a sobrellevarlo con mejor ánimo, podía llegar a amargarle la vida entera. Se sentía responsable de su hija, pero Harriet no tenía con ella ninguna responsabilidad, de ahí la diferencia. Volvió a leer la carta de Mamie, reflexionó y empezó a pensar en cómo responder, cómo dirigirse a Leda... Si le escribía en tono animoso, a Leda le parecería falta de comprensión; si le escribía en tono comprensivo tal vez destrozara todo lo que Mamie hubiera conseguido con sus intentos de «animarla».

Mamie era muy distinta de sus hermanas; no era despierta y divertida, como Harriet, ni capaz y directa, como Jean. Siempre había sido la tonta de la familia... pero ¡qué tierna, qué inocente y qué buena! Tal vez pudiera hacer por Leda lo que a ella le resultaba imposible. Lo deseaba con toda el alma.

Desde la ruptura del compromiso no había vuelto a saber nada de los Ware, pero una noche, sir Michael llamó por teléfono y preguntó a James si le gustaría ir con él por la mañana a pegar unos tiros; se lo preguntó con vacilación, como amilanado: era evidente que no sabía cómo recibirían la rama de olivo.

James aceptó inmediatamente, no solo porque le apetecía ir de caza con el almirante, sino también porque todos estaban de acuerdo en que sería sumamente incómodo y muy ridículo dejar de ser amigos de los Ware. Los pecados de los hijos no tenían por qué condenar a los padres, como dijo Harriet.

–¡Bien! –exclamó el almirante–. Puede que no haya mucho que cazar, pero eso no podemos evitarlo. De todos modos, será un buen

ejercicio. Rhoda está aquí y dice que comerá con nosotros.

James sacó su escopeta y la limpió con esmero... pero entonces se dio cuenta de que no tenía munición. Podía pedírsela al almirante, pero no quería. Cuando a uno lo invitaban a ir de caza tenía que llevar sus propios cartuchos, no había que aprovecharse del anfitrión. Silas Podbury le proporcionaría algunos, seguro –no sería la primera vez que le pedía el favor–, pero ya eran más de las ocho y los necesitaba para primera hora de la mañana. Esta circunstancia habría sido un obstáculo insuperable para cualquiera que hubiera nacido fuera de Ashbridge, pero no era el caso de James y por lo tanto sabía que, de obstáculos de esa clase, no había prácticamente ninguno insuperable si uno se lo proponía. Se puso a pensar a fondo y después llamó a la centralita a ver si por casualidad había una Podbury entre las operadoras... y un momento después estaba hablando con Violet Podbury, que era prima segunda de Silas.

Violet era inteligente y lo entendió enseguida.

–Mando recado a mi padre –dijo ella–. Seguro que él ve a Silas en el Gallo y Zorro. Hoy hay competición de dardos.

–¡Bien! –dijo James–. El único inconveniente es cómo voy a recogerlos.

–No se preocupe, señor James –le dijo Violet–. Mi tío Amos tiene que ir a buscar un cargamento de grava para el vicario mañana temprano.

–¡Magnífico! –exclamó James–. No podía ser mejor.

Se quedó hablando un par de minutos con Violet, se hicieron un par de bromas ligeras y le preguntó por su numerosa parentela, sobre todo por su hermano Luke, con el que cantaba en el coro cuando los dos eran triples... Al final colgó el teléfono con la seguridad y la cómoda convicción de que, hacia las ocho de la mañana, le llevarían munición a Villa Vitoria.

Hacía un día precioso. Había helado un poco por la noche, pero el bordecillo blanco iba desapareciendo rápidamente bajo los rayos del sol. James cogió la bicicleta de Bobbie y, armado con su escopeta y un buen puñado de cartuchos, se fue a la Casa Ash. Rhoda todavía no se había levantado, pero sir Michael estaba preparado, esperándolo.

–No llego tarde, ¿verdad, señor? –preguntó James con verdadero interés.

–Llegas pronto, muchacho –contestó sir Michael–. Soy yo, que tengo la costumbre de prepararme antes de tiempo. Una costumbre de lo más tonta, pero, no sé por qué, no puedo dejarla. Pongámonos en marcha ahora mismo. Tengo que volver a casa a la hora de comer, pero tú, no hace falta, si no quieres; luego irá Rhoda con el almuerzo; os encontraréis en la cima del monte Cock a la una y media. ¿Te parece bien?

James dijo que le parecía estupendo, que era tan libre como el aire.

–¡Qué agradable sensación! ¿Verdad? –dijo sir Michael–. Es fantástico ser libre, después de tantos años de estar a las órdenes de todo el mundo. Recuerdo el gusto que me dio cuando dejé el servicio.

James sonrió para sí, porque era la primera vez que oía hablar al almirante de estar a las órdenes de todo el mundo... Pero, de todos modos, entendió lo que quería decir. Lo maravilloso era no tener responsabilidades, saber que nadie dependía de uno, que ya no se era esclavo del tiempo.

Cruzaron el jardín a buen paso y empezaron a subir la cuesta.

–¿Qué tal está Derek, señor? –preguntó James, porque había pensado que, cuanto antes rompiera el hielo, mejor.

–Va mejorando –contestó el almirante–. Ya anda un poco, pero todavía cojea. Esto ha sido tremendo para mí, James. No sé qué decir.

–Es mejor no decir nada, señor –le contestó.

–Es mejor no decir nada –asintió el almirante.

Sin embargo, no estaba acostumbrado a reprimir lo que sentía, así que habló mucho: James oyó exactamente lo que opinaba el almirante del proceder de su hijo y del de sus futuros suegros; se enteró de que Derek se casaría pronto y por todo lo alto y de que, en cuanto se repusiera por completo, le asignarían un puesto de trabajo –con los emolumentos correspondientes– en el negocio de la pasta de dientes.

–¡Pasta de dientes! –exclamó sir Michael, irritado–. Y la foto de su futura mujer en todas las vallas publicitarias del país. A eso lo llamo

yo indecencia. Le dije a Rhoda que no iría a la boda por nada del mundo, pero al final me convenció, así que vamos a ir los dos. Asistiremos a la ceremonia, pero no al banquete... ahí me planté. Pidieron a Rhoda que fuera dama de la novia, pero dijo que no, y no se lo reprocho. Rhoda ve las cosas con claridad... Tenía que haber sido chico, siempre lo he dicho.

–Bueno, no sé yo –dijo James–, es decir...

–Vamos a probar ese campo de nabos primero –dijo sir Michael.

No hubo más oportunidad para conversar –o, al menos, para conversar sobre algo que no tuviera relación con la actividad del momento–, porque el almirante era un tirador entusiasta y no podía pensar en más de una cosa a la vez. Tantearon el campo de nabos con éxito moderado y después se fueron al brezal. James disfrutaba inmensamente. No era un gran tirador, pero hacía un día estupendo y el aire era fresco y vigorizante. Le resultaba curioso pensar en la última vez que había tenido un arma en las manos –no una escopeta de caza, naturalmente– y en la sensación tan distinta que le daba ahora.

Sir Michael era un buen compañero, altruista y caballeroso, y estaba fortísimo para su edad. James creía que tendría que ir despacio para acompasarse a su anfitrión, pero no fue necesario. El almirante siempre estaba a su lado, con frecuencia lo adelantaba y... aunque era un gran tirador, no esperaba que su invitado, menos ducho, estuviera a su altura.

–No pasa nada –dijo sir Michael, cuando James se disculpó por no darle a una liebre en el campo de nabos–, no te preocupes, James, si hubiera sido un bandido, seguro que le hubieras dado. Las liebres son muy pequeñas, ¿verdad?

–Para mí, mejor un elefante –dijo James, sonriendo.

El almirante le levantó la voz una o dos veces, pero a James le dio igual. Estaba acostumbrado a que los oficiales de rango superior le levantaran la voz y sabía con exactitud lo que valía cada voz más alta que otra. Había voces y voces, pensó James. Las del almirante no eran amenazadoras.

–¡Qué fastidio tener que irme a casa, maldita sea! –dijo sir Michael de mal humor, al mirar el reloj–. Resulta que Stobbs viene a

comer... Quiere contarme no sé qué de unas acciones, el muy bribón. Lamento dejarte en la estacada.

–No tiene la menor importancia, señor –le aseguró James.

–Tú sigue, muchacho. A lo mejor encuentras un faisán en el bosque.

Se despidieron deseándose lo mejor. El almirante se fue por el brezal pisando fuerte... pero al cabo de unos pocos pasos dio media vuelta.

–¡James! –le dijo a voces–. ¡Oye, James! ¡No te olvides de que has quedado con Rhoda para comer! Se llevará una decepción si no te presentas.

James le aseguró que no sucedería tal cosa.

Cabello maravilloso, hebras de seda y plumón,
¡fresco, fragante, abundante!
¿Oro, digo? ¡No! El oro es escoria en comparación

–dijo James en voz baja.

Rhoda volvió la cabeza y lo miró.

–No sabía que fueras poeta, James –le dijo.

–No lo soy, pero me gusta la poesía que componen otros –le contestó–. A veces dicen cosas que uno no sabe decir por sí mismo.

Estaban sentados en la cima misma del monte Cock, comiendo sándwiches y tomando café del termo. A su lado, la escopeta de James y un morral con una liebre, un faisán y un par de perdices. La preciosa mañana había dado paso a un día hermosísimo; el aire era fresco y claro, solo había unas pocas –muy pocas– nubes algodonosas flotando tranquilamente en el cielo azul claro.

–A Browning le gusta el pelo rubio casi tanto como a mí –continuó James pensativamente–. Para mí, casi todo lo que escribe es como si estuviera en sánscrito, pero algunos poemas los entiendo muy bien. Por ejemplo:

¡Quién pudiera tener su cabecita
pintada sobre un fondo de oro claro!

»Me gusta –añadió soñadoramente–. Me gustaría ver una brillante cabeza de oro pintada sobre un fondo de color oro claro.

–¿Es el poema en el que el hombre estrangula a la mujer con su propio pelo? –preguntó Rhoda con interés académico.

James se echó a reír.

–No, ése es otro... y, de todos modos, yo no quiero estrangularte, solo quiero besarte. –Le pasó el brazo por los hombros y le dio beso muy, muy tierno–. Ya está –dijo.

–Que no se repita –dijo Rhoda, empujándolo un poco y sonriendo.

–Pero, Rhoda...

–Con una vez es suficiente. Oye, James...

–¡Rhoda, por favor! Déjame hablar a mí primero. Quiero casarme contigo. Te quiero, te quiero, te quiero.

–Quieres casarte con mi pelo.

–Contigo toda entera –dijo James con mucha convicción–, con tu pelo, con tu nariz, con tu cuello adorable, con tus ojos... y con todo lo que vive en tus ojos. ¡Sobre todo con eso!

–Eres un cielo, pero no quiero casarme contigo –dijo Rhoda. Se agarró las rodillas con los brazos y miró a lo lejos, al campo, que se extendía ante ellos como un mapa de colores, o como visto desde un avión–. No quiero casarme con nadie –añadió.

–¿Nunca? –dijo él.

–Bueno, casi nunca –respondió ella con una risita.

–Puedo esperar –le dijo James–. Sé lo muchísimo que te interesa la pintura y además tengo que encontrar trabajo antes que nada, naturalmente, pero ¿te gusto, Rhoda?

–Sí –dijo ella–. Me gustas... y algo más que gustarme, pero no puedo renunciar a pintar.

–Rhoda...

–No, James; sé perfectamente lo que me vas a decir, pero no podría seguir pintando en serio si me casara, y menos si me casara contigo. A lo mejor sí, si me casara con un pintor, pero la cuestión es que los pintores no me gustan... para casarme. Son amigos divertidos, eso sí.

–Si encuentro trabajo en Londres...

Levantó una mano para que no siguiera hablando.

–Verás, James: soy buena pintora –le dijo con seriedad–, soy buena de verdad... y voy a ser muy buena. Eso significa que tengo que trabajar mucho, muchísimo, pero me encanta, James. Cuando pinto, la felicidad es perfecta. Me absorbe hasta el tuétano, por completo.

–¿No es por otro...?

–Solo por la pintura –le dijo–. Espero que no te parezca una tontería.

–No, ninguna tontería –declaró James–. Entiendo perfectamente lo que quieres decir, pero hay muchos pintores casados, ¿no es verdad? Todos los que se me ocurren están casados.

–Las pintoras no. Los hombres pueden casarse y seguir con su trabajo, pero para las mujeres es mucho más difícil y sé que yo no podría. Y ¿si tuviéramos hijos? No estaría bien casarse y no tener hijos y además no creo que me gustara. Sería como un matrimonio a medias, nada más... Una lástima.

–Rhoda, ¿no podríamos...?

–No –dijo Rhoda–, no podríamos. Tú me querías toda para ti, James, y me necesito toda entera para pintar. En mi vida no hay sitio para el matrimonio.

James se quedó callado. Era un bofetón, desde luego, pero no lo había dejado fuera de combate. A Rhoda le gustaba y algo más, había dicho que era un cielo y no era porque hubiera otro en su vida.

–Sigamos siendo amigos –dijo ella, sonriéndole.

–Desde luego –dijo él.

–Cuando vayas a Londres te veré a menudo.

–Es que no voy a ir a Londres –le dijo James–. Voy a ir a Mureth a vivir con mis tíos Jock y Mamie. Quiero ser granjero, es lo que siempre he querido (y quiero decir de verdad, en el fondo del corazón), pero, por supuesto, si me hubieras dicho que sí, habría sido otra cosa. Es decir, lo habríamos hablado entre nosotros y habríamos tomado una decisión juntos, pero... en fin, no has... así que... ya ves...

–Sí, ya veo –dijo Rhoda, insegura.

–Me gustará –continuó él–. Es un sitio tan bonito y la vida es tan libre y cordial... Es bastante distinto que aquí y me parece lo mejor para mí, no sé si me entiendes.

–Y ¿a qué piensas dedicarte cuando no estés desenterrando nabos? –preguntó Rhoda con un poco de sarcasmo.

James se rió.

–¡Ah, no! No nos dedicamos mucho a los nabos. Mureth es una granja de ovejas. Bueno, tío Jock tiene también algunas vacas, las

justas para cubrir las necesidades de leche y mantequilla de la casa. Y algunos cerdos, así que siempre hay panceta de sobra... Y hay caza y pesca, conque no creo que me aburra.

–¡Diversiones opulentas!

–Opulentas no –contestó James–. Por eso me gusta Mureth. Tienes la diversión a la puerta de casa, con toda sencillez y naturalidad, sin alboroto. El río pasa por las tierras de mi tío, a unos doscientos metros de la casa. La última vez que estuve, pesqué un salmón de más de cinco kilos. Tío Jock va a la caza del zorro con los Buccleuch, a veces la partida se reúne en Mureth, y, por supuesto, se puede cazar en todos los montes siempre que quieras. Caza, zorros, pesca –dijo, sonriendo–. Cuando te hartes de correr detrás del autobús y de comer sucedáneos mándame un telegrama y voy a buscarte.

–Estás pensando en otro poema –dijo Rhoda, sonriéndole a su vez:

Ricitos de Oro, ¿quieres casarte conmigo?
No tendrás que fregar ni cuidar gorrinos.
Siempre estarás muy contenta, de caza y de pesca,
comiendo salmón, pan, mantequilla y jamón.

Se echaron los dos a reír.

–¡Sí! –exclamó James–. Sí, porque además, Rhoda, tú eres Ricitos de Oro... ¡fíjate en tu pelo! Así que... así que...

–Supongo que crees que Ricitos de Oro dijo «sí».

–Pues ¡claro que dijo «sí»!

–¡Típico de los hombres! El poema no dice que Ricitos de Oro aceptara la proposición y estoy segura de que no la aceptó. Esa niña tenía sentido común. Le gustaba trabajar.

–El poema no dice que la rechazara –señaló James. Esperó un momento, pero Rhoda no dijo nada–. ¡Vamos! –dijo entonces, poniéndose de pie de un salto–. Quiero ir al pozo romano, a ver si todavía sigue allí.

Rhoda se levantó inmediatamente y bajaron juntos del monte.

XXXIII



Después de tantas emociones, la calma se aposentó cómodamente en Villa Vitoria una vez más. Bobbie sustituyó a Leda en la escuela de la señorita Penworthy; iba a Wandlebury todos los días y la señorita Penworthy estaba muy satisfecha con su nueva ayudante, porque Bobbie, que casi era una niña todavía, se entendía muy bien con sus alumnos. Joss la echaba de menos, desde luego, pero lo sacaban a pasear otros miembros de la familia y hacían todo lo posible por compensarle la ausencia de su dueña. Caroline, Harriet y James estaban muy alegres y se lo pasaban muy bien juntos. Harriet estaba contenta y no sospechaba que sus compañeros no lo estaban tanto, sino que solo se aplicaban en poner en práctica el credo que ella había formulado... Y es que lo hacían bastante bien.

En Villa Vitoria había una persona que estaba contenta de verdad. Comfort estaba contenta porque por fin el tratamiento empezaba a dar resultados y había perdido peso. La pesaban sin falta cada pocos días y se anotaba el progreso. Era un proceso lento, desde luego, demasiado, en opinión de la paciente. Le había dicho a Caroline que por qué no le doblaba la dosis, y así perdería peso al doble de velocidad. Caroline se asustó tanto que guardó la medicina bajo llave, una llave que siempre llevaba consigo.

Comfort perdía peso, la cinturilla de las faldas empezaba a quedarle floja y se encontraba como nunca.

¡Ah, qué hermosa la mañana!

¡Ah, qué día tan hermoso!¹²

canturreaba mientras hacía las labores de la casa.

–Comfort, ¿no te sabes otra canción? –le preguntó James cuando empezó a cansarse de oírla.

–Sí, claro, señorito James. He *canta* en el coro... lo sabe *usté* tan bien como yo.

–Cansado de la vida y cargado con mis grasas¹³ –murmuró James.

–¡Ah, señorito James, qué malo es *usté*! –dijo Comfort, riéndose—. Ese himno no me pega *na*. Pero el caso es que tengo la cancioncilla metida en la cabeza. «Hoy la vida me sonrío», y así es. Entendería

lo que siento si estuviera gordo y empezara a adelgazar y la cintura de los pantalones no le cortara casi por la mitad cada vez que se agachara. Pero *usté* está muy *delgao*, claro, señorito James. *Usté* quiere engordar... pero no es igual. Nadie se ríe de los flacos – remató con un suspiro.

Eran las once de una mañana no muy hermosa y James había ido a la cocina a tomarse la leche. Estaba sentado a la mesa, en una punta, bebiéndola a grandes sorbos y Comfort estaba de pie en la otra punta, preparando verdura.

–Un día estaremos iguales –dijo James pensativamente–. Nos encontraremos cuando llegemos a los setenta kilos, Comfort, y cuando llegue ese día tan esperado, iremos juntos al parque infantil a jugar en el balancín.

–¡Ay, qué malo es *usté*, señorito James! –exclamó Comfort–. ¡Qué risa, *usté* y yo en el balancín! ¡Ay, que me troncho! –Y empezó a desternillarse de risa con el abandono de siempre, boqueando como un pez y temblando como un flan.

Era curioso que, cuando James iba a la cocina y se sentaba a la mesa a charlar con Comfort (como hacía casi todos los días a las once de la mañana), ésta empezaba a hablar peor, más o menos como lo hacía con su madre y con su familia en general. Algunos finales de palabra se le escapaban volando y no se molestaba en ir tras ellos. James se había dado cuenta de ese detalle y le hacía mucha gracia; y además le interesaba. ¿Sería porque, al ser hombre, no le debía el mismo respeto que a su madre y a su tía, o sería porque la buena mujer se encontraba más a gusto con él? Ella le tenía mucho cariño –eso lo sabía–, se entendían bien y no había tonterías de ninguna clase en su relación. A James le gustaba tomarle el pelo y a ella le divertía que se lo tomase. James le hacía bromas de todas clases.

Un día, James trajo del pueblo un gran cartel publicitario del ferrocarril que decía:

Quítese un peso de encima: ¡viaje con confort!

y lo puso en la pared de la cocina sujeto con chinchetas. Tuvo un éxito tremendo, sobre todo porque Comfort no tenía ni idea de lo que significaba. Alguna vez, James llegó a sorprenderla delante del cartel, los brazos en jarras, mirándolo fijamente con perplejidad.

El cartel seguía colgado en la cocina, Comfort no lo habría descolgado por nada del mundo. Ahora sabía lo que significaba, claro está, porque se lo había preguntado a la señora Dering y ella se lo había explicado.

–Hoy no va a sacar *na* en limpio por mucho que se esfuerce, hace mucha *humedá* –dijo, mientras ponía las patatas en una sartén y ésta en el quemador–. Le conté a tío Amos que está *usté* haciendo un camino de fantasía y me dijo que le traería toda la grava que haga falta *pa* pavimentar...

James aguzó el oído, porque se estaba quedando sin piedras grandes y lisas y no sabía de dónde sacar más. Podía haber sabido que lo único que tenía que hacer era decirle a Podbury lo que necesitaba.

–Dile que venga a casa un momento la próxima vez que pase por aquí –le dijo James–. Quiero hablarlo con él.

El camino de fantasía era idea de Harriet, Caroline había dado el visto bueno con alegría y James se entretenía a su gusto preparando el terreno y encajando piedras como en un rompecabezas. A Robert Shepperton también le interesaba el trabajo y pasaba muchas horas en el jardín ayudando a James y, como había hecho buen tiempo, el camino se alargaba un poco todos los días.

Caroline miró por la ventana y vio a los peones de caminos trabajando. Tenían cierta semejanza entre ellos. Los dos eran altos y delgados, con los hombros anchos y el pelo castaño claro. Trabajaban juntos muy a gusto, medían, debatían, cavaban y acarreaban; a veces se ponían de pie y se reían a carcajadas de alguna ocurrencia. Después entraban, se limpiaban la suela de los zapatos en la puerta del jardín y se lavaban y aseaban para ir al salón a tomar el té. Los hombres eran como niños en muchos aspectos, pensó Caroline.

A pesar de que Robert iba a menudo a la casa, Caroline tenía la sensación de que la relación entre Harriet y él estaba un poco en suspenso. Se había hecho a la idea de que Robert sería su cuñado y nada más, pero todavía le resultaba difícil verlo de esa manera. Tenía ganas de que se aclarasen las cosas entre ellos cuanto antes. Si al menos se comprometieran definitivamente, ella se lo tomaría

de otra forma, podría aceptar el *fait accompli*¹⁴ y alegrarse por la felicidad de la pareja.

Entretanto, procuraba evitar a Robert todo lo posible. Cuando sabía que iba a venir, ella tenía que ir sin falta a ver a la señora Severn para hablar del material para el Círculo de costura, o a llevar unas naranjas a la pequeña de Sue.

Harriet no decía nada, pero sus sentimientos eran evidentes.

–La gran señorita Harriet Fane ha mordido el anzuelo por fin –dijo James a su madre con una sonrisa.

–Sí, eso parece –contestó ella, procurando decirlo con ilusión.

–¿Es que no te parece bien? –preguntó James–. Es un tipo estupendo, ¿sabes?... y ya va siendo hora de que tía Harriet se case, si no quiere quedarse de florero para siempre. Ya sé que no te cae muy bien –continuó James, mirándola sin saber a qué atenerse–. Me he preguntado muchas veces por qué... Lo curioso es que me parecía que era justo tu tipo.

–¡Claro que me cae bien! –se apresuró a decir Caroline–. Es que... Es decir, es mejor no... Es mejor dejarlos en paz todo lo que podamos. Por eso salgo cuando sé que va a venir y... bueno, lo hago por eso, James.

No lo convenció, conocía muy bien a su madre, pero en ese momento tenía otras cosas en la cabeza y no insistió.

James había dicho que la gran señorita Harriet Fane había mordido el anzuelo. Y lo cierto era que lo parecía. Si invitaban a Robert a tomar el té, Harriet se tomaba el trabajo de hacer una tarta para complacerlo. «Esta tarta está pasada –decía Harriet–. Además, a Robert le gusta más la de chocolate.» Caroline se acordó de lo que decía su hermana a Leda: «Es muy gratificante hacer algo delicioso de comer para el hombre al que amas». Por otra parte, ya llevaba en Villa Vitoria mucho más tiempo del que pensaba en principio; le habían mandado muchas invitaciones tentadoras, pero las había rechazado todas. La habían invitado a ir a Leicestershire con unos amigos a un baile de caza del zorro; a una gran fiesta en Bath; le había escrito Marcus Rome para rogarle que fuera a la ciudad unos días para asistir con él a una matiné de caridad a la que asistirían los duques de Edimburgo...

—No me apetece —había dicho ella con un gran despliegue de indiferencia—. Si James y tú me soportáis, prefiero quedarme un poco más.

James guiñó un ojo a su madre pícaramente.

El «credo» de Harriet sirvió de gran ayuda a Caroline: «Lo fundamental no es lo que te pase, sino cómo te lo tomes...» y, a fin de cuentas, ¿qué le había pasado? Nada, solamente que se había permitido la tontería de enamorarse de Robert. «Una auténtica bobada, a tu edad —se dijo—, y, cuanto antes te desenamores, mejor.»

Y al tomárselo así, según la filosofía del credo de Harriet, empezó a superarlo. Estaba más contenta o, al menos, menos descontenta. Adoraba su casa y su jardín. Su felicidad podía ser perfecta en Villa Vitoria, con Leda y Bobbie; James vendría de vez en cuando y ella podía ir a Mureth siempre que tuviera ganas de verlo... Se imaginaba envejeciendo, pero siempre al frente del club de teatro, siempre intentando estar en paz con la señora Meldrum en el Instituto de la Mujer y ayudando a la señora Bunard en la Asociación Juvenil Femenina. Había mucho que hacer, y eso era un consuelo: en un pueblo como Ashbridge es necesario no estar nunca mano sobre mano.

En todas estas cosas pensaba mientras iba hacia la iglesia el domingo por la tarde, al bautizo de su ahijada. Hacía buen día, seco y ventoso; los árboles se movían, parecía que hicieran cosquillas al cielo azul claro con la delicada tracería de sus negras ramas deshojadas. Todavía era invierno, pero se olía la primavera en el aire; aunque hacía mucho viento, no eran tan frío, sino más suave. El viento le revolvía el pelo alrededor de la cara, agitaba las hojas caídas y las levantaba del suelo como pequeñas bandadas de pajaritos marrones. Hacía un día estimulante y llegó al refugio del soportal de la iglesia con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Esperó un momento mientras se colocaba el pelo y recuperaba una actitud decorosa y después abrió la puerta y entró en el silencio umbrío de la iglesia.

Los asistentes al bautizo ya estaban allí, alrededor de la pila bautismal, esperando al señor Severn: Sue estaba sentada con la niña en brazos; Jim, de pie a su lado, serio y extraño con su traje de

domingo. Alrededor, la familia de Sue: su madre, su padre y las huestes de hermanos, hermanas, tías y primos –la familia Podbury se había presentado al completo– y detrás de ellos, a cierta distancia, Robert Shepperton.

¡Robert! ¿Qué hacía ahí? Caroline se enfadó con él. Se había propuesto dejar de pensar en él y arrancárselo del corazón, pero ¡ay! Sería mucho más fácil si no tuviera que verlo. Afortunadamente, no había necesidad de hablar con él, ni de mirarlo... Siguió adelante, sonrió a Sue y cogió a la pequeña Caroline en brazos; el señor Severn salió en ese momento de la sacristía y la ceremonia comenzó.

Caroline siempre había pensado que el bautismo tenía que ser una ceremonia sencilla, porque respondía a una idea hermosa y sencilla: aceptar a un ser humano inocente y minúsculo en la iglesia de Dios. Sin embargo, en su opinión, no era ni hermosa ni sencilla. Siempre le había parecido un poco absurda. La de ese día no fue la excepción y, mientras renunciaba a Satanás, a sus pompas y a sus obras, a la gloria del mundo y los deseos pecaminosos de la carne en nombre de su ahijada, le costaba un esfuerzo mantener la seriedad que requería el momento. Lo que haría sin la menor duda sería no perder a la pequeña Caroline de vista y procurar que no le faltara nada, eso no había ni que decirlo, pero lo que no podría hacer era lo que estaba prometiendo; eso no podía hacerlo nadie. Y era innecesario y bastante ridículo, pensaba, rogar por que la pequeña Caroline nunca se dejara tentar por los pecaminosos deseos de la carne, puesto que ni siquiera los conocía. La niñita era tan inocente como un cordero... ¿Con qué derecho le imputaba faltas a esa inocente un adulto pecador?

La pequeña Caroline se portó muy bien. Estaba completamente despierta y volvía sus nebulosos ojitos azules a su madrina con una expresión de perplejidad. La familia formaba un círculo a su alrededor, con el libro de oraciones en la mano. Evidentemente, nadie veía nada raro en el procedimiento; tenían todos una expresión de respeto y temor y una actitud profundamente seria que no cambió siquiera cuando la niñita empezó a hipar con fuerza y alegría en medio de las oraciones.

XXXIV



Cuando salieron de la iglesia, seguía soplando el viento con mucha fuerza, las hojas volaban por todas partes alzando remolinos y el cielo estaba lleno de nubes desgarradas. Caroline se despidió de los Podbury y se puso en camino... Todavía era pronto, así que si se daba prisa tendría tiempo de hacer unos bollos para el té. James y Bobbie habían ido a pasar el día con Rhoda y el almirante, pero Harriet estaría en casa a la hora del té y le gustaban mucho los bollos.

Iba subiendo la cuesta a buen ritmo cuando oyó pasos a su espalda; supo que era Robert sin necesidad de mirar atrás.

–¡Caroline! –la llamó.

Ella se paró a esperarlo y siguieron andando juntos.

–No me has visto en la iglesia –dijo Robert–. La joven señora Widgeon me invitó al bautizo; muy amable por su parte, me pareció.

–Sí –dijo Caroline.

–Son muy cordiales. Ahora ya conozco a mucha gente de Ashbridge. A veces, voy por la noche al bar, juego a los dardos y hablo con los mayores... y me he enterado de muchas cosas gracias a ellos, no solo sobre el municipio, sino también sobre la naturaleza humana. Esta gente tiene algo isabelino... Es gente sencilla y valiente. Me parece un pueblo encantador.

Caroline le dio la razón. A ella también le resultaba fácil encariñarse con la gente de Ashbridge.

Robert siguió hablando de la gente y de sus nuevas amistades hasta que llegaron a la cancela de Villa Vitoria.

–¿Puedo pasar? –le preguntó.

Caroline dudó.

–Han salido todos –le dijo–. Harriet se ha llevado a Joss a dar un paseo por el monte. Si te acercas hasta la cantera, seguro que la encuentras volviendo.

–Prefiero entrar, si no te molesta.

–Voy a hacer bollos, pero puedes entrar y ver cómo los hago, si quieres –le dijo con poca amabilidad.

Y es que no tenía ganas de ser amable... ¿Acaso no veía que le ofrecía una oportunidad de oro?

Robert vaciló.

–Me gustaría, si no te molesta –respondió con consideración–. Quiero verte, quiero hablar un poco contigo.

No hacía mucho, Robert habría entrado sin preguntar, seguro de que era bien recibido, pero las cosas habían cambiado y Caroline y él ya no estaban tan a gusto juntos.

–Entra, claro, cómo no –le dijo Caroline.

La siguió hasta la cocina.

–Hace semanas que no te veo como Dios manda –le dijo–, parece que siempre estás ocupada.

–Hay más trabajo en la cocina, con James y Harriet en casa; prefiero hacer yo la mayor parte de las comidas. Comfort se las arregla, pero hay que vigilarla bastante.

Caroline se había quitado el abrigo y el sombrero y se había puesto un delantal. Estaba en la mesa, midiendo los ingredientes para los bollos. Notaba que Robert la miraba y estaba incómoda y cohibida.

–Caroline –le dijo por fin–. No sé qué hacer. No puedo seguir así, esto me mata. Tengo la sensación de que no quieres saber nada de mí. ¿He hecho algo que te haya molestado? ¿Estás enfadada conmigo?

–¡No, qué va! –exclamó ella.

–Pues tengo la sensación de que no quieres saber nada de mí –repitió–. Como si me hubieras retirado la... la amistad que teníamos. Por favor, dime qué es lo que pasa.

–Nada... de verdad... Son imaginaciones tuyas.

Robert se acercó a la ventana y se quedó mirando afuera.

–No –dijo–, no son imaginaciones mías. Algo ha pasado entre tú y yo, Caroline.

–Robert, no hay...

–¡No lo soporto! Si no fuera tan importante para mí, lo dejaría pasar y esperaría a que las cosas se arreglaran por sí solas. Al principio me pareció lo mejor... no molestarte, seguir esperando a que todo se arreglara, pero, en vez de arreglarse, va a peor; cada vez te alejas más de mí.

Caroline había empezado a hacer la masa, pero las manos le temblaban y tuvo que parar.

–No, Robert –le dijo en voz baja–, no digas una palabra más.

–Pero ¡tengo que hacerlo! –exclamó–. Tengo que llegar al fondo de la cuestión. Seguro que puedes decirme en qué te he ofendido. No es justo que me dejes de lado sin una explicación... sin darme la oportunidad de decirte...

–¡No me has ofendido! ¿Cómo puedes decir eso?

Robert se quedó un momento en silencio y después suspiró.

–Supongo que es inútil –dijo–. Me lo temía, pero no podía irme si intentar arreglarlo.

–¿Te vas?

Robert asintió.

–No puedo quedarme aquí. Tengo que encontrar algo que hacer, un trabajo de lo que sea. No puedo quedarme en Ashbridge.

–Pero... Robert... te aseguro... es decir, no te irás ahora, ¿verdad? –exclamó Caroline, horrorizada.

–¿No quieres que me vaya?

–Pues ¡claro que no!

–Entonces, hay esperanza –dijo él, entusiasmado–. ¿No me aborreces totalmente, Caroline? ¡Ay, querida mía, te quiero tanto! Esperaré y seguiré esperando, si hay la menor esperanza.

–¡Robert! –exclamó ella, consternada.

–En algún momento creía que empezabas a tomarme cariño –continuó él–. No quería apresurar las cosas. Me parecía mejor darte tiempo para que me conocieras más a fondo, así que preferí ir poco a poco.

–¡Robert... no!

–¿Sabías que te quería?

–No, ¡esto me... me asombra! –exclamó–. No es esto lo que quieres decir, Robert.

–Claro que sí. Creía que lo sabías. Creía que entendías mis sentimientos por ti.

–No –dijo Caroline–, jamás pensé que...

–Pero, Caroline, tienes que haberte dado cuenta. ¿Cómo no ibas a verlo? –preguntó Robert, atónito–. Venía aquí casi a diario para

verte... Tienes que haber notado que no podía estar lejos de esta casa.

Caroline no respondió.

–Bueno, pues ahora ya lo sabes –le dijo él–. No podía estar lejos de aquí porque tenía la esperanza de verte y de hablar contigo como antes, cuando acababa de llegar a Ashbridge.

–Pero, Robert, yo creía que...

–¿Qué creías? –le preguntó.

–Creía que venías a ver a... a los demás –murmuró.

–Bueno, sí, claro –dijo él–. Me gusta tu familia, James es un gran muchacho y Harriet es una de las mejores... Pero para mí solo existes tú. Quiero casarme contigo, Caroline.

–¡No puedo ni pensarlo! –exclamó ella.

–Piénsalo, por favor. Éramos tan buenos amigos... y nos llevábamos tan bien... Sé que en algún momento me apreciabas. Pero no sé qué tontería se ha interpuesto entre nosotros... Daría lo que fuera por saber qué ha sido. –La miró con ojos suplicantes, pero ella no dijo nada–. No te pediré amor –continuó–, yo te quiero con el alma, pero puedo conformarme sin tu amor si me das tu amistad... tu compañerismo. Los dos somos personas bastante solitarias, ¿verdad? Sé que podríamos ser felices juntos...

–Es imposible –dijo Caroline en voz baja–. Has cometido un error... un error terrible.

–¿Eso significa que no me aprecias nada?

–¡Claro que te aprecio, Robert!

–Entonces, hay alguna esperanza.

–No, no la hay –dijo ella–. He tomado la decisión de no volver a casarme. Hay tanto que hacer... Tengo que pensar en mis hijos... –Navegaba, buscaba palabras; estaba tan perpleja, tan sobrecogida que casi no sabía lo que decía. Todo le sonaba absurdo e irreal–. Te aprecio inmensamente –repitió–. Te consideraba mi amigo. Te querría por hermano, así es como lo he pensado... No podría... no podría cambiarlo... No podría ni pensarlo.

–Entonces, ¿no hay ninguna esperanza? –preguntó Robert con tristeza.

Dudó un momento y se quedó mirándola, pero ella no respondió. Lo cierto es que no podía responder porque tenía un nudo en la

garganta que casi la asfixiaba, y las lágrimas le escocían los ojos.

–No te preocupes –le dijo–, no te molestaré más.

En ese preciso momento, cuando todavía estaban en la cocina, apareció Harriet en la ventana.

–Hemos dado un paseo estupendo –dijo alegremente–. Joss ha cazado un conejo... qué listo, ¿eh? Podemos comérmolo para cenar, en vez del bacalao. ¡No soporto el bacalao! Hola, Robert, ¿estás ayudando a Caroline a hacer bollos?

–Estorbándola, mejor dicho, me temo –contestó Robert, intentando hablar con naturalidad.

–Ven a ayudarme a mí, si quieres –le dijo–. Puedes secar a Joss, es trabajo de hombres; se metió en una ciénaga persiguiendo al conejo. Creo que lo primero sería pasarlo por el escurridor.

Robert se alegró de tener una excusa para salir de la cocina. Salió y Caroline los oyó hablar mientras atendían al perro. Tenía un gran lío en la cabeza, estaba casi mareada. Estaba tan segura de que Harriet y Robert se gustaban... Todavía estaba segura de que Harriet había tomado mucho cariño a Robert. «¡Qué desbarajuste, por Dios!», se dijo. Y no había forma de arreglarlo, que ella supiera. Había renunciado a Robert a propósito, se había recogido en sí misma y había levantado un muro para que nadie le viera el corazón... Y ¡había sido un error inmenso! Había puesto a Robert en manos de Harriet y había animado a su hermana a pensar en él –bueno, no la había animado abiertamente, claro, pero sí de mil maneras sutiles– ¿cómo iba a quitárselo ahora? En cualquier caso, no podría, porque su negativa había sido rotunda.

¿Qué pasaría ahora? Robert se iría y ni Harriet ni ella volverían a verlo jamás. «¡Harriet! –pensó, consternada. Harriet, que había rechazado a tantos y ahora se había enamorado–. ¿Qué hago yo ahora? –se preguntó–. ¿Le digo algo a mi hermana? Pero ¿qué?»

Todavía le daba vueltas a las cosas cuando llegó Harriet con Joss, dando saltitos a su alrededor.

–Robert no ha querido quedarse a tomar el té –dijo–. Lo tomaremos nosotras solas tan a gustito. ¿Ya están hechos los bollos?

–No –dijo Caroline–. Al final, no los he hecho.

–¡Claro que los has hecho! –dijo Harriet, riéndose. Cruzó la cocina y abrió la puerta del horno–. ¡Aquí están! –añadió.

–Los habré hecho sin darme cuenta –dijo Caroline.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Harriet, alarmada.

–Sí... aunque, bueno, me duele un poco la cabeza, nada más. Vamos a tomar el té, ¿te parece?

–Lo hago yo, querida. Ve a sentarte en el salón. Yo me encargo de todo –dijo Harriet, y se puso a preparar cosas–. Tú no has parado, eso es lo que te pasa. Tienes que dejar que te ayude más.



La velada se alargó inmensamente. Caroline se sentó junto al fuego, volvía las páginas de un libro mientras los demás jugaban... Sabía que había dejado de aplicar el credo de Harriet, pero estaba tan conmovida por lo que había pasado que no podía disimular la aflicción. Harriet, James y Bobbie estaban muy atentos y no paraban de preguntarle si el dolor de cabeza mejoraba, hasta que al final decidieron que tenía que irse a la cama.

–Si por la mañana no te encuentras mejor, llamo al doctor Smart – dijo James con firmeza.

–Tonterías –dijo Caroline–. No es más que un dolor de cabeza. Por la mañana estaré perfectamente, no hay de qué preocuparse.

Harriet estaba tan preocupada como James. Siguió a Caroline hasta el dormitorio, le dio una aspirina y la arropó... Y el tierno desvelo de su hermana menor le remordió la conciencia más que nunca, como si fuera una asesina.

–Si por la noche te pones peor, ven a avisarme, ¿de acuerdo? – dijo Harriet, mirando a la paciente con inquietud.

–Te quiero mucho –dijo Caroline–, lo sabes, ¿verdad? Haría cualquier cosa por ti, Harrie.

–Sí, ya lo sé, querida, y yo por ti, también.

–Que no se te olvide, ¿eh? A veces, una no puede hacer nada... y a veces, una quiere hacer algo y todo sale mal. Soy muy tonta, creo, pero te quiero, Harrie.

–¡Voy a ponerte el termómetro!

–No –dijo Caroline, rehaciéndose–. No, no tengo ni pizca de fiebre. No te preocupes por mí; por la mañana estaré como nueva.

Curiosamente, Caroline durmió muy bien, tal vez por la aspirina o tal vez porque sabía que era inútil preocuparse tanto. La situación era tan complicada que no dependía de ella. «No voy a hacer nada de nada», se dijo mientras cerraba los ojos... Y al momento se quedó dormida.

Por la mañana hacía buen tiempo, lucía el sol y el viento había amainado. Caroline se encontraba mucho mejor; bajó a desayunar

como de costumbre y se ocupó de tranquilizar a su familia por lo de su salud.

–Me encuentro perfectamente –les dijo–. No sé qué me pasaría anoche... A lo mejor me sentó mal algo o cogí un poco de frío. Voy a ir a dar un paseo ahora, por la mañana. Con eso me curaré del todo.

–Si te parece que estás en condiciones... –dijo Harriet, poco convencida.

Caroline estaba segura: no había nada mejor que un buen paseo para quitarse las telarañas de la cabeza. Así, pues, después de hacer una empanada de pastor (con los pocos restos de la cena de la noche anterior), la metió en el horno y fue a coger el abrigo.

–¿Vienes conmigo, Harriet? –preguntó, asomándose a la puerta del salón.

–No. Tengo que escribir una carta –contestó Harriet–. Llévate a Joss... y no vayas muy lejos, ¿me oyes?

–Voy solo hasta la cantera –dijo Caroline.

Harriet se quedó mirando hasta que llegó a la cancela y empezó a subir la cuesta. Parecía que estaba bien, pero, de todos modos, su hermana le preocupaba. ¿Qué demonios le pasaría anoche? Estaba como confusa, casi lloraba en algunos momentos, casi deliraba. Se había alarmado tanto que fue al dormitorio a verla dos veces antes de acostarse, pero vio que la paciente dormía tranquilamente, como un niño. De todos modos, era rarísimo que Caroline se pusiera así: «Te quiero mucho –le dijo–. Que no se te olvide, ¿eh? A veces una quiere hacer algo y todo sale mal». Eso era lo que había dicho, o algo parecido. Pero ¿a qué demonios se refería? Y luego añadió: «Soy muy tonta, creo, pero te quiero, Harrie», y eso tampoco venía a cuento, porque, aunque se adoraban mutuamente, nunca se lo habían dicho, porque no era necesario, simplemente.

Acababa de llegar a la conclusión de que era un misterio (y seguiría siéndolo hasta que Caroline se lo explicara) cuando sonó el teléfono. Contestó... seguro que era Robert, y lo era.

–¿Eres Harriet? –preguntó–. Sí, eso me parecía. Solo quería saber si estarías en casa esta mañana. Me gustaría verte... Quiero preguntarte una cosa.

–Sí, voy a estar aquí –contestó.

–¿No vas a salir? Puedo pasar esta tarde, si lo prefieres.

–Voy a estar en casa toda la mañana –repitió.

Sonrió al colgar el teléfono... ¡Claro que iba a estar en casa! Estaría esperándolo. No tenía por qué ser tan considerado, y lo sabía, sin duda. Entretanto, tenía que escribir una carta.

El sábado había recibido una bastante larga (era algo más que una carta, en realidad) de Marcus Rome y todavía no había tenido tiempo de contestar. Había ido dejando la tarea para más tarde, pero no porque tuviera dudas y no supiera qué decir, sino porque no sabía cómo decirlo. La respuesta sería negativa, pero tenía que escribir al pobre Marcus una carta bonita, larga y afectuosa para suavizar el golpe: para él sería un golpe amargo, pero ella no podía evitarlo. Marcus tendría que encajarlo.

Se instaló en el asiento de la ventana, desde donde veía la cancela, y cogió la carta de Marcus. Su letra era gruesa y bien delineada, como si escribiera con un pincel... ¡Cuántas veces le había tomado el pelo a costa de su letra! Sabía que él estaba orgulloso de ella. La carta decía:

Harriet, querida, ¿ya has comido suficiente hierba? A estas alturas debes de estar cubierta de telarañas. Entiendo que quisieras tomarte un descanso... como todos, después del declive y caída de Eve, pero ahora ya está y tienes que volver, así de fácil. De verdad, cielo, tienes que volver. Bueno, ahora, oye lo que te digo, que te voy a contar un cuento. Ayer vi a Teddy Minden en el Ivy; el capitoste me llamó a su mesa y me preguntó dónde estabas –así, con mucho misterio–, que había estado llamándote al piso hasta que salieron chispas de la línea pero que no te había encontrado. Le pregunté que por qué creía que yo podía saber dónde estabas y me dijo que tenía la vaga idea de que éramos amiguetes, y entonces le dije que bueno, que a lo mejor lo sabía, pero que para qué te quería, y me dijo que solo quería verte; entonces le dije que lo entendía, porque verte siempre es un placer y él dijo que no podía estar más de acuerdo. Entonces, después de un tira y afloja, dijo que no era un secreto, pero que no se lo dijera a nadie en el mundo entero, más que a ti, claro está, y le prometí por éstas que de mi boca no saldría una palabra, más que para decírtela a ti, claro está; y por fin llegó al meollo del asunto y descubrió el pastel en toda su magnitud. Me preguntó si creía que podía interesarte ¡una Shakespeare-gira por América, querida mía! No con las grandes obras, sino con un par de las ligeras y menos conocidas. Habló de *La tempestad*. (¿Te he dicho que también me quiere a mí? No, claro. Pues ¡sí, me quiere!) ¡Cielo, será el paraíso! Tú, de Miranda: «¿Qué es? ¿Un espíritu? ¡Ah, como mira alrededor! Créeme, padre, tiene una hermosa figura! Pero es un espíritu... Yo lo llamaría ser divino, pues nada vi tan noble aquí, en la tierra».¹⁵ Eso lo dices de mí, cielo, y me desmayaré de gusto cuando me dediques semejantes alabanzas, «¡admirable Miranda, cumbre de toda admiración, que vales lo que el mundo más estima!». Sí, querida Harriet, claro que me fui directo a casa y la leí: a decir verdad, me pasé toda la noche leyéndola. ¡Qué magnífico teatro! ¡Qué poesía bella y valiente! Mejor que un diálogo redondo sobre un caballito de cartón. Harriet, ¿por qué nadie escribe así en estos tiempos? Se me ha metido el ritmo en

los oídos como si fueran campanas... y ¡el vestuario, por Dios! Nos soltaríamos... nos desplegaríamos. Teddy hace las cosas bien y está entusiasmado, así que no reparará en gastos. Todavía no tiene claro cuál será la segunda obra, pero habló por encima de *Cuento de invierno* y dijo que algunos estudiosos de Shakespeare consideran que nunca se ha puesto en escena como se merece (te habrías tronchado al ver a Teddy dándoselas de intelectual), así que si tienes alguna idea en favor o en contra de *Perdita*, más vale que vengas a ver a Teddy antes de que se le meta una idea entre ceja y ceja. Querida mía, ¡piensa en América! ¡Cuántas veces hemos soñado con una gira por América sin saber cómo íbamos a conseguirla! Y ahora... ¡nos la sirven en bandeja de plata! Y, hablando de bandejas, piensa en la comida. Sí, por favor, piensa en la comida, cielo. ¿Estás pensando en la comida? Filetes de lomo, pollo Maryland, helado con nata auténtica de verdad, en vez de pasta de papel... Y si esto no te hace venir a la ciudad a toda pastilla, no sé qué...

«Nada», pensó Harriet. Tenía que escribir a Marcus y decirle que no con el mayor tacto y suavidad que pudiera. Nada la haría ir a Londres ahora, porque había decidido que, si Robert Shepperton le pedía que se casara con él le diría que sí, y estaba segura de que iba a pedírselo esa misma mañana.

Al principio, cuando llegó a Ashbridge, creyó que entre Robert y Caroline... Pero después vio que no había nada de nada. Caroline ni siquiera lo apreciaba mucho. A veces parecía que lo despreciaba, porque lo trataba con mucha formalidad, con frialdad incluso; en presencia de Robert, no era ni la mitad de sí misma. Así es que, por ese lado, no había de qué preocuparse, y mejor para ella, porque se había enamorado. No era la primera vez que se enamoraba, pero nunca de un hombre al que pudiera respetar y admirar. Harriet Fane tenía fama de fría, de corazón de piedra... Pero cuánto se alegraba de no haberse echado a perder ni haber gastado tiempo en amoríos idiotas, como habían hecho y seguían haciendo muchos de sus amigos. Se había reservado, había esperado al hombre ideal y lo había encontrado. En el fondo, Harriet era sumamente sensata; sabía que el amor estaba muy bien pero no duraba si no había otras cosas además, si no se compartían valores, si no hacían gracia los mismos chistes y se disfrutaba haciendo las mismas cosas. Robert reunía todas las cualidades que quería ella y por eso se había enamorado... Y él acababa de llamar para saber si estaría en casa por la mañana, porque quería preguntarle una cosa.

Estaba todavía en el asiento de la ventana y acababa de sacar el bloc de papel de cartas; no sabía cómo empezar a escribir a Marcus —si le dolería menos en un tono ligero y jocosos o en serio, con

firmeza— cuando oyó el clic de la cancela y vio a Robert acercándose a la puerta.

La saludó al verla y Harriet le indicó por señas que entrara directamente. Se puso de pie para recibirlo.

—¿No hay nadie más en casa? —preguntó, mirando a todas partes.

—No, solo yo —dijo Harriet.

—Bien —dijo Robert—, porque quería verte a solas.

—Siéntate, Robert. Fuma un cigarrillo —le dijo.

Le irritó que le temblaran las manos; le temblaban tanto que no podía arriesgarse a encender una cerilla para darle fuego, así que le pasó la caja.

—Gracias —dijo él.

Hubo un breve silencio mientras encendía el cigarrillo y apagaba la cerilla. Después se inclinó hacia delante.

—Somos amigos, ¿verdad, Harriet? —dijo, sonriendo, con confianza—. Somos amigos sinceros, de verdad, ¿no? Lo supe desde el momento en que te vi, en la fiesta de los Ware, ¿te acuerdas? Dijimos que podíamos haber perpetrado el crimen perfecto los dos juntos. Te acuerdas, ¿verdad?

—Sí, Robert, claro que me acuerdo.

—Pues ahora voy a preguntarte una cosa. —Vaciló un momento, pero Harriet no dijo nada—. Quiero que me des un consejo —añadió.

—¿Un consejo?

—Sobre Caroline, claro. La quiero con desesperación... lo sabías, ¿verdad? Creo que supiste que estaba enamorado de ella antes que yo.

Robert se calló y la miró, pero ella no dijo nada.

—Hace algún tiempo —continuó Robert; volvió la cabeza y miró por la ventana—, unos dos meses o así, tenía bastantes esperanzas. No quería precipitarme, desde luego, pero estaba seguro de que me tenía cariño. Sobre todo un día... Y después, poco a poco, fue como si se retrajera. Seguía allí, claro, pero yo no podía acercarme; se me hizo inabordable. Bueno, siempre tenía mucho que hacer, eso lo sabía yo, y estaba preocupada por Leda. Al principio lo achaqué a las circunstancias y me dispuse a esperar con paciencia. Pero, en vez de mejorar, las cosas iban de mal en peor... Y nunca podía

estar a solas con ella... Nunca, ni un momento. ¡Qué curioso! ¿No te parece?

–Sí –dijo Harriet–. Sí, parece... curioso.

–Me evitaba, estoy seguro. ¿Por qué crees que sería?

Harriet pensó en varias cosas que podían ser, pero principalmente en dos: o Caroline no le apreciaba nada o... lo apreciaba demasiado.

–¿Por qué crees que sería? –repitió Robert–. ¿Crees que se ofendería conmigo por algo? No sabes nada, supongo. Es decir, Caroline no te habrá contado nada, ¿verdad?

–Caroline y yo somos muy, muy amigas, pero algunas cosas no nos las contamos –dijo Harriet con voz forzada.

Robert suspiró.

–Tenía la esperanza de que supieras algo –dijo, desanimado–, que pudieras darme algún consejo sobre qué hacer; si servirá de algo que me quede e intente conquistarla otra vez o si sería mejor que me fuera y la olvidara.

–¿Por qué tendrías que irte?

–¿De qué serviría quedarme?

Harriet se levantó. No podía seguir sentada... No podía mirarlo a la cara.

–¿Por qué no se lo preguntas a ella, Robert? –dijo Harriet.

–Se lo pregunté... ayer por la tarde. Era la primera vez que hablaba con ella a solas desde hacía semanas. Dijo que no, nada más, pero no sé por qué, me pareció que no era verdad. También le pregunté si quería casarse conmigo. Supongo que fue una estupidez preguntárselo en ese momento, pero una cosa llevó a la otra y se... se lo pregunté.

–¿Qué te dijo?

–Se quedó completamente anonadada. Dijo que era un error, que no era eso lo que yo quería decir, que me apreciaba inmensamente, pero que había tomado la decisión de no volver a casarse porque había mucho que hacer.

–¿Porque había mucho que hacer? –repitió Harriet, perpleja.

Era la excusa más increíble que había oído en su vida.

–Eso dijo, sí –confirmó Robert.

–Y ¿qué más?

–No mucho... Bueno, que le gustaría tenerme como hermano.

–¡Caramba! –exclamó Harriet.

–Es lo que suelen decir las mujeres para rechazarte con suavidad –dijo Robert, con una sonrisa triste.

Harriet no opinaba lo mismo. No creía que Caroline lo hubiera dicho para rechazarlo con suavidad, tenía mucho sentido común para eso. Era la proposición absurda que hacían las primeras heroínas victorianas a los pretendientes decepcionados. «¡Quisiera que fueras mi hermano!» Era la mayor tontería que se le podía ocurrir a cualquiera... a menos, claro, que se dijera en sentido literal...

Hubo un largo silencio, mientras Harriet pensaba en estas y otras cosas... en lo mucho que Caroline evitaba a Robert, en su extraño comportamiento de la víspera, en las cosas tan extrañas que había dicho... «A veces una quiere hacer algo y todo sale mal... Soy muy tonta, creo, pero te quiero, Harrie.»

Robert se había levantado también, estaba mirando por la ventana, esperando a que Harriet dijera algo.

–Pídeselo otra vez –dijo al fin.

–¿Qué se lo pida otra vez? –exclamó Robert–. Eso no puedo hacerlo. La respuesta fue tajante.

–Pídeselo.

–No... de verdad. No dejó el menor resquicio abierto.

–Robert, tienes que pedirselo otra vez.

–¡No puedo! –exclamó–. Se lo pedí y dijo que no. Le prometí que no volvería a molestarla nunca más. Tal vez pueda intentarlo más adelante, pero...

–Pídeselo hoy.

–Oye, Harriet...

–Vete a buscarla ahora mismo –insistió Harriet–. Ha ido a la cantera. Vete a buscarla y dile: «Caroline, por favor, cástate conmigo. No sé vivir sin ti». Dile todo lo que me has dicho a mí... todo. Después, si todavía dice que no... –hizo una pausa.

–Entonces, ¿qué? –preguntó Robert con nuevas esperanzas.

–Entonces dile: «Harriet me ha dicho que siga pidiéndotelo hasta que me digas que sí».

–Pero, Harriet, ¿por qué...?

–Nada más –dijo Harriet con firmeza.

Robert se fue sin añadir nada más... Por algún motivo, se había acostumbrado a hacer lo que le decía Harriet.

Harriet lo llamó mientras él corría por el camino.

–¡Robert! ¡Dile que estoy cuidando de la empanada!

Robert hizo una seña con la mano. La cancela se cerró de golpe al salir él. Harriet se quedó inmóvil, oyendo el ruido de las pisadas hasta que dejó de oírlo. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

«¡Idiota! –se dijo, parpadeando para quitárselas–. ¿Por qué gimoteas de esta forma? Sabes perfectamente que te encantará hacer el papel de Miranda ante el público americano... Será una temporada divertidísima.»

NOTAS

- ¹ De *Oda al otoño* (1819), de John Keats. [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]
- ² *La rama dorada*: estudio sobre magia y religión, de James George Frazer (1854-1941).
- ³ Shakespeare, *Cuento de invierno*, IV, iii.
- ⁴ Diosa griega de la justicia retributiva, entre otros conceptos.
- ⁵ Personaje importante de *Mansfield Park* (1814), de Jane Austen.
- ⁶ Antigua canción infantil inglesa.
- ⁷ De *Prometeo desencadenado* (1820), de Percy W. Shelley.
- ⁸ Familiarizado.
- ⁹ Falstaff en *Enrique IV*, 2ª parte, II, iii.
- ¹⁰ En traducción de Ángel Luis Pujante.
- ¹¹ Popular volumen de poesías de Alan Alexander Milne, creador del famoso personaje infantil, el osito Winnie-the-Pooh, publicado en 1924.
- ¹² Versos del estribillo de la canción que abre la película *Oklahoma* (1943), basada en el musical del mismo título de Rodgers y Hammerstein.
- ¹³ Primer verso el himno nº 91 del *English Hymnal*. James lo transforma un poco para tomar el pelo a Comfort.
- ¹⁴ Hecho consumado.
- ¹⁵ Acto I, escena 2, en traducción de Ángel Luis Pujante. También la cita siguiente.

CRÉDITOS

ALBA RARA AVIS

Título original: *Vittoria Cottage*

© D. E. Stevenson, 1949

© de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Edición en formato digital: febrero de 2016

ISBN: 978-84-9065-183-4

Depósito legal: B-166-16

Conversión a formato digital: Alba Editorial

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos ^{XIX} y ^{XX}).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

Table of Contents

[Nota al texto](#)
[Primera parte](#)

[I](#)
[II](#)
[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)
[VII](#)
[VIII](#)
[IX](#)
[X](#)
[XI](#)
[XII](#)
[XIII](#)
[XIV](#)
[XV](#)
[XVI](#)
[XVII](#)

[Segunda parte](#)

[XVIII](#)
[XIX](#)
[XX](#)
[XXI](#)
[XXII](#)
[XXIII](#)
[XXIV](#)
[XXV](#)
[XXVI](#)
[XXVII](#)
[XXVIII](#)
[XXIX](#)
[XXX](#)

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

Notas

Créditos

ALBA